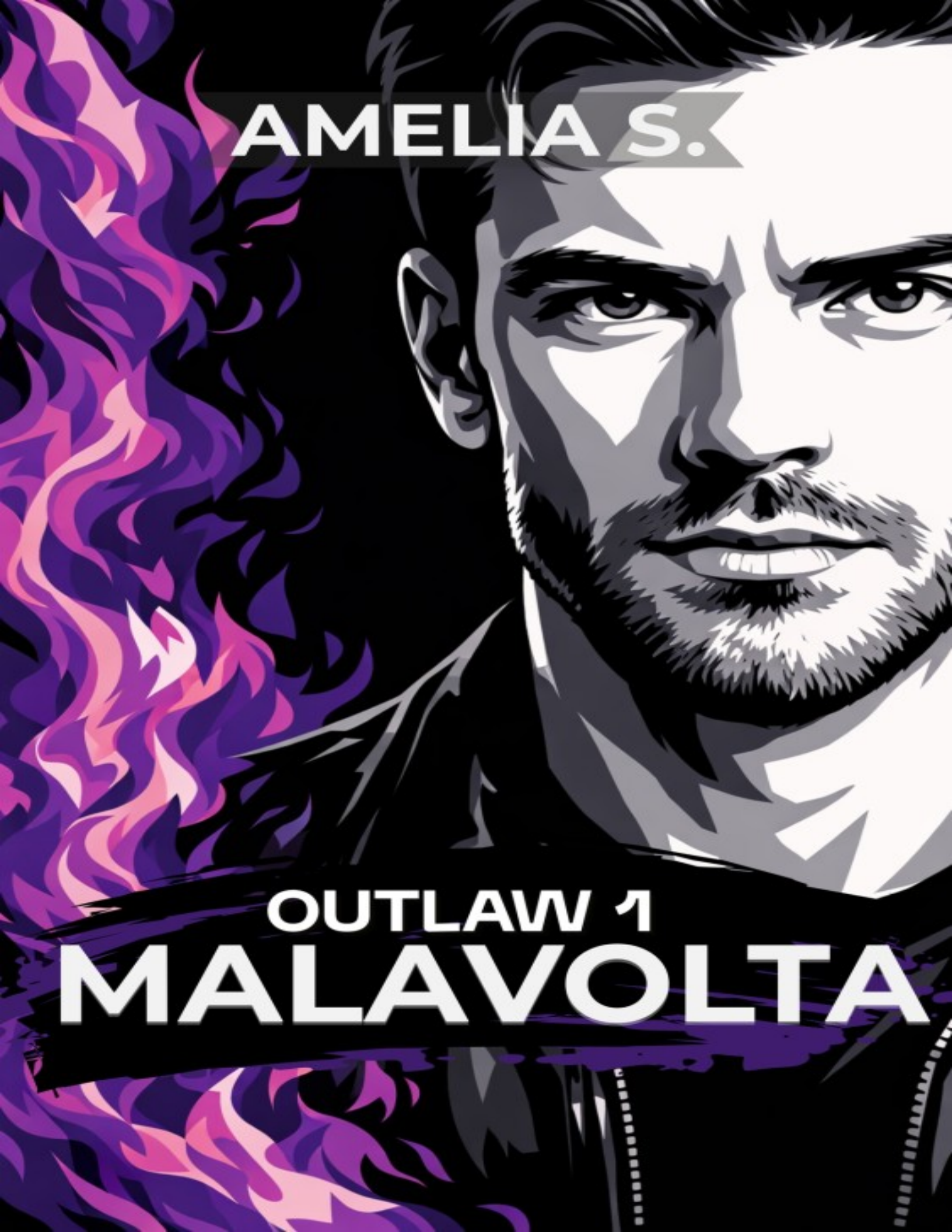

AMELIA S.
OUTLAW 1
MALAVOLTA

MALAVOLTA

Serie Outlaw

Amelia S.

Derechos de autor © 2026 Amelia S.

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente, transformada, almacenada o transmitida por ningún sistema o medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro) sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.
Cualquier uso no autorizado será perseguido civil y/o penalmente.

Obra de ficción: los nombres, personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales es mera coincidencia.
Marcas: los nombres comerciales y marcas citados pertenecen a sus respectivos titulares.

ISBN:

Diseño de la portada de: Amelia S.
Corrección y edición: Amelia S.
Editorial: Publicación independiente

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
PRÓLOGO
CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPITULO 4
CAPITULO 5
CAPITULO 6
CAPITULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17
CAPITULO 18

CAPITULO 19
CAPITULO 20
CAPITULO 21
CAPITULO 22
CAPITULO 23
CAPITULO 24
CAPITULO 25
CAPITULO 26
CAPITULO 27
CAPITULO 28
EPÍLOGO
CAPITULO 1
¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!
Acerca del autor
Libros de este autor

PRÓLOGO

Sam

Empujé la puerta de la floristería, el tintineo de la campanilla cortando el aire de la tarde, y salí a la acera. El aire de Chicago era denso, olía a lluvia inminente, pero yo apenas respiraba.

«Me cago en la puta»

Era ella.

Me había pasado cuatro años de mi vida militar mirando una fotografía arrugada de esa cara. Era mi ancla. La única puta cosa pura que me recordaba que había algo más allá de la sangre y el hedor a pólvora.

Y ahora, esa cara estaba aquí. Vendiendo flores en Chicago bajo un nombre falso.

Bianca Peretti. Vaya una mierda.

Entré allí con la excusa de comprar un ramo para Raven, solo para verla de cerca. Ella me sonrió, me preguntó qué buscaba, y su voz era exactamente como la había imaginado: suave, serena.

Y yo me quedé allí parado como un puto crío.

Ella debió notar mi intensidad, porque vi cómo su sonrisa profesional flaqueaba. La cagué. Coqueteé. O al menos, creo que lo hice. No estoy seguro. Solo sé que parloteé como un puto adolescente y el resultado fue un desastre torpe.

Me apresuré a pagar las flores, murmuré algo sobre tener prisa y me largué.

Ahora, apoyado contra el metal frío de mi moto, dejé caer el ramo en el asiento. Necesitaba respuestas. Saqué mi teléfono, los dedos

entumecidos mientras buscaba en la agenda. Era un contacto que no había usado en años. Desde que dejamos el puto desierto atrás.

Un tono. Dos.

—¿Sí?

La voz al otro lado era más profunda, más dura que la del chaval que recordaba. Pero seguía siendo él.

—Malavolta.

Silencio. Un silencio cargado, pesado.

—Joder... ¿Tucker? ¿Sam? Ha pasado mucho tiempo, hermano.

—Voy a ir al grano —corté, mi voz sonando como grava—. ¿Qué coño hace tu hermana en Chicago haciéndose llamar Bianca Peretti?

El silencio esta vez fue diferente. Oí una exhalación brusca.

—¿Cómo la has encontrado?

—Estoy aparcado frente a la floristería donde trabaja. Respóndeme, Sandro.

—Está huyendo, Sam. —Su voz bajó, volviéndose urgente—. Huyendo de mi padre. Yo la ayudé a salir. Chicago se suponía que era un buen escondite, lejos de Nueva York.

—¿Huyendo de qué? —apreté el teléfono, aunque ya sabía la respuesta. El mundo del que veníamos ambos, él la mafia, yo el MC, no era tan diferente.

—De él. De todo. La quería casar con un sociópata llamado Carlo Volpetti.

Solo el nombre me bastó. Los Volpetti eran escoria, escoria bañada en oro, pero escoria, al fin y al cabo.

—Es ella la que debe contarte los detalles. Lo único que puedo decirte que su vida estaba en peligro. Mi padre la considera mercancía intercambiable, incluso si es para negociar con hijos de puta enfermos.

—Tu padre la está buscando —le dije, mi paciencia agotándose. Mi instinto de presidente se estaba activando. Esto era un problema en mi ciudad.

—Lo sé. Está desesperado. Está volviendo Nueva York del revés. —Hizo una pausa, y oí el ruido de algo de cristal contra una mesa—. Estoy en ello, Sam. Estoy poniendo en marcha un plan. Voy a joder a mi padre. Voy a tomar el control y a limpiar esta puta familia de mierda. Pero no puedo hacerlo de la noche a la mañana. Necesito tiempo.

Tiempo. Joder. El tiempo era algo que su hermana podría no tener.

—¿Qué quieres de mí, Sandro?

—Protégela, Sam. Por favor. —Su voz se quebró por un segundo, el líder de la mafia dio paso al hermano mayor asustado—. Es mi *sorellina*. Protégela como si fuera tuya. Hazlo por todo lo que vivimos en el desierto. Por los que no pudimos salvar.

Colgué sin despedirme.

Miré la fachada de "Wild Bloom". El símbolo de mi cordura durante la guerra estaba ahora en medio de una puta guerra de mafias.

«Protégela como si fuera tuya»

Resoplé.

«Ya lo estaba haciendo antes de que me lo pidieras, gilipollas»

Guardé el teléfono, la conversación con Sandro repitiéndose en mi cabeza.

«Voy a joder a mi padre. Necesito tiempo»

Tiempo. El lujo que no teníamos. Mi mandíbula se tensó. El favor que Dominic me pidió, el que Asher gestionó... acaba de convertirse en una puta guerra.

Volví a sacar el móvil. Esta vez, busqué un número que usaba más a menudo. Dominic Vance. Un buen tipo. Sólido. Su hermano, Asher, me salvó la vida en más de una ocasión durante mi tiempo en operaciones especiales, una deuda que nunca podría pagar del todo. Por eso, cuando Dominic me llamó preocupado por la nueva empleada de su mujer, Brynn, acepté ponerle "sombras" sin hacer preguntas.

Ahora, tenían que saber que las reglas del juego habían cambiado.

—¿Sam? —contestó Dominic, su voz tranquila.

—Vance. Escucha. Llamo por Bianca Peretti.

Oí un ruido sordo, como si hubiera dejado un vaso sobre una mesa.

—¿Ha pasado algo? ¿Está bien? Brynn estaba con ella.

—Está bien. Por ahora. —No había tiempo para sutilezas—. Acabo de colgar con alguien de su pasado. El favor de las sombras, de vigilarla de lejos... se ha cancelado.

Hubo un silencio tenso.

—Sam, no puedes. Ella...

—Me has entendido mal, joder —le corté, mi voz de presidente tomando el control—. Se ha cancelado porque esto ha subido de nivel. Ya no es un favor para Asher o para ti. Es oficial.

—¿Oficial?

—A partir de este momento, Bianca Peretti, o mejor dicho, Bianca Malavolta, está bajo la protección oficial y total de Legend. Esto pasa a ser un asunto del club.

—¿Malavolta? —Su voz se endureció—. Mierda. ¿Como la mafia de Nueva York?

—Su padre es el Don. Y la quiere de vuelta. —Miré de nuevo a la tienda. Ella seguía dentro, ajena a todo, colocando unas putas flores en un jarrón—. Quiero que tú y Asher estéis tranquilos. Pero también quiero que todo el mundo sepa que en Chicago, ella es mía. Y mantén la discreción sobre su identidad.

—Sam, gracias. No sabíamos...

—Vosotros disteis el aviso. Yo tomo el control. Dile a quien tengas que decírselo, Dominic: en esta ciudad, Bianca es intocable. Si alguien la mira mal, me voy a enterar. Y voy a responder.

Colgué.

Miré el ramo de flores que había comprado, tirado en el asiento de mi moto. Mierda. Ahora tenía que averiguar cómo proteger a una mujer que ni siquiera sabía que la estaban cazando. Y que, probablemente, no querría mi ayuda.

◆ ◆ ◆

Bianca

El sonido del cerrojo al encajar en el marco fue el mejor sonido del día. Solté el aire lentamente, apoyando la frente contra la madera sólida de la puerta.

Mi casa.

Todavía me costaba creerlo. Era el antiguo apartamento de Brynn, un pequeño santuario sobre una calle tranquila. Brynn me lo había cedido, sin hacer preguntas, cuando vio que necesitaba desesperadamente un lugar seguro. Y lo era. Era el primer espacio en veintiséis años que era solo mío. El primer lugar donde nadie me gritaba, nadie me golpeaba y nadie me decía qué pensar o sentir.

Dejé mi bolso sobre la pequeña mesa de la cocina y mi teléfono vibró en el bolsillo de mi abrigo.

Mi corazón dio un vuelco helado. Siempre lo hacía cuando sonaba. Solo una persona tenía ese número de teléfono.

Lo saqué, mis manos firmes a pesar del pánico que me subía por la garganta. El nombre en la pantalla era el único que podía causarme este terror: *Sandro*.

Mi hermano y yo no hablábamos; nos enviábamos señales. Mensajes crípticos que, si eran interceptados, no significarían nada.

Abrí el texto con solo dos palabras en negrita.

Sta cercando. (Está buscando)

No necesitaba preguntar quién. *El Don*. Mi padre.

Mi primer instinto, el instinto perfeccionado durante toda una vida de supervivencia, gritó. «Huye».

Mi mirada se disparó hacia el armario del pasillo. Allí tenía una mochila. Siempre estaba lista. Dinero, una identificación falsa de repuesto, ropa. Podía desaparecer en veinte minutos. Irme de Chicago, encontrar otra ciudad, otro trabajo de poca importancia, volver a ser invisible. Moriría antes de dejar que me atraparan.

Estaba a medio camino, con la mano ya en el pomo del armario, cuando me detuve.

Miré alrededor. La luz del atardecer entraba por la ventana, iluminando las pequeñas plantas que había traído del trabajo. Había una foto de Brynn y mía en la estantería, riéndonos después de una guerra de agua mientras limpiábamos la tienda.

Brynn. Mi primera amiga. La primera persona que me había mirado y había visto a mí, no a una posesión de la familia Malavolta.

Y luego... él.

Mi mente evocó la imagen del hombre que había estado vigilando la tienda. El motero.

Había estado allí durante días. Al principio, pensé que era una amenaza. Pero no se escondía. Se sentaba en su moto al otro lado de la calle, observando. Intimidante. Cubierto de tatuajes y cuero.

Hoy había entrado.

Me había pedido un ramo de flores, y su voz era grave, tranquila. Su mirada era tan intensa que casi me hizo retroceder. Había un coqueteo torpe en sus palabras, pero sus ojos... sus ojos eran los de un soldado. Analizándome. Evaluando.

No me había dado miedo. No el miedo visceral que Carlo me provocaba. Esto era... intrigante.

Cerré el armario.

No.

Había pasado toda mi vida siendo sometida, castigada por cada pequeño acto de rebeldía. Qué pena para mi padre que jamás pensé en someterme.

Huir era lo que ellos esperaban. Huir era rendirse.

Por primera vez en mi vida, tenía algo por lo que valía la pena luchar. Tenía a Brynn. Tenía este apartamento. Tenía la vida que estaba construyendo, pedazo a pedazo.

Y tenía al motero intrigante que, por alguna razón, hacía que mi pulso se acelerara de una forma completamente nueva.

Que me buscaran. Esta vez, no iba a correr.

CAPITULO 1

Sam

El olor a café solo y beicon llenaba la cocina de la casa club. Era el único puto lugar que siempre parecía inmune al caos, el único sitio donde podía respirar tres segundos antes de que el mundo exterior empezara a exigir sangre.

Mi mundo interior, sin embargo, era otra historia. La imagen de una floristería no me había dejado dormir.

—¡Sam! ¡Mueve el culo, se enfría!

La voz de Raven, mi hermana pequeña, atravesó la niebla de mi cabeza. Entré en la cocina. Allí estaba, de espaldas a mí, tarareando alguna mierda alegre mientras volcaba una montaña de huevos revueltos en tres platos. Cara de ángel, pelo rubio atado en un moño desordenado y un carácter tan brillante que a veces dolía mirarla.

—Joder, Raven, vas a matar a alguien con esa canción —gruñí, pasando a su lado para robarle un trozo de beicon.

Me dio un manotazo juguetón.

—Es un éxito, viejo amargado. Siéntate.

En la mesa, mi otra hermana, Olivia, ni siquiera levantó la vista de su tablet. Alta, fuerte y con una mirada de ojos ámbar que podía desnudar a un hombre a diez pasos. Liv era mi mano derecha no oficial, la única que entendía la mierda que conllevaba este negocio.

—Llegas tarde —murmuró, dando un sorbo a su café negro.

—Tenía cosas que hacer. —Me dejé caer en la silla, el peso del chaleco un consuelo familiar.

Raven dejó los platos delante de nosotros.

—¡Desayuno de campeones! Tengo que cargar pilas, solo quedan unos días para empezar las prácticas en el nuevo colegio. —Sus ojos azules brillaron, mordiéndose el labio—. Solo serán unas semanas, pero estoy nerviosa, esos niños necesitan toda la ayuda del mundo para aprender a leer.

—Lo harás genial, enana —dijo Olivia, tecleando algo con furia—. Eres la única de nosotros tres que sirve para algo decente.

—¡Oye! —protestó Raven, aunque se reía.

Olivia me miró. Directa. Al grano. Siempre.

—Voy a pasar la mañana encerrada con las cuentas del bar. Los números del último trimestre están raros. O alguien está metiendo la mano en la caja o nuestro contable es gilipollas.

—Bien. Confío en tu instinto. —Le di un mordisco a la tostada—. Si encuentras algo, dímelo.

—¿Y tú? —preguntó Liv, y su mirada se volvió analítica—. Llevas días con cara de perro rabioso. Más de lo habitual.

«Ya, no me digas»

Me encogí de hombros, forzando la indiferencia.

—Nada. Patrulla. Voy a estar toda la semana dando vueltas por el centro.

Raven dejó el tenedor.

—¿El centro? Qué raro. Esa no es nuestra zona.

—Asuntos del club —corté, con un tono que no admitía réplica.

Olivia entrecerró los ojos. Sabía que le estaba ocultando algo. Podía leerme como un puto libro abierto, y eso me jodía. Pero antes de que pudiera presionar, Raven, en su eterno esfuerzo por traer la paz, cambió de tema.

—Hablando de "asuntos", Sam...

Oh, no.

—...Deberías salir más. ¿Sabes? Conocer a alguien. Hay una de mis profesoras en la universidad que es increíble. Es lista, divertida y...

—No.

La palabra fue un disparo. Raven se encogió.

—Pero ni siquiera la has...

—He dicho que no, Raven. —Clavé mi mirada en ella, más dura de lo que pretendía—. No tengo tiempo para citas. Deja el tema.

El silencio que cayó fue pesado. La sonrisa de Raven se desvaneció, herida.

—Joder, Sam —espetó Olivia—. ¿Puedes dejar de ser un capullo borde durante un segundo? Solo intentaba ser amable.

Me levanté, el apetito desaparecido. El soldado en mi cabeza estaba gritando que esto era una distracción. Que la verdadera amenaza estaba en una floristería, ajena a todo.

—No me pasa nada. —Mentí—. Tengo trabajo. Liv, mantenme informado sobre el bar.

Salí de la cocina, dejando atrás sus miradas confusas. No podía hablar de citas a ciegas cuando mi cabeza estaba ocupada planeando cómo salvar un fantasma.

Apenas había salido al pasillo principal cuando un muro de perfume barato y laca me cortó el paso.

Mierda. Tasha.

Se interpuso en mi camino con la precisión de un misil teledirigido, bloqueando mi ruta hacia el bar. Llevaba unos shorts vaqueros tan cortos que eran indecentes y una camiseta de tirantes que dejaba poco a la imaginación. Era la hermana de Bones, uno de mis hombres, y llevaba años lanzándoseme encima como si yo fuera el último chupito de la noche.

—Presi... —ronroneó, apoyando una mano directamente sobre el parche de "President" de mi chaleco. Sus uñas, de un rojo chillón, rozaron el cuero—. Qué cara de pocos amigos traes esta mañana. Pareces tenso.

Aparté su mano de un manotazo, sin brusquedad, pero con finalidad.

—Ahora no, Tasha. Muévete.

Ella soltó una risita gutural, un sonido que me pareció vulgar. Se acercó más, obligándome a retroceder un paso o a tocarla, y ella sabía perfectamente que yo odiaba que me acorralaran.

—¿Por qué siempre tan frío conmigo, Sam? Todo el mundo sabe que soy tu favorita.

«Todo el mundo se equivoca, joder.»

Dejaba correr el rumor porque era más fácil que desmentirlo. Que el club pensara que me follaba a Tasha de vez en cuando mantenía a las demás groupies a raya. Pero la verdad era que nunca la había tocado.

No me malinterpretes. Entiendo a mis hermanos. Les encanta la fiesta, la atención fácil. Pero a mí, ese tipo de mujeres me daban grima. Buscaban el poder, el parche, no al hombre que había debajo. Tasha no me miraba a mí, miraba el puto chaleco.

Mi padre, Oliver, se habría revolcado en esto. Él sí que fue un mujeriego de manual. Tres hijos, tres mujeres diferentes, y no amó a ninguna. Nos dejó el club, pero fue Erin, la madre de Liv, quien nos crio. Quien nos dio un puto hogar y nos enseñó algo parecido al respeto. Y yo odiaba la falta de respeto.

—Te lo diré una vez, Tasha. Quítate de mi puto camino.

Mi voz no fue alta. Fue fría. Fue la voz del Presidente.

La sonrisa provocativa se congeló en sus labios pintados. La insinuación se evaporó y fue reemplazada por un atisbo de miedo. Bien.

Dio un paso rápido hacia un lado.

Pasé a su lado sin mirarla, dirigiéndome al bar. El hedor de su perfume se me pegó a la ropa y tuve que reprimir el impulso de limpiarme el chaleco donde me había tocado. Necesitaba un trago. Y después, necesitaba volver a esa floristería.

El pasillo que salía de la zona de desayuno se abría a la sala principal de la casa club, el corazón de mi territorio. Este complejo era mi mundo. El de Legend.

Mi padre, Oliver, lo levantó de la nada. Tuvo la inteligencia de no meterlo en un polígono industrial de mierda ni de aislarlo en el quinto coño. Estamos a las afueras de Chicago, lo bastante cerca para los negocios, lo bastante lejos para que no nos toquen las pelotas.

A esta hora de la mañana, la sala de estar principal estaba muerta. Solo se oía el zumbido de las neveras del bar al fondo y el murmullo de una tele encendida en la sala de juegos, donde un par de sofás de cuero esperaban la próxima partida de póquer.

Pasé de largo. Este edificio principal era el centro neurálgico. Aquí estaba la cocina industrial de la que acababa de salir, capaz de alimentar a todo el club. Y al fondo, el bar.

Pero lo más importante estaba escondido a plena vista. A un lado, La Capilla.

La puerta de roble estaba cerrada. Ahí es donde tomamos las decisiones de verdad, las reuniones secretas que implican sangre o mucho dinero. A su lado, dos despachos, el mío y el de Sexton, llenos de ordenadores y la documentación que Olivia mantenía bajo llave.

Y en la parte trasera del edificio, un laberinto de pasillos con dieciocho habitaciones básicas. Cubículos para los hermanos que estaban de guardia o que, simplemente, no tenían otro lugar adónde ir.

Empujé la puerta del bar. Estaba vacío, salvo por un prospecto que reponía botellas diligentemente.

—Café. Cargado —ordené, sin sentarme.

Mientras el chaval se apresuraba, mi mirada se perdió a través de la ventana del bar. Desde aquí se veía casi todo el complejo.

Directamente enfrente, el gran patio. Ahora estaba vacío, pero ahí era donde montábamos las fiestas, las barbacoas. El único sitio donde se permitía correr a los críos del club.

Y al otro lado del patio, la joya de la corona: el garaje.

Legend’s Customs. No éramos simples mecánicos; éramos putos artistas. Ahí es donde hacíamos la pasta de verdad. Construíamos motos personalizadas desde cero, y la gente pagaba fortunas por ellas. Ese negocio mantenía al club a flote y, sobre todo, legal.

Mi mirada se desvió hacia la izquierda, al edificio de ladrillo adjunto al principal. El búnker.

Allí estaban los apartamentos grandes. Allí no vivía cualquiera. Era para la élite: mi VP, Sexton; mi Sargento de Armas, Wolf; y mis lugartenientes de confianza, Iron, Bighorse y Pipper.

Y yo. Mi apartamento estaba en el último piso.

El prospecto me pasó la taza.

Le di un sorbo, el líquido amargo y caliente. Todo el complejo era una fortaleza. Mi fortaleza. Y ahora tenía que averiguar cómo esconder a una princesa de la mafia aquí dentro, sin que el resto del mundo, ni mis propios hombres, supieran por qué.

Joder.

◆ ◆ ◆

El prospecto acababa de rellenarme la taza cuando oí el ruido sordo de sus botas. Uno a uno, mi cúpula empezó a entrar en el bar, listos para la reunión semanal.

Sexton, mi Vicepresidente, entró primero. Alto, con barba canosa y la mirada de un contable cabreado. Era el cerebro y también mi mentor, sobre todo porque mi padre había sido un gilipollas egoísta que ignoraba a sus hijos. Detrás de él, Wolf, mi Sargento de Armas. Pelo negro largo recogido en una coleta, brazos como troncos de árbol y una calma letal. Era mi mejor amigo desde que éramos críos robando cervezas en este mismo sitio, cuando mi padre aún vivía. Su padre, mimbro del club, había muerto en extrañas circunstancia hacía más de una década. Mi padre jamás quiso contarnos qué había pasado. Así que esa era una deuda pendiente que el club tenía con Wolf.

Iron, Bighorse y Pipper les seguían. Mis lugartenientes. Los tíos que se ensuciarían las manos por mí sin pestañear.

—Joder, Presi, pareces un fantasma —dijo Wolf, dándome una palmada en el hombro que casi me saca el pulmón. Su voz era grave, pero siempre había un punto de humor en ella.

No le devolví la sonrisa.

—A la Capilla. Todos.

No hizo falta decirlo dos veces. El ambiente pasó de la camaradería matutina a un silencio tenso y profesional. Uno por uno, cruzaron la sala y entraron por la puerta de roble. Entré el último y cerré.

La Capilla no tenía nada de sagrado. Era una habitación sin ventanas, insonorizada y dominada por una enorme mesa de madera de roble que mi padre había conseguido hacía treinta años en la reserva nativa en la que Erin había nacido. Otra historia enigmática que mi padre jamás explicó. El aire estaba viciado, olía a humo rancio y a polvo.

Nos sentamos, yo en la cabecera, bajo el logo de Legend pintado en la pared.

—Bien —dije, mi voz retumbando en la pequeña habitación—. Empecemos. Sexton.

Mi VP asintió, abriendo un portátil.

—Patrullas de la semana pasada: sin incidentes. Las calles están limpias. La nueva norma de "cero mierda" está funcionando, la escoria que vendía fenta en la zona oeste se ha largado. —Levantó la vista—. Los bares van bien. The Piston Run está dando beneficios sólidos. El taller de la ciudad también. Olivia está revisando los números del bar del complejo, por si acaso, pero todo parece en orden.

Asentí. Mi política era clara: Legend no toca las drogas ni la prostitución. Mantenemos nuestro territorio limpio. Que otros clubs se ahoguen en esa mierda. Nosotros construimos motos y

regentamos bares. Bueno, y rompemos piernas cuando es necesario para mantener nuestras calles limpias.

—Wolf, ¿armas?

—Todo en orden. El inventario está completo. Sin novedades. Aunque nos vendría bien mejorar nuestro stock de chalecos antibalas.

—Bien, habla con los rusos —sugerí —. Tienen mierda nueva interesante.

Uno por uno, los demás dieron sus informes. Todo rutina.

Cuando terminaron, el silencio se apoderó de la sala. Todos me miraban. Sabían que había algo más.

Apoyé los antebrazos en la mesa.

—Hay un asunto nuevo. Ha surgido un problema que requiere... discreción. Hay una mujer en el centro, Bianca Peretti. Trabaja en la floristería Wild Bloom.

Sexton frunció el ceño. —¿Un problema? ¿Qué ha hecho?

—No ha hecho una puta mierda —gruñí—. Está huyendo de un problema en Nueva York. Un problema de familia. Uno que no puede manejar sola.

—¿Y? —preguntó Iron—. Le damos dinero, la mandamos a otro sitio.

Negué con la cabeza.

—No. Su familia es... complicada. Tienen recursos. La están buscando. —Tragué saliva, odiando la sensación de no tener el control total de la información—. Dominic Vance nos pidió que la vigiláramos hace un tiempo. Conocéis mi relación con su hermano Asher. El club le puso sombras. Trabajo de prospectos.

Hubo murmullos de comprensión. La deuda con Asher Vaughn, el compañero de mi unidad de élite, era sagrada.

—La situación ha cambiado —continué—. A partir de hoy, esa vigilancia se eleva. Voy a encargarme yo personalmente de su protección. Voy a ser su sombra.

Silencio. Un silencio de pura confusión. El Presidente no hace de puta niñera. Eso era algo que todos sabían y respetaban.

—Sam —dijo Sexton, con cautela—, tenemos prospectos para eso. O podemos asignar a Bighorse. ¿Tú?

—He dicho que me encargo yo. —Mi voz fue un látigo—. Ella es intocable. Si alguien que no sea yo se acerca a ella, me informáis. Si alguien pregunta por ella, no sabéis una mierda. ¿Entendido?

Todos asintieron, aunque la confusión era palpable.

Levanté la mirada y me encontré con los ojos de Wolf. Él no parecía confundido. Parecía jodidamente divertido. Me conocía demasiado bien. Sabía que había algo más. Sabía que el presidente de Legend no se convertía en el guardaespaldas personal de una florista a menos que hubiera una puta bomba atómica a punto de estallar.

O a menos que el presidente estuviera perdiendo la cabeza.

—Bien. Largo de aquí —ordené, levantándome—. Tengo trabajo que hacer.

Salieron en silencio, pero sentí la mirada de Wolf clavada en mi espalda hasta que la puerta se cerró.

Los demás salieron de La Capilla en silencio, pero Wolf se quedó atrás. Sabía que lo haría. Salí de la habitación, de vuelta a la zona del bar, y él me siguió. El prospecto se había esfumado. Estábamos solos.

Sentí su mirada clavada en mi nuca mientras me servía otro café. No lo necesitaba, pero me daba algo que hacer con las putas manos.

—Vale, gilipollas —dijo Wolf, su voz grave rompiendo el silencio. Se apoyó en la barra, cruzando los brazos. La imagen de un Sargento de Armas en reposo—. Ahora suéltalo de verdad.

—No hay nada que soltar. Ya has oído la orden.

—He oído al presidente —replicó al instante—. Ahora quiero hablar con Sam. No te conviertes en la sombra de una civil por un favor. ¿Quién coño es ella? ¿Una antigua compañera de cama?

Mi mano apretó la taza.

—No me jodas, Wolf. Sabes que no mezclo esa mierda.

—Entonces, ¿qué es? —presionó, su mirada intensa—. Una familia complicada. Lo has dicho como si nada, Sam. ¿De qué estamos hablando exactamente? ¿Ricachones? ¿O la Mafia?

Mi cabeza se levantó de un latigazo y me lo quedé mirando fijamente. Wolf comprendió al instante de qué iba todo aquello.

—Es la hermana de un hombre con el que serví. Uno bueno.

—¿Pensé que Asher y tú eráis los únicos supervivientes de vuestra unidad?

—No es Asher. Antes de la unidad de élite estuve cuatro años en los Marines —Me froté la nuca, el puto fantasma de la guerra siempre presente—. Sandro Malavolta. Le debo una.

Wolf soltó un silbido bajo.

—Malavolta. Joder, Sam. ¿Su hermana? ¿Estás loco?

—¡Ya basta! —gruñí, girándome para enfrentarlo, harto de su interrogatorio—. No te pago para que seas mi puto psicólogo. Te pago para que mantengas a este club seguro. Y ahora mismo, esta mujer es asunto del club.

Sus ojos azul cielo me sostuvieron la mirada. No se inmutó.

—Solo te cubro las espaldas, hermano.

La rabia se desvaneció, reemplazada por el peso de la responsabilidad. Tenía razón.

Suspiré.

—Escucha. No puedo darte los detalles. Ni siquiera yo los tengo todos. Pero ella es inocente en toda esta mierda. —Tragué saliva, odiando la emoción que se filtraba en mi voz—. A partir de ahora, quiero que pienses en ella como si fuera de la familia.

—Sam...

—Hablo en serio. —Lo señalé—. Si yo no estoy, si le pasa algo, la proteges. La proteges como protegerías a Olivia. Como protegerías a Raven.

La diversión desapareció de la cara de Wolf. La gravedad de mis palabras lo golpeó como un puñetazo. Poner a una extraña al nivel de mis hermanas era la puta alerta roja más alta que podía activar.

Su expresión se endureció, pasando de amigo a Sargento de Armas en un latido.

—Entendido, Presi. —Asintió una vez—. Como si fuera mi propia sangre. Tienes mi palabra.

—Bien. Porque...

La puerta del pasillo se abrió de golpe, y una ráfaga de sol y energía entró en el bar.

—¡Buenos días, amargados!

Raven entró, con su bolso colgado del hombro y una carpeta rosa bajo el brazo, lista para irse a clase. Solo le quedaban semanas para acabar sus estudios. Y estaba jodidamente orgulloso de ella.

La tensión se rompió como un cristal. Wolf se giró hacia ella, y el asesino dio paso al hermano mayor.

—¡Princesa! —dijo Wolf, con una sonrisa genuina—. ¿Lista para ir a domar a esas pequeñas bestias?

—¡Oye, no les llames bestias, Theodore! —Raven le dio un golpecito juguetón en el brazo mientras pasaba a coger una botella de agua de la nevera, sabía que Wolf odiaba con todas sus entrañas su nombre completo—. Son niños adorables. Alguien tiene que enseñarles a leer, ya que vosotros, brutos, apenas sabéis juntar dos frases.

—Este bruto sabe leer los números de las cuentas bancarias, enana —dijo Wolf, riendo.

—¡No me llames enana! —protestó ella, aunque se reía—. Adiós, Sam. Intenta ser... sociable. ¡O algo!

La vi salir, y por un segundo, la vi a ella. Bianca. En la tienda.

Wolf debió notar mi distracción.

—Como Raven, ¿eh? —murmuró, su voz volviéndose seria de nuevo—. Estás jodido, hermano.

—Cierra la puta boca —gruñí, cogiendo mi chaleco—. Tengo que ir al centro.

◆ ◆ ◆

Una hora. Llevaba una puta hora dando vueltas por el centro, fingiendo que estaba patrullando.

Era una excusa de mierda.

El ruido sordo de mi Harley era lo único que mantenía a raya el zumbido en mi cabeza. El soldado en mí, el táctico, el de operaciones secretas, me gritaba que estaba comprometiendo la misión. El presidente me decía que tenía un club que dirigir.

Pero el hombre solo quería volver a esa tienda.

Aparqué la moto a media manzana de Wild Bloom, donde no pudiera verme desde la ventana. Me quité el casco, pasándome una mano por el pelo. ¿Qué coño estaba haciendo? Iba a entrar. ¿Para qué? Quién coño lo sabía.

Necesitaba verla de nuevo. Necesitaba asegurarme de que la mujer que vi ayer era real, y no un puto fantasma fabricado por mi cerebro jodido por la guerra.

Empujé la puerta y el tintineo de la campanilla me dio la bienvenida.

Olía a tierra mojada y a flores. Un contraste brutal con el olor a cerveza rancia y cuero de mi casa club.

Ella estaba de espaldas, tarareando en voz baja mientras cortaba los tallos de unas rosas de color rosa pálido.

Aclaré la garganta.

Se giró, y sus manos se detuvieron a medio corte. Sus grandes ojos castaños se fijaron en mí. Vi el reconocimiento instantáneo. Y luego, algo más. No estaba asustada, me analizaba. Me estaba midiendo.

—Hola de nuevo —dijo, su voz tan serena como la recordaba. Dejó las tijeras sobre el mostrador de metal—. Has vuelto pronto.

¿Te ha matado las flores tu novia tan rápido?

Me pilló con la guardia baja. Una sonrisa casi imperceptible tiró de la comisura de mi boca.

—No tengo novia. Y las flores eran para mi hermana.

—Oh. —Se sonrojó ligeramente, un color rosa pálido que le sentaba jodidamente bien—. Lo siento, he sido...

—Directa. Está bien. —Me acerqué al mostrador, pero mantuve la distancia. Vi cómo sus nudillos se ponían blancos donde agarraba el borde de la mesa—. Vengo a... —Me quedé en blanco. No tenía excusa.

«Piensa, joder».

Mi mirada se posó en una fila de plantas de aspecto extraño en la estantería de la ventana.

—Necesito una planta —solté.

Su ceño se frunció, y la tensión en sus manos pareció relajarse un poco, reemplazada por la confusión.

—¿Una planta?

—Sí. Para mi despacho. Es un puto búnker. Necesito algo que no se muera.

Una pequeña sonrisa, una de verdad esta vez, apareció en su cara. Y joder, esa sonrisa me golpeó con más fuerza que un puñetazo.

—¿Algo que no se muera? —repitió, con un toque de diversión—. O sea, algo que tolere la negligencia, la oscuridad y probablemente la falta de agua. Entendido.

Se movió, no hacia mí, sino en paralelo, dirigiéndose a la estantería. Mantuvo la distancia, pero no retrocedió. Era lista.

—Te recomiendo una lengua de suegra —dijo, señalando una planta alta con hojas puntiagudas—. Son casi indestructibles. Filtran el aire y no les importa si te olvidas de ellas durante semanas.

—Dura —dije, más para mí que para ella.

—Mucho. —Volvió a mirarme, y su sonrisa juguetona se encontró con mi intensidad. El aire se cargó de electricidad—. Sobreviven a todo.

Nos quedamos mirando un segundo de más. Ella fue la primera en apartar la mirada, volviendo a su mostrador. Su serenidad era su armadura, y yo acababa de encontrar una grieta.

—¿Te la envuelvo? —preguntó, volviendo a su tono profesional.

Negué con la cabeza.

—Volveré a por ella. Tengo... trabajo que hacer.

—Patrullando —dijo ella, casi en un susurro.

Mi cabeza se levantó de golpe.

—¿Cómo sabes eso?

—Tu chaleco. —Señaló con la barbilla—. Y he visto tu moto aparcada por aquí más de un día. Eres fácil de notar, Sam.

«Mierda». Me había llamado Sam. Había leído el parche de mi chaleco.

Y ella me había estado observando a mí.

No dije nada. Solo asentí una vez y me di la vuelta.

—Que tengas un buen día —dijo su voz serena a mi espalda.

Salí de la tienda, el tintineo de la campana persiguiéndome. Mierda. Ella no solo era dura como la "lengua de suegra". Era inteligente. Y me había pillado vigilándola.

Esto iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

Me subí a la moto, el motor cobrando vida con un rugido sordo. Necesitaba aire. Necesitaba pensar.

Me había calado. «Eres fácil de notar, Sam».

Aceleré, metiéndome en el tráfico de la tarde, dejando que el instinto se hiciera cargo de la conducción mientras mi cerebro, el estratega, analizaba la misión. Esta situación era un puto desastre táctico.

La idea de ponerle sombras 24/7 era una basura. Imposible de mantener. Mis hombres eran buenos, pero no eran invisibles. Y yo tenía un club que dirigir, negocios legales que atender y dos bares que supervisar. No podía pasarme el puto día fingiendo que compraba flores.

El problema era ella. Era inteligente. No era una damisela asustada que aceptaría protección a ciegas.

¿Cómo coño la protegía sin revelarlo todo? No podía decirle que conocía a su hermano. No podía decirle que la mafia, su propia familia, la estaba cazando. Huiría. Desaparecería antes de que pudiera parpadear, pensando que yo era parte del problema.

Patrullé por los barrios exteriores, el viento golpeándome el pecho, tratando de encontrar claridad en el ruido.

La única forma de garantizar al cien por cien su seguridad era tenerla en mi territorio. Dentro del complejo.

Ahí estaba rodeado de mis hombres, de mi gente. Ahí tenía ojos en todas partes. Sería mucho más fácil si viviera en la casa club.

Pero la idea era una mierda.

No podía llevar a una civil, y menos a una mujer como ella, a vivir al complejo. Era la puta boca del lobo. Las conejitas la verían como una amenaza. Los hermanos sin ataduras la verían como un objetivo, por mucho que yo diera órdenes. Sería un puto caos. No tendría respeto. No tendría autoridad. Sería una prisionera en una fortaleza.

Frené de golpe en un semáforo, el chirrido de mi rueda trasera cortando el aire.

A menos que...A menos que no fuera una civil. A menos que no fuera una invitada.

Joder. La idea golpeó mi cerebro como una puta revelación. Fría, lógica y absolutamente demente.

«Esposa».

Si Bianca Malavolta fuera mi esposa. Mi Old Lady.

Si llevara mi apellido, aunque fuera falso, y mi anillo, tendría el respeto automático de todo el puto club. Sería la Reina. Intocable. Cada hermano de Legend se convertiría en su guardaespaldas personal. Podría vivir en mi apartamento, dentro del perímetro seguro, y nadie se atrevería a hacerle una puta pregunta.

Era una solución perfecta. Un matrimonio de conveniencia.

Sería temporal, por supuesto. Solo hasta que Sandro hiciera su movimiento, hasta que derrocara al Don y limpiara la mierda en Nueva York. Cuando ella estuviera a salvo y su hermano tuviera el control, anularíamos todo y ella podría ser libre.

Giré la moto bruscamente, el plan formándose en mi cabeza. Era una locura. Era frío. Era puramente táctico. Y era la única puta opción que tenía.

Ahora solo tenía que convencerla.

CAPITULO 2

Bianca

Mis manos se movían con una seguridad que rara vez sentía fuera de esta tienda. Estaba tejiendo ramas de pino plateado, eucalipto y rosas blancas de invierno en una guirnalda espesa. El aroma era limpio, frío y calmante.

Los grandes eventos eran mi especialidad.

Brynn estaba a mi lado, en la gran mesa de trabajo de la trastienda de Wild Bloom, preparando los centros de mesa para una boda de invierno. Su presencia era tan calmante como las flores. Brynn era el tipo de persona que irradiaba calidez, una superviviente que había convertido su dolor pasado en sabiduría y amabilidad.

—De verdad, B, eres una artista —murmuró Brynn, atando un lazo de terciopelo color burdeos—. Salvaste esta boda. La clienta estaba histérica hasta que le enseñaste tus bocetos.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mi cara.

—Me gusta cuando las cosas encajan. Me gusta el orden.

—Tienes un talento natural para esto. ¿Seguro que no te dedicabas a esto antes?

La pregunta era inocente, pero me tensó. Me concentré en la guirnalda.

—Mi familia... celebraba grandes eventos a menudo. Cenas, fiestas. Supongo que aprendí observando. —Hice una pausa, mi cuchillo recortando un tallo con un chasquido limpio—. Yo solía ayudar con la decoración. Era la única parte que podía soportar.

Brynn dejó de trabajar por un segundo. Su radar para el dolor era infalible.

—¿La única parte?

Asentí, mi mirada perdida en las rosas blancas. Eran del mismo color que las que crecían en el jardín de mi madre.

—Mi madre murió hace años. Una enfermedad larga. Yo la cuidé hasta el final. —La recordaba, frágil en aquella cama enorme, su mano temblando en la mía—. Ella era suave. Las fiestas eran lo contrario. Eran ruidosas y llenas de hombres desagradables.

—¿Y tu padre? —preguntó Brynn, en voz baja.

El Don. Tragué saliva, el sabor amargo de la obediencia y el castigo llenando mi boca.

—Mi padre no era un hombre bueno. —Esa era la mentira más grande y, a la vez, la verdad más simple que podía decir.

Brynn me puso una mano en el brazo. Sus ojos, amables y sabios, se encontraron con los míos.

—Mi exmarido tampoco lo era.

El aire cambió. Ya no éramos la jefa y la empleada. Éramos dos mujeres que compartían la misma cicatriz invisible.

Aparté la mirada, incapaz de soportar tanta compasión. Mis manos temblaron ligeramente al coger otra rosa.

—Él... —empecé, la voz apenas un susurro—, él creía que yo era una propiedad. Algo que podía marcar y... y regalar.

El silencio de Brynn fue absoluto. Sabía que ella entendía el peso de esas palabras.

—Había un hombre... —continué, forzándome a hablar, necesitando que alguien en este mundo supiera una pizca de la verdad—. Un compromiso arreglado. No era... no era consentido. Él estaba obsesionado. Quería asegurarse de que nadie más... de que yo supiera a quién pertenecía.

Brynn soltó las tijeras.

—Bianca... —Su voz estaba rota, no por la lástima, sino por el reconocimiento. Su propio exmarido la había maltratado y abusado, la había roto hasta que Dominic la encontró.

—Estoy bien —mentí, aunque la verdad es que, con ella, casi lo estaba—. Hui antes de que pudiera... antes de la boda.

Brynn rodeó la mesa y me abrazó. No fue un abrazo de lástima. Fue un abrazo de fuerza. De supervivencia.

—Estás a salvo aquí, B —susurró, su voz ferozmente protectora—. Te lo prometo. Nadie volverá a ponerte una mano encima mientras yo esté aquí.

Me aferré a ella por un segundo, inhalando el aroma a tierra y flores de su ropa. Era la primera vez que compartía una parte de la oscuridad. Y por primera vez, no me sentía sucia. Me sentía vista.

Nos separamos, y rápidamente sequé la humedad de mis mejillas, volviendo a ponerme la máscara de serenidad. Brynn me dio una última sonrisa de apoyo antes de volver a sus propios centros de mesa.

—Bueno, basta de dramas por hoy —dijo Brynn, su tono volviéndose más ligero—. ¿Qué planes tienes para el fin de semana?

—¿Planes? —repetí, casi riéndome. Mi único plan era sobrevivir al día siguiente—. Trabajar mañana, y luego probablemente leer y evitar al mundo.

Brynn puso los ojos en blanco.

—Eso no es un plan, B. Es hibernar. Tess, Sienna y yo vamos a ir al *Vinyl* el sábado por la noche. Julie estará también con una amiga Noche de chicas. Música, unos chupitos, bailar un poco. Deberías venir.

—Oh, no lo sé, Brynn... —empecé a decir. Las multitudes, los bares, no era mi ambiente.

—Piénsatelo —insistió. —No puedes pasarte la vida escondida entre estas cuatro paredes. Necesitas divertirte.

Sonreí, pero no me comprometí.

—Lo pensaré.

Seguimos trabajando en silencio durante unos minutos, el único sonido era el de las tijeras y el crujido del papel de seda. Mi mente, sin embargo, no estaba en las flores. Estaba al otro lado de la calle.

—Brynn —dije, tratando de sonar casual—. Esos hombres en moto... ¿los que a veces están aparcados enfrente?

Brynn levantó la vista, siguiendo mi mirada hacia la ventana. No había nadie ahora, pero ambas sabíamos a quién me refería.

—Ah, sí. Los moteros —dijo, sin ninguna preocupación en su voz.

—¿No te... incomodan?

Brynn se rio.

—¿Ellos? No. Son del MC Legend. Son familia, más o menos. Son amigos muy íntimos de Asher y los chicos.

El nombre del motero que había entrado aquí era Sam.

—¿El hombre que entró ayer... el que tiene el parche de "Presidente"?

—¿Sam? —La sonrisa de Brynn se ensanchó, volviéndose un poco pícara—. Oh, sí. Ese es Sam Tucker. Es... intenso, ¿verdad?

Asentí, mi garganta repentinamente seca.

—Estuvo en el ejército con Asher —continuó Brynn, ajena a mi repentina tensión—. En la misma unidad de élite. Se salvaron la vida mutuamente un montón de veces. Dominic dice que Legend, a veces, les proporciona seguridad a él y a la familia cuando las cosas se ponen... complicadas. Son la mejor seguridad privada de la ciudad, si puedes pagarlos. O si les debes un favor. Sam fue quién ayudó a Asher a rescatar a Winona hace meses.

La mención de u pequeña niña, dulcificó la expresión de Brynn, pero yo me había quedado atrapada en una palabra.

«Seguridad»

La palabra resonó en mi cabeza. El motero que me había estado vigilando no era un acosador. Era seguridad.

Pero ¿seguridad para quién? ¿Para la tienda? ¿Para Brynn?

¿O para mí?

◆ ◆ ◆

El sábado llegó con una sensación de calma que casi había olvidado. Mi pequeño apartamento, mi santuario, estaba inundado por la suave luz del sol de invierno. Había música sonando, algo de jazz suave que Brynn me había recomendado, y el aire olía a salsa de tomate y albahaca.

Estaba cocinando. Comida casera. Simple pasta. Ahora cocinaba para mí, porque me apetecía, no porque fuera una orden. Me hacía sentía segura. En paz.

Mi teléfono, cargando sobre el mostrador, empezó a sonar. No vibrar. Sonar.

Me congelé, con la cuchara de madera a medio camino de la olla. El acuerdo con Sandro era claro: solo mensajes. Mensajes cortos, crípticos. Las llamadas se podían rastrear.

Miré el nombre en la pantalla.

Sandro

Mi corazón se disparó. Dejé que sonara. Uno, dos, tres tonos. Se detuvo. Solté el aire. Quizás había sido un error. Un segundo después, volvió a sonar. Insistente.

Mierda.

Sequé mis manos en un trapo. Si llamaba dos veces, era una emergencia de nivel apocalíptico. Crucé la cocina y descolgué, mi voz apenas un susurro.

—¿Estás loco?

—*Bianca. Ascolta.* (Escucha.) —La voz de Sandro era breve, tensa y llena de una preocupación que rara vez mostraba.

—No podemos...

—*Sta arrivando.* (Está llegando.) —me cortó—. *B, mi dispiace.* Lo siento. Papá sabe que estás en Chicago.

El suelo desapareció bajo mis pies. El olor a albahaca se volvió agrio.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—No lo sé. Sus hombres están preguntando, removiendo la mierda. Todavía no tienen tu ubicación exacta, pero es cuestión de tiempo.

El pánico, ese viejo y frío amigo, comenzó a trepar por mi espalda. Mi mirada se disparó hacia la puerta principal, comprobando por instinto que el cerrojo estaba puesto.

—Tengo que irme —susurré, la mochila de huida en mi armario llamándome—. Voy a desaparecer.

—¡No! —Su orden fue tan brusca que me hizo retroceder—. No te muevas. No estás sola en esto.

—Sandro, no entiendes...

—¡Tú, no entiendes, Bianca! Me estoy moviendo. El plan está en marcha. Pero mientras tanto, tienes protección. Tengo a alguien allí. Un amigo.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo?

—Un hermano de armas. Alguien en quien confiaría mi puta vida. Se llama Sam Tucker. Lo has visto.

El aire salió de mis pulmones. Sam. El motero. El del parche de "Presidente". La mirada intensa y el coqueteo torpe. La seguridad de la que hablaba Brynn.

—Ha... ha estado por aquí.

—Bien. Le he pedido que te vigile. Que te proteja. Sam ha prometido hacerlo. Es el Presidente de un MC, el Legend. Estarás a salvo con él. Nadie se atreve a joder con ellos. Tengo que irme. Te quiero.

Colgó.

Me quedé mirando el teléfono, inmóvil. La salsa de tomate empezó a burbujear con demasiada fuerza en el fuego, pero no me moví.

Un sentimiento frío y agudo, más afilado que el miedo, me atravesó.

«Le he pedido que te vigile»

La decepción fue tan intensa que me mareó.

Todo había sido una farsa. La forma en que me miró en la tienda, su torpeza, esa extraña electricidad entre nosotros... no era real. No estaba interesado en mí. Estaba cumpliendo un puto favor para su amigo del ejército. Yo no era una mujer; era un paquete que le habían encargado vigilar.

Me sentí estúpida. Usada.

Y luego, el segundo golpe me alcanzó.

«Papá sabe que estás en Chicago»

El miedo volvió, frío y absoluto. Mi pequeño apartamento, mi santuario, de repente se sintió como una trampa de cristal.

La salsa de tomate se quemó en el fondo de la olla. Apagué el fuego, pero el olor acre llenó la cocina. Mi santuario ya no olía a albahaca; olía a fracaso.

El apartamento, mi lugar seguro, ahora se sentía como una celda con ventanas.

No cené. No me moví. Las horas pasaron mientras la luz del sol desaparecía y las sombras se alargaban en la habitación. Finalmente, el agotamiento me venció. Ni siquiera llegué a la cama. Me acurruqué en el sofá, cerrando los ojos contra el terror que me esperaba fuera.

Y entonces, el terror vino desde dentro.

El sol es cálido. Estoy en el jardín de la mansión Malavolta. Soy pequeña, quizás seis o siete años. Las rosas de mi madre están por todas partes.

Entonces, oigo un grito.

Viene de la casa. Un grito de dolor de mi madre.

Corro hacia la biblioteca, mis pequeños pies tropezando con la hierba. La puerta está abierta. Varios de los hombres de mi padre están allí, bloqueando la entrada. No me ven.

Miro entre sus piernas.

Mi madre está en el suelo. Su ropa está rasgada, y tiene sangre en el labio. Mi padre está de pie junto a ella, su rostro es una máscara de furia. No entiendo lo que pasa, solo sé que el hombre que debía protegerla le ha hecho daño.

El escenario se disuelve. El olor a rosas es reemplazado por el olor a cuero viejo y al tabaco de mi padre.

Estoy en el coche. El chófer conduce. Vamos a casa de los Volpetti a cenar. Tengo diecinueve años.

En la casa Volpetti, Carlo me sonríe. Sus ojos son como los de un tiburón, muertos.

—Bianca, tesoro. Tienes que ver mi colección de arte en el ático.

—No, gracias, Carlo. Prefiero quedarme aquí. —Mi voz es educada, pero mi corazón golpea mis costillas. No quiero estar a solas con él.

Me giro hacia mi padre buscando ayuda.

—No seas maleducada, Bianca —dice el Don, su voz baja y amenazante—. Haz lo que te dice. Ve con él.

Es una orden. Me obliga.

El ático es polvoriento y huele a humedad. No hay arte. Solo cajas viejas.

La puerta se cierra detrás de mí. El sonido del cerrojo. Carlo me está sonriendo.

—Siempre tan rebelde, mia cara. Crees que eres mejor que yo.

Intento gritar, pero él es rápido. Me agarra. Hay cuerdas. Ata mis manos a la pared, tirando de ellas por encima de mi cabeza.

—¿Qué haces? ¡Carlo, basta!

Él saca algo de su bolsillo. Brilla bajo la única bombilla que cuelga del techo. Un abrecartas de plata, afilado.

—Solo una marca —susurra, su aliento caliente en mi oído—. Para que nunca olvides a quién perteneces.

Siento el frío del metal contra mi piel, justo en la cara interna del muslo.

Y luego, el dolor. Agudo, ardiente.

Grito. Él presiona más fuerte. Siento la sangre correr por mi pierna. Lo hace de nuevo. Dos líneas. Y luego, en el otro muslo. Dos más.

Cuando termina, apaga la luz.

—Buenas noches, prometida.

Me quedo allí. Sola. Atada en la oscuridad. Toda la noche.

¡No!

Me despierto con un grito ahogado, mi propio grito. Estoy empapada en sudor, temblando tan violentamente que los cojines del sofá caen al suelo.

Estoy en mi apartamento. Estoy en Chicago. Estoy a salvo.

Pero el miedo sigue ahí. El Don se acerca. Miro mis manos, libres. Flexiono los dedos, sintiendo el control volver a mi cuerpo.

Respiro hondo, forzando al pánico a retroceder. El terror de la pesadilla se convierte en mi vieja armadura: la voluntad de acero.

Él me ató y mi padre me ató a él.

No volverá a pasar. Me lo recuerdo a mí misma, una promesa grabada en mi alma. No permitiré que me vuelvan a atar. Ni literalmente. Ni figuradamente.

Nunca más.

CAPITULO 3

Sam

Mi despacho en la casa club es un puto búnker. Paredes de hormigón, un escritorio de madera oscura que pesa una tonelada y ni una sola foto. Solo necesito que sea funcional. El plan que había trazado en la moto era frío, lógico y funcional.

Y ahora tenía que contárselo a Olivia.

La llamé y cerró la puerta al entrar. Se sentó frente a mi escritorio sin saludar, con los brazos cruzados. Mi hermana nunca se andaba con rodeos.

—Estás en modo presidente, Sam. ¿Qué pasa? ¿Son los números del bar?

—Los números están bien. —Me recliné, juntando las manos sobre el escritorio—. Es sobre la mujer que estoy vigilando. Bianca.

Sus ojos ámbar se entrecerraron.

—La florista. ¿Qué pasa con ella?

Fui directo al grano.

—Su padre es el Don de la *Cosa Nostra* en Nueva York. La está buscando para casarla con un sociópata. Su hermano, un antiguo contacto mío, me ha pedido que la proteja. El Don ya sabe que está en Chicago. No tiene la ubicación exacta o el nombre bajo el que se esconde. Pero es cuestión de tiempo.

Olivia absorbió la información sin inmutarse. Ella era una Tucker, joder.

—Vale. Terreno peligroso. ¿Qué hacemos? ¿La sacamos de la ciudad?

—Imposible. Huiría. No confía en mí. Y no puedo ser su sombra 24/7. —Hice una pausa, soltando la bomba—. Necesito que esté aquí, en el complejo. Pero no puedo traerla como una invitada.

—No —dijo ella, entendiendo al instante—. La devorarían.

—Exacto. —La miré fijamente—. Así que me voy a casar con ella.

El silencio que cayó en el despacho fue absoluto. Olivia ni siquiera parpadeó. Solo me miró, como si estuviera procesando una ecuación matemática jodidamente complicada.

Finalmente, soltó una carcajada. Una risa seca, sin humor.

—Estás de puta broma.

—Es un matrimonio falso. De conveniencia. Es la única forma de darle el estatus de Old Lady, la única forma de que todo el club la proteja como si fuera de la familia. Es temporal.

Olivia se levantó de la silla y empezó a pasear. Mierda. Cuando Liv pasea, es que estoy en problemas.

—Sam, ¿te estás oyendo? —Su voz era tensa—. ¿Un matrimonio falso con la princesa de la *Cosa Nostra*? ¡Es el peor puto plan que he oído en mi vida!

—Es el único plan.

—¡No lo es! —Se giró, sus ojos echando chispas—. ¿Has pensado en nuestros aliados? ¿Has pensado en Maksim Volkov? A los rusos no les gustan las sorpresas. Y Volkov odia a la *Cosa Nostra*. Si se entera de que estamos jugando a las casitas con la hija del Don, va a pensar que estamos cambiando de bando. Por no hablar de tus hermanos del club. Para que ellos la protejan como dices vas a tener que ocultar que es un matrimonio falso. Cuando se enteren su confianza en ti se tambaleará.

—A Volkov no tengo que darle explicaciones —ignoré la parte en que tenía mentir a todo el club.

—¡Claro que sí, joder! —exclamó—. Y peor aún... ¿qué pasa si el Don se entera? Si descubre que la tienes, y que has montado esta farsa... ¡empezará una puta guerra con nosotros!

—El Don no se va a enterar de que es falso. Ese es el puto objetivo, Liv.

Ella se detuvo y se apoyó en mi escritorio, su rostro de repente perdiendo toda la furia. Fue reemplazada por algo que odiaba mucho más: la preocupación.

—Me importa una mierda Volkov. Y me importa una mierda el Don.

—Liv...

—Estoy preocupada por ti, idiota. —Su voz se suavizó—. Por tu estúpido y noble corazón.

Resoplé.

—No tengo corazón. Esto es un plan de protección, frío y calculado. Nada más.

—Claro que sí. —Se rio con tristeza—. Dices que es temporal. Dices que es una táctica. Pero te conozco, Sam. ¿Qué va a pasar cuando te des cuenta de que "el plan frío y calculado" respira y duerme en tu cama? ¿Qué va a pasar cuando ella se vaya?

—No me va a joder la cabeza. Es una misión, Olivia. Proteger el objetivo.

Olivia negó con la cabeza, recogiéndose el pelo castaño.

—No sabes mentir. No a mí. —Se dirigió a la puerta—. Es un plan de mierda, Sam. Pero veo que ya lo has decidido. —Abrió la puerta —. Solo intenta no salir herido en el proceso.

Se fue, dejándome solo con mi plan "perfecto". Y con la puta sensación de que, por una vez, mi hermana podría tener razón.

◆ ◆ ◆

Ignoré la preocupación de mi hermana, la aparté y la encerré en la misma caja donde guardaba la guerra y toda la demás mierda que no podía permitirme sentir. El plan era sólido. Frío, lógico y necesario.

No había tiempo para dudar. El Don estaba cerca.

Me subí a la moto y conduje por la ciudad, no como un hombre que patrulla, sino como un soldado que va a entregar un ultimátum.

Toqué la puerta de su apartamento. No había vuelta atrás.

Cuando abrió, la mujer que me recibió no era la misma de la floristería. La serenidad se había convertido en una armadura de hielo. Sus ojos, normalmente analíticos y tranquilos, ahora ardían con una furia fría que me pilló totalmente desprevenido.

Estaba más fría que el puto invierno de Chicago.

—¿Qué quieres? —dijo, su voz cortante. Ni siquiera me invitó a entrar, simplemente se apartó de la puerta, esperando que la siguiera.

Entré. El apartamento era pequeño, olía a comida quemada. Algo había pasado.

—Tenemos que hablar —dije.

—Ah, ¿sí? ¿Sobre qué, Sam? —escupió mi nombre como si fuera veneno—. ¿Sobre las flores? ¿O sobre el hecho de que eres un puto mentiroso?

Me giré, mi instinto de soldado activándose. Esto no era una conversación, era una emboscada.

—No sé de qué...

—¡No me mientas! —gritó, y me sorprendió la fuerza de su voz—. Hablé con Sandro.

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—Me lo contó todo. —Se paseó por la pequeña sala de estar, vibrando de rabia—. El "favor". La "protección". ¡Toda esa puta mierda de coqueteo en la tienda era una farsa!

—Bianca...

—¿Por qué no me lo dijiste? —Se enfrentó a mí, sus ojos clavados en los míos, sin miedo—. ¿Por qué no fuiste honesto? ¿Por qué no me dijiste que conocías a mi hermano?

Estaba decepcionada. Joder, estaba dolida. Y por alguna razón, eso me golpeó más fuerte que su rabia.

Activé el modo Presidente. A la mierda las emociones. A la mierda la sutileza. Ella necesitaba la verdad, la verdad cruda.

—Porque estabas a salvo. Ya no lo estás. —Fui al grano—. Tu padre sabe que estás en Chicago.

Su rostro palideció. El fuego de su rabia se atenuó, reemplazado por el miedo crudo y descarnado. Pero ella se mantuvo firme.

—Me iré. Desapareceré.

—¡No seas estúpida! —gruñí—. No puedes huir de él. Tiene hombres por todas partes. Es cuestión de tiempo que te encuentren.

—¿Y qué coño sugieres tú, eh? ¿Ser mi protector? ¿El gran motero cumpliendo un favor?

—No —.Di un paso hacia ella—. Ponerte sombras no es suficiente. Necesito tenerte donde pueda controlarlo todo. En mi complejo.

Ella se rio, un sonido amargo.

—¿Encerrarme?

—Protegerte. —Me estaba quedando sin paciencia—. Pero no puedo llevarte allí como una invitada. No te respetarían. Serías un objetivo.

Ella me miró, confundida.

—¿Entonces?

Solté la bomba. Frío. Práctico. Como arrancar una tirita.

—Cásate conmigo.

Se quedó inmóvil. La confusión se convirtió en incredulidad, y luego en una repulsión absoluta.

—¿Qué... has... dicho?

—Es un matrimonio falso. Un trato. —Levanté las manos, como si explicara una táctica militar—. Es la única manera. Como mi Old Lady, como mi esposa, serás intocable. Todo el club será tu puto ejército personal. Vivirás en mi apartamento, segura, hasta que Sandro arregle la mierda de Nueva York. Entonces, lo anulamos. Te vas. Eres libre. Fin de la historia.

Esperaba miedo. Esperaba lágrimas. Esperaba que lo considerara.

No esperaba la furia pura que explotó en su cara.

—¿Estás enfermo? —siseó—. ¿Crees que soy una puta idiota? ¡Acabo de huir de un matrimonio forzado con un puto sociópata! ¿Y tú solución es atraparme en otro?

—Esto no es...

—¡Vete! —gritó, su voz rompiéndose por la rabia y el dolor—. ¡Sal de mi casa! ¡No me voy a casar contigo! ¡Prefiero morir ahí fuera que convertirme en tu puta prisionera!

—Bianca, estás siendo irracional. Es la única...

—¡Vete! —Señaló la puerta, su cuerpo temblando de pies a cabeza.

La miré. Y por primera vez desde que la vi, estaba perdiendo el control.

Di un paso atrás. La misión había fracasado.

—No has pensado en esto...

—¡Largo!

Salí del apartamento, el portazo resonando en el pasillo.

Joder.

El portazo de Bianca retumbó en mis oídos mucho después de que bajara las escaleras y saliera a la calle.

Joder. *«¡*Prefiero morir ahí fuera*!».*

Estaba furioso. No con ella. Bueno, sí, también con ella. Pero sobre todo, estaba furioso porque mi plan, mi puto plan lógico y perfecto, se había estrellado contra un muro que no había previsto.

Encendí la moto, el rugido del motor era la única voz que entendía. Salí disparado de su calle, metiéndome en el tráfico, sin rumbo. Necesitaba pilotar. Necesitaba que el viento me golpeara la cabeza hasta que los pensamientos se ordenaran.

Montar en moto por la ciudad es mi única forma de meditación. El resto del tiempo, el soldado está de guardia. Pero aquí, en el caos del tráfico, con el motor vibrando bajo mi asiento, el soldado puede, por fin, analizar la misión.

Y la misión estaba jodida.

¿Cómo coño la iba a convencer? Fui directo, le ofrecí la única solución lógica, y ella reaccionó como si le hubiera escupido.

*«¡*No me voy a casar contigo*!».*

Apreté el manillar. Ella no lo entendía. No veía el tablero de ajedrez.

Pasé por delante del *Vinyl* y el *Velvet*, los locales de los hermanos Vance y Vaughn. Las luces de neón brillaban contra el asfalto mojado. Pensé en Asher. Casi nos matan en tres ocasiones en el desierto, de la última salimos enteros de milagro. Ahora estaba aquí, casado, con un puto bebé y jodidamente feliz.

Salir del ejército, superar la guerra... fue lo más difícil que había hecho nunca. Asher lo consiguió. Yo... yo todavía estaba en ello.

Seguí conduciendo, adentrándome en el centro.

Este territorio no era mío. No del todo. Este era el territorio de los rusos.

Teníamos un pacto. Una colaboración. Maksim Volkov y yo nos respetábamos, pero no mezclábamos los negocios. Ellos se quedaban con los hoteles de lujo, los casinos ilegales de alto nivel y los negocios inmobiliarios. Nosotros, Legend, teníamos nuestros talleres mecánicos y nuestros bares. Una línea clara en la arena. Ni prostitución ni drogas en nuestro territorio. Los rusos lo respetaban. Aunque también sabía que Volkov tenía una política de "tolerancia cero" con la prostitución o la trata.

El *Vinyl* servía como terreno neutral para todos. Una puta Suiza en medio de Chicago. En esos reservados VIP se habían cerrado más tratos que en cualquier sala de juntas de la ciudad.

El nombre de Volkov me hizo pensar.

Olivia tenía razón sobre él. Odiaba a la *Cosa Nostra*. Si le contaba la situación, si le informaba de que la hija del Don estaba en su territorio, ¿la protegería?

Podría ser un aliado poderoso. Sus ojos estaban en todas partes.

Reduje la velocidad, la idea formándose en mi cabeza. Podría hablar con Maksim. Informarle.

Pero la descarté casi al instante.

No me fiaba. Maksim era imprevisible. Vería a Bianca no como una mujer que necesitaba protección, sino como una pieza de ajedrez. Una palanca. La usaría a su favor, de una forma u otra. Si la protegía, sería a cambio de algo que yo no estaba dispuesto a dar. Y si la situación se complicaba, no dudaría en entregarla para salvar sus propios negocios.

No. Proteger a Bianca era mi problema. No podía arriesgarme a que él la perjudicara.

Volví a acelerar. Estaba solo en esto.

Tenía que encontrar otra forma de convencerla. La lógica había fallado. Y eso, joder, me dejaba con una sola opción que odiaba: tendría que dejar de tratarla como a un soldado y empezar a tratarla como a una mujer.

El viaje de vuelta al complejo fue una puta niebla roja. Cada semáforo, cada coche lento, era un obstáculo que me ponía los nervios de punta. El rugido del motor era lo único que ahogaba su voz en mi cabeza. *«¡*Largo*!».*

Aparqué la moto en el garaje con tanta brusquedad que casi la tiro. Entré en la casa club, mi mal humor era una nube negra que me precedía. El bar estaba casi vacío, justo como me gustaba a esta hora.

Casi.

Wolf estaba allí, sentado en uno de los taburetes, revisando un libro de contabilidad. Levantó la vista cuando entré.

—¿Qué tenemos? —gruñí, obligando a mi cerebro a cambiar de marcha. De Bianca al Club.

Wolf captó la indirecta. Cerró el libro.

—Negocios. Buenas noticias, de hecho. —Se giró en el taburete para mirarme—. El taller de customización está a reventar. Tenemos

pedidos hasta el año que viene. La gente paga lo que sea por una Legend.

—Bien.

—No, Sam, no "bien". Jodidamente increíble. —Se inclinó hacia delante—. Bighorse y yo hemos hecho números. Estamos rechazando trabajos. Estamos dejando pasta encima de la mesa. Creo que es hora de expandirse.

Eso captó mi atención.

—¿Expandirse cómo?

—Una segunda sucursal. Un escaparate. Aquí hacemos el trabajo sucio, las construcciones desde cero. Pero en el centro, podríamos abrir una tienda de alta gama. Vender *merchandising*, hacer reparaciones rápidas de lujo. Pipper podría dirigirla.

La idea era sólida. Jodidamente sólida. Pero implicaba dinero, permisos y dolores de cabeza.

—Prepara un informe. Quiero números. Costes, ubicación, todo.

—Ya lo tengo casi...

—¡Theodore!

La puerta del bar se abrió y Raven entró, sonriendo, su mochila de la universidad colgando de un hombro. Toda la tensión y la oscuridad se evaporaron de Wolf.

—Princesa —dijo él, con una sonrisa que solo le dedicaba a ella y a Liv—. ¿Qué pasa?

—Tú pasas —bromeó ella, dándole un codazo—. ¿Intentando que mi hermano trabaje? Buena suerte. Es más terco que una mula.

—Raven... —advertí.

Ella me ignoró, sus ojos azules brillando. Se apoyó en la barra.

—Oye, Sam, plan para el fin de semana. El sábado por la noche, Julie y yo vamos a ir al *Vinyl*.

El nombre de la hija de Sexton, Julie, me puso en alerta.

—¿Solo vosotras dos?

—No, con unas amigas. Noche de chicas.

Mi mandíbula se apretó. Mi cabeza estaba llena de mafiosos y sistemas de protección. Lo último que necesitaba era que mi hermana pequeña se paseara por un club nocturno.

—No.

La sonrisa de Raven se desvaneció.

—¿Perdona?

—He dicho que no. No sin protección. —Mi voz de presidente salió, fría y sin negociación—. Si vais, Pipper y Bighorse irán con vosotras. Se sentarán en una mesa en la esquina.

La cara de Raven se puso roja.

—¡Estás de broma! ¡No! ¡Me niego a ir con dos putos gorilas siguiéndome al baño!

—¡Raven, cuida tu puta boca! —gruñí—. No voy a discutir esto. Es mi territorio, son mis reglas.

—¡Pues entonces no es mi territorio! —espetó ella—. ¡El *Vinyl* es de Dom y Max! ¡Es seguro!

—¡Nada es seguro!

—¡Eres un puto dictador! —gritó, sus ojos llenándose de lágrimas de frustración—. ¡Estoy harta! ¡Hablaré con Liv, ella sí me entiende!

Cogió su mochila y salió corriendo del bar, dejando un silencio atronador a su paso.

Enterré la cara en mis manos.

Wolf soltó un largo suspiro.

—Bueno. —Dio una palmada en la barra—. Parece que estás en racha hoy, Presi.

—Cierra la puta boca, Wolf —murmuré—. Y tráeme esos putos números.

CAPITULO 4

Bianca

Decir que sí a la noche de chicas fue un acto de pura rebeldía.

Después de la llamada de Sandro y de la visita de Sam, de su propuesta fría e insultante, mi instinto me gritaba que me atrincherara en el apartamento. Que me escondiera.

Pero la rebelde que vivía en mí, la que mi padre nunca pudo someter, se negó.

No iba a dejar que el miedo me convirtiera en la prisionera que Sam quería que fuera.

Así que aquí estaba, un sábado por la noche, entrando en el *Vinyl*. El local vibraba con música y energía. Estaba abarrotado, y por un segundo, mi instinto de supervivencia me hizo retroceder. Pero Brynn me rodeó la cintura con el brazo.

—Estamos bien. Vamos al reservado.

Brynn era mi ancla. Con ella venían Tess, su hermana, una mujer con la calma inteligente de una cirujana pediátrica y una visible barriga de embarazada; y Sienna, la novia de Landon Vance, cuyos ojos agudos de hacker parecían analizarlo todo. Estaba rodeada de mujeres fuertes. Me sentí segura.

Un guardia nos condujo escaleras arriba, al reservado VIP, lejos de la multitud.

Cuando entramos en la zona acordonada, dos mujeres que ya estaban sentadas en el sofá de terciopelo levantaron la vista y sonrieron.

—¡Ya era hora! —exclamó Julie, una chica de pelo oscuro y sonrisa fácil. Ella había sido camarera en Vinyl y encargada en el restaurante Velvet, también de los hermanos Vaughn y Vance. La había visto en diferentes ocasiones, pero era la primera vez que salía con ella.

—¡Chicas! —dijo la otra.

La segunda chica era... hipnótica. Era todo luz. Cabello rubio largo y ondulado, ojos azules brillantes y una risa que parecía llenar la habitación. Irradiaba una energía extrovertida y divertida que me atrajo al instante.

Brynn hizo las presentaciones.

—Julie, Bianca ya os conocéis. Ella es Raven, la mejor amiga a Julie.

Me senté, y la chica rubia, Raven, se acercó de inmediato.

—¡Bianca! ¡Por fin te conocemos! Brynn no para de hablar de ti. Soy Raven.

Raven y Julie eran claramente mejores amigas, su camaradería era fácil y evidente. Pero fue Raven quien centró su atención en mí, y por primera vez en días, me relajé. Su amabilidad era tan genuina que desarmaba.

—Así que, ¿la chica de las flores? —preguntó Raven, sus ojos azules brillando de curiosidad—. Brynn dice que eres una especie de genio.

Me sonrojé.

—Solo me gustan las plantas.

—¿Solo te gustan? —Se rio—. Yo mato hasta los cactus. En serio, es un don horrible. Por eso me dedico a los niños.

—Raven está haciendo prácticas en un colegio —explicó Julie, con orgullo—. Para educación especial. En unas semanas acabará sus estudios y le tocará buscar un lugar para ayudar a niños y niñas con problemas.

—¿En serio? —pregunté, realmente interesada.

Raven asintió, su expresión se volvió seria por un momento, pero sin perder su brillo.

—Sí. Para niños con dificultades de aprendizaje. Específicamente lectura y escritura. —Se encogió de hombros, con una honestidad brutal—. Sé lo que se siente. Yo misma soy disléxica. Odiaba leer más que nada en el mundo, hasta que un profesor se tomó el tiempo de ayudarme. Después pasé toda mi infancia en un terapeuta. Siempre ha sido mi sueño hacer eso por otros niños.

Me quedé mirándola. La facilidad con la que admitía su "defecto" y lo convertía en su vocación... era asombroso.

—Eso es... increíble, Raven.

—Bah. Alguien tiene que hacerlo —dijo, restándole importancia—. ¿Pero tú? ¿Botánica?

—¿Cómo...?

—Se te iluminó la cara cuando dijiste "plantas" —dijo, como si fuera obvio—. ¿Es eso?

Me encontré asintiendo, confiando en esta extraña sin saber por qué.

—Me encanta Wild Bloom. Pero sí. Siempre me ha gustado la naturaleza. Los bosques, cómo funcionan las cosas. Mi sueño... —Me reí, un sonido pequeño y oxidado—. Mi sueño siempre fue estudiar botánica. O ciencias naturales.

—¡Pues deberías hacerlo! —exclamó Raven—. ¡Nunca es tarde!

Brynn y Tess sonreían mientras nos miraban hablar. Por primera vez desde que llegué a Chicago, me sentí... normal. Solo una chica más, en una noche de chicas, hablando de sueños con una nueva amiga que parecía hecha de rayos de sol.

◆ ◆ ◆

Una copa de vodka con arándanos se convirtió en dos. La calidez del alcohol, combinada con la energía luminosa de Raven, hizo algo que no creía posible: disolvió los bordes afilados de mi miedo.

Estaba relajada. Casi feliz.

—¡Basta de hablar! —exclamó Raven de repente, poniéndose de pie—. Esa canción es mi favorita. ¡Bianca, Julie, a la pista!

Julie se levantó de un salto, soltando una risita. Yo dudé. La pista de baile estaba abarrotada, un mar de cuerpos sudorosos.

—¡Vamos, B! —me instó Brynn, sonriendo desde el sofá—. ¡Ve! ¡Diviértete!

Raven me cogió de la mano, y su entusiasmo era demasiado fuerte para resistirse. Me dejé llevar, y las tres nos abrimos paso hacia el centro de la pista.

La música me golpeó como una pared. El bajo retumbaba en mi pecho, ahogando mis pensamientos. Era un caos, pero por primera vez, era un caos bueno.

Raven bailaba como si nadie la estuviera mirando, con una libertad que yo envidiaba. Julie se movía a su lado, sus movimientos eran más salvajes, claramente afectada por el alcohol. Yo me movía con más cautela, pero la rigidez de mi espalda empezó a desaparecer.

Me reí. Una risa real, que me salió del estómago. Me sentía despreocupada.

Miré a Raven. A diferencia de Julie y de mí, que sentíamos el calor del vodka, ella se movía con una energía limpia y controlada. Estaba bebiendo agua. Pero aun así, era la que más brillaba.

La canción cambió a algo más pesado, más sensual. Y la atmósfera cambió con ella.

Un grupo de hombres, de los que parecen más depredadores que fiesteros, se acercó. Empezaron a rodearnos. Uno de ellos se pegó a la espalda de Julie, que intentó quitárselo de encima. Otro, con olor a cerveza agria, se acercó a mí.

—Bailas bien, preciosa. ¿Por qué no bailas conmigo?

Intentó ponerme la mano en la cintura. Me congelé.

«No me toques»

Retrocedí instintivamente, chocando con Raven.

Raven se giró. Su sonrisa desapareció.

—Largo —le dijo al tipo, su voz ya no era burbujeante. Era plana y fría.

El tipo se rio.

—Vamos, nena, hay sitio para todos...

Antes de que pudiera dar un paso más, una sombra se materializó a nuestro lado. No lo había visto acercarse. Era alto, rapado al estilo militar, y construido como un puto muro de ladrillos. Sus ojos castaños escanearon al grupo de hombres con una intensidad letal de exmilitar.

—Problemas, señoras.

Su voz era grave y tranquila. No era una pregunta.

El tipo que me había tocado retrocedió al instante. El guardia, a quien había visto antes vigilando cerca de la zona VIP, se interpuso entre nosotros y los hombres.

—Circulad —les ordenó. No fue una sugerencia.

Los hombres, viendo su insignia de "Seguridad" y su tamaño, se quejaron, pero se disolvieron entre la multitud.

El guardia se giró hacia nosotras. Vi su placa. Pax.

—¿Estáis bien?

—Estamos perfectamente —espetó Julie, claramente borracha y molesta por la interrupción.

Pax la ignoró. Sus ojos me evaluaron a mí y a Raven.

—Se están calentando las cosas. Demasiados borrachos. — Identificó el peligro con una mirada. — Os llevaré de vuelta al reservado.

Y entonces, lo vi. Su mano se movió hacia su oreja, presionando un auricular. Murmuró algo en voz baja.

«...chicas están en la pista... Legend...»

Mi sangre se heló. Estaba llamando a alguien.

Julie también lo vio.

—¿A quién coño estás llamando? —le espetó.

—Solo aviso a seguridad —dijo Pax, su tono paciente pero firme.

—¡Mentira! —gritó Julie—. ¡Estás llamando al club! ¡Estás llamando a mi padre! ¡Eres un puto chivato!

Pax la agarró suavemente por el brazo.

—Julie, estás borracha. Vamos arriba.

—¡No me toques! —se soltó—. ¡Estoy harta de que me vigilen!

Empezaron a discutir, sus voces elevándose por encima de la música. La gente empezaba a mirar.

Sentí el pánico subir por mi garganta. Las paredes se estaban cerrando. Un hombre me daba órdenes. Otro hombre venía en camino. Estaba atrapada. Estaba siendo vigilada.

La discusión de Pax y Julie creó un punto ciego. Él estaba concentrado en ella, tratando de contenerla. Raven intentaba calmar a Julie.

Nadie me miraba.

Vi el cartel iluminado del baño al otro lado de la pista.

Necesitaba aire. Necesitaba escapar de la autoridad.

Me deslicé entre la multitud, escabulléndome de su vigilancia antes de que pudieran darse cuenta de que me había ido. Solo un minuto. Solo necesitaba respirar.

Empujé la barra de metal de la puerta de emergencia.

No se movió.

Lo intenté de nuevo. Estaba bloqueada.

—Mala idea.

La voz era grave, fría y venía de la oscuridad a mi lado. Pegué un salto, mi corazón deteniéndose en mi pecho.

Sam Tucker salió de las sombras. Estaba vestido de negro, no con su chaleco, pero la autoridad irradiaba de él como un horno. Sus ojos eran dos putos trozos de hielo.

—¿A dónde coño crees que ibas?

—A tomar el aire —mentí, mi voz temblando.

—Se toma el aire por la puerta principal, Bianca. Por la puerta trasera se escapa. —Dio un paso, bloqueando mi única ruta de vuelta a la pista—. Vuelves arriba.

—No eres mi dueño.

Intenté rodearlo. Su mano se cerró en mi brazo. Fuerte. Posesiva.

—Te he dicho que vuelvas arriba.

El pánico se convirtió en furia. El terror a Carlo, a mi padre, al control, todo explotó.

—¡Suéltame! ¡No me toques! —Empecé a golpearle el pecho, pero era como golpear una pared.

Él soltó un gruñido bajo, una palabra.

—Joder.

Antes de que pudiera procesar lo que pasaba, se agachó, metió un brazo entre mis piernas y me cargó sobre su hombro como si fuera un puto saco de patatas.

Mi mundo se puso del revés. Mi cabeza colgaba sobre su espalda, el olor a cuero y a él llenando mis sentidos.

—¡Estás loco! ¡Bájame! ¡Idiota!

Me di cuenta de que mi vestido, el corto vestido negro que Brynn me había ayudado a elegir, ahora estaba subido, casi hasta mi cintura, por suerte llevaba unas mallas cortas que ocultaban lo más importante.

—¡Gilipollas! —grité, golpeando su espalda—. ¡Mi vestido! ¡Se me ven las bragas! ¡Todo el puto club me está viendo las bragas!

—Mierda —gruñó.

Y entonces, sentí el golpe.

Su mano, grande, callada y jodidamente caliente, aterrizó en mi trasero. No fue un azote. Fue una orden. Apretó su palma contra la tela, sujetando el vestido firmemente contra mi piel, ocultándome de la vista mientras me llevaba de vuelta a través del club.

La humillación era tan intensa que dejé de luchar. Estaba indignada.

No paró hasta que llegamos al reservado VIP. Brynn, Tess y las demás estaban de pie, con cara de preocupación. Raven y Julie acababan de llegar, sus caras rojas por la discusión con Pax.

Sam me bajó al suelo. Tropecé, y lo primero que hice fue bajarme el vestido, con las mejillas ardiendo.

Él se giró hacia mí, su rostro una máscara de furia.

—¿No tienes ni el más puto sentido común? —su voz era un susurro letal, pero resonó más que la música—. ¿Corriendo sola hacia un callejón?

—¡No es asunto tuyo!

—¡Claro que lo es! —explotó—. Estás siendo una descuidada con tu propia seguridad. ¿O es eso lo que te gusta, eh? —Dio un paso hacia mí, su mandíbula apretada—. ¿Que todos esos capullos ahí abajo te miren, te acosen? ¿Por eso te escapabas? ¿Buscando más atención?

¿Estaba celoso? No, imposible. Solo era la reacción de un hombre controlador con una misión. ¿No?

Toda mi vida, los hombres me habían dicho qué era, qué debía sentir, pensar o decir. Y ahora este hombre, este Sam, estaba haciendo exactamente lo mismo.

Me acerqué a él, mi rabia superando mi miedo.

—Escúchame bien —siseé, tan bajo como él—. Yo no soy tu responsabilidad. Ni tuya, ni de Sandro. Y ciertamente no soy tu puta prisionera.

—Bianca, no entiendes el peligro...

—¡Entiendo perfectamente que eres un gilipollas controlador! —Lo empujé—. Hui de hombres que me daban sermones sobre mi comportamiento. No voy a aguantar los tuyos. Así que puedes meterte tus opiniones y tu "protección" por donde te quepan.

Agarré mi bolso de la mesa.

—Me voy.

—No te vas a ningún lado —dijo, agarrándome del brazo otra vez.

—¡Sam, déjala!

Era Raven. Se interpuso entre nosotros, empujando su propio hombro contra el pecho de Sam. Su cara de ángel se había transformado. Estaba furiosa.

—¡Eres un puto idiota! —le gritó—. ¿No ves que la estás asustando? ¡Suéltala!

Sam me soltó, su mirada pasando de mí a ella, sorprendido por su ferocidad.

Me di la vuelta y me dirigí a la salida del reservado.

—Bianca, espera —dijo Raven, agarrando su propia chaqueta—. Yo te acompaño a casa.

Miró por encima del hombro a Sam.

—Y tú —le escupió—, no nos sigas.

◆ ◆ ◆

El trayecto en el coche de Raven fue tenso. No hablamos. Yo miraba por la ventanilla, viendo pasar las luces de Chicago, mis mejillas todavía ardiendo de humillación. Estaba furiosa, confundida y, gracias al alcohol, peligrosamente cerca de echarme a llorar.

Raven conducía con una concentración silenciosa, sus manos apretando el volante. La chica burbujeante y llena de sol del reservado había desaparecido, reemplazada por una mujer con la mandíbula apretada y una mirada que, inquietantemente, me recordaba a la de Sam.

Cuando aparcó frente a mi edificio, el silencio era ensordecedor.

Me desabroché el cinturón, con la mano temblando.

—Gracias por traerme, Raven. Y... gracias por lo de ahí dentro. No tenías por qué...

—Claro que tenía —me interrumpió, su voz suave de nuevo—. Es un gilipollas cuando se pone así.

Dudé, mi mano en la manija de la puerta. Tenía que preguntar.

—¿Por qué te importa tanto? ¿Qué relación tienes con él?

Raven soltó un suspiro largo, casi una risa triste.

—La peor de las relaciones. Es mi hermano mayor. Bueno, el mayor de todos. Yo soy la pequeña.

Mi cerebro se detuvo. El sol y la sombra. La luz y la oscuridad. ¿Eran hermanos?

Raven debió ver la conmoción en mi cara, porque se apresuró a explicármelo.

—Sé que es... intenso. Pero no siempre es así. Siempre ha sido muy protector, conmigo y con nuestra hermana mediana, Olivia. Nuestra familia no es lo que se dice normal. Somos tres hermanos, cada uno de una madre diferente. —Su mirada se perdió por un momento, como si viera un pasado doloroso—. La madre de Sam murió cuando él era un bebé. La mía murió en el parto, dándome a luz. Nuestro padre era... —sacudió la cabeza— un mujeriego despreocupado. Nunca estaba. La madre de Liv, Erin, fue la única que se quedó. Ella nos crio a los tres. Sam siempre fue el hombre de la casa. Creció demasiado rápido, cuidando de nosotras. —Me miró, sus ojos azules suplicando que entendiera—. Ese modo de "Presidente del MC Legend" gruñón es su forma de proteger a los que quiere.

No dije nada. La historia era trágica, pero no excusaba su comportamiento.

—Nunca se pone así con nadie —continuó Raven, como si leyera mi mente—. Nunca se mete en los asuntos de nadie. Si está así contigo, Bianca... si se está volviendo loco, posesivo y te está tratando como si fueras de cristal... —Hizo una pausa—. Es porque le gustas. Mucho.

Me reí, un sonido seco y sin humor.

—Eso no es gustar. Eso es... controlar.

No estaba convencida. Aunque, una parte de mí no podía negar la furia que había visto en sus ojos. *«¿*Buscando más atención*?».*

Eso no era solo protección. Eso eran celos.

—Dale una oportunidad —pidió Raven.

Negué con la cabeza.

—Buenas noches, Raven. Y gracias de nuevo.

Salí del coche y cerré la puerta. Vi cómo se alejaba, sus luces traseras desapareciendo en la oscuridad.

La calle estaba vacía y silenciosa. El frío de la noche me golpeó, disipando los últimos restos del alcohol. Caminé rápido hacia la seguridad de mi portal.

Y entonces, me helé.

Al otro lado de la calle. Aparcado en la sombra, justo fuera del alcance de la farola. Un sedán oscuro.

No era un coche de policía. No era un coche que hubiera visto antes en el barrio. Estaba allí, inmóvil, las ventanas tintadas ocultando a quien estuviera dentro. Desentonando con el entorno.

Estaba vigilándome.

El pánico, frío y afilado, me atravesó el pecho. La llamada de Sandro. «Papá sabe que estás en Chicago*».*

Me asusté. Mi corazón saltó a mi garganta, y me lancé hacia la puerta, mis manos temblando mientras buscaba frenéticamente las llaves, sintiendo mil ojos invisibles clavados en mi espalda.

Mis dedos temblaban tanto que apenas podía sujetar las llaves. El llavero cayó de mi mano, golpeando el cemento con un ruido metálico que me pareció tan fuerte como un disparo.

*«*Mierda, mierda, mierda*».*

Me agaché, sintiendo mi espalda completamente expuesta al coche oscuro*.* Agarré las llaves, me lancé hacia la puerta del portal y fallé el ojo de la cerradura dos veces antes de que la llave finalmente entrara y girara.

Empujé la puerta, entré de golpe y dejé que se cerrara de un portazo detrás de mí.

Ignoré el ascensor. Corrí escaleras arriba, mis tacones resonando en el hueco silencioso. Mi corazón latía tan fuerte que me ahogaba.

Llegué a la puerta de mi apartamento. Mis manos volvían a temblar. La llave de mi piso. ¿Cuál era? La de plata.

La metí, giré, abrí la puerta, entré y la cerré de un golpe. No respiré hasta que eché el cerrojo, el pestillo y la cadena de seguridad.

Me quedé allí, en la oscuridad de mi pasillo, con la espalda pegada a la madera, jadeando.

Segura. Estaba segura.

Pero no me sentía segura.

Me deslicé por la puerta hasta el suelo, abrazando mis rodillas. En mi mente solo resonaba la voz de Sam pidiéndome que me casara con él.

Dios mío. ¿Y si su loca propuesta era la única cosa que podía salvarme?

CAPITULO 5

Sam

Tuve que meterme en la ducha con agua helada al llegar a casa del club.

Y ni siquiera eso fue suficiente.

Joder. Me tuve que encerrar en mi puto baño antes de salir de la casa club a la mañana siguiente, con la mano firme en mi polla, porque la imagen de ella en el *Vinyl* no me dejaba en paz. Ese puto vestido negro. La forma en que me gritó mientras la llevaba al hombro, la sensación cálida de su piel a través de la ropa cuando mi mano cubrió su trasero... Mierda.

Tuve que masturbarme para poder pensar con claridad, para sacar la pura lujuria animal de mi sistema.

Porque no era sólo lujuria. Era rabia. Eran celos. Era... era algo que me alteraba y me hacía perder el control. Y yo odiaba perder el control.

Me pasé en el club nocturno. Lo sabía. La traté como a una propiedad, no como a la mujer que... joder. Ni siquiera sabía qué era ella.

Ahora estaba aparcado frente a Wild Bloom. Mi moto ocupaba dos sitios. Me bajé, sintiéndome tan fuera de lugar en esta calle limpia como un perro rabioso en una guardería. Tenía que disculparme.

Empujé la puerta. Bianca estaba detrás del mostrador, limpiando hojas. Cuando me vio entrar, su cuerpo entero se puso rígido. Dejó las tijeras con un golpe seco.

Se puso a la defensiva. Como un animal acorralado listo para morder.

—Bianca...

—¿Vienes a terminar el trabajo? —su voz era puro hielo, cortante.

—¿Qué?

—A insultarme un poco más. —Dejó el trapo y se cruzó de brazos. Su mirada me atravesó, sin miedo, solo con una furia helada—. Si es así, puedes irte por donde has venido. Ya te lo dije. Si hubiera querido que me insultaran constantemente, me hubiera quedado en casa de mi padre.

Esa frase me golpeó en el puto estómago como una bola de demolición.

«Me hubiera quedado en casa de mi padre».

Me comparó con él. Con los monstruos de los que huía. Me convertí exactamente en la clase de hombre que ella odiaba. Un energúmeno. Me sentí jodidamente disgustado conmigo mismo.

Aparté la mirada, incapaz de sostener la suya.

—Joder.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿"Joder"?

—He venido a disculparme. —Levanté la vista. Mis disculpas siempre eran una mierda. No sabía cómo hacerlas—. Tienes razón. Lo que pasó en el *Vinyl*...

—¡Fue una humillación! ¡Me cargaste como a un saco de patatas! ¡Y me pusiste la mano en el...

—¡Estabas enseñando el culo a todo el puto club! —gruñí, mi propia rabia volviendo a surgir—. ¿Qué coño querías que hiciera?

—¡Bajarme!

—¡No! —di un golpe en el mostrador, haciendo saltar las hojas—. Estabas huyendo hacia un callejón. Hacia un puto sedán oscuro que lleva dos días vigilando tu edificio.

Su rostro palideció.

—¿Cómo...?

—¡Porque es mi puto trabajo saberlo! —respiré hondo, forzándome a bajar la voz—. Escucha. No soy bueno en esto. No soy un chico de traje, corbata y gintonic. No sé hablar sin gritar y sin maldecir. Soy lo que ves. Soy cerveza, güisqui sin hielo y cuero. Y soy muy consciente de que anoche no me comporté como un hombre civilizado.

Ella me miró, su pecho subiendo y bajando.

—No. No lo hiciste.

—Pero estoy intentando mantenerte con vida. Y eso me está jodiendo la cabeza. Así que... lo siento. Por cómo lo manejé.

Bianca soltó un bufido, apartando la mirada. Pero vi el cambio. La sorpresa.

Para ella, que un hombre se disculpara, era una puta novedad.

El silencio se alargó. Ella seguía enfadada, pero la tensión asesina había bajado.

—¿Un coche oscuro? —preguntó en voz baja.

—Sí

—Anoche había un coche así frente a mi portal cuando Raven me dejó — compartió dudosa—. ¿Crees que me han encontrado?

—No lo creo, si así fuera ya estarías de camino a Nueva York en un vuelo privado —fui directo al grano —. Más bien creo que es alguien tanteando el terreno, alguien que no te conoce pero tiene un encargo por cumplir. Se está asegurando que eres quién él cree. Que te vean acompañada es lo único que te mantiene segura, mejor si es uno de nosotros.

Finalmente, suspiró.

—Vale. De acuerdo.

—¿"De acuerdo" qué?

—Te perdono por ser un cavernícola. —Me señaló con el dedo—. Pero que sea la última vez que me pones la mano encima de esa forma. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y no me trates como si fuera estúpida.

—Nunca he pensado que fueras estúpida. Pienso que eres jodidamente testaruda.

Casi sonrió. Casi.

—Bien. ¿Amigos, entonces? —preguntó, aunque su tono sonaba más a tregua.

—Amigos —mentí.

Porque la forma en que mi cuerpo reaccionaba al olor de ella y de estas putas flores no tenía nada que ver con la amistad.

◆ ◆ ◆

Amigos.

La tregua me dejó en la acera, fuera de su tienda, sintiéndome como un jodido mentiroso. Observé Wild Bloom desde el otro lado de la calle, montando guardia mientras el cielo de Chicago pasaba del gris al púrpura. El soldado en mí estaba concentrado en el sedán oscuro que sabía que rondaba por ahí.

El hombre, sin embargo, solo estaba concentrado en ella.

Cuando las luces del interior se apagaron y ella salió, echando la llave, yo ya estaba de pie junto a mi Harley.

Se detuvo. Pude ver la duda en su cara, la lucha interna. No quería depender de mí.

—Te llevo.

—Sam, no tienes que...

—El coche sigue ahí fuera. Y no estoy de humor para discutir, Bianca. Sube.

Se mordió el labio. Su mirada se desvió hacia el asiento trasero de mi moto. Y joder, vi un destello de algo que no era miedo ni rabia. Era deseo.

Finalmente, asintió.

—Solo porque no quiero acabar en el maletero de un mafioso.

—Lo que sea que te ayude a dormir. —Le pasé mi casco de repuesto. Se lo puso, sus movimientos un poco torpes.

Y entonces, subió.

Mierda.

Fue la primera vez que la llevaba en mi moto.

En el momento en que pasó la pierna por encima del asiento, sentí el calor. Sus muslos se asentaron a ambos lados de mis caderas, apretándome. Instantáneo. Jodidamente eléctrico.

—Agárrate fuerte —gruñí, mi voz más grave de lo normal.

Hubo un segundo de duda. Luego, sentí sus manos en mi cintura.

Y lo hizo. No sé si fue a propósito o por accidente, pero cuando sus dedos me rodearon, arrastró las puntas un poco de más por mi costado, rozando la piel sensible justo encima de mis vaqueros, sobre mi abdomen.

Mi puto pene se puso duro como una barra de acero.

Mi espalda se tensó de golpe, cada músculo contraído. Respiré hondo, y todo lo que olí fue a ella. No era el perfume barato de las groupies del club. Era algo fresco, sutil. Olía a flores y a piel limpia.

Era la tortura más dulce que había sentido en mi puta vida.

Arranqué el motor, el rugido de la moto ahogando el gemido que casi se me escapa. Tenerla así, apretada contra mí, con sus pechos rozando mi espalda con cada bache... solo podía pensar en una cosa. Parar la moto, girarme y follarla allí mismo, sobre el asiento de cuero.

Nunca. Nunca una mujer me había hecho sentir tan jodidamente fuera de control.

Y eso me puso en guardia. Esto era peligroso. Más peligroso que la *Cosa Nostra*.

Giré bruscamente en la siguiente esquina, tomando el camino largo para llegar a su casa.

—¡Te has equivocado! —gritó ella por encima del motor, su voz amortiguada por el casco.

—¡No! —le grité—. ¡Es por prevención! ¡Nos aseguramos de que nadie nos siga!

Era una mentira, claro.

La verdad era que no estaba listo para que se bajara.

Apagué el motor de la Harley frente a su edificio. El silencio que cayó fue pesado, cargado con la electricidad que todavía me vibraba en la piel por haberla tenido pegada a mi espalda.

Ya era noche cerrada.

Ella se bajó, sus movimientos eran lentos, casi reacios. Se quitó el casco y me lo tendió, su pelo oscuro estaba revuelto por el viaje.

—Bueno... —empezó, iniciando una torpe despedida en el portal —. Gracias por traerme.

No me moví. Solo la miré. Y mientras estaba allí parada, bajo la débil luz del portal, vi sus ojos. No me miraban a mí.

Miraban a la calle.

Sus ojos se movieron rápido, de izquierda a derecha, escaneando la oscuridad al otro lado de la calle, buscando en los callejones, comprobando los coches aparcados. Mierda. Estaba asustada.

Y eso me enfadó.

Me enfadé de cojones. Me enfadé por la situación. Me enfadé porque ella tuviera que vivir así, mirando por encima del hombro cada segundo. Y me enfadé con Sandro Malavolta, por dejar a su hermana en mi ciudad con nada más que un número de teléfono y buenos deseos. Joder, era una protección de mierda.

Mi plan. Mi plan de casarme con ella. Cada vez que la veía así, asustada e indefensa, el plan parecía menos una locura y más la única opción sobre la mesa.

—Te acompaño hasta la puerta de tu piso —dije, mi voz sonando más dura de lo que pretendía.

No protestó. Asintió, y yo la seguí al interior del edificio.

Subimos las escaleras en silencio. Mi instinto se activó. Cuando llegamos a su puerta y ella la abrió, entré primero.

—Sam, ¿qué...?

La ignoré.

Revisé el apartamento. Con precisión militar. Metódico. Rápido.

Barrido visual de la sala de estar. Nada fuera de lugar. Cocina: ventana sobre el fregadero, cerrada con pestillo. Bien. Pasillo. Baño: cortina de la ducha abierta, vacío. Dormitorio: ventana cerrada, armario abierto y despejado.

En treinta segundos, di la vuelta y volví a la sala de estar. Ella estaba allí, observándome con una mezcla de confusión y algo más que no pude descifrar.

—Todo despejado —dije.

Ella soltó una risita nerviosa, mirando la decoración que yo apenas había notado.

—Lo sé. Yo... ¿quieres una bebida? ¿Agua, o…?

—No. —Fui al grano. Ya había perdido bastante tiempo—. Bianca, lo del coche. Esta mierda no va a parar.

Ella se cruzó de brazos, su armadura volviendo a su sitio.

—Me las arreglaré.

—No. No lo harás. —Me acerqué, invadiendo su espacio, necesitando que entendiera la lógica—. Mi plan. El matrimonio. Es la opción más limpia. La menos complicada y la más efectiva.

Insistí. Le expliqué la táctica. Sin emociones.

—Un anillo. Un papel. Vives en mi complejo. Estás rodeada por ochenta tíos que matarían por proteger a la Old Lady de su Presidente. Nadie te tocará. Nadie te mirará mal. Tu padre, el Don, no se atreverá a tocar el complejo de un MC por una guerra territorial. Estarás segura.

Vi la duda en su cara. Estaba tentada. Lo vi. Estaba sopesando la jaula segura contra la libertad mortal.

Por un segundo, pensé que había ganado.

Pero entonces, su mirada se endureció.

—No.

Su negativa fue más suave esta vez, pero igual de firme.

—¿Por qué coño no? ¿Eres suicida?

—Simplemente... no. No puedo. —Apartó la mirada, y vi la verdadera razón. No era testarudez. Era... ¿miedo? ¿Miedo de mí?.

Ella pensaba que esto era un deber para mí. Que yo solo estaba cumpliendo una orden de Sandro. No tenía ni puta idea de que la imagen de ella en mi moto casi me hace chocar dos veces. Y era mejor así.

Apreté la mandíbula.

—Bien. —Di un paso atrás, hacia la puerta—. Pero cuando esos tíos llamen a tu puerta, no me llames a mí.

Era una mentira de mierda. Si ella llamaba, yo derribaría el puto edificio.

Salí de su apartamento, bajando las escaleras. Me sentía jodidamente intranquilo dejándola sola. Cada instinto de soldado me gritaba que la cogiera, la echara al hombro y la llevara a mi fortaleza.

Pero ella tenía que elegirlo. Y había vuelto a decir que no.

CAPITULO 6

Bianca

Dos días.

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde que rechacé la oferta de Sam, otra vez. Cuarenta y ocho horas mirando por la ventana, esperando ver el sedán oscuro, pero la calle había estado vacía.

Quizás Sam se equivocaba. Quizás solo eran sus celos, su paranoia de soldado intentando asustarme para que entrara en su jaula.

El taxi frenó bruscamente, sacándome de mis pensamientos.

—No puedo acercarme más, señora —dijo el conductor, señalando un camión de mudanzas que bloqueaba el carril justo dos portales antes del mío—. Tendrá que bajar aquí.

Miré la distancia. Apenas veinte metros. Estaba oscuro, la calle mal iluminada por una farola parpadeante.

—Está bien. Quédese con el cambio.

Bajé del taxi, el aire frío de Chicago golpeándome la cara. Me ajusté el abrigo, mis dedos cerrándose instintivamente alrededor del spray de pimienta que llevaba en el bolsillo desde la llamada de Sandro.

El taxi arrancó y se alejó, dejándome sola en la acera.

El silencio era absoluto. Demasiado absoluto.

Caminé rápido. Mis tacones resonaban demasiado fuerte en el asfalto.

Mis ojos escanearon las sombras. El camión de mudanzas estaba vacío, oscuro. No había nadie.

«Estás a salvo. Solo es tu imaginación. Sam te ha metido el miedo en el cuerpo».

Llegué a la altura del callejón estrecho que separaba mi edificio del siguiente. Ya casi estaba. Solo diez pasos más hasta el portal. Saqué las llaves, el metal frío contra mi palma.

Entonces, sentí el cambio en el aire. Un olor.

Tabaco rancio y colonia barata.

Antes de que mi cerebro pudiera gritar "¡Corre!", una sombra se desprendió de la pared del callejón.

Un brazo grueso como un tronco rodeó mi cintura, aplastando mis costillas, y una mano enguantada en cuero se cerró sobre mi boca, ahogando mi grito antes de que naciera.

—*Shhh. Buona sera, Principessa.*

Italiano.

El terror, puro y líquido, heló mi sangre. No era un ladrón ni un borracho.

Me arrastró hacia atrás con una fuerza brutal, levantándome del suelo. Mis tacones rasparon el cemento inútilmente. Me estaba metiendo en el callejón, lejos de la luz, lejos de la calle.

—*Non fare casino* (No hagas ruido) —susurró en mi oído. Su voz era áspera, una voz de alguien acostumbrado a dar malas noticias—. *Tuo padre ti aspetta.* (Tu padre te espera).

«Padre».

La palabra fue el detonante. La parálisis del miedo se rompió bajo el peso de una furia desesperada.

No.

No iba a volver. No al ático. No a Carlo. Prefería morir en este callejón sucio de Chicago.

Mordí. Mordí con toda la fuerza de mi mandíbula la mano de cuero que cubría mi boca. Sentí el sabor amargo del guante y luego, la carne debajo.

El hombre gruñó de dolor y aflojó el agarre un milímetro.

—¡Puttana!

Aproveché ese segundo. Clavé el tacón de mi bota en su espinilla y me revolví como un gato salvaje. Logré liberar un brazo y, sin pensar, le clavé las llaves que aún sostenía en lo que esperaba que fuera su muslo.

Él aulló, soltándome por un instante.

Caí al suelo del callejón, raspándome las rodillas y las manos contra la basura y el asfalto. El dolor fue agudo, pero me impulsó.

Me puse a gatas, intentando levantarme, intentando correr hacia la luz de la calle.

Pero él fue más rápido.

Me agarró del tobillo y tiró. Mi barbilla golpeó el suelo. Me arrastró de vuelta a la oscuridad, como un monstruo llevándose a su presa a la cueva.

—Se acabó el juego, Bianca —siseó, cambiando al inglés con un acento pesado, sacando algo brillante de su cinturón—. Te vienes a Nueva York. Despierta o inconsciente. Tú eliges.

Me giré boca arriba, pataleando, buscando mi spray de pimienta que había salido volando.

El brillo del metal se alzó sobre mí. Cerré los ojos, preparándome para el golpe, para la oscuridad.

Pero el golpe nunca llegó.

En su lugar, escuché un sonido húmedo y crujiente, seguido de un gruñido de sorpresa ahogado. El peso opresivo del sicario desapareció de repente, arrancado de mí como si una mano gigante lo hubiera barrido.

Abrí los ojos.

Una figura inmensa estaba detrás del italiano. No era una sombra. Era una montaña de furia controlada.

Sam.

Con una precisión aterradora, Sam había torcido el brazo del sicario detrás de su espalda en un ángulo antinatural. Antes de que

el hombre pudiera gritar, Sam le pateó la parte posterior de la rodilla, obligándolo a caer de rodillas al suelo sucio, y luego le rodeó el cuello con el brazo, cortándole el aire. Fue rápido y brutal. Una maniobra militar fluida que, a juzgar por la rapidez y precisión de Sam, debía haber ejecutado innumerables veces.

—¡Quieto! —rugió Sam, su voz vibrando contra las paredes del callejón.

El sicario intentó revolverse, pero Sam apretó más. Vi cómo la cara del hombre pasaba del rojo al púrpura con una facilidad pasmosa.

Sam se inclinó, su boca cerca de la oreja del hombre, pero sus ojos... sus ojos estaban fijos en el arma que había caído al suelo, lejos de su alcance.

—¿A quién has llamado? —preguntó Sam. No gritaba. Su tono era bajo, gélido, el tono de un hombre que ha interrogado a gente en lugares mucho peores que este—. ¿Sabe Malavolta que está aquí?

El hombre boqueó, buscando aire. Sam aflojó el agarre un milímetro, lo justo para dejarle hablar, pero manteniendo la presión en la carótida.

—*Vaffanculo*... —escupió el hombre.

Sam le retorció el brazo fracturado. El hombre aulló.

—Responde o te arranco el brazo y te golpeo con él. ¿Has hecho la llamada?

—¡No! —chilló el sicario, el dolor rompiendo su resistencia—. ¡No! Todavía no... quería asegurarme... quería llevarla yo... la recompensa...

—¿Nadie más sabe la ubicación exacta?

—No... solo yo... ¡suéltame!

Sam soltó un aire que parecía alivio, pero su cuerpo seguía tenso como un cable de acero. Tenía la información. El Don sabía que estaba en Chicago, pero no dónde. Todavía teníamos una oportunidad.

Entonces, Sam levantó la vista. Sus ojos, oscuros y letales, se encontraron con los míos. Estaba buscando amenazas, pero su mirada se detuvo en mi brazo, donde la manga de mi abrigo se había rasgado contra el asfalto, y en la sangre que me goteaba de la barbilla por el golpe.

—Bianca... —su voz cambió, perdiendo el filo del interrogador y llenándose de un horror repentino—. Estás sangrando.

Por una fracción de segundo, el soldado desapareció y vi al hombre. Sam bajó la guardia, su atención desviándose del prisionero hacia mis heridas, dando un paso instintivo hacia mí.

Fue un error.

El sicario, aprovechando esa milésima de segundo de distracción, soltó una mano y se llevó la otra al tobillo. Sacó una segunda pistola, una pequeña y plateada, escondida en una funda tobillera.

—¡Sam, cuidado! —grité.

El instinto de Sam fue más rápido que el pensamiento. No se giró para mirar. Su cuerpo reaccionó con una memoria muscular forjada en la guerra.

Antes de que el sicario pudiera levantar el cañón, Sam giró sobre sus talones. Sus manos agarraron la cabeza del hombre con un movimiento fluido y violento.

Un giro seco. El sonido fue repugnante. Seco, final, como una rama gruesa rompiéndose en el bosque.

El sicario se quedó flácido al instante, cayendo al suelo como un muñeco de trapo, con los ojos abiertos y vacíos mirando a la nada. La pistola repicó contra el asfalto, inútil.

El silencio regresó al callejón, más pesado que antes.

Me quedé paralizada, mirando el cuerpo. Estaba muerto. Sam acababa de matar a un hombre delante de mis ojos con la misma facilidad con la que yo cortaba el tallo de una rosa.

Sam se quedó de pie sobre el cadáver, respirando pesadamente, con los puños aún apretados. Lentamente, levantó la vista hacia mí.

Esperaba ver al monstruo, pero vi algo más en sus ojos: miedo. Miedo de que yo le tuviera miedo.

Se sacudió la sensación, volviendo al modo operativo. Sacó su teléfono.

—Wolf —dijo, su voz carente de emoción—. Trae la furgoneta. Callejón trasero de la calle 42. Tenemos basura que limpiar. —Hizo una pausa, mirando el cuerpo—. Y trae lejía.

Colgó y se giró hacia mí. Dio un paso, y yo retrocedí instintivamente, mi espalda chocando con la pared de ladrillo.

Él se detuvo en seco, levantando las manos para mostrarme que estaban vacías, aunque sabía lo que esas manos acababan de hacer.

—Se acabó, Bianca —dijo, y su voz temblaba ligeramente.

◆ ◆ ◆

Wolf llegó con la furgoneta dos minutos después. No hubo sirenas, no hubo gritos, no hubo caos. Solo una eficiencia silenciosa y aterradora.

Me quedé de pie contra la pared, abrazándome a mí misma para contener el temblor residual de la adrenalina, mirando cómo los hombres de Sam envolvían el cuerpo y limpiaban el callejón.

No grité. Ni lloré. Ni me desmayé.

Había crecido en la mansión Malavolta. Había visto hombres golpeados, había visto sangre en las camisas de mi padre antes de la cena, había escuchado historias de desapariciones. La violencia no era nueva para mí. La muerte tampoco.

Lo que me tenía clavada en el sitio, con el corazón martilleando contra las costillas, no era el cadáver.

Era Sam.

Era la forma en que había reaccionado. Sin dudar. Sin vacilar. Había apagado una vida humana como quien apaga un interruptor, solo porque esa vida amenazaba la mía. Mi padre mataba por poder, por respeto, por negocios. Carlo mataba por placer sádico.

Sam había matado por protección.

Cuando la furgoneta se alejó, llevándose la amenaza neutralizada, Sam se giró hacia mí. Su rostro era una máscara de piedra, pero sus ojos escaneaban la calle, los tejados, las ventanas oscuras.

—Vamos arriba —ordenó.

No discutí. Mis piernas se movieron automáticamente, siguiéndolo.

Subimos al apartamento en un silencio denso. Sam iba delante, con una pistola negra en la mano que no había guardado, revisando cada rellano, cada esquina.

Al entrar en mi piso, repitió el ritual de la otra noche. Pero esta vez no fue un barrido rápido. Fue exhaustivo. Revisó los armarios, miró debajo de la cama, comprobó los cierres de las ventanas dos veces.

Yo me quedé en el centro de la sala, sintiendo cómo mi santuario se desmoronaba. Ya no era seguro. Las paredes parecían de papel.

Sam volvió a la sala, enfundando el arma en la parte trasera de su pantalón, pero la tensión no abandonó sus hombros.

—Nadie sabe si estaba solo —dijo, rompiendo el silencio. Su voz era grave, rasposa—. Dijo que no había avisado al Don de tu ubicación exacta, pero podría tener un socio vigilando. Un conductor. Alguien de apoyo.

Asentí, mi mente de estratega volviendo a funcionar a pesar del miedo.

—Si tenía un socio, habrá visto lo que ha pasado. Habrá visto a tus hombres.

—Exacto. Y eso significa que podrían volver con refuerzos. O intentar entrar esta misma noche antes de que fortifiquemos esto.

Se pasó una mano por la cara, y vi una mancha de sangre seca en sus nudillos. Sangre que no era suya.

—Coge tus cosas imprescindibles. Mañana te sacamos de aquí. Pero por hoy, no es seguro moverte. Las calles están demasiado tranquilas.

—¿Y tú? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

Sam se quitó la chaqueta de cuero, revelando los tatuajes que le subían por los brazos y la camiseta negra ajustada a su pecho ancho.

—Yo no me muevo. Me quedo aquí.

Mi instinto de independencia se erizó por costumbre.

—No hace falta. Tengo el cerrojo, tengo...

—Bianca —me cortó. Dio un paso hacia mí, y la intensidad de su mirada me robó el aire—. Acabo de romperle el cuello a un hombre hace diez minutos. No he hecho eso para dejarte sola ahora y que otro hijo de puta termine el trabajo mientras duermes.

La crudeza de sus palabras me golpeó. Lo miré a los ojos. Esperaba ver arrepentimiento, o la locura que veía en los ojos de Carlo. Pero solo vi una determinación férrea. Una lealtad absoluta.

—Lo mataste —susurré. No era una acusación. Era una constatación.

—Y lo volvería a hacer —respondió, sin pestañear—. Mil veces. Nadie te toca mientras yo respire.

Algo se rompió dentro de mí. La resistencia, la barrera que había levantado contra él y contra su favor, se agrietó. Me di cuenta, con una claridad cristalina, de que necesitaba la protección de Legend. Tarde o temprano, me encontrarían. Hoy había sido suerte y Sam. La próxima vez...

Suspiré, bajando los hombros.

—El sofá es incómodo —dije, mi voz sonando más pequeña de lo habitual.

Sam relajó la mandíbula, solo un poco.

—He dormido en agujeros en el desierto llenos de escorpiones. Sobreviviré a tu sofá.

Se dirigió a la ventana, apartando ligeramente la cortina para vigilar la calle.

—Ve a intentar dormir. Yo hago la primera guardia. Y la segunda.

Me dirigí a mi habitación, pero me detuve en el marco de la puerta. Me giré para mirarlo una última vez. Su silueta oscura recortada contra la luz de la calle, vigilante, letal y, por primera vez en mi vida, haciéndome sentir que el monstruo que estaba en la puerta no estaba allí para hacerme daño, sino para devorar a cualquiera que intentara acercarse.

—Gracias, Sam —murmuré.

Él no se giró.

—Ve a dormir, Bianca.

◆ ◆ ◆

La puerta de mi habitación estaba cerrada, pero en la oscuridad y el silencio de la noche, podía oírlo todo.

El crujido de una tabla del suelo en el pasillo. El *clic* suave del cerrojo de la entrada siendo comprobado por tercera vez. El sonido de la cortina de la sala al moverse para inspeccionar la calle.

Sam.

Estaba ahí fuera, patrullando mi pequeño apartamento como si fuera una base militar en territorio hostil.

Me abracé a la almohada, pero el sueño no llegaba. Cada vez que cerraba los ojos, veía el brillo del metal en el callejón y sentía la mano de cuero sobre mi boca.

La burbuja se había roto. Mi ilusión de una vida normal, de ser simplemente Bianca Peretti, la florista, había muerto en ese callejón junto con el sicario.

Me toqué la pierna, justo encima de donde terminaban las cicatrices, sobre la tela del pijama. Empezaron a arder. Un dolor fantasma que conocía demasiado bien.

Mi mente viajó atrás en el tiempo. Al ático. Al olor a polvo y humedad. Al dolor agudo del abrecartas rasgando mi piel mientras Carlo reía.

Recordé los años que siguieron a aquella noche. Viví como un animal asustado, bajando la mirada, temblando cada vez que oía su nombre. La única paz que tuve fue cuando el padre de Carlo, un hombre tan corrupto y asquerosamente rico que incluso la *Cosa Nostra* necesitaba su dinero, lo envió a estudiar a Italia.

Fueron cuatro años de aire fresco. Cuatro años en los que pude respirar.

Pero luego volvió. Y con su regreso, mi padre selló el trato. Mi matrimonio con Carlo no era una historia de amor; era una fusión empresarial. El dinero sucio de los Volpetti unido a la fuerza bruta de los Malavolta. Y yo era la moneda de cambio. El objeto de la transacción.

Una lágrima caliente resbaló por mi mejilla hacia la almohada.

Si me atrapaban... si me llevaban de vuelta... Carlo no solo me marcaría de nuevo. Me destruiría. Me convertiría en una cáscara vacía para castigarme por haber huido.

Repasé mis opciones en la oscuridad.

Opción A: Huir de nuevo. Coger mi mochila y correr. ¿A dónde? No tenía tanto dinero. Y ahora sabía que mi cara estaba en su radar. Me cazarían en una estación de autobuses en menos de veinticuatro horas.

Opción B: Quedarme aquí, sola. Esperar a que el próximo sicario sea más rápido o tenga mejor puntería.

Opción C...

Escuché el sonido de Sam acomodándose en mi sofá. El hombre que había roto un cuello con sus propias manos hacía un par de horas solo para evitar que me tocaran.

La violencia de Sam me asustaba, sí. Pero era una violencia diferente. No era sádica. Era... era un escudo.

Él me había ofrecido una salida. Una jaula, sí. Un matrimonio falso. Pero una jaula donde los monstruos de mi pasado no podían entrar.

«Nadie te toca mientras yo respire».

La frase resonó en mi cabeza, más fuerte que el miedo.

Mi independencia, mi orgullo, de nada me servirían si estaba muerta o encadenada en un sótano en Nueva York.

El cansancio físico y emocional finalmente empezó a pesar sobre mis párpados. Mi respiración se acompasó con el lejano sonido de la respiración de Sam en la otra habitación.

Tenía miedo. Miedo de dar el paso, miedo de lo que significaba convertirme en la esposa del presidente de un MC. Miedo de depender de un hombre de nuevo.

Pero mientras me dejaba llevar por el sueño, la decisión se asentó en mi pecho, sólida y fría como el acero.

Necesitaba a Legend y necesitaba a Sam.

Y mañana, por primera vez en mi vida, dejaría de huir y elegiría mi propia protección.

CAPITULO 7

Sam

Lo primero que registró mi cerebro fue el olor.

No era el olor rancio a tabaco y cerveza vieja del sofá de la sala de juegos del club. Era suave. Fresco. Olía a lluvia, a flores de invierno y a algo dulce y cálido que se me metió directo en el sistema límbico.

Abrí los ojos, desorientado por un segundo.

Estaba en el sofá de Bianca.

Me moví, y la manta suave que me cubría se deslizó sobre mi pecho. Inhalé profundamente, y mi cuerpo reaccionó con una traición biológica inmediata. La manta olía a ella. A su piel, a su cama.

Mi polla se endureció al instante, dolorosa y urgente contra la cremallera de mis vaqueros.

«Maldita sea».

Gruñí, pasándome una mano por la cara para borrar el sueño y la lujuria inoportuna. Acababa de matar a un hombre hacía menos de ocho horas. Debería estar pensando en perímetros de seguridad y en deshacerme de pruebas, no en lo bien que olería esta mujer si la tuviera debajo de mí en lugar de esta manta.

Me senté, obligando a mi sangre a volver a mi cerebro.

—Buenos días.

La voz vino de la cocina. Giré la cabeza, mis músculos tensándose por instinto.

Bianca estaba sentada en uno de los taburetes de la barra americana. Llevaba el mismo pijama de satén gris de anoche, con una bata de punto grueso encima. Tenía una taza de café humeante entre las manos y miraba por la ventana hacia la calle gris de Chicago.

Estaba... tranquila.

Jodidamente tranquila.

No había rastro de la mujer aterrorizada que se había escondido detrás de mí en el callejón. No había lágrimas, ni temblores. Su espalda estaba recta, su rostro sereno, como si estuviera esperando el autobús en lugar de procesar un intento de secuestro.

—Café —dijo, señalando la cafetera—. Hay una taza limpia para ti.

Me levanté, ignorando la rigidez de mi cuello y la situación en mis pantalones, y fui a por el café. Lo necesitaba negro y fuerte.

—Parece que va a llover —comentó ella, con un tono casual, como si estuviéramos hablando del tiempo en un ascensor.

Miré por la ventana. El cielo era una losa de plomo.

—Es Chicago. Siempre hace frío.

Di un sorbo al café. Estaba ardiendo, justo como me gustaba. Me apoyé contra la encimera, cruzando los brazos, y la estudié.

—¿Por qué estás tan tranquila?

Ella apartó la mirada de la ventana y me miró. Sus ojos castaños eran claros, sin sombras.

—¿Debería estar histérica?

—Debería estar algo. —Hice un gesto hacia la calle—. Un sicario intentó meterte en una furgoneta anoche. Maté a un hombre delante de tus narices. Y ahora estás ahí sentada, hablando del tiempo como si fuera un domingo cualquiera.

Bianca dejó la taza sobre la barra con un clic suave.

—No estoy tranquila, Sam. Estoy resuelta.

—¿Resuelta?

—Anoche no dormí mucho —dijo, girando el taburete para enfrentarme completamente—. Pensé. Repasé mis opciones. Una por una.

Levantó un dedo.

—Opción uno: Huir. Salir corriendo con mi mochila. —Negó con la cabeza—. Me cazarían en dos días. Mi cara ya es conocida. No tengo los recursos para desaparecer de verdad.

Levantó un segundo dedo.

—Opción dos: Quedarme aquí y esperar que el próximo hombre que envíe mi padre falle. O que tú estés siempre en el callejón correcto en el momento exacto. —Me miró fijamente—. Eso es jugar a la ruleta rusa. Y yo quiero vivir.

Bajó la mano.

—Así que solo queda la opción tres. La que tú pusiste sobre la mesa.

El aire de la cocina cambió. Se volvió más denso.

—Bianca...

—Tenías razón —me cortó, su voz firme, esa voluntad de acero brillando en sus ojos—. Necesito una fortaleza. Necesito un ejército. Y necesito que mi padre crea que soy intocable. No sé si un MC de nivel nacional con secciones por medio país es suficiente para disuadir a mi padre. Pero si eso no le hace replantearse las cosas, al menos tendrá cuidado de no iniciar una guerra en territorio enemigo con un aliado directo de la Bratva.

Se levantó del taburete y caminó hacia mí. Se detuvo a un paso de distancia. Olía a café y a esa jodida fragancia floral que me estaba volviendo loco.

—Acepto, Sam.

Me quedé paralizado, con la taza a medio camino de mi boca.

—¿Qué?

—Acepto tu propuesta —repitió serena—. Me casaré contigo. Seré tu esposa falsa. Viviré en tu club. Y dejaré que tú y tus hombres

seáis el muro entre mi pasado y yo.

Me quedé sin palabras.

Había pasado días preparando argumentos tácticos, esperando tener que arrastrarla gritando y pataleando hacia la seguridad. Esperaba una pelea. Esperaba tener que convencerla.

No esperaba que me mirara con esa determinación fría y me dijera "sí" antes de que me hubiera terminado el primer café.

—Joder —solté, exhalando el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Pero tengo condiciones —añadió ella, levantando la barbilla.

Por supuesto que las tenía. Sonreí, una sonrisa torcida y oscura.

—Estoy seguro de que las tienes, princesa. Pero primero, saldremos de aquí. Nos vamos al club. Ahora.

◆ ◆ ◆

El sonido de la verja de hierro forjado cerrándose detrás de nosotros fue el sonido más tranquilizador que había escuchado en días.

Estábamos dentro. En el complejo. En mi territorio.

Aparqué la Harley frente al edificio principal, justo al lado de las motos de mis oficiales. Apagué el motor y el silencio cayó sobre el patio, solo roto por el lejano sonido de una llave inglesa golpeando metal en el taller.

Me bajé y ayudé a Bianca. Ella se quitó el casco, sacudiendo su pelo oscuro. Miró a su alrededor, sus ojos grandes absorbiendo cada detalle: el hormigón, los edificios de ladrillo, las cámaras de seguridad. No parecía asustada, parecía... analítica. Evaluando las defensas.

—Bienvenida a casa —dije, y la palabra "casa" me supo extraña en la lengua dirigida a ella.

Le puse una mano en la espalda baja. No fue solo caballerosidad; fue una marca. Estaba a punto de presentarla a una manada de

lobos, y necesitaba que todos olieran mi esencia en ella antes de que dijera una palabra.

La guie hacia la zona del bar. Sabía que estarían allí. Abrí la puerta doble. El aire caliente del climatizador industrial y el olor a café nos golpearon.

Ahí estaban. La Mesa Principal.

Sexton, mi VP, estaba revisando unos papeles en una mesa con Wolf. Iron, Bighorse y Pipper estaban jugando al billar al fondo.

La conversación se detuvo en seco cuando entramos. Cinco pares de ojos se clavaron en Bianca.

Sentí cómo ella se tensaba bajo mi mano, pero mantuvo la barbilla alta.

«Bien, chica».

—Atención —ladré.

Todos se enderezaron. El respeto era automático.

—Quiero presentaros a alguien. —Empujé suavemente a Bianca hacia delante, pero manteniéndome pegado a su costado—. Esta es Bianca.

Sexton fue el primero en levantarse. Se ajustó las gafas, mirándola con curiosidad pero con respeto.

—La florista —dijo Sexton, conectando los puntos del informe de inteligencia—. Un placer. Soy Sexton. Creo que conoces a mi hija, soy el padre de Julie.

Los hombros de Bianca se relajaron visiblemente.

—Oh. Julie es maravillosa. Encantada, Sexton.

—Igualmente.

Entonces, Wolf se acercó. Tenía esa sonrisa de mierda en la cara, la que usaba para desarmar a las mujeres y para sacarme de quicio a mí. Se movió con esa gracia depredadora que le daba su nombre.

—Vaya, vaya —dijo Wolf, ignorándome y clavando sus ojos azul cielo en ella—. El Presi se guardaba lo mejor para él. —Agarró la mano de Bianca antes de que yo pudiera reaccionar y se la llevó a

los labios, besando sus nudillos con una galantería exagerada—. Soy Wolf. Si te aburres de tanta cara larga y órdenes militares, ya sabes dónde encontrar al chico divertido del club.

Sentí un tic en el ojo. Un gruñido real, animal, vibró en mi pecho.

Le di un manotazo en el hombro a Wolf, apartándolo físicamente. Me interpuse entre él y Bianca, bloqueando su línea de visión con mi cuerpo.

—Cree que es gracioso —le dije a Bianca, mi voz un poco más alta de lo necesario—. No lo es. Y tú —señalé a Wolf con un dedo amenazante—, mantén tus patas y tus encantos baratos lejos de ella.

Wolf levantó las manos, riéndose, retrocediendo un paso.

—Tranquilo, fiera. Solo estaba siendo educado. Te has puesto rojo, hermano.

Los otros lugartenientes, Iron y Bighorse, soltaron unas risitas desde la mesa de billar. Me sentí ridículo, pero no podía evitarlo. La idea de otro hombre tocándola, incluso de broma, me quemaba.

Respiré hondo, recuperando mi compostura de presidente. Tenía que soltar la bomba. Tenía que vender la mentira.

Pasé mi brazo alrededor de la cintura de Bianca, atrayéndola firmemente contra mi costado. Ella se dejó llevar, encajando en mi abrazo como si llevara años haciéndolo.

Miré a mis hombres. A mi familia.

—Escuchadme bien todos. Bianca no es una visita. Y no es solo una protegida.

Hice una pausa, asegurándome de tener su atención total.

—Bianca es mi prometida.

El silencio en el bar fue absoluto. La bola 8 que Bighorse estaba a punto de golpear se quedó quieta. La sonrisa de Wolf desapareció. Sexton abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Nos vamos a casar —continué, mi voz firme, sin dejar espacio a la duda—. Así que a partir de este segundo, ella es la Reina de este

club. Su palabra es mi palabra. Su seguridad es vuestra prioridad número uno. ¿Estamos claros?

Nadie se movió durante tres segundos. Estaban procesando el shock. Sam Tucker, el hombre que vivía para el club y la guerra, trayendo una esposa a casa.

Sexton fue el primero en recuperarse. Asintió, solemne.

—Cristalino, Presi. Bienvenida a la familia, Bianca.

—Bienvenida —corearon los demás, sus miradas cambiando de la curiosidad al respeto absoluto que se le debe a una Old Lady.

Wolf me miró. Él me conocía mejor que nadie. Sus ojos buscaban una grieta en mi armadura, una señal de que esto era una táctica.

Le sostuve la mirada.

«Créetelo, cabrón. Porque necesito que sea real para vosotros».

Wolf finalmente sonrió, una sonrisa más pequeña y sincera esta vez.

—Felicidades, hermano —dijo—. Ya era hora de que alguien te pusiera la correa.

Apreté a Bianca contra mí. La mentira estaba plantada. Ahora teníamos que vivir en ella.

◆ ◆ ◆

Dejé a mis hombres procesando la noticia y saqué a Bianca del bar antes de que Wolf pudiera hacer otro comentario inapropiado.

La guie a través del patio hacia el edificio de ladrillo anexo. El Búnker, como lo llamábamos.

—¿Aquí viven todos? —preguntó ella, mirando la fachada austera.

—Solo los oficiales. Sexton, Wolf, Iron... y yo. El resto duerme en el edificio principal o tiene sus propias casas en la ciudad. Pero aquí es donde está la seguridad de verdad. Muros reforzados, cristales antibalas. Nadie entra aquí sin mi permiso.

Subimos al último piso. Mi apartamento.

Abrí la puerta y me hice a un lado. Bianca entró despacio, sus ojos escaneando el lugar como si esperara encontrar una mazmorra llena de cadenas.

Se encontró con un espacio amplio, de concepto abierto. Suelos de madera oscura, paredes de ladrillo visto, muebles de cuero negro y una cocina industrial de acero inoxidable inmaculada. Era masculino, austero y limpio.

—Es... grande —dijo, sorprendida.

—Me gusta el espacio. Soy un tipo enorme, me sentiría ridículo en una caja de zapatos —Cerré la puerta y eché el cerrojo—. Dos habitaciones. La principal, al fondo. La de invitados, a la derecha.

Ella asintió, caminando hacia la habitación de invitados. Se asomó. Estaba vacía, salvo por una cama y una cómoda.

—Me instalaré aquí de momento —dijo, girándose hacia mí con esa serenidad práctica suya—. Hasta que traiga mis cosas del apartamento.

Me crucé de brazos, apoyándome en el marco de la puerta. Aquí venía la parte difícil. La negociación.

—Puedes dejar tus cosas ahí por hoy —dije—. Pero no vas a dormir ahí.

Bianca se tensó. Su barbilla se alzó desafiante.

—¿Perdona?

—Siéntate, Bianca. Tenemos que establecer las reglas del juego.

Ella no se sentó. Se quedó de pie en medio del salón, cruzada de brazos, imitando mi postura.

—Te escucho.

—Regla número uno: Esto tiene que parecer real. A todos los efectos. —Di un paso hacia ella—. Mi club no es un grupo de *Boy Scouts*. Mis hombres son leales, pero no son ciegos. Y la *Cosa Nostra* tiene ojos en todas partes. Si el Don huele una pizca de falsedad, si sospecha que esto es una farsa para protegerte, vendrá con todo. La única forma de detener una guerra es que crean que eres mi mujer. Mía de verdad.

—Entiendo el concepto, Sam. Por eso llevo este anillo —dijo, tocándose el dedo desnudo donde pronto tendría que poner uno—. Pero eso no significa que...

—Las mujeres del MC —la interrumpí—. Las Old Ladies y las chicas que ayudan en el club. Ellas se encargan de la limpieza, de la ropa, de mantener esto habitable. Tienen llaves maestras. Entran, limpian, cambian sábanas.

Vi cómo su mente trabajaba, conectando los puntos.

—Si ven que duermes en la habitación de invitados —continué—, si ven que mi cama solo huele a mí y la tuya a ti... hablarán. El rumor correrá. Y en dos días, todo Chicago sabrá que el matrimonio es una mierda.

—¡Pues diles que no entren! —exclamó ella—. ¡Cambia la cerradura!

—Eso solo levantaría más sospechas. —Me acerqué más—. Tienes que dormir en mi habitación, Bianca. Tenemos que compartir cama.

Su cara se enrojeció, una mezcla de furia y vergüenza.

—¡No! ¡Me niego! Acepté un matrimonio falso, no ser tu... tu juguete nocturno. ¡No voy a dormir contigo!

—Dormir. Solo dormir —gruñí, aunque la idea de tenerla en mi cama hacía que mi cuerpo protestara—. No te tocaré si no quieres. Tienes mi palabra. Pero de cara a la galería, dormimos juntos.

Ella apretó los puños, luchando contra la lógica. Pero era una estratega. Sabía que tenía razón.

—Maldita sea —susurró finalmente, bajando la mirada—. Está bien. Compartiremos habitación. Pero pongo una barrera de almohadas. Si la cruzas, te rompo un dedo.

Casi sonreí.

—Trato hecho. Ahora, mis condiciones.

—No, ahora mis condiciones —replicó ella rápidamente—. Voy a seguir trabajando.

Negué con la cabeza al instante.

—Ni de coña. Wild Bloom es un escaparate de cristal. Estás expuesta.

—Es mi trabajo. Es mi vida. —Dio un paso hacia mí, furiosa—. Me he pasado años encerrada, Sam. No voy a cambiar una jaula por otra. Si voy a vivir aquí, rodeada de testosterona y armas, necesito mi espacio. Necesito mis flores. O me volveré loca.

La miré. Vi la desesperación en sus ojos. Si la encerraba, la rompería.

Suspiré, pasándome la mano por el pelo.

—Está bien. Trabajarás. Pero nunca sola. Te llevaré y te traeré yo. O Wolf. Y habrá un prospecto en la puerta en todo momento.

—Aceptable. —Asintió—. Siguiente condición: Fidelidad.

Arqueé una ceja.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Su mirada se volvió dura—. Sé quién eres. Sé lo de las groupies del club. Si soy tu esposa, soy la única. No voy a ser la cornuda del club. No voy a soportar que te pasees con otras mientras yo finjo ser tu dueña. Mientras dure este matrimonio, tu polla se queda en tus pantalones.

Me ofendió que pensara que tenía que pedírmelo.

—No he estado con nadie en mucho tiempo, Bianca. Y una vez que te ponga mi anillo, no miraré a nadie más. Tienes mi palabra. Fidelidad absoluta. —Di un paso más, invadiendo su espacio personal hasta que tuve que mirar hacia abajo para ver sus ojos—. Pero eso va en los dos sentidos. Tú eres mía. Nada de coqueteos con clientes. Nada de sonrisitas. Eres la Old Lady del Presidente. Compórtate como tal.

—No soy como tú —escupió ella, pero vi cómo tragaba saliva—. Trato hecho.

—Y una cosa más —dije, bajando la voz—. Tendremos que ser convincentes. En público. Delante de los chicos.

—¿A qué te refieres?

—Afecto. —Le cogí la mano. Estaba fría. La cubrí con la mía, grande y caliente—. Tendré que tocarte. Tendré que besarte. Y tú tendrás que devolverme el beso como si te gustara. Si te pones rígida cada vez que me acerco, nadie se lo va a tragar.

Ella miró nuestras manos unidas. Su pulso latía rápido en su muñeca.

—Puedo... puedo actuar —dijo, aunque su voz tembló un poco.

—Bien.

El silencio se alargó, cargado de una tensión indescifrable. Era eléctrica. Estábamos a punto de cerrar un pacto que podía explotarnos en las manos.

—¿Y el final? —preguntó ella, levantando la vista—. ¿Cuándo termina esto?

—Sandro —dije, soltando su mano a regañadientes—. Tu hermano necesita tiempo. Está moviendo hilos para derrocar a tu padre. Cuando Sandro tome el control de Nueva York, cuando sea el Don... la amenaza desaparece. Él anulará la orden de caza.

La miré fijamente, asegurándome de que entendiera que esto no era una trampa.

—En el momento en que Sandro se siente en el trono, eres libre. Te concederé el divorcio. Sin excusas, sin letras pequeñas, sin deudas. Te devolveré tu vida.

Vi el alivio inundar su rostro, relajando sus hombros, suavizando su boca.

—Gracias, Sam —susurró. Y esta vez, sonó sincero.

Asentí, dándome la vuelta para ir a la cocina porque necesitaba alejarme de ella.

—No me des las gracias todavía. Primero tenemos que sobrevivir a la boda.

◆ ◆ ◆

Después del tour por el búnker y la negociación en mi apartamento, necesitaba sacar a Bianca del ambiente militar del club. Necesitaba terreno neutral. Y, sobre todo, necesitaba la bendición de la única mujer en el mundo a la que yo no podía dar órdenes.

Erin.

Conduje hasta la casa de Erin, una pequeña propiedad victoriana restaurada a las afueras, con porche de madera y jardín cuidado. Era el polo opuesto al hormigón y acero del club. Era el hogar donde nos refugiábamos cuando la vida del MC se volvía demasiado oscura.

Cuando entramos, el olor a asado y especias nos envolvió.

—¡Ya estáis aquí!

Raven salió de la cocina, con un delantal manchado de harina y una sonrisa radiante. Cuando vio a Bianca, soltó un chillido de alegría y, ignorando cualquier protocolo de seguridad o distancia personal, se lanzó a abrazarla.

—¡Sabía que vendrías! —exclamó Raven, apretujando a una sorprendida Bianca—. ¡Le dije a Julie que Sam no te dejaría escapar!

—Hola, Raven —dijo Bianca, sonriendo tímidamente y devolviendo el abrazo con cautela.

Detrás de Raven apareció Erin. Madre de Olivia, pero madre de todos nosotros en la práctica. Tenía el pelo gris recogido en una trenza elegante que caía por un costado y unos ojos que habían visto demasiada violencia motera pero que seguían siendo increíblemente dulces. Y, por supuesto, Olivia estaba allí, apoyada en el marco de la puerta del salón con una copa de vino tinto en la mano, mirándonos con ojos de halcón.

—Tú debes de ser Bianca —dijo Erin, acercándose y tomando las manos de Bianca entre las suyas. Sus manos eran cálidas, suaves—. Sam me ha contado poco, como siempre, pero tienes una mirada fuerte, querida. Bienvenida a mi casa.

—Gracias, señora... Erin —respondió Bianca, y vi cómo sus hombros bajaban tres centímetros. La magia de Erin.

—Nada de señora. Erin. Venid, la cena está lista.

Nos sentamos a la mesa. El ambiente era cálido, familiar, un contraste brutal con la tensión de las últimas horas. Raven parloteaba alegremente sobre sus prácticas y sobre lo genial que había sido la noche en el *Vinyl* (omitiendo convenientemente la parte de mi numerito de hombre de las cavernas).

Esperé a que sirvieran el asado. Miré a Bianca. Estaba comiendo, escuchando a Erin, pareciendo... integrada.

Carraspeé.

—Tengo noticias —dije, soltando los cubiertos.

La mesa se calló.

—Bianca se muda al complejo —anuncié, mi voz firme—. Va a vivir conmigo. Nos vamos a casar.

Raven soltó el tenedor, que cayó con estrépito en el plato. Sus ojos azules se abrieron como platos.

—¡¿Qué?! —Gritó, levantándose de un salto—. ¡¿Te vas a casar?! ¡¿Sam "Corazón de Piedra" Tucker se casa?! ¡Oh, Dios mío! ¡Bianca, es increíble! ¡Voy a ser dama de honor!

Estaba prácticamente vibrando de emoción. Erin sonrió, llevándose una mano al pecho, visiblemente emocionada.

—Oh, Sam... eso es maravilloso.

—Es falso —cortó una voz seca desde el otro lado de la mesa.

Olivia.

Me giré hacia ella, fulminándola con la mirada. Ella ni se inmutó. Bebió un sorbo de vino, manteniendo el contacto visual conmigo.

—Siéntate, Raven —ordenó Olivia con calma—. No es una boda romántica. Es una estrategia. Sam la está protegiendo de la mafia de Nueva York. Es un trato comercial.

El silencio cayó sobre la mesa como una losa de plomo. La sonrisa de Raven se congeló y luego se desvaneció, reemplazada por la confusión. Erin bajó la mano, su expresión volviéndose seria, preocupada.

—¡Maldita sea, Olivia! —gruñí, golpeando la mesa con la palma abierta—. ¡Te dije eso en confianza!

—Y ahora estamos en familia —replicó ella, dura—. No les mientas a Erin y a Raven. Necesitan saber a qué nos enfrentamos si vamos a meter a la hija de un Don en nuestras vidas.

Bianca se tensó a mi lado, mirando su plato.

Respiré hondo, controlando las ganas de gritar. Olivia tenía razón, en el fondo. Pero odiaba que me forzara la mano.

Miré a las tres mujeres.

—Olivia tiene razón. No es un matrimonio por amor. Es protección. Su padre la está cazando. Necesito que sea intocable, y la única forma es que lleve mi apellido y mi parche.

Me incliné hacia delante, mi voz bajando a un tono de mando.

—Pero escuchadme bien las tres. Fuera de estas cuatro paredes, esto es real. Nadie puede saberlo. Ni una palabra a Julie, ni a las amigas, ni a nadie. Si se corre la voz de que es falso, la pondréis en peligro. Tenéis que ayudarnos a protegerla manteniendo la mentira.

Raven, que había estado procesando la información, de repente golpeó la mesa con decisión.

—¡Cuenta conmigo! —Sus ojos brillaban de nuevo, pero ahora con una determinación feroz—. ¡Operación Matrimonio Falso! ¡Seré la mejor actriz del mundo! ¡Nadie sospechará nada! ¡Organizaré una despedida de soltera que parecerá tan real que hasta tú te la creerás!

Suspiré, aliviado. Raven era un caos, pero era leal hasta la médula.

Erin se levantó y rodeó la mesa hasta llegar a Bianca. Le puso una mano en el hombro y le acarició el pelo.

—Pobre niña... has debido pasar tanto miedo. —Su voz era pura miel materna—. No te preocupes por los detalles, cariño. Aquí estás a salvo. Eres familia ahora, papeles falsos o no. Y te cuidaremos.

Bianca levantó la vista hacia Erin, y vi cómo sus ojos brillaban, húmedos. No estaba acostumbrada a la dulzura maternal.

Entonces, Olivia habló.

—Espero que sepas lo que haces, Sam —dijo, mirando a Bianca con frialdad—. Traer esta guerra a nuestra puerta...

—Olivia... —advirtió Erin.

—No, mamá. Hay que decirlo. —Olivia clavó sus ojos ámbar en Bianca—. Mi hermano está arriesgando su vida, su club y su posición por ti. Más te vale que valga la pena. Si él sale herido por tu culpa, Bianca... no será la mafia quien te encuentre. Seré yo.

—¡Olivia! —ladré.

Pero Bianca no se acobardó. Se giró hacia mi hermana y le sostuvo la mirada con esa dignidad silenciosa que me estaba empezando a obsesionar.

—No quiero que nadie salga herido por mí, Olivia. Y haré mi parte. Cumpliré el trato. Y cuando sea libre, me iré para que podáis recuperar vuestra vida. Tienes mi palabra.

Olivia la estudió durante unos segundos interminables. Buscando debilidad. Buscando mentiras. Finalmente, asintió una vez, levantando su copa.

—Bien. Entonces, bienvenida a Legend, cuñada.

Solté el aire.

Miré alrededor de la mesa. Raven planeando mentiras con entusiasmo, Erin sirviendo más comida en el plato de Bianca, y Olivia vigilando.

Me sentí extrañamente satisfecho. Había traído a una extraña al santuario, y mi manada la había aceptado. Ahora solo faltaba que el resto del mundo se lo creyera.

CAPITULO 8

Bianca

Habían pasado seis días. Ciento cuarenta y cuatro horas viviendo en el Búnker de Sam Tucker.

Había aprendido un par de cosas. Uno: Sam no dormía; montaba guardia horizontal, saltando de la cama al menor ruido. Dos: el café de la casa club podía disolver una cuchara. Y tres: Sam Tucker creía que podía controlar el universo si gritaba lo suficiente.

Estábamos en su despacho. Él estaba detrás de su escritorio, con aspecto de general a punto de invadir un país pequeño. Raven y yo estábamos sentadas frente a él como dos colegialas en el despacho del director.

—Repasemos el protocolo para esta noche —dijo Sam, golpeando un folio con el dedo índice—. La "Despedida de Soltera".

Hizo las comillas con los dedos como si el concepto le produjera alergia física.

—Raven, te he dejado las llaves de la furgoneta blindada. Bighorse conducirá.

—Ajá —dijo Raven, asintiendo con una seriedad sospechosa—. Blindada. Entendido.

—El destino es la casa de Erin. —Sam me miró a mí—. Es el único perímetro seguro fuera del complejo que autorizo. Erin ha preparado cena. Lasaña. Y luego podéis... no sé, ver películas. Comer palomitas. Lo que sea que hagáis las mujeres.

Levanté una ceja, pero mantuve la boca cerrada. ¿Lasaña y películas para una despedida de soltera? Incluso para un matrimonio

falso, aquello sonaba deprimente. Sonaba a fiesta de pijamas de niñas de doce años.

—¿Nada de alcohol fuerte? —preguntó Raven, con una inocencia que no engañaría ni a un ciego.

—Vino. Moderado —ladró Sam—. Quiero a todo el mundo alerta. Y a medianoche, de vuelta al complejo. Sin desvíos. ¿Está claro?

—Cristalino, hermanito —dijo Raven, regalándole una sonrisa radiante—. Cena, pelis, aburrimiento seguro. Será genial. Me encanta la lasaña de Erin.

Sam entrecerró los ojos, buscando la trampa. Pero Raven mantuvo su fachada de hermana obediente a la perfección. Él suspiró, pasándose la mano por el pelo. Se le veía cansado. La responsabilidad de mi seguridad le pesaba sobre los hombros como una losa de hormigón.

—Bien. —Me miró a mí, y su expresión se suavizó un milímetro—. Pasadlo bien. Dentro de lo razonable.

—Gracias, Sam —dije, usando mi tono más sereno.

Salimos del despacho.

En el momento en que la puerta de roble se cerró a nuestras espaldas y avanzamos dos metros por el pasillo, la postura de Raven cambió radicalmente. La niña buena desapareció. La rebelde emergió con una sonrisa depredadora.

—Es tan mono cuando se cree que manda —soltó, agarrándome del brazo y arrastrándome hacia la salida.

—Raven... —empecé, sintiendo el cosquilleo de la alarma en mi nuca—. ¿Qué estás tramando?

—¿Lasaña y películas? ¡Por favor, Bianca! —Se rio, sacando su móvil y tecleando furiosamente—. Te vas a casar con el presidente de Legend. Falso o no, necesitas una despedida de verdad. Y si cree que vamos a pasar la noche tejiendo en casa de Erin, es que las granadas le han afectado al cerebro.

—Sam dijo que nada de desvíos. Es por seguridad.

—Sam es un paranoico adorable. —Se detuvo y me miró, sus ojos azules brillando de emoción—. Escucha. Tengo un plan. Vamos a ir a casa de Erin, sí. Nos cambiaremos allí. Y luego... nos vamos al *Vinyl*.

—¡Sam nos matará! —susurré, mirando hacia la puerta del despacho.

—Sam estará ocupado emborrachándose con los chicos aquí. No se enterará. —Me guiñó un ojo—. Julie nos espera en la puerta trasera del club. Entraremos directas al reservado VIP. Sin colas, sin público, sin riesgos.

Mi mente racional, la que había aceptado la jaula de Sam, gritó "¡No!". Pero mi mente rebelde, la que había estado encerrada en este complejo durante seis días oliendo a testosterona y aceite de motor, sintió una chispa de emoción.

—¿Quiénes van? —pregunté, rindiéndome antes de empezar a luchar.

—El escuadrón completo —enumeró Raven—. Brynn y Tess, por supuesto. Sienna. Y he conseguido que venga Ivy.

—¿Ivy?

—La mujer de Asher Vaughn. —Raven sonrió con suficiencia—. Si la mujer de Asher está allí, es el lugar más seguro de Chicago después del Pentágono. Asher tiene seguridad invisible rodeándola siempre.

Me mordí el labio. *Vinyl*. Música. Mis amigas. Una noche de libertad antes de atarme legalmente a Sam Tucker.

Sam había dicho "a medianoche en casa". Eso nos daba horas.

Miré a Raven, a su energía contagiosa.

—Si nos pillan... —dije, dejando la frase en el aire.

—Si nos pillan, le echaré la culpa a Julie —dijo Raven con una sonrisa malvada—. Entonces, ¿te apuntas a la Operación Libertad o prefieres ver Bambi con mi madre?

Sonreí. Una sonrisa real.

—Vámonos de fiesta.

◆ ◆ ◆

El callejón trasero del *Vinyl* olía a lluvia y a la anticipación eléctrica de lo prohibido.

Julie abrió la pesada puerta de metal con un chirrido, asomando la cabeza con una sonrisa conspiradora.

—¡Vía libre! —susurró—. Pax está en la entrada principal lidiando con una despedida de soltero ruidosa. El camino al VIP está despejado.

Raven me agarró de la mano y tiró de mí hacia dentro.

—¡Corre, Cenicienta! ¡Antes de que el Lobo Feroz se entere!

Nos colamos por los pasillos de servicio, esquivando cajas de bebidas y personal que nos saludaba (todos conocían a Julie y a Raven), hasta llegar a la escalera privada que subía al reservado.

Cuando descorrimos la cortina de terciopelo, la música nos envolvió, pero amortiguada, perfecta para hablar y beber. Y allí estaban.

El Escuadrón, como Raven las había llamado.

Brynn saltó del sofá en cuanto nos vio, con esa calidez maternal suya. Tess, con su mano protectora sobre su barriga de embarazada, sonreía desde el sillón. Sienna, siempre con esa mirada inteligente de hacker, levantó su copa a modo de saludo. Ivy, con su salvaje melena rubia, sonreía de oreja a oreja, divertida y risueña.

—¡Bianca! —Brynn me abrazó—. ¡Lo habéis conseguido! Pensé que Sam os habría puesto grilletes electrónicos.

—Casi —me reí, aceptando una copa de champán que alguien me puso en la mano—. Pero Raven es una experta en fugas.

Ivy Vaughn, la mujer de Asher. La mujer que vivía rodeada de la seguridad invisible que Raven había mencionado. Me abrazó con efusividad.

—Bienvenida al club de las mujeres que aman a hombres complicados —dijo Ivy con una sonrisa irónica—. Así que… Sam. Lo tenías muy callado, B. Asher dice que es el mejor hombre que

conoce para tener en una trinchera, pero que como marido debe ser un dolor de cabeza.

—Lo es —confirmé, bebiendo un trago largo de champán. Las burbujas me hicieron cosquillas en la nariz—. Un dolor de cabeza enorme, controlador y paranoico.

Todas se rieron. Me senté en el sofá, rodeada de estas mujeres fuertes, y por primera vez en días, la tensión en mis hombros desapareció. Me lo estaba pasando en grande.

Me gustaba esto. Me gustaba desafiar a Sam. Me gustaba saber que él estaba en su búnker, creyendo que tenía el control, mientras yo estaba aquí, bebiendo champán y riéndome con mis amigas y su hermana. Era una pequeña victoria de mi voluntad sobre la suya.

Raven se dejó caer a mi lado, rellenando mi copa.

—Te veo esa sonrisita malvada, Bianca. Estás disfrutando de la rebelión.

—Puede ser —admití—. Aunque... Raven, ¿es seguro? Quiero decir, si pasara algo... Sam tenía razón en una cosa. Estamos solas.

Raven dejó su copa en la mesa y se inclinó hacia mí, bajando la voz para que solo yo la oyera. Su expresión risueña cambió por un segundo, revelando una seriedad que me sorprendió.

—Bianca, mírame. Soy rubia, me gusta el rosa y parezco una animadora. Pero soy una Tucker.

Levantó ligeramente el dobladillo de su falda de lentejuelas, lo justo para mostrarme la liga negra que llevaba en el muslo. Y en la liga, enfundada de forma discreta pero letal, había una navaja táctica.

Abrí los ojos como platos.

—Sam me enseñó a usarla antes de enseñarme a montar en bici —susurró, guiñándome un ojo—. Y sé cómo romper una nariz con la palma de la mano y cómo salir de un estrangulamiento en tres segundos. Nunca te pondría en peligro si no supiera que puedo cubrirte la espalda hasta que llegue la caballería. Siempre voy armada.

Me quedé maravillada. Detrás de la fachada de princesa del club, Raven era una guerrera. Sam había hecho un buen trabajo.

—Eres increíble —murmuré.

—Lo sé —dijo ella, volviendo a su tono bromista—. Pero no se lo digas a nadie, arruinaría mi reputación de chica dulce.

En ese momento, la cortina de terciopelo se abrió de nuevo.

La risa en la mesa se detuvo un instante.

Olivia estaba allí.

Llevaba unos vaqueros oscuros, una chaqueta de cuero entallada y esa mirada de "no me toques las narices" que compartía con su hermano. Escaneó la sala, comprobando las salidas y quién estaba presente, antes de fijar sus ojos ámbar en nosotras.

—Vaya —dijo Olivia, entrando con paso firme—. Así que aquí es donde está la fiesta tranquila de lasaña y películas.

Raven se tensó.

—Liv, no seas chivata...

Pero Olivia no sacó el móvil para llamar a Sam. En su lugar, caminó hacia la mesa y cogió una copa vacía.

—Tranquila, enana. No voy a llamar a Sam. Si lo hago, vendría aquí y arruinaría la noche gritando. Y necesito un trago más que una discusión.

Se sirvió vino y se giró hacia mí. Hubo un momento de tensión. Todavía recordaba sus palabras en la cena: «Si él sale herido por tu culpa... seré yo quien te encuentre».

Pero Olivia suspiró, sus hombros relajándose un poco. Levantó su copa hacia mí.

Chocó su copa con la mía. Fue un gesto tosco, reacio, pero fue una ofrenda de paz.

—Bienvenida a la noche de chicas, cuñada —dijo Olivia, y por primera vez, vi un atisbo de sonrisa en su cara—. Y por cierto, si Sam pregunta, la lasaña estaba deliciosa.

Sonreí, bebiendo de mi copa.

Tenía a Raven cubriéndome la espalda con una navaja. A Olivia guardando el secreto. Y a un ejército de mujeres a mi alrededor.

Que se joda el miedo. Esta noche, era libre.

◆ ◆ ◆

La burbuja de euforia del champán y la camaradería duró exactamente una hora y cuarenta minutos más.

Estaba riéndome de una historia que Ivy estaba contando sobre cómo Asher intentó cambiar la batería del coche y casi lo incendia, cuando sentí el cambio en el ambiente de la sala. La música seguía sonando, las luces seguían parpadeando, pero el aire se volvió repentinamente más denso. Más peligroso.

La cortina de terciopelo del reservado no se abrió; fue arrancada hacia un lado.

Y allí estaba él.

Sam Tucker.

No llevaba su chaleco de cuero esta vez, sino una camiseta negra que se tensaba peligrosamente sobre sus bíceps y unos vaqueros oscuros. Parecía una tormenta eléctrica con patas. Su mirada barrió la sala, ignorando a las chicas, e incluso ignorando a su traidora hermana Olivia.

Sus ojos se clavaron en mí como dos miras láser.

—Se acabó la fiesta —gruñó. Su voz era baja, pero cortó la música como un cuchillo.

—Mierda —susurró Raven a mi lado, aunque sonaba extrañamente divertida—. Los chicos de seguridad debieron avisarle. Pax es un chivato.

Sam cruzó la distancia que nos separaba en tres zancadas largas. No se detuvo a discutir. No pidió permiso.

Llegó a mi lado, se agachó y, con un movimiento fluido que ya me resultaba irritantemente familiar, me cargó sobre su hombro izquierdo.

—¡Sam! —exclamó Brynn, intentando poner orden—. Solo estábamos...

—No quiero oírlo —ladró él sin mirarla—. Os di una orden. Casa de Erin. Perímetro seguro. Y os encuentro en el puto centro de la ciudad.

Esta vez, mientras colgaba cabeza abajo con mi abdomen presionado contra su hombro duro como una roca, no sentí la humillación de la última vez. No pataleé. No grité sobre mis bragas (que esta vez estaban cubiertas por unos vaqueros ajustados que me había puesto para la ocasión).

En lugar de eso, una extraña corriente eléctrica me recorrió la columna. Me gustaba. Dios me ayude, me gustaba ver cómo perdía los estribos por mí.

Mientras Sam se giraba para sacarme de allí, levanté la cabeza.

Vi a Raven. Estaba recostada en el sofá, bebiendo de su copa con una sonrisa de satisfacción absoluta. Al cruzar nuestras miradas, soltó una risita y me levantó dos pulgares hacia arriba. *Misión cumplida.* Olivia simplemente negó con la cabeza, pero no hizo ningún movimiento para detenerlo. Sabían que estaba a salvo.

Sam me sacó del club, ignorando las miradas de los clientes, y salió al aire frío de la noche por la puerta trasera.

Me bajó junto a su moto, pero no me soltó. Me acorraló contra el asiento de cuero, sus manos apoyadas a ambos lados de mi cintura, atrapándome.

Su respiración era agitada. Sus ojos brillaban con una mezcla volátil de alivio y furia posesiva.

—¿Te parece divertido? —siseó, acercando su cara a la mía—. ¿Desafiarme? ¿Ponerte una diana en la espalda?

Le sostuve la mirada, sintiendo el champán dándome valor.

—No estaba en peligro, Sam. Estaba con Raven. Estaba con Olivia. Tenía a medio club vigilando.

—¡No me importa quién vigilaba! —golpeó el asiento de la moto —. ¡Yo no estaba!

—¿Y eso es lo único que importa? ¿Que tú tengas el control?

—¡Sí! —Se pasó una mano por el pelo, frustrado—. Joder, Bianca. Entro ahí y te veo riendo, con todos esos hombres mirando hacia el reservado...

—Nadie me estaba mirando, Sam. Estaban mirando a las camareras.

—¡Me importa una mierda! —Se inclinó más, su nariz rozando la mía, su voz bajando a un gruñido ronco y oscuro—. Te lo advierto. Cuando lleves mi anillo... cuando estemos casados... le pegaré un tiro en la rodilla a cualquier hombre que intente sobrepasarse. A cualquiera que te mire demasiado tiempo. A cualquiera que respire tu mismo aire.

Su amenaza no me asustó. Debería haberlo hecho. Era violenta, era irracional. Pero en ese momento, con su cuerpo pegado contra el mío y su olor a cuero y peligro llenándome los pulmones, solo sentí un calor líquido en el bajo vientre.

No era miedo. Era poder. Yo era la única capaz de provocar esto en él.

Sonreí, lenta y deliberadamente. Me incliné hacia delante, rozando mis labios contra su oreja.

—¿Estás celoso, Tucker? —susurré—. Porque suena a que estás muy celoso para ser un matrimonio falso.

Sentí cómo su cuerpo entero se tensaba, como un arco a punto de disparar. Se apartó bruscamente, mirándome con los ojos oscurecidos por el deseo y la rabia.

—Sube a la moto —ordenó, su voz ronca—. Antes de que decida demostrarte cuánto de esto es falso y cuánto es jodidamente real.

No discutí más. Subí a la moto, rodeé su cintura con mis brazos y apreté mi cuerpo contra su espalda. Odiaba que me dieran órdenes. Mientras Sam aceleraba la moto, sentí como mi propia rabia empezaba a burbujear en mi pecho.

◆ ◆ ◆

La puerta del apartamento se abrió y entré hecha una furia, quitándome la chaqueta y tirándola sobre el sofá de cuero. Sam entró detrás de mí, cerrando la puerta con una calma exasperante.

Me giré hacia él, lista para la guerra.

—¡Eres un neandertal! —le grité, soltando todo el aire que había contenido durante el viaje en moto—. ¡Un auténtico hombre de las cavernas!

Sam se apoyó en la puerta, cruzándose de brazos. Sus bíceps tensaban la tela de su camiseta negra. No dijo nada. Solo me miró con esa intensidad oscura que hacía que me ardiera la piel.

—¡Estaba segura! —continué, paseándome por el salón, gesticulando—. ¡Raven tenía una navaja en la liga! ¡Olivia estaba vigilando la puerta! Teníamos a la mitad de tu equipo de seguridad en el piso de abajo. ¡No corría peligro en ningún momento hasta que llegaste tú a jugar a Tarzán!

—Termina —dijo él, su voz baja, peligrosamente tranquila.

—¡No he terminado! —Me planté frente a él, clavándole el dedo índice en el pecho duro como una roca—. Tu problema no es mi seguridad, Sam. Tu problema es tu ego. No soportas que algo se escape a tu control. Tienes que microgestionar cada segundo de mi vida. ¡Es agotador! ¡Es asfixiante!

Él dio un paso hacia mí. Yo no retrocedí.

—¿Crees que porque nos vamos a casar en un papel tienes derecho a tratarme como una posesión? —Le empujé, aunque fue como empujar una pared de ladrillo—. ¡Tengo noticias para ti, *Presidente*! No soy tuya. No soy una de tus motos que puedes encerrar en el garaje. Soy una persona y voy a...

No me dejó terminar.

Se movió tan rápido que no lo vi venir. Su mano se cerró en mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo con fuerza, tirando de mi cabeza hacia atrás.

Y entonces, su boca se estrelló contra la mía.

No fue un beso de película. No fue suave. Fue un choque. Fue rudo, hambriento y desesperado.

Mis ojos se abrieron de golpe por la sorpresa, pero se cerraron al instante cuando su lengua invadió mi boca, exigiendo, tomando, reclamando. Sabía a menta, a whisky y a pura furia masculina.

Mi cerebro gritó *¡Peligro!*, pero mi cuerpo... mi cuerpo traidor se encendió como si me hubieran rociado con gasolina.

Dejé caer las manos. Mi diatriba murió en mi garganta, reemplazada por un gemido que él se bebió entero. Toda mi rabia, toda esa frustración de días de tensión, se transformó en algo líquido y caliente.

Perdí la capacidad de pensar. La lógica desapareció.

Me aferré a él. Mis manos subieron por su pecho, agarrando su camiseta, clavando mis uñas en sus hombros. Me pegué a su cuerpo, sintiendo la dureza de su erección contra mi vientre, y me di cuenta de que él estaba tan fuera de control como yo.

El beso se volvió sucio. Pasional. Sus dientes rasparon mi labio inferior, su otra mano bajó a mi cintura, apretándome con una posesividad que debería haberme aterrorizado, pero que en ese momento solo me hizo desear más.

Quería que no parara. Quería que me llevara al sofá, a la cama, al suelo. Quería borrar el miedo y el pasado con el peso de su cuerpo.

Gemí de nuevo, abriendo más la boca, invitándolo a profundizar, a consumirme.

Y entonces, tan abruptamente como había empezado, se detuvo.

Sam se apartó, rompiendo el contacto. Su pecho subía y bajaba violentamente. Sus pupilas estaban dilatadas, negras, devorando el iris avellana. Sus labios estaban húmedos y rojos.

Nos quedamos allí, parados en medio del salón, el silencio solo roto por nuestras respiraciones entrecortadas. El aire entre nosotros vibraba, cargado de una electricidad estática que erizaba el vello de mis brazos.

Me llevé una mano a la boca, tocándome los labios hinchados. Me sentía mareada.

—¿Por qué...? —Mi voz salió ronca, irreconocible—. ¿Por qué has hecho eso?

Sam me miró. Vi la confusión en sus ojos, la lucha interna entre el hombre y el soldado. Se pasó una mano por la cara, frustrado, como si acabara de cometer el error más grande de su vida.

—No lo sé —admitió, su voz grave y rasposa.

«No lo sabe».

La respuesta, tan honesta y vacía, me golpeó como un cubo de agua fría.

No era amor. No era deseo. Era un impulso. Un error.

La vergüenza me inundó. Había respondido a ese beso como una desesperada. Me había derretido en sus brazos. Y él ni siquiera sabía por qué me había tocado.

Sentí que las lágrimas me picaban en los ojos y no estaba dispuesta a dejar que me viera llorar. No después de esto.

—Idiota —susurré.

Me di media vuelta y corrí hacia el pasillo. Entré en el baño y cerré la puerta de un portazo, echando el pestillo con manos temblorosas. Me apoyé contra la madera fría, deslizándome hasta el suelo, con el corazón latiendo tan fuerte que me dolía, y el sabor de Sam Tucker todavía quemándome en la boca.

CAPITULO 9

Sam

Odiaba los trajes.

Me sentía como si me hubieran metido en una camisa de fuerza de diseño italiano. El cuello almidonado me raspaba la nuca y la corbata negra se sentía como una soga. Prefería mil veces el peso de mi chaleco de cuero y el olor a grasa de motor que esta pulcritud asfixiante.

Estaba en la habitación de invitados de la casa de Erin. A través de la ventana, veía cómo los prospectos terminaban de colocar las sillas blancas en el jardín trasero. Todo parecía engañosamente normal. Engañosamente pacífico.

La puerta se abrió y Erin entró.

Trajo con ella ese aire de calma antigua que siempre la rodeaba. Llevaba un vestido largo de color terracota que resaltaba su piel cobriza, y su largo cabello plateado, que normalmente llevaba en un moño, caía hoy en una trenza gruesa sobre su hombro. Un pesado collar de plata y turquesas descansaba sobre su pecho.

—Estás guapo, Sam —dijo, su voz suave pero firme, como la corriente de un río profundo.

—Me siento ridículo —gruñí, tirando del puño de la camisa.

Erin se acercó y me apartó las manos con suavidad. Empezó a arreglarme los gemelos con destreza.

—Te sientes expuesto. Es diferente. —Levantó la vista, sus ojos oscuros y sabios clavándose en los míos—. Sé por qué haces esto, hijo. Sé que es protección. Sé que es un contrato.

—Es lo que hay que hacer.

—Quizás —murmuró ella, alisando la solapa de mi chaqueta—. Pero mis huesos me dicen otra cosa. He visto cómo la miras. Y he visto cómo ella te mira a ti, incluso cuando está asustada.

—Erin, no empieces...

—Tú no eres Oliver —dijo de repente. El nombre de mi padre cayó entre nosotros.

Me tensé.

—Lo sé.

—No. No lo sabes. Si lo supieras no estarías tan solo. Oliver tomaba mujeres porque estaba vacío. Tú tomas a esta mujer porque necesitas llenarte. —Me puso una mano en la mejilla, su palma cálida y callosa—. La guerra te dejó frío, Sam. Te dejó en un invierno permanente. Y presiento que Bianca... con todas sus heridas... ella es la primavera que necesitas. Ella es el deshielo.

Tragué saliva, incapaz de responder. Erin veía demasiado. Siempre lo había hecho.

La puerta se abrió de golpe, rompiendo el momento místico.

Olivia entró como un huracán, con un vestido azul marino y cara de querer prenderle fuego a la casa.

—Todavía estamos a tiempo —soltó, sin preámbulos—. Tengo el coche en marcha. Podemos sacarla del estado. Podemos esconderla en una granja en Dakota del Norte.

—Olivia... —suspiró Erin.

—¡No, mamá! —Olivia se plantó frente a mí, ignorando a su madre—. Sam, escúchame. Esto es una locura. Casarte con la hija de un Don... ¿Has pensado en Volkov?

—He pensado en todo.

—¡A los rusos no les va a gustar! —insistió ella, bajando la voz—. Maksim tolera nuestra presencia porque somos útiles y no nos metemos en líos internacionales. Pero si traes a la *Cosa Nostra* a su

patio trasero... Si la Bratva decide intervenir, no tendremos un frente abierto, tendremos dos. Nos aplastarán.

—Volkov es un hombre de negocios —dije, manteniendo la calma —. Entenderá que esto es un asunto personal. Y si no lo entiende, lidiaré con él.

—¿"Lidiarás con él"? —Olivia soltó una risa histérica—. ¡Es Maksim Volkov! ¡No se lidia con él, se le sobrevive! Sam, por favor. Desiste. No tienes que hacer esto. No tienes que sacrificarte por una chica que acabas de conocer.

Me giré hacia el espejo, dándole la espalda para comprobar el nudo de mi corbata una última vez.

—No es un sacrificio, Olivia. —Mi voz salió más baja, más ronca de lo que pretendía—. Y no voy a desistir. Quiero hacer esto.

El silencio se hizo a mi espalda. Un silencio denso, cargado.

Me giré. Olivia me miraba con los ojos entrecerrados, su boca ligeramente abierta. La furia había desaparecido, reemplazada por una incredulidad atónita.

—Tú... —empezó, señalándome—. Oh, mierda.

—¿Qué?

—No es solo deber, ¿verdad? —Dio un paso atrás, como si acabara de ver un fantasma—. No lo haces solo porque se lo prometiste a Sandro. Lo haces porque... Joder, Sam. Estás colgado de ella.

—No digas estupideces. Es una misión.

—Sí, claro. —Olivia negó con la cabeza, una sonrisa irónica y preocupada apareciendo en sus labios—. Una misión que te tiene a punto de vomitar de los nervios y poniéndote un traje. Que Dios nos ayude a todos.

Erin sonrió, una sonrisa pequeña y secreta. Me ofreció su brazo.

—Basta de charla. La novia espera. Y no se debe hacer esperar al destino.

Resoplé, pero tomé el brazo de Erin.

—Vamos a acabar con esto.

Salí de la habitación, con el peso de la pistola enfundada en mi espalda bajo la chaqueta, caminando hacia el altar más aterrador al que me había enfrentado en mi vida.

◆ ◆ ◆

El jardín de Erin se había transformado. Había flores blancas por todas partes, cintas de raso en las sillas y una suave música de cuerda sonando de fondo. Parecía una boda de verdad.

Y yo me sentía como un impostor con un traje de tres mil dólares.

Estaba de pie bajo el arco de flores, con las manos entrelazadas delante de mí para ocultar que me temblaban ligeramente. Sexton estaba a mi lado como padrino, susurrando chistes malos sobre cadenas perpetuas que yo ignoraba deliberadamente.

Mis ojos escanearon el perímetro por enésima vez. Bighorse en la puerta lateral. Wolf patrullando el acceso trasero. Todo despejado.

Entonces, la música cambió. El murmullo de los invitados, mi club, las chicas de Wild Bloom, los Vance y los Vaughn, se apagó. Todos se pusieron de pie.

Me giré hacia el pasillo central, esperando ver una mentira envuelta en seda. Pero lo que vi me dejó sin aire.

Dominic Vance apareció primero, serio y elegante, ofreciendo su brazo. Y a su lado...

Joder.

Bianca.

No había nada de la chica asustada del callejón, ni de la fugitiva con ropa de trabajo. Caminaba hacia mí como una visión.

Llevaba un vestido blanco, sencillo, pero devastador. Tirantes anchos que enmarcaban sus clavículas delicadas, un escote en V profundo que insinuaba la curva de sus pechos sin revelarla del todo. La tela se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, marcando la curva de sus caderas en un corte sirena que me secó la

boca. Y cuando dio un paso, la falda se abrió en una hendidura lateral que subía hasta el muslo, mostrando la piel pálida y suave que mis manos recordaban haber tocado por encima de la ropa la noche anterior.

No llevaba velo. Su pelo oscuro y ondulado caía libre sobre sus hombros, salvaje y hermoso. En sus manos, un ramo sencillo de lirios blancos temblaba ligeramente.

El mundo se redujo a ella. El ruido del club, la amenaza del Don, las dudas de Olivia... todo desapareció. Solo quedaba el sonido de mis latidos martilleando en mis oídos.

Dominic la acompañó hasta el altar y me ofreció su mano.

—Cuídala, Tucker —murmuró Dominic, con una advertencia amistosa en los ojos.

—Con mi vida —respondí, y fue la única verdad absoluta que había dicho en días.

Tomé la mano de Bianca. Estaba fría, pero su agarre fue firme. Ella levantó la vista, y sus ojos grandes y oscuros se encontraron con los míos. Estaba nerviosa, sí, pero había esa chispa de acero, esa determinación de superviviente.

—Estás... —Me aclaré la garganta, mi voz sonando ronca—. Estás impresionante.

Un leve rubor tiñó sus mejillas.

—Tú tampoco estás mal para ser un motero, Sam.

El juez de paz empezó la ceremonia. Las palabras flotaban a nuestro alrededor: *amarse y respetarse*, *en la salud y en la enfermedad*.

Para todos los presentes, eran promesas de amor eterno. Para nosotros, eran las cláusulas de nuestro contrato.

—Sam Tucker, ¿aceptas a Bianca como tu legítima esposa?

Miré a la mujer que tenía delante. La hija de un mafioso. Mi protegida. La cara que me mantuvo vivo en el desierto.

—Acepto.

—Bianca, ¿aceptas a Sam...?

Ella no dudó. Me sostuvo la mirada, sellando el pacto.

—Acepto.

Llegó el momento de los anillos. Saqué la banda de oro blanco que había comprado. Deslicé el metal frío por su dedo, sintiendo cómo encajaba perfectamente. Una marca. Una advertencia para el mundo: *Ella es mía.*

—Por el poder que se me ha conferido... —dijo el juez, cerrando su libro—. Os declaro marido y mujer. Sam, puedes besar a la novia.

El aire se cargó de electricidad estática. Recordé mi propia orden: «Tendremos que ser convincentes».

Me incliné hacia ella. Bianca levantó la barbilla, entreabriendo los labios, esperándome.

Puse una mano en su cintura, sobre la seda del vestido, sintiendo el calor de su cuerpo. La otra mano fue a su mejilla, acunando su rostro.

Y la besé.

No fue el beso furioso y desesperado del apartamento. Fue lento. Fue deliberado. Mis labios rozaron los suyos con suavidad al principio, saboreándola, antes de profundizar. Fue un beso de posesión, sí, pero también de reverencia. Un beso que le decía al mundo que esta mujer era lo más valioso que tenía.

Ella suspiró contra mi boca, sus manos subiendo tímidamente hasta mis solapas.

Por un momento, olvidé que era falso. Olvidé que había ochenta personas mirando. Solo sentí la suavidad de sus labios y la promesa silenciosa que estábamos sellando con este beso.

Cuando nos separamos, hubo vítores y aplausos. Wolf silbó. Raven gritó algo sobre champán.

Pero yo no aparté la vista de Bianca. Sus ojos brillaban, un poco desenfocados, y sus labios estaban rojos por mi beso.

—Ya está hecho —susurró ella, con una mezcla de alivio y miedo.

Apreté su mano, entrelazando nuestros dedos, sintiendo el peso del anillo en el suyo.

—Sí —dije, girándome para enfrentar a mi club con mi esposa del brazo—. Que empiece la guerra.

◆ ◆ ◆

El silencio en el apartamento era ensordecedor.

La fiesta se había acabado. Erin y las chicas se habían ido, los hermanos habían vuelto al bar o a sus casas, y la puerta se había cerrado detrás del último invitado, dejándonos solos.

Oficialmente, marido y mujer.

Bianca estaba de pie junto a la isla de la cocina, todavía con su vestido de novia puesto. Parecía fuera de lugar en mi cocina de soltero, como una orquídea en un taller mecánico. Se frotaba los brazos, incómoda.

—Bueno —dijo ella, rompiendo el silencio con una voz demasiado brillante—. Sobrevivimos.

—Sí. —Me aflojé la corbata, quitándomela y tirándola sobre la mesa—. Fue... bien.

—Sí. Bien.

Nos quedamos allí parados, mirándonos y apartando la mirada. La tensión sexual del beso en el altar se había transformado en una torpeza adolescente. Ahora que no había público, la farsa se sentía extraña. Y la realidad de que íbamos a dormir en la misma cama flotaba en el aire como una nube de tormenta.

—Voy a... voy a cambiarme —dijo Bianca de repente, señalando hacia el pasillo—. Y luego haré algo de cenar. ¿Tienes hambre?

—Podemos pedir algo.

—No, prefiero cocinar. Me relaja. —Me dio una sonrisa tensa y rápida—. Dame diez minutos.

Se giró y caminó hacia el pasillo, hacia mi habitación. Nuestra habitación. Sus cosas ya estaban allí, trasladadas por la mañana.

La vi desaparecer por la puerta y el sonido de sus tacones se detuvo.

Suspiré, apoyándome en la encimera. Estaba nerviosa. Joder, yo también lo estaba. Había impuesto la norma de compartir cama por seguridad y apariencia, pero ahora me daba cuenta de lo invasivo que era para ella.

Debía hablar con ella. Asegurarle que la barrera de almohadas sería un muro de hormigón. Que no tenía nada que temer de mí.

Caminé hacia la habitación. La puerta estaba entreabierta.

—Bianca, escucha, sobre esta noche... —dije, empujando la puerta.

Me quedé helado en el umbral.

Bianca estaba de espaldas a la puerta, sentada en el borde de la cama. Se había quitado el vestido. Llevaba un conjunto de ropa interior de encaje blanco, delicado, de novia. Estaba inclinada hacia delante, con una pierna subida a la cama, intentando desabrochar la hebilla de su sandalia de tacón.

La postura separaba sus piernas.

Y ahí las vi.

En la cara interna de sus muslos. Pálidas, brillantes contra su piel suave, pero inconfundibles.

Dos líneas largas, irregulares y crueles en cada pierna.

No eran rasguños. Eran cortes. Cicatrices viejas, curadas, pero profundas. Marcas hechas con algo afilado. Eran marcas de propiedad.

El aire salió de mis pulmones con un silbido. Mi cerebro de soldado, entrenado para evaluar daños, se cortocircuitó.

En ese instante, Bianca sintió mi presencia. O quizás oyó mi respiración detenerse.

Se giró de golpe. Sus ojos se abrieron con horror al verme allí, mirando. Siguió mi mirada hacia sus piernas.

—¡No! —jadeó.

Se movió con una rapidez frenética, cerrando las piernas y agarrando el vestido que estaba a su lado para cubrirse el regazo, tapando las marcas con manos temblorosas.

Su cara estaba roja, ardiendo de vergüenza. Como si ella hubiera hecho algo malo. Como si esas marcas fueran su culpa.

—Sal... por favor... —su voz era un hilo roto.

Pero yo no podía moverme. La furia me subió por el pecho como lava hirviendo, más caliente y destructiva que nada que hubiera sentido en la guerra.

Alguien le había hecho eso. Alguien la había sujetado, abierto las piernas y cortado su piel en el lugar más íntimo y vulnerable posible.

No sabía quién. No sabía los detalles. Pero la ubicación... Dios, la ubicación gritaba sadismo. Gritaba sexualidad retorcida.

Apreté los puños tan fuertes que sentí cómo mis uñas se clavaban en la palma de mi mano. Quería matar. Quería encontrar al hijo de puta que había dejado esas marcas en su piel perfecta y desollarlo vivo.

Miré a Bianca. Estaba encogida, temblando, esperando mi reacción. Esperando asco. O juicio.

Me obligué a tragar la bilis.

—Lo siento —dije, mi voz sonando como grava, áspera y forzada —. No... no sabía que estabas... — No terminé la frase. No podía. La imagen de esas cicatrices estaba grabada en mis retinas.

Di un paso atrás, saliendo al pasillo.

—Perdona.

Cerré la puerta con cuidado, con demasiada suavidad.

Me apoyé contra la pared del pasillo, cerrando los ojos, mientras la imagen de sus muslos marcados se repetía en mi cabeza una y otra vez, alimentando un odio negro y profundo hacia un hombre que todavía no conocía, pero que acababa de firmar su sentencia de muerte.

CAPITULO 10

Bianca

Tres días.

Habían pasado tres días desde la boda. Tres noches desde el incidente en la habitación.

Y tres noches en las que la barricada de almohadas que yo había planeado construir en el centro de la cama *King Size* de Sam había sido completamente innecesaria.

Sam no había dormido allí.

Desde el momento en que vio las marcas en mis piernas y salió al pasillo con la cara desencajada, Sam había roto su propia regla sagrada de "mantener las apariencias". Se había encerrado en la habitación de invitados.

Me desperté sola cada mañana, rodeada de sábanas que olían a él, pero con un vacío frío a mi lado. Y cada noche, me acostaba sola, escuchando cómo él entraba en el apartamento a las tantas de la madrugada, se duchaba en el baño del pasillo y se encerraba en el otro cuarto sin decir una palabra.

Me estaba evitando.

Sentada en una de las mesas del bar de la casa club, removí mi café con la mirada perdida. La conclusión era dolorosa, pero lógica: le daba asco. Había visto las marcas, la prueba de que fui propiedad de otro monstruo, y su instinto había sido retroceder.

—¡Tierra llamando a la Señora presidenta! —Una mano pasó por delante de mis ojos, rompiendo mi espiral de autocompasión.

Raven estaba sentada frente a mí, sonriendo, con los libros de la universidad esparcidos por la mesa. A mi lado, Olivia revisaba unas facturas en su tablet, con el ceño fruncido de concentración habitual.

—Lo siento —murmuré, soltando la cuchara—. Estaba pensando.

—¿En lo maravilloso que es el matrimonio? —bromeó Raven, dándome un codazo—. ¿O en lo mucho que ronca mi hermano? Porque te advierto, las paredes del búnker son gruesas, pero Sam ronca como un oso hibernando.

—No ronca —dije, y luego me di cuenta de que no tenía ni idea —. O al menos, no lo he oído.

Olivia levantó la vista de su tablet. Sus ojos ámbar, tan parecidos a los de Sam pero más analíticos, se clavaron en mí.

—¿No lo has oído? —preguntó Olivia.

Suspiré, rindiéndome. No tenía sentido mentirles a ellas. Eran las únicas que sabían la verdad del contrato, y necesitaba... necesitaba hablar con alguien.

—No nos hemos visto prácticamente nada desde la boda — confesé, bajando la voz para que los prospectos que barrían al otro lado del bar no oyeran—. Él se va antes de que amanezca. Vuelve cuando ya estoy dormida. Y... está durmiendo en la habitación de invitados.

La sonrisa de Raven flaqueó.

—¿En la de invitados? Pero si él nos dio la charla sobre la importancia de que las chicas de la limpieza vieran que dormíais juntos.

—Lo sé. —Me pasé una mano por el pelo—. Supongo que ha cambiado de opinión. O que... simplemente no quiere estar cerca de mí.

Hubo un silencio incómodo. Raven parecía confundida, pero Olivia cerró la tapa de su tablet con un movimiento suave.

—No es que no quiera estar cerca de ti, Bianca —dijo Olivia. Su tono no era el habitual, brusco y directo. Era reflexivo.

—Lo parece. Me evita como si tuviera la peste.

—Te evita porque es Sam —replicó Olivia—. Cuando algo lo supera, se retira. Se va a su cueva a procesarlo. —Me miró fijamente —. Y sospecho que tú eres mucho que procesar para él.

Me encogí en la silla, sintiéndome expuesta. Olivia no sabía lo de las cicatrices, nadie lo sabía excepto Sam (y Brynn, por lo que le conté), pero su intuición era afilada.

—Sé que mi presencia aquí es un riesgo —dije—. Sé que no te hace gracia, Olivia.

Olivia se reclinó, cruzándose de brazos.

—No, no me hace gracia la guerra con la mafia. Pero eso no significa que no tenga ojos en la cara.

Hizo una pausa, y por primera vez desde que la conocí, vi una grieta en su armadura de hermana dura. Su expresión se suavizó.

—He leído los informesd del club sobre tu familia, Bianca. Sobre tu padre. Sobre los Volpetti. —Su voz bajó un octava—. Sé que no has tenido una vida fácil. Sé que has pasado por un infierno para llegar aquí.

Tragué saliva, sorprendida por su franqueza.

—Nadie debería vivir con miedo —continuó Olivia, firme—. Y aunque sigo pensando que Sam es un idiota impulsivo por casarse contigo sin un plan B... —Me sostuvo la mirada con una intensidad feroz—. Te mereces la protección. Te mereces dormir tranquila por una vez en tu vida. Y si mi hermano y este club pueden darte eso, entonces que se joda la mafia.

Sentí un nudo en la garganta. No esperaba eso de Olivia. Esperaba juicio, no validación.

—Gracias, Liv —susurré.

Raven sonrió, aliviada por el cambio de tono, y puso su mano sobre la mía.

—Ya ves. Somos una familia de brutos, pero en el fondo somos unos ositos de peluche. Bueno, Olivia es un oso pardo con garras, pero me entiendes.

Olivia le lanzó una mirada asesina a su hermana pequeña, pero había cariño en ella.

—Solo digo que le des tiempo a Sam —añadió Olivia—. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero mi hermano no huye de las cosas que odia. Las destruye. Si te está evitando es porque le importas demasiado y no sabe qué hacer con eso.

¿Le importaba? Pensé en su mirada en el altar. En el beso. Y luego pensé en su horror al ver mis piernas.

—Ojalá tengas razón —dije, aunque la duda seguía pesando en mi estómago.

En ese momento, la puerta principal del bar se abrió y el ambiente cambió. Risas chillonas, tacones altos y perfume fuerte.

—Hablando de problemas... —murmuró Raven, rodando los ojos.

Me giré. Tasha acababa de entrar, seguida de dos amigas. Iba vestida como si fuera sábado por la noche, aunque eran las diez de la mañana de un martes. Y sus ojos, delineados en negro, estaban buscando a una sola persona.

A mi marido.

Tasha se acercó a nuestra mesa con el andar depredador de quien cree que es dueña del lugar. Sus caderas se balanceaban exageradamente y su mirada estaba fija en mí con una mezcla de desprecio y diversión maliciosa.

El bar se quedó en silencio a nuestro alrededor. Incluso los prospectos dejaron de barrer. Todos sabían que Tasha había estado persiguiendo a Sam durante años. Y todos sabían que yo era la mujer que, de la noche a la mañana, llevaba su anillo.

—Vaya, vaya —dijo Tasha, deteniéndose frente a nuestra mesa y apoyando una mano con uñas rojas de gel sobre la superficie—. La feliz esposa.

Ignoré su tono, removiendo mi café con una calma que no sentía.

—Buenos días, Tasha.

Ella soltó una risita estridente.

—¿Buenos? No lo parece. Tienes cara de cansada, cariño. O de aburrida. —Se inclinó hacia delante, bajando la voz a un falso susurro de confidente—. Aunque no me extraña. Se rumorea que el Presi apenas pisa el apartamento últimamente.

Mi mano se detuvo. El café se quedó quieto.

—Sam tiene mucho trabajo —dije, mi voz tensa.

—¿Trabajo? —Tasha arqueó una ceja perfectamente depilada—. Sí, supongo que se le puede llamar así. Sam siempre ha sido un hombre con... necesidades muy específicas. Necesidades que requieren experiencia, no una cara bonita y un vestido blanco.

El veneno en sus palabras era claro. Me estaba diciendo que Sam buscaba sexo fuera de casa.

Sentí una punzada aguda en el pecho, un dolor frío y nauseabundo. Los celos.

De repente, la imagen de Sam evitando nuestra cama, sus salidas nocturnas y sus regresos de madrugada cobraron un sentido horrible. ¿Y si no me evitaba por asco a mis cicatrices? ¿Y si me evitaba porque ya estaba satisfecho? ¿Con ella? ¿Con mujeres como ella, sin marcas, sin traumas, dispuestas y fáciles?

La duda se clavó en mi estómago como un cuchillo.

—Cierra la puta boca, Tasha —gruñó Olivia, poniéndose de pie. Su silla arrastró contra el suelo con un ruido sordo.

Tasha ni se inmutó.

—Solo digo la verdad, Liv. Tu hermano es un hombre de sangre caliente. No puede sobrevivir con aire. Si no come en casa... come fuera.

—¡Tasha! —advirtió Raven, perdiendo su sonrisa—. Te estás pasando. Vete antes de que...

—¿Antes de qué? —Tasha me miró de nuevo, sus ojos recorriéndome de arriba abajo con desdén—. ¿Antes de que la monjita se ponga a llorar? Mírala. No tiene ni idea de cómo satisfacer a un hombre como Sam. Probablemente ni siquiera sabe qué le gusta en la cama. Pero nosotras sí, ¿verdad?

La insinuación de que ella había estado con él me quemó la sangre.

Olivia dio un paso hacia Tasha, sus puños apretados, lista para arrancarle las extensiones.

Pero fui yo quien se levantó.

Lo hice despacio. Con la elegancia fría que había aprendido en las cenas de la mafia, donde una palabra equivocada podía costarte la vida. Mi corazón latía desbocado por los celos y la inseguridad, pero mi cara era una máscara de hielo.

Me interpuse entre Olivia y Tasha.

—Tienes razón, Tasha —dije, mi voz suave y letalmente tranquila.

Tasha parpadeó, sorprendida. Olivia me miró, confundida.

—¿Tengo razón?

—Sí. No tengo ni idea de lo que hacías antes de que yo llegara. Y francamente, no me importa. —Di un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal, obligándola a retroceder un centímetro—. Pero hay una diferencia fundamental entre tú y yo.

Levanté mi mano izquierda. El diamante que Sam me había puesto en el dedo brilló bajo las luces del bar, deslumbrante.

—Tú eres un rumor de pasillo —dije, clavando mis ojos en los suyos—. Yo soy su esposa. Yo llevo su apellido. Yo duermo en su cama. Y tú... tú solo eres la mujer que está intentando recoger las migajas que crees que caen de mi mesa.

El rostro de Tasha se puso rojo de furia.

—¡Él no te quiere! —siseó—. ¡Todo el mundo sabe que...!

—Lo que todo el mundo sabe —la corté, elevando la voz lo suficiente para que el resto del bar me oyera— es que si vuelves a faltarme al respeto a mí o a mi matrimonio, no será Olivia quien te saque de aquí. Será mi marido. Y te aseguro que a Sam no le gusta que nadie moleste a lo que es suyo.

La amenaza flotó en el aire. Tasha miró el anillo, luego a Olivia, que nos miraba con una sonrisa depredadora de aprobación y

finalmente a mí.

Vio que había perdido. Vio que, falsa o no, yo tenía el rango.

—Zorra —murmuró, dándose la vuelta y saliendo del bar con un taconazo furioso, seguida por sus amigas.

Me quedé de pie, temblando ligeramente, viendo cómo se iba.

—¡Joder, sí! —exclamó Raven—. ¡Eso ha sido increíble!

Olivia se dejó caer en su silla, soltando un silbido de admiración.

—Tengo que admitirlo, cuñada. Tienes colmillos.

Me senté despacio, sintiendo cómo la adrenalina se evaporaba y dejaba paso al dolor sordo de la duda. Había ganado la batalla territorial, sí. Había defendido mi posición.

Pero las palabras de Tasha seguían ahí, envenenando mi mente.

«Si no come en casa... come fuera».

Miré el anillo en mi dedo. Era un escudo contra la mafia. Pero no podía protegerme del malestar que se me había instalado en la boca del estomágo.

Necesitaba saber la verdad. Y necesitaba saberla hoy.

◆ ◆ ◆

Crucé el patio hacia el taller con paso firme, la rabia dándome una energía que no había sentido en días. El sonido de llaves de impacto y motores acelerando llenaba el aire, un rugido mecánico que encajaba perfectamente con el ruido blanco de mi propia furia.

Entré en el hangar principal de Legend’s Customs. Olía a grasa, a gasolina y a metal quemado. Había varios hombres trabajando en elevadores, pero mis ojos buscaron instintivamente al jefe.

Allí estaba.

Sam estaba al fondo, arrodillado junto a una moto desmontada. Llevaba un mono de trabajo con la parte superior atada a la cintura, dejando ver una camiseta blanca manchada de aceite que se pegaba a su espalda ancha. Sus brazos, cubiertos de tatuajes y grasa, se movían con fuerza mientras apretaba una tuerca.

Caminé hacia él, ignorando las miradas curiosas de los mecánicos.

—Sam.

Él no se giró.

—Estoy ocupado, Bianca. Si necesitas algo, díselo a Wolf.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—No voy a hablar con Wolf. Voy a hablar con mi marido. —Mi voz se elevó por encima del ruido del taller—. Ahora. En privado.

Sam se detuvo. Dejó la llave inglesa en el suelo con un tintineo metálico y se levantó despacio, limpiándose las manos en un trapo sucio. Se giró hacia mí, con el ceño fruncido y esa expresión de "no tengo tiempo para esto".

—¿Qué pasa?

—En privado —repetí, señalando la puerta de cristal de la pequeña oficina del taller.

Él suspiró, claramente molesto, pero asintió. Caminó hacia la oficina y yo le seguí, cerrando la puerta y bajando la persiana veneciana para bloquear las miradas de fuera.

En cuanto estuvimos solos, me giré hacia él.

—¿Te estás tirando a Tasha?

Sam parpadeó, sorprendido por la brusquedad del ataque.

—¿Qué?

—Es una pregunta sencilla, Sam. ¿Te estás acostando con ella? ¿O con alguna de las otras groupies que rondan por el bar?

Su cara se oscureció, sus ojos destellando con una advertencia.

—Cuida tu tono, Bianca.

—¡No! —grité, acercándome a él—. ¡Tú cuida tu comportamiento! Acabo de tener una escena vergonzosa en el bar con esa mujer. Ella insinúa que, como no me tocas, estás buscando satisfacción en otro lado. Que estás "comiendo fuera"—hice comillas en el aire. La escena sería graciosa si no fuera porque tenía ganas de arrancarle los ojos a alguien.

—Tasha es una víbora y una mentirosa.

—¡Entonces demuéstralo! —Le golpeé el pecho con la mano abierta—. ¡Me prometiste fidelidad! ¡Me prometiste respeto! Y desde que nos casamos, me has tratado como si fuera invisible. Te vas al amanecer, vuelves de madrugada, duermes en otra habitación... ¡Todo el puto club se está dando cuenta!

—He tenido trabajo —dijo, pero su defensa sonó débil.

—¡Mentira! ¡Me estás evitando! —Sentí cómo se me quebraba la voz, la inseguridad saliendo a la luz—. Me estás evitando desde que entraste en la habitación y me viste.

Sam se tensó, su mandíbula apretada tan fuerte que un músculo saltó en su mejilla. Apartó la mirada.

—Lo sabía —susurré, sintiendo un frío doloroso en el pecho—. Te doy asco.

—Bianca, no...

—No me mientas. —Di un paso atrás, abrazándome a mí misma —. Vi tu cara, Sam. Vi cómo saliste corriendo. Sé que son feas. Sé que son la marca de otro hombre. Pero no tienes ni un puto motivo para tratarme así. Al menos podrías mantener las apariencias, teniendo en cuenta que todo esto fue idea tuya. Lo siento si te parece que soy mercancía dañada.

—¡Cállate! —rugió él de repente, dándose la vuelta y golpeando el escritorio con el puño. El estruendo hizo vibrar los cristales—. ¡No digas eso! ¡Nunca!

—¡Es la verdad! —repliqué, mis lágrimas de rabia finalmente cayendo—. ¡No puedo cambiarlas, Sam! ¡Están ahí! ¡Son parte de mí! Si te repugnan tanto que no puedes ni dormir en la misma habitación que yo, entonces dímelo. Cambiamos el plan. Me quedo en la habitación de invitados oficialmente.

Me limpié las lágrimas con furia.

—Pero no me humilles. No dejes que esas mujeres piensen que soy una esposa de adorno mientras tú te revuelcas con ellas. Al menos ten la decencia de fingir mejor cuando haya gente delante.

El silencio cayó en la pequeña oficina, solo roto por la respiración agitada de ambos.

Sam se pasó las manos por la cara, manchándose la piel de grasa, pareciendo agotado y... ¿culpable?

Se acercó a mí. Esta vez no retrocedí. Me agarró de los hombros con sus manos grandes y sucias, obligándome a mirarlo.

—Escúchame bien, porque solo lo voy a decir una vez —dijo, su voz grave y ronca—. Nunca he tocado a Tasha. Nunca. Y no he tocado a ninguna otra mujer desde que te conocí. Mi polla no ha estado en ningún sitio donde no debiera estar.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos con una intensidad feroz.

—Y sobre las marcas... —Tragó saliva, como si las palabras le costaran—. No me dan asco, Bianca. Me dan rabia. Una rabia tan puta y ciega que si te miro demasiado tiempo, siento que voy a matar a alguien. Me fui porque no podía controlarme, no porque no te quisiera cerca.

Me quedé paralizada.

—Eres mi esposa —continuó, soltando mis hombros pero manteniéndose cerca—. Y tienes razón. He sido un capullo. He dejado que mis problemas te afecten y he permitido que te falten al respeto.

—Entonces, arréglalo —exigí, aunque mi voz era un susurro tembloroso.

—Lo haré. —Asintió, serio—. A partir de hoy, se acabaron las huidas. Volveré a cenar. Dormiré en la puta cama, al otro lado de la muralla de almohadas, a partir de mañana. Y si Tasha vuelve a abrir la boca, la echaré del club yo mismo.

Me miró, esperando mi veredicto.

Suspiré, sintiendo cómo la tensión abandonaba mis hombros. No era una declaración de amor, pero era lo que necesitaba. Respeto. Y presencia.

—De acuerdo —dije—. Pero límpiate esa grasa antes de tocar mis sábanas blancas.

Sam soltó una exhalación corta, casi una risa.

—Trato hecho. Ahora vete a casa, mujer. Tengo que terminar esa moto antes de que Wolf me despida.

Salí de la oficina con la cabeza alta, sintiendo la mirada de Sam en mi espalda. Tasha se equivocaba. Él no comía fuera. Y a partir de esta noche, volvería a dormir en casa.

◆ ◆ ◆

Estaba de vuelta en la oscuridad.

El olor a polvo y humedad del ático me llenaba la nariz. Mis muñecas ardían, atadas por encima de mi cabeza. La única luz venía de una bombilla desnuda que oscilaba, proyectando sombras largas y deformes en las paredes.

—No grites, tesoro —la voz de Carlo era un susurro húmedo en mi oído—. A nadie le importa.

Sentí el frío del metal en mi muslo. El dolor fue blanco, cegador. Grité, pero el sonido se ahogó en mi garganta.

Mi padre estaba en la esquina, fumando un puro, mirándome con indiferencia. —Obedece, Bianca. Es por la familia.

Carlo rio. El abrecartas bajó de nuevo. Sangre. Dolor. Oscuridad.

—¡No! ¡No! ¡Suéltame!

El grito desgarró mi garganta y me desperté de golpe, sentándome en la cama, con el corazón latiendo tan fuerte que pensé que me estallaría el pecho. Estaba empapada en sudor, temblando violentamente y desorientada.

La puerta de la habitación se abrió de golpe.

La luz del pasillo inundó la oscuridad y una figura grande y rápida se precipitó hacia la cama.

—¡Bianca! ¡Estoy aquí!

Sam.

Se sentó en el borde de la cama, sin dudar esta vez. Me agarró por los hombros, sus manos grandes y calientes anclándome a la realidad.

—Mírame. Estás en el complejo. Estás a salvo.

Boqueé buscando aire, las lágrimas nublándome la vista. Todavía podía sentir el metal en mi piel. Todavía podía oler el puro de mi padre.

—Él... él estaba... —sollocé, incapaz de formar frases coherentes.

Sam no dijo nada. Simplemente me atrajo hacia él, envolviéndome en sus brazos. Me apretó contra su pecho duro, rodeándome con su fuerza, con su olor a jabón y a seguridad.

Me aferré a él como una náufraga. Enterré la cara en su camiseta, llorando todo el terror que había contenido durante años. Lloré por la niña de diecinueve años que nadie salvó. Lloré por la soledad.

Sam me acarició el pelo, sus movimientos torpes pero infinitamente tiernos.

—Ya pasó. Shhh. Ya pasó. Fue una pesadilla.

Poco a poco, mis sollozos se convirtieron en hipidos. El calor de Sam empezó a disolver el frío del ático.

Cuando finalmente me calmé, me separé un poco, pero no me soltó. Me limpió las lágrimas con los pulgares, sus ojos oscuros llenos de una preocupación feroz.

—¿Qué ha sido? —preguntó en voz baja.

Sacudí la cabeza, sorbiendo por la nariz.

—Siempre es lo mismo. El ático.

—Cuéntamelo —pidió. No era una orden morbosa. Era preocupación real por comprender a su enemigo.

Respiré hondo, temblando.

—Tenía diecinueve años. —Mi voz era un susurro ronco—. Mi padre... mi padre me llevó a cenar a casa de los Volpetti.

Sam tensó la mandíbula, pero me dejó hablar.

—Carlo me llevó al ático. Dijo que quería enseñarme algo. Yo no quería ir, Sam. Sabía que algo iba mal. Pero mi padre me obligó. Me dijo que no fuera maleducada.

Cerré los ojos, recordando la traición.

—Me dejó allí. Toda la noche. —Me abracé a mí misma—. Carlo... él estaba obsesionado. Decía que yo me creía mejor que él. Que necesitaba aprender mi lugar. Me ató. Y usó un abrecartas...

Señalé mis piernas cubiertas por la sábana.

—Me marcó. Dijo que era para que supiera a quién pertenecía. Para que ningún otro hombre me quisiera.

Sentí cómo el cuerpo de Sam vibraba de furia contenida contra mi costado.

—¿Te violó? —preguntó, su voz era un gruñido letal.

Negué con la cabeza.

—No. No de esa manera. Su placer era el control. El dolor. Quería romperme la mente antes que el cuerpo. Creo que… no creo que él pudiera haberme violado, aunque hubiera querido. Ya me entiendes. Prefiere el sadismo.

—Hijo de puta —susurró Sam.

—Tuve suerte —continué, con una risa amarga y sin humor—. El padre de Carlo, el viejo Volpetti... se asustó. Sabía que Carlo estaba inestable. Lo envió a Italia a estudiar a la semana siguiente. Estuvo fuera cinco años.

—Cinco años de paz.

—Sí. Pude respirar. Pude fingir que era normal. Pero luego volvió. Y mi padre decidió que ya era hora de unir a las familias. Fijaron la fecha de la boda. —Miré a Sam—. Sandro había vuelto del ejército para entonces. Él intentó pararlo. Se peleó con mi padre. Pero el Don es el Don. Los capos no confiaban en Sandro, lo veían como un traidor por haber ido al ejército.

Sam me acarició la mejilla, borrando el rastro de una lágrima nueva.

—Sandro te sacó.

—Sí. Pero ahora estoy aquí. Y Carlo... Carlo no va a parar, Sam. Él cree que soy suya.

Sam me cogió la cara entre las manos, obligándome a mirarlo a los ojos. En la penumbra de la habitación, sus ojos brillaban con una promesa absoluta.

—Tú no eres suya, Bianca. No eres de nadie que te haga daño. Llevas mi anillo. Estás en mi cama. Y te juro por mi vida que ese bastardo no volverá a respirar el mismo aire que tú.

Le creí. Por primera vez, le creí de verdad.

Me recosté contra las almohadas, agotada por la confesión. Sam hizo ademán de levantarse, probablemente para volver a su exilio en la habitación de invitados.

El pánico volvió a surgir. No quería estar sola. No con los fantasmas en las sombras.

Le agarré la mano.

—Sam.

Él se detuvo.

—No te vayas —supliqué, mi voz pequeña—. Por favor. No me dejes sola.

Sam miró mi mano agarrando la suya, luego mis ojos. Hubo una lucha interna, breve. Pero entonces, suspiró. Levantó la sábana y se metió en la cama.

No construyó una barricada de almohadas.

Se tumbó de lado, cerca, su calor irradiando hacia mí. Pasó un brazo por debajo de mi cabeza y el otro sobre mi cintura, atrayéndome hasta que mi espalda quedó pegada a su pecho.

—No me voy a ir —murmuró contra mi pelo—. Duerme, Bianca. Yo hago la guardia.

Recordé que dijo lo mismo la noche que mató al sicario. Una frase de soldado. Cerré los ojos, rodeada por sus brazos de acero. Y por primera vez en años, me dormí sin miedo, sabiendo que el monstruo que tenía a mi espalda era el único que podía devorar a los monstruos de mis pesadillas.

CAPITULO 11

Sam

Despertarse con una mujer en los brazos no era algo habitual para mí. Normalmente, era sexo frío y después cada uno a su casa. Ninguna mujer había dormido en mi cama, ni en mi casa. Pero despertarse con esta mujer, sintiendo una paz que no había conocido en quince años, podía ser mi mayor vicio.

La luz gris del amanecer se filtraba por las rendijas de la persiana. Mi brazo izquierdo estaba completamente dormido bajo su cuello, pero no me moví. No quería romper el momento.

Bianca dormía profundamente, su respiración acompasada contra mi pecho. En algún momento de la noche, la barrera invisible entre nosotros había caído, igual que sus defensas. Se había girado, buscando mi calor, y ahora su espalda descansaba contra mi torso, sus piernas entrelazadas con las mías.

Bajé la mirada.

La camiseta de algodón que llevaba se le había subido durante el sueño, arremolinándose bajo sus costillas. La piel de su cintura era pálida, suave y tentadora. Y más arriba, el escote de la camiseta se había deslizado, revelando la curva lateral de un pecho, sin sujetador.

Mi cuerpo reaccionó con una violencia inmediata.

Estaba duro. Jodidamente duro. Mi erección presionaba contra sus glúteos, palpitando con cada respiración que ella tomaba.

Cerré los ojos y solté un gruñido silencioso, apretando los dientes.

Durante semanas me había dicho a mí mismo que esto era una misión. Que ella era intocable. Que era una víctima a la que debía proteger, no una mujer a la que pudiera desear. Me había repetido que tenía que mantener la distancia porque, al final del camino, cuando Sandro tuviera el trono, yo tendría que abrir la jaula y dejarla volar.

Pero en ese momento, con el olor de su pelo llenándome la nariz y el calor de su cuerpo quemándome la piel, mandé la lógica a la mierda.

No podía resistirme más. No quería hacerlo. No era un puto santo.

La deseaba. La deseaba con una intensidad que me asustaba. Y si el destino decía que solo la tendría por un tiempo prestado, entonces aprovecharía cada maldito segundo. Mientras llevara mi anillo y durmiera en mi cama, jugaría a la fantasía. Fingiría que era mía. Mía de verdad.

Bianca se movió. Sus pestañas aletearon y abrió los ojos despacio, parpadeando para enfocar.

Se encontró con mi mirada. Yo no disimulé. No aparté la vista de su cuerpo expuesto ni de sus ojos soñolientos.

Ella se dio cuenta de que la estaba observando. Se dio cuenta de dónde tenía yo la mano —sobre su cadera, mi pulgar acariciando su piel desnuda— y de lo que estaba presionando contra su espalda baja.

Sus mejillas se tiñeron de rosa, pero no se apartó. No hubo miedo en sus ojos, solo una consciencia eléctrica.

—Sam... —susurró, su voz ronca por el sueño.

No le di tiempo a pensar. No le di tiempo a recordar las cicatrices, ni a Carlo, ni el contrato.

Me incliné y capturé sus labios.

No fue un beso salvaje como el del otro día. Fue suave. Fue un beso de "buenos días". Mis labios se movieron sobre los suyos con una lentitud deliberada, saboreando, pidiendo permiso para entrar.

Ella suspiró y abrió la boca, dejándome profundizar, su lengua encontrándose con la mía en una danza perezosa y caliente.

Apreté mi agarre en su cadera, atrayéndola más contra mí, queriendo fundirme con ella. Quería quitarle esa camiseta. Quería...

El sonido estridente de mi teléfono en la mesilla de noche cortó el aire como un disparo.

Bianca se tensó y rompió el beso, sus ojos abriéndose de golpe, la realidad volviendo a golpearnos.

—Mierda —gruñí contra su boca.

El teléfono siguió sonando, insistente. Sabía que si sonaba a esta hora, era el club.Y sería alguna mierda urgente.

Me separé de ella a regañadientes, sintiendo la pérdida de calor al instante. Alargué el brazo y cogí el maldito aparato. *Sexton*.

—Más te vale que sea una emergencia —ladré al descolgar, sentándome en el borde de la cama y frotándome la cara con la mano libre.

—Tenemos un problema con el proveedor de piezas del taller del centro —dijo Sexton, sin inmutarse por mi tono—. No está cumpliendo con los plazos ni con la cantidad acordada. Necesito tu culo aquí. Ahora.

—Voy para allá.

Colgué y tiré el teléfono sobre las sábanas.

Me giré hacia Bianca. Ella ya se había sentado y se había bajado la camiseta rápidamente, cubriéndose. Se estaba pasando las manos por el pelo, evitando mi mirada. La atmósfera cargada de sexo se había disipado, reemplazada por la timidez.

—Tengo que... —empezó ella, señalando hacia la puerta—. Voy a bajar al complejo. Erin dijo que necesitaban ayuda con el desayuno para los chicos.

Se levantó de la cama antes de que pudiera decir nada, agarrando su bata.

—Bianca —la llamé.

Ella se detuvo en el marco de la puerta, pero no se giró del todo.

—¿Sí?

Quería decirle algo. Quería decirle que no huyera. Quería decirle que lo que había pasado antes del teléfono no había sido un error.

Pero el presidente tenía que ir a trabajar.

—Ten cuidado —dije simplemente—. No salgas del perímetro.

Ella asintió, un movimiento rápido de cabeza.

—Lo sé.

Y salió de la habitación, dejándome solo con mi frustración y con la certeza absoluta de que esa noche, el teléfono iba a estar apagado.

◆ ◆ ◆

La puerta de mi despacho no era lo suficientemente gruesa para bloquear el caos que se estaba gestando en el bar.

Eran las siete de la tarde y el club había decidido, con esa espontaneidad ruidosa que los caracterizaba, que era noche de barbacoa improvisada. Oía la música, las risas y el sonido de botellas chocando.

Me levanté de mi escritorio, frotándome el cuello. Había pasado el día enterrado en facturas de proveedores y permisos municipales, tratando de distraer a mi cerebro de la imagen de mi mujer medio desnuda en mi cama esta mañana.

No había funcionado.

Abrí la puerta del despacho y me apoyé en el marco, observando la sala principal.

Ahí estaban. Wolf estaba detrás de la barra, sirviendo cervezas mientras contaba alguna historia exagerada que tenía a Bighorse y a Pipper riéndose a carcajadas. Raven estaba sentada en la barra, robando patatas fritas.

Y en medio de todo, estaba ella.

Bianca estaba ayudando a Raven a organizar unas bandejas de comida. Llevaba unos vaqueros y una camiseta sencilla, nada que ver con la elegancia distante de la princesa de la mafia que llegó hace semanas.

Wolf le dijo algo, probablemente una broma verde, y Bianca, en lugar de sonrojarse o apartarse, le dio un golpe con un trapo de cocina y le replicó algo que hizo que Raven escupiera su bebida de la risa.

Se reía. Estaba integrada. Estaba cómoda entre mecánicos y moteros.

Una sensación cálida y posesiva se expandió por mi pecho. Orgullo. Mi mujer no era una flor delicada; era acero recubierto de seda.

Nuestras miradas se cruzaron a través de la sala llena de gente. Su sonrisa se suavizó, volviéndose algo más íntimo, solo para mí. Dejó la bandeja y caminó hacia mi despacho, ignorando las protestas de Wolf por perder a su ayudante.

Entró y cerró la puerta tras de sí, amortiguando el ruido de la fiesta.

—¿Te escondes, Presidente? —preguntó, acercándose a mi escritorio.

—Superviso. Es diferente. —La rodeé con el brazo cuando llegó a mi lado, atrayéndola hacia mí. Pareció sorprendida por el repentino gesto de cercanía. Ella se apoyó contra el borde de mi escritorio, quedando a mi altura—. Pareces cómoda ahí fuera.

—Son divertidos. —Me acarició la solapa de mi chaleco—. Me gusta, Sam. Me gusta que nadie me pregunte quién soy o de dónde vengo. Solo soy Bianca. Tu mujer.

—Eres mi mujer —repetí, mi voz bajando un tono.

Le aparté un mechón de pelo de la cara. Sus ojos brillaban, grandes y oscuros, llenos de una confianza que me desarmaba.

—Gracias —susurró ella—. Por esto. Por todo.

La ternura del momento me golpeó. Me incliné y la besé. Iba a ser un beso suave, un reconocimiento de esa gratitud.

Pero en cuanto mis labios tocaron los suyos, la pólvora de esta mañana se encendió.

Bianca abrió la boca, invitándome, y yo acepté la invitación con un gruñido. El beso se profundizó al instante, volviéndose húmedo, urgente. Mis manos bajaron a su cintura, apretándola, y luego subieron, buscando la curva de su pecho.

Ella jadeó, echando la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello a mi boca.

—Sam...

—No puedo más, Bianca —confesé, mi voz ronca contra su piel—. Llevo todo el puto día pensando en cómo te veías esta mañana. En tu piel. En tu olor.

—Sam... —repitió, pero esta vez sus manos se aferraron a mis hombros, tirando de mí—. Yo también.

—Te deseo —gruñí, mirándola a los ojos, necesitando que viera la verdad cruda—. No puedo ignorarlo más. No es una actuación. Es real. Me estás volviendo loco.

Ella no se apartó. Sus pupilas se dilataron.

—Entonces no lo ignores.

Esa fue toda la autorización que necesité.

Levanté sus piernas y las rodeé alrededor de mi cintura, empujándola hacia atrás sobre el escritorio. Los papeles volaron al suelo. No me importó una mierda.

Metí mi mano entre sus piernas, sobre la tela vaquera de sus pantalones. Estaba caliente. Húmeda.

—Joder —susurré.

Desabroché su pantalón con dedos torpes por la urgencia. Deslicé mi mano dentro, apartando su ropa interior.

Cuando toqué su piel desnuda, su centro empapado, ella gritó mi nombre, un sonido ahogado que me hizo vibrar entero.

—Tan mojada... —gruñí, deslizando un dedo dentro de ella, y luego dos.

Bianca se arqueó contra mi mano, sus uñas clavándose en mi chaleco. Empecé a moverme. Un ritmo constante, implacable. Busqué su clítoris con mi pulgar, frotando, presionando, mientras mis dedos la llenaban y la vaciaban.

—Sam... Sam, por favor...

—Mírame —ordené, capturando su boca otra vez mientras mi mano trabajaba entre sus piernas—. Mira lo que te hago. Eres mía.

Ella se deshizo. No hubo resistencia, no hubo miedo. Solo placer puro y duro.

Aumenté el ritmo, sintiendo cómo sus músculos se contraían alrededor de mis dedos.

—¡Sam!

Se corrió con una intensidad que la sacudió entera. Gritó contra mi boca, su cuerpo convulsionando, derrumbándose sobre mí, completamente entregada.

La mantuve allí, abrazada, mientras las olas de su orgasmo la recorrían.

Mi propia excitación era dolorosa. Estaba a punto de estallar.

Me aparté un poco, lo justo para liberar mi pene de mis vaqueros. No podía entrar en ella. No todavía. Le había prometido seguridad, le había prometido un divorcio. Si la hacía mía a pelo in tomar precauciones, no habría vuelta atrás.

Pero necesitaba alivio.

Me masturbé, mirándola. Mirando su cara sonrojada, sus labios hinchados, su pecho subiendo y bajando. Verla así, desecha por mí, fue el detonante final.

Gemí, mi mano moviéndose rápido, furiosa.

—Bianca...

Me corrí segundos después, derramándome sobre su vientre plano, manchando su piel y la cinturilla de sus vaqueros.

Caí hacia delante, apoyando mi frente en su hombro, respirando como si hubiera corrido una maratón.

Nos quedamos así, en el silencio del despacho, con el sonido lejano de la fiesta fuera y el olor a sexo y a nosotros llenando el aire.

No habíamos consumado el matrimonio. No técnicamente.

Pero mientras le besaba el cuello, limpiándola con mi pañuelo con cuidado reverencial, supe que estaba peligrosamente cerca de borrar la línea para siempre.

◆ ◆ ◆

Eran las cuatro de la madrugada. La hora del lobo.

Me deslicé fuera de la cama con cuidado milimétrico, dejando a Bianca profundamente dormida entre las sábanas revueltas que olían a nosotros. Su respiración era suave, tranquila. Parecía en paz.

Yo, en cambio, me sentía como si acabara de caminar sobre cristales rotos.

Salí al salón, envuelto en unos pantalones de chándal, y fui directo al mueble bar. Me serví dos dedos de whisky. Sin hielo. El líquido ámbar quemó al bajar, pero no lo suficiente para calmar el ruido en mi cabeza.

Me dejé caer en el sofá de cuero, mirando la oscuridad del apartamento.

¿Qué coño había hecho?

La había tocado. La había llevado al borde. La había hecho mía en todo menos en la penetración final. Y joder, me había gustado. Me había gustado demasiado.

Pero la culpa me roía las entrañas. Ella era vulnerable. Estaba aquí por necesidad, no por elección. Y yo, el protector, me estaba aprovechando de la situación para satisfacer mis propios deseos egoístas.

Me pasé una mano por la cara, frotándome los ojos cansados.

«Divorcio».

La palabra flotó en la oscuridad. Tenía que aferrarme a ese plan. Cuando Sandro tomara Nueva York, cuando el peligro pasara, tenía que dejarla ir. Ella merecía una vida mejor que esta vida de club, armas y miedo constante. Merecía a alguien que no estuviera roto por la guerra.

Mi teléfono vibró sobre la mesa de centro. Lo cogí.

Sandro.

Era tarde. O temprano. Dependía de cómo lo miraras.

—Dime —contesté, mi voz rasposa por el whisky y el sueño.

—Me ha llegado un rumor —dijo Sandro sin saludar. Su voz sonaba tensa, metálica a través de la línea—. Un rumor de Chicago que dice que mi hermana se ha casado.

Bebí un trago largo.

—No es un rumor. Es un hecho.

Hubo un silencio al otro lado. Un silencio cargado de una violencia inminente.

—Te pedí que la protegieras, Tucker —dijo Sandro, su voz bajando a un susurro letal—. No que te la follaras. Te pedí un favor de hermano de armas, no que aprovecharas la situación para meterte en sus bragas y atarla a tu puto club de moteros.

La acusación y la falta de respeto encendió la mecha de mi propia furia, que ya estaba corta por la culpa y la frustración sexual.

—¿Protegerla? —solté una risa seca y cruel—. ¿Te refieres a la protección de mierda que le diste dejándola sola en una ciudad extraña con un nombre falso y una diana en la espalda?

—Hice lo que pude para sacarla de allí...

—¡No hiciste una mierda! —grité, poniéndome de pie. El whisky se agitó en el vaso—. La dejaste medio abandonada, Sandro. Esperando a que tú movieras ficha mientras tu padre enviaba sicarios a buscarla. Tuve que matar a uno en un callejón hace unas semanas.

Sandro se calló. Eso no lo sabía.

—¿Un sicario?

—Sí. Y no será el último. El matrimonio era la única forma de meterla en el complejo, de darle estatus, de poner a ochenta hombres armados entre ella y tu familia de psicópatas.

Caminé hasta la ventana, mirando el patio vacío del club. La rabia me hervía en la sangre.

—Y hablando de psicópatas... —Apreté el teléfono—. Deberías haber matado a tu padre hace años. Y a Carlo Volpetti.

—Estoy en ello, Sam. Es complicado. La política de la *Famiglia*...

—¡A la mierda la política! —La imagen de las cicatrices en los muslos de Bianca brilló en mi mente, cegándome—. ¿Sabes lo que le hicieron? ¿Tienes alguna puta idea de lo que tu hermana lleva encima?

—Sé que lo pasó mal con Carlo...

—¡Tiene marcas, Sandro! —Mi voz se rompió por la furia—. Tiene cicatrices de cortes en la cara interna de los muslos. ¡Marcas de propiedad! ¡Se las hicieron cuando tenía diecinueve años!

El silencio al otro lado de la línea fue absoluto. Pesado. Mortal.

—¿Diecinueve? —La voz de Sandro sonó hueca—. Yo... yo estaba en el ejército.

—Sí. Tú estabas jugando a la guerra conmigo en el desierto. Y mientras nosotros nos cubríamos las espaldas, a tu hermana la estaban torturando en un ático. No la protegiste entonces. Y no la estabas protegiendo ahora. Estoy traicionando su confianza contándote esto, pero ya va siendo hora de que abras los ojos a la puta realidad de mierda que ha tenido que vivir tu hermana. Sola.

Escuché la respiración agitada de Sandro. Sabía que le había dado donde más le dolía. En su honor. En su culpa.

—Yo no sabía... —murmuró—. Pensé que solo... pensé que solo la asustaban.

—Pues pensaste mal. Está marcada, Sandro. Y está aterrorizada. Así que no me vengas con sermones sobre cómo la protejo. Me he casado con ella porque era la única maldita manera de asegurarme

de que nadie volviera a ponerle una mano encima. Incluido tú, si no arreglas esto.

Sandro soltó un gruñido que sonó más animal que humano. Oí el sonido de cristal rompiéndose contra una pared al otro lado de la línea.

—Voy a acelerarlo —dijo, su voz temblando de pura ira—. Voy a quemar los plazos. A la mierda la estrategia de infiltración suave.

—Bien.

—Voy a matar a mi padre. Y voy a matar a Carlo. Voy a tomar el trono, Sam. Y cuando lo haga...

—Cuando lo hagas, ella será libre —terminé por él, sintiendo un sabor amargo en la boca—. El matrimonio se anula. Ella vuelve a ser libre. Es un juramento.

—Más te vale, Tucker. Porque si descubro que le has hecho daño... la guerra que tendrás no será con la *Cosa Nostra*. Será conmigo.

—Ponte a la cola, gilipollas —repliqué, y colgué.

Tiré el teléfono al sofá y me acabé el whisky de un trago. El líquido ardía, pero no borraba la verdad.

Iba a perderla. Estaba luchando para salvarla solo para tener que dejarla ir. Y esa certeza dolía más que cualquier bala que me hubieran disparado en el desierto.

◆ ◆ ◆

Después de la llamada con Sandro y de las pocas horas de sueño, el día en el taller se me hizo eterno. Mi mente no estaba en los carburadores ni en los pedidos de piezas. Estaba en el reloj, contando los minutos para las seis de la tarde.

Cuando finalmente aparqué la Harley frente a Wild Bloom, el prospecto que había asignado a la puerta —un chaval llamado Mouse— se cuadró al verme.

—Sin novedades, Presi —informó.

—Bien. Desaparece.

Bianca salió un minuto después. Se detuvo al verme, y una sonrisa pequeña, casi tímida, curvó sus labios. Me recordó a lo que había pasado en mi despacho ayer, a la forma en que se había deshecho en mis brazos.

—Llegas puntual —dijo, acercándose.

—Soy un hombre de palabra. —Le tendí el casco—. ¿Lista?

—¿A casa?

—No. —Le guiñé un ojo, algo que no solía hacer—. Tengo otros planes.

Ella no preguntó. Se puso el casco y subió detrás de mí. Cuando sus brazos rodearon mi cintura y su cuerpo se pegó a mi espalda, sentí esa sensación de "correcto" que me estaba empezando a aterrorizar. Aceleré, dejando atrás el centro de Chicago.

Conduje hacia las afueras, hacia el norte, donde el hormigón empezaba a ceder paso a los árboles. El viento de principios de diciembre era frío, pero el sol del atardecer teñía el cielo de naranja y violeta. Sentía a Bianca relajarse contra mí, disfrutando del trayecto, confiando en mi conducción.

Después de cuarenta minutos, giré hacia un camino secundario boscoso y frené frente a una estructura baja y moderna, escondida entre pinos altos.

The Glasshouse.

Apagué el motor. El silencio del bosque nos envolvió de golpe.

Bianca se bajó y se quitó el casco, mirando el edificio con los ojos muy abiertos.

No era un bar de carretera. No era un restaurante italiano de manteles a cuadros. Era un cubo de cristal y madera, diseñado para desaparecer en el entorno. Las paredes eran ventanales de suelo a techo que reflejaban el bosque, y había árboles creciendo literalmente a través de la estructura del techo.

—Sam... —susurró—. ¿Qué es esto?

—Cena —dije, bajándome de la moto—. Me dijiste que te gustaba la naturaleza. Que te gustaban los bosques.

Ella se giró hacia mí, y la expresión de su cara hizo que el viaje valiera la pena. No era la máscara de serenidad habitual que dedicaba a todos. Era asombro puro e infantil.

—Es... es precioso.

Entramos. El interior era cálido, iluminado por luces tenues que colgaban de las ramas de los árboles interiores. Nos sentaron en una mesa pegada al cristal. Parecía que estuviéramos cenando en medio del bosque, sin barreras.

Bianca no miró el menú. Miraba los helechos, los troncos de los pinos, el musgo decorativo en las paredes.

—Nunca había estado en un sitio así —dijo, sus ojos brillando—. En Nueva York todo es... ladrillo, ruido, oro falso.

—Pensé que te gustaría cambiar de aires. El club puede ser un poco claustrofóbico.

—Gracias, Sam. —Me miró, y su mano buscó la mía sobre la mesa. La apreté—. De verdad. Es perfecto.

Pedimos la cena y vino blanco para ella, cerveza para mí. El ambiente era tranquilo, íntimo. Lejos de las miradas de Tasha, de las preocupaciones de Olivia y de la sombra del Don.

—Sabes mucho de plantas —comenté, observando cómo tocaba suavemente la hoja de una planta que había en el centro de mesa—. No es solo que te gusten. Sabes lo que son.

Ella sonrió, un poco melancólica.

—Esa es una *Calathea*. Se cierran de noche, como si rezaran.

—¿Cómo sabes eso?

Bianca dio un sorbo a su vino, mirando hacia la oscuridad del bosque tras el cristal.

—Cuando era pequeña... antes de que todo se volviera complicado... me escapaba a los invernaderos de la finca. El jardinero viejo me dejaba ayudarle. Me enseñaba los nombres en

latín. —Se encogió de hombros—. Me fascinaba que algo pudiera crecer en silencio, sin hacer daño a nadie. Solo existiendo.

Me quedé callado, imaginando a una Bianca niña, escondiéndose entre las plantas para huir de la mansión de su padre.

—Mi sueño... —empezó, y luego se detuvo, como si le diera vergüenza admitirlo—. Mi sueño estúpido era ir a la universidad. Quería estudiar botánica. O ciencias naturales. Quería entender cómo funcionaba la vida desde la raíz.

—No es un sueño estúpido —dije con firmeza.

—Lo era para una Malavolta. —Sonrió con tristeza—. Las hijas del Don no van a la universidad a mancharse las manos con tierra. Se casan, tienen hijos y organizan cenas benéficas. Mi padre se rio en mi cara cuando se lo pedí a los dieciocho años. Quemó mis libros de texto.

Sentí la llamarada de ira habitual cada vez que mencionaba a su padre.

—Pues es un gilipollas —sentencié—. Tienes cerebro, Bianca. Y tienes talento. Lo veo en la floristería. Lo que haces con esas flores... no es solo ponerlas en un jarrón. Es arte.

Ella me miró, sorprendida por mi intensidad.

—Gracias.

Me incliné hacia delante.

—Escucha. Cuando todo esto acabe... cuando seas libre... deberías hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Estudiar. Ir a la universidad. —La animé, aunque la idea de "cuando seas libre" me dejaba un sabor a ceniza en la boca—. Nunca es tarde. Podrías ser la mejor botánica de este puto país.

Bianca me sostuvo la mirada. Vi la esperanza encenderse en sus ojos, frágil pero real.

—Quizás —susurró—. Quizás algún día.

—Algún día —repetí, levantando mi copa para brindar.

Brindamos por su futuro. Un futuro donde ella sería libre y estudiaría plantas. Un futuro donde yo, muy probablemente, ya no estaría. Y por primera vez en mi vida, quise ser lo suficientemente egoísta para pedirle que se quedara y plantara su jardín en mi patio trasero de hormigón.

CAPITULO 12

Bianca

El ritmo de la floristería era un bálsamo. Cortar, limpiar, colocar. Había una lógica simple en las flores que mi vida real ya no tenía.

Brynn y yo estábamos desmontando un pedido grande de hortensias azules. El silencio entre nosotras era cómodo, pero hoy se sentía cargado

—¿Cómo estás, B? —preguntó Brynn, sin levantar la vista de los tallos que cortaba—. Y quiero la verdad, no la versión de "estoy bien" que le das a todos los que te preguntan.

Dejé las tijeras sobre la mesa de trabajo y suspiré, mirando el diamante que brillaba en mi mano izquierda. Pesaba.

—Es... complicado.

—Casarse con Sam Tucker suele serlo —dijo ella con una media sonrisa—. Dominic dice que Sam es el tipo más leal que conoce, pero que tiene la profundidad emocional de una mina terrestre. Si pisas mal, explota.

Me reí, una risa floja.

—Es una buena descripción.

Brynn se detuvo y me miró. Sus ojos, sabios y llenos de esa empatía que solo tienen las supervivientes, me escanearon.

—¿Por qué tan rápido, Bianca? Sé que había peligro. Sé lo del sicario. Pero... ¿una boda?

Me apoyé contra el mostrador. Brynn era la única amiga de verdad que tenía. Merecía saberlo.

—Era la única forma —confesé, bajando la voz—. Mi padre... el Don... no va a parar. Y Carlo Volpetti es... —Tragué saliva, el nombre aún me sabía a bilis—. Es un monstruo. Sam dijo que necesitaba estatus. Que necesitaba ser intocable.

—Así que es un trato —dedujo Brynn.

—Un matrimonio falso. —Asentí—. Hasta que mi hermano tome el control en Nueva York. Luego... divorcio. Libertad. Ese es el plan, paso a paso.

Vi cómo el rostro de Brynn se ensombrecía. Una línea de preocupación profunda se marcó entre sus cejas. Dejó las hortensias y se limpió las manos en el delantal, su expresión volviéndose grave.

El pánico me asaltó.

—Lo siento, Brynn —dije rápidamente, dando un paso hacia ella —. Sé lo que estás pensando. Tienes a Winona. Es solo un bebé. Y Dominic... sé que él y los chicos ya han tenido bastantes problemas en su vida. —Pensé en los cuatro hermanos, en lo mucho que habían luchado para construir esta vida segura—. No tengo derecho a traer mi guerra a tu puerta. Si crees que es peligroso que trabaje aquí, lo entenderé. Me iré. No quiero que nada le pase a tu familia por mi culpa.

Brynn me miró, sorprendida, como si acabara de decir una tontería enorme.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza, acercándose y agarrándome de las manos—. Bianca, no seas idiota. No estoy preocupada por la mafia.

—¿No?

—Dominic, Lan, Asher, Max... esos hombres son una manada de lobos. Y tienen a Legend detrás. Y Volkov. Si tu padre aparece por aquí, se encontrará con un muro. Winona está más segura en esta ciudad que en Fort Knox.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

Brynn apretó mis manos. Su mirada se suavizó, volviéndose triste.

—Estoy preocupada por ti, B.

—¿Por mí? Estoy a salvo. Sam ha blindado el complejo.

—No hablo de tu seguridad física. Hablo de esto. —Señaló mi pecho, justo sobre mi corazón—. Hablo de enamorarte de un hombre que te ha prometido el divorcio antes incluso de consumar el matrimonio.

Me quedé helada.

—Yo no... no estoy enamorada de Sam. Es un acuerdo.

—¿Seguro? —Brynn arqueó una ceja—. Porque te vi en el *Vinyl*. Vi cómo lo mirabas cuando te sacó de allí. Vi el beso de película en vuestra boda. Y te veo ahora. Te brillan los ojos cuando dices su nombre, incluso cuando te quejas de él.

Abrí la boca para protestar, pero las palabras murieron en mi lengua. Pensé en la cena de anoche en *The Glasshouse*. En cómo me escuchó hablar de botánica. En cómo me tocó en su despacho.

—Sam es... intenso —admití, mi voz temblando—. Y me hace sentir cosas que... que pensaba que estaban muertas en mí. Pero él tiene sus propios demonios, Brynn. Él quiere que me vaya en cuanto sea libre.

—Exacto —dijo Brynn, y su voz era una advertencia suave—. Sam es un protector. Un soldado. Salva a las personas. Pero no sé si sabe cómo quedarse con ellas. Tengo miedo de que cuando esta guerra termine, él crea que su misión ha acabado y tú te quedes con el corazón roto.

Me soltó las manos y me acarició la mejilla.

—Protégete de las balas, Bianca. Pero, por favor, ponte un chaleco antibalas también para el corazón. Porque ese tipo de heridas son las que más tardan en curar.

Me quedé en silencio, mirando las hortensias azules. Brynn tenía razón. El peligro real no era Carlo. El peligro real era que, cuando Sam me abriera la jaula para dejarme volar, yo ya no quisiera irme a ningún lado.

◆ ◆ ◆

A las seis en punto, un SUV negro con los cristales tintados se detuvo frente a Wild Bloom. Raven estaba al volante, tamborileando los dedos sobre el salpicadero al ritmo de una canción pop a todo volumen.

Me despedí de Brynn y subí al coche. La seguridad de Raven era más relajada que la de Sam, pero no inexistente; vi a un prospecto siguiéndonos en una moto a cierta distancia.

—¡Hola, cuñada! —saludó Raven, bajando la música—. ¿Lista para volver a la fortaleza? Antes tenemos que hacer una parada técnica. Erin me ha pedido que recoja un paquete de hierbas medicinales de un proveedor de la Reserva que tiene una tienda en las afueras. Dice que las necesita para el té de Sam. Al parecer, cree que está "demasiado tenso".

Me reí.

—Erin es sabia. "Tenso" es quedarse corto. Aunque no me imagino a tu hermano tomando te.

—Él tomará cualquier cosa que Erin le mande. Como si le da agua con piedras. Creo que Erin es la única ante la que Sam se cuadra.

Condujimos hacia las afueras, dejando atrás la ciudad y adentrándonos en las carreteras secundarias rodeadas de árboles, cerca de la zona de la Reserva. Raven conducía rápido, pero con seguridad. A pesar de su apariencia de chica fiestera, tenía buenos reflejos.

Llegamos a un cruce de caminos estrecho, donde la visibilidad era mala por culpa de unos arbustos crecidos.

—Es justo por aquí... —murmuró Raven, mirando el GPS.

De repente, una camioneta vieja y oxidada salió de un camino de tierra lateral sin previo aviso, invadiendo nuestro carril.

—¡Mierda!

Raven reaccionó al instante. Dio un volantazo hacia la derecha y pisó el freno a fondo. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto.

El impacto fue inevitable, pero por suerte, leve.

Nuestro parachoques delantero chocó con el lateral de la camioneta. El tirón del cinturón de seguridad me cortó la respiración por un segundo, y el coche se detuvo en la cuneta, levantando una nube de polvo.

Silencio.

—¿Estás bien? —preguntó Raven de inmediato, su voz llena de pánico, girándose hacia mí y palpando mis brazos—. ¡Bianca! ¡Dime que estás bien! Sam me matará. Me matará y me enterrará en el jardín.

—Estoy bien, Raven. Estoy bien —aseguré, tocándome el cuello. Solo había sido un susto—. Ha sido un golpe pequeño.

Raven soltó un suspiro de alivio que rápidamente se transformó en furia.

—¡Será imbécil! ¡Salió de la nada!

Se desabrochó el cinturón y salió del coche hecha una furia. Yo la seguí.

La puerta del conductor de la camioneta oxidada se abrió con un chirrido metálico. Y entonces, bajó él.

Me quedé quieta un momento. El hombre era... impactante.

Era alto. Muy alto. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta negra de manga larga que se pegaba a un torso ancho y musculoso. Su piel tenía el tono cobrizo que me recordaba a Dominic y a Erin. Tenía el pelo oscuro, un poco largo, rozándole los hombros.

Pero lo que más me llamó la atención fue un detalle pequeño: una pluma trenzada en un mechón de su cabello negro.

Era guapo. De una forma dura, seria y absolutamente intimidante.

Caminó hacia nosotras con paso pesado, ignorando el daño en su propia camioneta (que parecía un tanque indestructible) y mirando el abollón en el parachoques del SUV de lujo de Raven.

Luego, levantó la vista. Sus ojos eran oscuros, casi negros, y estaban llenos de un juicio frío.

—¿Te han dado el carné en una caja de cereales, niña? —su voz era profunda, grave y rezumaba desdén.

Raven se erizó como un gato.

—¿Perdona? —exclamó ella, dando un paso hacia él sin amedrentarse por la diferencia de altura—. ¡Tú has salido del camino de tierra sin mirar! ¡Tenías un Ceda el Paso!

—Yo ya estaba en la vía —replicó él, cruzándose de brazos. Sus bíceps se tensaron—. Tú venías demasiado rápido. Típico.

—Iba a la velocidad permitida. ¡Ha sido un accidente fortuito! —Raven señaló su coche—. ¡Y has abollado mi parachoques!

El desconocido miró el SUV brillante, luego miró a Raven —su ropa de marca, su pelo rubio perfecto, su actitud desafiante— y soltó una risa seca y sin humor.

—Oh, qué tragedia. La princesita ha rayado el coche de papá.

Vi cómo la cara de Raven se ponía roja. No de vergüenza, sino de pura ira. Odiaba que la llamaran princesa. Odiaba que la subestimaran.

—No es el coche de mi padre —siseó ella—. Y no soy una princesa. Soy la mujer que va a llamar a la policía para que te expliquen las normas de circulación, *Gerónimo*.

Fue un golpe bajo. Lo supe.

El hombre entrecerró los ojos. Su expresión pasó de la molestia a una frialdad glacial. Dio un paso hacia ella, invadiendo su espacio, y Raven tuvo que levantar la barbilla para sostenerle la mirada.

—Mi nombre es Elan —dijo, con una voz peligrosamente tranquila —. Y no tengo tiempo para rellenar papeles con niñas mimadas que creen que la carretera les pertenece.

Se giró hacia su camioneta, desinteresado.

—¡Oye! —gritó Raven—. ¡No hemos terminado! ¡El seguro...!

—Manda la factura al taller de la reserva si quieres —dijo él por encima del hombro, subiéndose a su camioneta—. Aunque dudo que

sepas dónde está eso. Probablemente te perderías en cuanto se acabara el asfalto.

Arrancó el motor, que rugió con fuerza, y dio marcha atrás, saliendo de allí y dejándonos en la cuneta.

Raven se quedó mirando la nube de polvo, con la boca abierta y los puños apretados a los costados.

—¡Imbécil! —gritó al aire—. ¡Arrogante! ¡Maleducado!

Me acerqué a ella y le puse una mano en el hombro.

—Raven, ¿estás bien?

Ella se giró hacia mí. Sus ojos azules echaban chispas. Nunca la había visto tan enfadada. Normalmente se reía de todo, pero este hombre, Elan, le había tocado la fibra sensible.

—Lo odio —dijo ella, temblando de rabia—. No sé quién se cree que es ese... ese "Elan", pero espero no volver a verle la cara en mi vida.

Miré hacia el camino por donde había desaparecido la camioneta. Algo me decía que el destino tenía un sentido del humor retorcido y que esa no sería la última vez que Raven se cruzara con el tal Elan.

—Vámonos a casa, Ray —dije suavemente—. Antes de que Sam envíe a la caballería.

Raven asintió, subiendo al coche y dando un portazo.

—Sí. Vámonos. Necesito golpear algo. O beberme una botella entera de vino.

◆ ◆ ◆

Llegamos a casa de Erin con el parachoques abollado y los nervios de punta.

En cuanto cruzamos la puerta, el olor a salvia y a hogar nos envolvió, pero esta vez no fue suficiente para calmar el temblor de mis manos. Raven entró hecha un torbellino, tirando las llaves sobre la mesita de la entrada.

—¡Necesito té! —exclamó—. ¡Y tequila! ¡Y un muñeco vudú!

Erin salió de la cocina, secándose las manos en un paño. Su expresión tranquila cambió a una de alerta inmediata al ver nuestras caras pálidas.

—¿Qué ha pasado?

—Un imbécil con una camioneta del año de la pera, eso ha pasado —espetó Raven, dejándose caer en el sofá—. Nos ha golpeado en el cruce del Viejo Roble.

Erin se acercó rápidamente a mí, tomándome del brazo y mirándome a los ojos, buscando signos de conmoción.

—¿Estáis heridas?

—No, estamos bien —aseguré, aunque mi voz sonaba frágil—. Solo ha sido el susto. El golpe fue leve.

Erin asintió, pero no se relajó. Se dirigió al teléfono de la pared.

—Voy a llamar a Sam.

—Erin, no hace falta... —empecé a decir, no queriendo preocuparle por un simple golpe de chapa.

—Tiene que saberlo, Bianca —dijo ella con suavidad pero con firmeza, marcando el número—. Es su trabajo. Y es su esposa.

Me senté junto a Raven mientras Erin hablaba en voz baja por teléfono.

Cerré los ojos y, por un segundo, volví a sentir el impacto. El *crac* del metal.

En ese instante, justo antes de ver a Elan bajar de la camioneta, el terror me había paralizado. No había pensado en un accidente de tráfico. Mi mente había ido directa a la oscuridad: «Me han encontrado. Me han cortado el paso. Es una emboscada».

Había pasado miedo de verdad. Miedo a que fuera mi padre. Miedo a que fuera el final.

Saber que Erin estaba hablando con Sam, saber que él ya sabía dónde estábamos y que probablemente ya venía en camino, fue como si me quitaran un peso de encima. Odiaba admitirlo, pero la

idea de verle entrar por esa puerta era lo único que me permitía respirar con normalidad.

—Dice que está en camino —anunció Erin, colgando—. Llega en diez minutos.

Se sentó frente a nosotras.

—Ahora, contadme. ¿Quién os ha golpeado?

—Un tipo odioso —gruñó Raven, cruzándose de brazos—. Alto, nativo, con el pelo largo y una pluma trenzada. Conducía una camioneta oxidada y tenía la personalidad de un cactus. Dijo que se llamaba Elan. ¿Le conoces, Erin? Porque si es de la Reserva, quiero poner una queja formal al consejo tribal por... por ser un capullo integral.

Erin frunció el ceño, pensativa.

—Elan... —Repitió el nombre, probándolo—. Solo conozco a un Elan, nieto de Rebecca Topash. No vive en la Reserva, pero creo que solo puede ser él por la descripción. Aunque siempre que lo he visto parecía un buen chico. Amable.

—Pues actuaba como si fuera el dueño de la carretera —insistió Raven.

Erin iba a responder cuando el sonido inconfundible de una Harley rugiendo en la entrada cortó la conversación. El motor se apagó de golpe, y segundos después, la puerta principal se abrió con fuerza.

Sam entró en el salón como una tormenta, con el chaleco de cuero puesto y la cara tensa por la preocupación. Sus ojos barrieron la habitación, ignorando a su hermana y a su madre, y se clavaron en mí.

—Bianca.

Me levanté del sofá. Él cruzó la distancia en dos zancadas. No le importó que estuviéramos en casa de Erin. Me agarró de los brazos, sus manos grandes palpando mis hombros, bajando por mis brazos, buscando roturas, buscando dolor.

—¿Estás herida? —preguntó, su voz ronca y urgente—. Erin dijo que fue un accidente. ¿Te duele algo? ¿El cuello? ¿La cabeza?

—Estoy bien, Sam —dije, poniendo mis manos sobre su pecho para detener su frenética inspección—. De verdad. Ni un rasguño. El coche de Raven se llevó la peor parte.

Sam soltó el aire, apoyando su frente contra la mía por un segundo, cerrando los ojos. Sentí el temblor en su cuerpo. No era por el frío. Era por la adrenalina.

—Joder —susurró—. Cuando Erin llamó... pensé que...

—Lo sé —le interrumpí suavemente—. Yo también lo pensé. Por un momento, creí que eran ellos.

Se separó un poco para mirarme a la cara, sus ojos oscuros llenos de una intensidad feroz.

—¿Fue un accidente de verdad? —preguntó, su tono cambiando al de Presidente—. ¿O fue provocado? ¿Parecía intencionado?

—Fue un accidente, Sam —intervino Raven desde el sofá—. Un idiota salió de un camino sin mirar. Un tal Elan. No tiene nada que ver con la mafia, a menos que la *Cosa Nostra* esté reclutando a tipos gruñones de la Reserva con camionetas del año de la polca.

Sam miró a Raven, comprobando visualmente que ella también estaba bien, y luego asintió, relajando ligeramente los hombros.

Volvió a mirarme, y su mano subió para acariciarme la mejilla, su pulgar rozando mi pómulo.

—Me has asustado —admitió en voz baja.

—Estoy bien —repetí, y me di cuenta de que era verdad. Porque él estaba aquí.

—Vamos a casa —dijo Sam, entrelazando sus dedos con los míos con una posesividad que ya no me molestaba—. Quiero tenerte dentro del complejo. Ahora.

◆ ◆ ◆

Me despertó un sonido que no encajaba con la seguridad del búnker.

No era una alarma. No era un disparo. Era un gemido. Un sonido de pura angustia que se arrastraba desde el fondo de una garganta cerrada.

Me incorporé en la oscuridad, desorientada. A mi lado, Sam se movía violentamente. Estaba atrapado en las sábanas, sus piernas pateando como si intentara correr, sus puños golpeando un enemigo invisible en el aire.

—¡A la izquierda! ¡Mierda, cubrid el flanco! —gritó en sueños. Su voz era un ladrido militar, pero estaba rota por el pánico—. ¡No los dejéis! ¡No!

Estaba empapado en sudor. Incluso en la penumbra, podía ver el brillo en su frente y en su pecho desnudo.

—Sam... —susurré, alargando la mano.

En el momento en que mis dedos rozaron su hombro, él reaccionó. Su cuerpo se arqueó y soltó un grito ahogado, desgarrador.

—¡Sam! —Lo sacudí más fuerte—. ¡Sam, despierta! ¡Estás en casa!

Abrió los ojos de golpe.

No me vio. Sus pupilas estaban dilatadas, ciegas, viendo otro lugar y otro tiempo. Se incorporó de un salto, respirando como si se estuviera ahogando, buscando un arma que no estaba allí.

—Sam, soy yo. Soy Bianca.

Me arrodillé en la cama frente a él, agarrando su cara con ambas manos, obligándolo a mirarme.

—Mírame. Estás en Chicago. Estás conmigo.

Poco a poco, el terror ciego en sus ojos empezó a retroceder. El soldado frenético dio paso al hombre exhausto. Parpadeó, enfocando mi cara, y luego se derrumbó, sus hombros cayendo mientras soltaba un suspiro tembloroso.

—Joder... —murmuró, pasándose las manos por el pelo mojado—. Joder.

—Ha sido una pesadilla —dije suavemente, cogiendo una de sus manos. Estaba helada—. ¿La guerra?

Sam asintió, con la mirada perdida en las sábanas revueltas.

—Siempre es la misma. La última misión. —Tragó saliva, y vi cómo su nuez subía y bajaba—. Fue una emboscada. Inteligencia la cagó. Entramos en un valle y... simplemente se desató el infierno.

Me quedé en silencio, acariciando sus nudillos con el pulgar, dejándole sacar el veneno.

—Perdí a casi todos —continuó, su voz ronca y baja—. Chicos buenos. Chicos con familias. Los vi caer uno a uno y no pude hacer nada. El humo era tan denso que no veía mis propias manos. —Cerró los ojos con fuerza—. Asher... Asher Vaughn tuvo que arrastrarme fuera. Me sacó de la línea de fuego cuando me quedé bloqueado intentando llegar a uno de mis hombres que ya estaba muerto. Si no fuera por él... yo estaría allí.

—Pero estás aquí —le recordé, apretando su mano—. Estás vivo, Sam.

—Vivo —repitió con amargura—. A veces me pregunto por qué. Por qué yo y no ellos.

Se giró hacia mí, y la vulnerabilidad en su mirada me partió el corazón. Era el mismo miedo que yo había sentido en el accidente de coche, pero multiplicado por mil.

—Mi peor miedo... —confesó, mirándome con una intensidad que me quemaba— no es morir. Es perder a los que me importan. Ver cómo se apagan y no poder detenerlo.

—Sam...

—Durante años —me interrumpió—, cuando las cosas se ponían feas en el desierto, buscaba a Sandro. Él llevaba esa foto tuya en el casco. —Una sonrisa triste y fugaz cruzó su rostro—. Eras mi talismán, Bianca. Miraba esa cara inocente, esos ojos grandes, y

pensaba: "Hay algo puro en el mundo. Lucha por eso". Me mantenías cuerdo.

Me quedé sin aliento. No sabía lo de la foto, no sabía lo que había significado para él en aquellos momentos. Extrañamente me reconfortó ser yo la que lo mantuviera vivo.

—Pero en esa última misión... —Su expresión se ensombreció de nuevo—. Sandro no estaba. Lo habían trasladado a otra unidad meses antes. No tenía la foto. No tenía mi ancla. Solo tenía sangre y ruido. Y me perdí.

Entendí entonces por qué era tan controlador. Por qué necesitaba saber dónde estaba yo en cada segundo. No era solo posesividad; era terror. Yo era la encarnación viva de ese "talismán" que había perdido en el infierno. Y tenía pánico de volver a perderme. Eso podía ser lo más retorcido o lo más romántico que había escuchado jamás.

Me acerqué a él, rodeando su cuello con mis brazos, pegando mi frente a la suya.

—Ahora estoy aquí —susurré contra sus labios—. No soy una foto, Sam. Soy real. Y no me voy a ir a ningún lado. Tienes tu ancla.

Sam soltó un suspiro roto y me rodeó con sus brazos, apretándome contra él con una fuerza desesperada. Enterró su cara en mi cuello, respirando mi olor como si fuera el único oxígeno en la habitación.

—No te vayas —murmuró contra mi piel—. Quédate conmigo.

No sabía si se refería solo a esa noche o a para siempre. Aunque sospechaba que mi respuesta sería la misma en ambos casos.

—Me quedo.

Nos tumbamos de nuevo, pero esta vez no hubo distancia. Me acurruqué contra su costado, mi cabeza en su pecho, escuchando cómo los latidos frenéticos de su corazón se iban calmando poco a poco hasta acompasarse con los míos. Él me rodeó con un brazo protector, su mano acariciando mi espalda de forma rítmica, tranquilizadora.

En medio de nuestros traumas compartidos, de sus fantasmas del desierto y mis monstruos del ático, encontramos un silencio pacífico.

Y así, abrazados en la oscuridad, nos quedamos dormidos.

CAPITULO 13

Sam

La luz del amanecer entraba sesgada por la ventana, pero el mundo exterior no existía. Solo existía el calor bajo las sábanas y la mujer que tenía enredada entre mis piernas.

Me desperté duro. Dolorosamente duro.

Bianca seguía dormida, su espalda presionada contra mi pecho, mi brazo atrapándola contra mí como un cepo. La pesadilla de anoche parecía un recuerdo lejano, borrado por la realidad física de su cuerpo suave y cálido contra el mío.

Me moví ligeramente, intentando aliviar la presión, y ella soltó un suspiro, empujando sus caderas hacia atrás instintivamente, buscando el contacto.

Ese pequeño movimiento rompió el último dique de mi resistencia.

Mi mano, que descansaba sobre su estómago, subió lentamente hasta su pecho. Su corazón latía fuerte bajo mi palma. Acaricié la curva de su seno a través de la fina camiseta, y sentí cómo su pezón se endurecía al instante contra mi palma.

Bianca giró la cabeza en la almohada. Sus ojos se abrieron, oscuros y nebulosos por el sueño, pero cuando encontraron los míos, no vi miedo. Vi hambre.

—Sam... —susurró.

No le di tiempo a pensar. No me di tiempo a mí mismo para recordar el divorcio, el contrato o la maldita guerra.

La giré sobre la cama, cubriendo su cuerpo con el mío. La besé, no con suavidad, sino con una urgencia que llevaba días acumulándose en mi sangre. Ella respondió con la misma intensidad, sus brazos rodeando mi cuello, sus dedos enredándose en mi pelo, tirando de mí hacia abajo y frotándose contra mi entrepierna como un gatito feliz.

—Te necesito —gruñó contra mi boca—. Ahora.

Mis manos bajaron, arrancándole la camiseta, luego los pantalones de pijama. Ella hizo lo mismo conmigo, sus manos impacientes sobre mi piel. Cuando quedamos piel contra piel, la sensación fue eléctrica. Pura fricción. Pura necesidad.

Me deslicé entre sus piernas. Ella se abrió para mí, vulnerable y confiada, exponiéndose por completo.

Me detuve un segundo en la entrada, mi respiración entrecortada, luchando por mantener el control, por no embestir como un animal. Quería verla. Quería grabar este momento.

Me acomodé, presionando la cabeza de mi pene contra ella. Estaba húmeda y lista.

Empecé a empujar, despacio.

Y entonces sentí la resistencia, ella era demasiado estrecha. Demasiado para ser normal.

Me congelé. Mi cerebro de soldado, acostumbrado a analizar el terreno, registró el obstáculo físico. La barrera.

Levanté la vista de golpe, buscando sus ojos.

Bianca me miraba, mordiéndose el labio, con una mezcla de dolor y determinación en la cara.

—Sam.… sigue.

—Bianca... —Mi voz salió estrangulada—. Eres... Joder, ¿eres virgen?

Ella asintió, una lágrima escapando por la comisura de su ojo.

La sorpresa me golpeó como un puñetazo. Carlo. El prometido. Los años en la mansión. Asumí... Dios, asumí que la habían roto de

todas las formas posibles. Pero me equivoqué. Carlo la había marcado, la había torturado psicológicamente, pero nunca la había tocado así. Probablemente porque su obsesión era la pureza de la propiedad, o porque quería reservarla para la noche de bodas oficial.

Ella no había estado jamás con un hombre. Y yo estaba a punto de ser el primero.

El peso de la responsabilidad cayó sobre mí. Debería parar. Esto cambiaba las cosas. Si cruzaba esta línea, si le quitaba esto... ya no había vuelta atrás. El divorcio, la libertad... ¿cómo iba a dejarla ir después de esto?

Empecé a retirarme.

—No puedo —raspé—. Bianca, no así. No sabía que...

—¡No pares! —exclamó ella, agarrando mis caderas con sus manos, clavando las uñas en mi piel—. No te atrevas a parar, Sam.

—Bianca, escúchame...

—¡No! —Sus ojos brillaron con esa voluntad de acero que tanto me estaba empezando a fascinar—. He pasado mi vida siendo guardada, reservada, marcada como ganado para un hombre que me daba asco. Nadie me ha tocado nunca con deseo. Solo con posesión.

Levantó las caderas, forzándome a volver a presionar contra ella.

—Quiero que seas tú —susurró, su voz temblando de emoción—. Te elijo a ti, Sam. Quiero que tú seas el primero. Quiero que borres todo lo demás. Hazme tuya. Por favor.

«Te elijo a ti».

Esa frase destruyó mi resistencia. Me eligió. No al Presidente, no al protector. Al hombre.

—Mírame —ordené, mi voz ronca.

Entrelacé mis dedos con los suyos, anclándola a la cama, anclándola a mí.

—Vas a doler —le advertí—. Pero te juro que será la última vez que sientas dolor conmigo.

Empujé.

Ella gritó, un sonido agudo que apagué con un beso, tragándome su dolor mientras rompía la barrera. Entré en ella completamente, enterrándome hasta el fondo, sintiendo cómo su cuerpo me envolvía, apretado, caliente y jodidamente perfecto.

Me quedé quieto, dejando que se acostumbrara a mí, respirando su aire, sintiendo sus pulsaciones martillear contra las mías.

—Sam... —suspiró ella, relajándose poco a poco bajo mi peso.

—Estoy aquí, nena. Te tengo.

Empecé a moverme. Despacio al principio, luego con más fuerza, guiado por sus gemidos.

Fue... joder. Fue indescriptible.

No era solo sexo. No era el desahogo rápido que había conocido con otras mujeres. Esto era visceral. Era una conexión que iba más allá de la piel. Cada empuje era una reivindicación. Estaba reclamando cada centímetro de ella, borrando las sombras de su pasado, llenando los vacíos que la soledad había dejado.

Y ella... ella era fuego. Se movía conmigo, aprendiendo mi ritmo al instante, arqueándose, pidiendo más. No había técnica, solo instinto puro.

—Sam... Sam...

Cuando se corrió, sentí cómo se apretaba a mi alrededor, espasmódica, gritando mi nombre como si fuera una plegaria. La sensación fue tan intensa que perdí la cabeza.

Me dejé ir. Me vertí en ella, gruñendo, vaciándome por completo, dándole todo lo que tenía, todo lo que era.

Caí sobre ella, agotado, sudoroso, con el corazón latiendo desbocado.

Me quedé allí, con la cara enterrada en su cuello, oliendo su piel, sintiendo cómo nuestros cuerpos seguían vibrando en la misma frecuencia.

Había sido el mejor sexo de mi vida.

Y mientras la abrazaba, supe con una certeza aterradora que estaba jodido. Porque ya no sabía cómo iba a ser capaz de dejarla ir.

◆ ◆ ◆

El olor a café y tostadas debería haber sido acogedor. Debería haber sido el comienzo perfecto después del amanecer más increíble de mi vida.

Pero para mí, olía a peligro.

Estaba sentado en la barra de la cocina, con una taza de café negro en la mano, viendo cómo Bianca se movía por el espacio. Llevaba una de mis camisetas, que le quedaba enorme, y el pelo revuelto. Parecía suave. Parecía... *mía*.

Y eso era exactamente el problema.

No solo crucé la línea. La borré, la quemé y oriné sobre las cenizas. Le quité su virginidad. La reclamé de una forma que iba en contra de cada maldita promesa de "solo protección" que le había hecho.

Mi cerebro racional, el que había estado apagado durante las últimas horas, había vuelto a encenderse con una alarma ensordecedora. «La vas a destruir. Si se queda, la destruyes. Si se enamora, la destruyes».

Tenía que arreglarlo. Tenía que volver a levantar el muro, aunque me doliera más que arrancarme un brazo.

Bianca se giró, con un plato de tostadas en la mano y una sonrisa luminosa, de esas que te hacen creer que el mundo no es una mierda.

—Buenos días, marido —dijo, dejando el plato frente a mí y apoyándose en la barra para besarme.

Me aparté. Solo un poco. Lo justo para que el beso aterrizara en mi mejilla en lugar de en mi boca.

Su sonrisa vaciló.

—Buenos días —dije, mi voz sonando más dura de lo que pretendía. Me concentré en el café—. Tenemos que hablar.

Bianca se enderezó, cruzándose de brazos sobre el pecho. La luz en sus ojos se atenuó, reemplazada por la cautela de la estratega.

—Ese tono nunca trae buenas noticias. ¿Qué pasa? ¿Te arrepientes?

—No. —La miré, incapaz de mentir sobre eso—. No me arrepiento. Fue... increíble.

—Pero... —instó ella.

—Pero esto no cambia nada, Bianca. —Dejé la taza sobre el granito con un golpe seco—. El plan sigue siendo el mismo. El objetivo no ha cambiado.

—¿El objetivo?

—Tu seguridad. Y tu libertad. —Me obligué a mantener la mirada fría—. Lo de antes... fue un error de cálculo. Nos dejamos llevar. Pero no quiero que te confundas. Cuando Sandro tome Nueva York, cuando sea seguro... te irás. El divorcio sigue en pie.

Bianca se quedó inmóvil. Vi cómo tragaba saliva, vi el dolor cruzar su rostro antes de que su máscara de serenidad cayera de nuevo en su sitio. Estaba decepcionada. Joder, estaba herida.

—¿Un error de cálculo? —repitió, su voz baja—. ¿Así es como llamas a lo que pasó? ¿A que te entregara lo único que nadie más había tenido?

—Sabes a lo que me refiero. —Me pasé la mano por el pelo, frustrado—. No pertenezco a tu mundo, Bianca. Y tú no perteneces a este. Mira a tu alrededor. Armas, violencia, miedo. No voy a condenarte a esta vida para siempre solo porque el sexo sea bueno. Te mereces algo mejor. Mereces esa carrera de botánica. Mereces vivir en paz.

Bianca soltó una risa amarga.

—Siempre decidiendo por mí, Sam. Siempre sabiendo lo que me conviene.

Dio un paso hacia mí, desafiante.

—¿Y qué pasa si yo decido que no quiero irme? —preguntó—. ¿Qué pasa si decido que esta vida, con sus armas y su caos, es mejor que la jaula de oro de mi padre? ¿Qué harás entonces? ¿Me echarás a patadas?

La pregunta me golpeó en el pecho. «Si ella quisiera quedarse...»

La imagen de un futuro real con ella brilló en mi mente. Despertar así cada día. Hijos corriendo por el taller.

La aplasté al instante.

—Te llevaré yo mismo a la frontera del estado —mentí, con la voz gélida—. Porque no voy a ser el carcelero que te impide volar.

Ella me sostuvo la mirada durante unos segundos eternos. Buscando la verdad. Buscando al hombre que anoche le susurró que la necesitaba.

Finalmente, suspiró. Bajó los hombros, rindiéndose. O eso creí.

—Está bien, Sam. —Cogió una tostada y la partió con dedos precisos—. Si estás tan decidido a ser un mártir noble y a deshacerte de mí, no voy a rogarte.

Se metió un trozo de pan en la boca, masticando despacio, mirándome.

—Pero todavía no soy libre —dijo—. Todavía estoy aquí. Y Sandro puede tardar meses.

—¿Y?

—Y no quiero volver a dormir con una muralla de almohadas. —Su voz cambió, volviéndose suave —. Me gusta lo que tenemos, Sam. Me gusta la intimidad. Me gusta cómo me tocas.

Me tensé.

—Bianca...

—Seamos amigos —propuso, pero sus ojos decían otra cosa—. Amigos que comparten cama. Sin compromisos. Sin promesas de futuro. Solo... esto. Mientras dure.

Me estaba ofreciendo el paraíso sin la responsabilidad. Me estaba ofreciendo tenerme sin atarme.

Era una trampa. Lo sabía. Cuanto más la tocara, más difícil sería dejarla ir. Debería decir que no. Debería volver a la habitación de invitados y cerrar la puerta con llave.

Pero entonces recordé su sabor. Recordé cómo gritó mi nombre. Recordé la paz de dormir abrazado a ella.

Y el hombre ganó al soldado por goleada.

—Sin compromisos —repetí, mi voz ronca.

—Sin compromisos —confirmó ella, extendiendo la mano sobre la barra como si cerráramos un trato de negocios.

Le agarré la mano. Tiré de ella suavemente hasta que quedó entre mis piernas.

—Trato hecho —murmuré, antes de besarla con la desesperación de un hombre que sabe que está firmando su propia sentencia.

◆ ◆ ◆

El asfalto pasaba borroso bajo mis ruedas a ciento veinte kilómetros por hora. El viento me golpeaba el pecho, frío y constante, pero no lograba enfriar la sangre que me hervía bajo la piel.

Hacía el recorrido perimetral habitual. Oeste, norte, bajar hacia el río. Rutina.

Pero mi cabeza no estaba en la carretera. Estaba en la cama que había dejado esta mañana.

Apreté el acelerador, el motor de la Harley rugiendo como una bestia herida.

«Sin compromisos».

Ese era el trato. Un acuerdo de mierda que yo mismo había aceptado porque soy un egoísta. Porque la alternativa: no volver a tocarla, verla caminar por mi casa como un fantasma intocable, era insoportable.

Tomé una curva cerrada, inclinándome casi hasta rozar la rodilla con el suelo. La adrenalina me aclaró la mente por un segundo.

No quería dejarla ir.

Esa era la puta verdad que me gritaba el subconsciente. Después de lo de esta mañana, después de sentir cómo se rompía alrededor de mí, la idea de firmar un papel de divorcio y verla salir por la puerta del complejo para no volver... me daba náuseas.

Era mía. Lo había sentido en cada célula de mi cuerpo cuando la tomé.

Pero luego, mi memoria traicionera me llevó a la noche anterior. A la pesadilla.

Recordé el terror ciego, el olor a humo fantasma, la sensación de estar perdiendo a mis hombres otra vez. Y en medio de ese infierno, ella. Bianca. No huyó de mis gritos. No se asustó de mi debilidad. Me sostuvo. Se convirtió en el ancla que necesitaba desesperadamente.

«No soy una foto, Sam. Soy real».

Ella me daba paz. Me daba algo que la guerra me había arrancado hacía años.

Y precisamente por eso tenía que dejarla ir.

Bajé la velocidad al entrar en una recta larga y vacía. Miré el paisaje industrial, gris y sucio, que rodeaba mi mundo.

Bianca era luz. Era botánica, invernaderos de cristal y libros. Era delicada, aunque tuviera una voluntad de acero. Yo era esto: asfalto, violencia, pesadillas recurrentes y un chaleco que pesaba como una lápida.

Si se quedaba conmigo, mi oscuridad acabaría apagándola. Tarde o temprano, la guerra volvería a llamar a mi puerta. Tarde o temprano, mis demonios la herirían.

Ella merecía una vida. Una vida de verdad. Sin escoltas armados, sin perímetros de seguridad, sin un marido que se despierta gritando.

Suspiré, el sonido perdiéndose en el viento.

El plan no cambiaba. No podía cambiar. Sandro tomaría Nueva York. La amenaza de Carlo desaparecería. Y yo le daría el divorcio.

Le compraría ese billete a la libertad que tanto deseaba y la vería florecer lejos de mí.

Sería mi último acto de protección. El más difícil.

Pero hasta que ese día llegara...

Apreté los puños en el manillar.

Hasta que ese día llegara, iba a ser egoísta. Iba a tomar lo que ella me ofrecía. Iba a vivir el momento. Iba a memorizar cada centímetro de su piel, cada sonido que hacía, cada sonrisa. Iba a llenar mi reserva de recuerdos para tener algo que me mantuviera caliente cuando ella se fuera y el invierno volviera a mi vida para siempre.

Di la vuelta a la moto, poniendo rumbo al taller.

Tenía una mujer esperando. Y el tiempo corría en mi contra.

CAPITULO 14

Bianca

El SUV de Raven devoraba el asfalto de camino al centro. A diferencia de la última vez, la música estaba baja, un zumbido de fondo que permitía hablar.

Sin embargo, Raven no hablaba de música. Seguía obsesionada con el incidente de la camioneta.

—Todavía no me creo que el seguro diga que fue culpa compartida —bufó, tamborileando los dedos sobre el volante con las uñas pintadas de azul eléctrico—. Ese tal Elan es un peligro público. "Princesita". Já. Si me lo vuelvo a cruzar, le voy a enseñar lo que una "princesita" puede hacer con una llave de ruedas.

Sonreí, mirando por la ventanilla.

—Creo que le causaste impresión, Ray. Aunque fuera mala.

—La impresión se la voy a dejar yo en la cara la próxima vez. —Suspiró, dejando ir la rabia con una exhalación fuerte—. En fin. Basta de hablar de cavernícolas al azar. Hablemos del cavernícola con el que vives.

Me tensé ligeramente en el asiento. Raven tenía un radar para el drama emocional que rivalizaba con el de su madre.

—¿Sam? Está bien. Trabajando.

—Ajá. —Me lanzó una mirada rápida pero penetrante—. Tienes mejor cara, B. Menos... angustiada. Y el otro día en el desayuno, cuando dijiste que ibas a ayudar a Erin, tenías el pelo mojado y una marca roja en el cuello que el maquillaje no cubría del todo.

Me llevé la mano al cuello instintivamente, sintiendo el calor subirme a las mejillas.

—Raven...

—¡Lo sabía! —Gritó, dando un pequeño golpe al volante—. ¡Aleluya! ¡Por fin! Pensé que tendría que encerraros en el búnker y tirar la llave hasta que la tensión sexual dejara de asfixiarnos a los demás.

No pude evitar reírme. Su entusiasmo era contagioso.

—Sí. Bueno. Digamos que la barrera de almohadas ha caído. Oficialmente.

—¡Bien! —Raven sonrió—. Sam necesita eso. Necesita conexión. Ha estado cerrado demasiado tiempo. —Su sonrisa se suavizó—. Me alegro, Bianca. De verdad. Hacéis una pareja explosiva.

Miré mis manos entrelazadas en mi regazo, jugando con el anillo de bodas. La euforia de Raven chocaba de frente con la realidad de mi conversación con Sam.

—Es... complicado, Raven.

—¿Por qué? ¿El sexo es malo? Porque si es malo, puedo pasarle a Sam un manual o...

—No, Dios, no. —Me cubrí la cara con las manos, riendo nerviosa —. El sexo es... increíble. Ese no es el problema.

—¿Entonces?

Bajé las manos y miré la carretera gris que se extendía frente a nosotras.

—El problema es que él tiene un plan. Y no se desvía. —Suspiré, sintiendo el peso de la verdad—. Sam sigue decidido a darme el divorcio. Dice que en cuanto Sandro tome el control y sea seguro, esto se acaba. Me quiere mandar fuera, a la universidad, a tener una vida.

Raven frunció el ceño, la alegría desapareciendo de su rostro.

—Es un idiota. Un idiota noble y cabezota. Cree que no te merece. Cree que su vida es demasiado oscura para ti.

—Lo sé. Me lo ha dicho.

Raven condujo en silencio durante un par de manzanas, procesando la información. Finalmente, giró hacia la calle de Wild Bloom y me miró con una seriedad inusual.

—La pregunta importante no es qué quiere Sam, Bianca. Él no sabe lo que quiere hasta que lo pierde. La pregunta es... ¿qué quieres tú?

El coche se detuvo frente a la floristería. El motor quedó al ralentí.

—¿Quieres irte? —insistió Raven—. ¿Quieres esa libertad de la que él habla? ¿Irte lejos, estudiar plantas, olvidar que fuiste una Tucker?

Me quedé mirando el escaparate de la tienda, lleno de colores vibrantes. Pensé en la libertad. Durante años, había sido mi único objetivo. Huir del dolor, huir del control.

Pero ahora... ahora la libertad tenía un sabor diferente.

Pensé en despertar entre los brazos de Sam. En su risa grave y escasa. En cómo me miraba cuando creía que yo no me daba cuenta.

—No lo sé, Raven —confesé en un susurro—. Estoy dividida.

—¿Dividida?

—Una parte de mí quiere esa vida tranquila, sí. Sin armas, sin miedo. —Me giré hacia ella, sintiendo cómo se me humedecían los ojos—. Pero la otra parte... la parte que se despierta a su lado...

Negué con la cabeza.

—De qué me sirve la libertad física si me voy de aquí rota por dentro. No concibo un afán de libertad si mi corazón puede salir mal parado. Si me voy... creo que me dejaré la parte más importante de mí en ese complejo.

Raven me miró con compasión y alargó la mano para apretar la mía.

—Entonces no te rindas, cuñada. Sam es terco como una mula, pero tú has sobrevivido a la *Cosa Nostra*. Puedes sobrevivir a mi hermano. Haz que se dé cuenta de que su oscuridad es exactamente donde tú quieres plantar tus flores.

Asentí, tragándome el nudo en la garganta.

—Lo intentaré.

—Esa es mi chica. —Raven sonrió de nuevo, recuperando su brillo —. Ahora, ve a vender flores. Y prepárate para el fin de semana. Hay salida del club. Y vas a venir.

—¿Ah, sí?

—Sí. Vas a montar en esa moto y vas a agarrar a mi hermano tan fuerte que se le olvide cómo se deletrea la palabra divorcio.

◆ ◆ ◆

El mundo se veía diferente desde la parte trasera de la moto de Sam.

No era el borrón aterrador de las primeras veces. Ahora, conocía el ritmo. Sabía inclinarme cuando él se inclinaba, sabía apretar los muslos cuando aceleraba. Éramos una sola unidad cortando el viento.

Y no íbamos solos.

Delante y detrás de nosotros, la carretera era un río de cromo y cuero negro. Treinta motocicletas rugían al unísono. El sonido vibraba en mis huesos como un latido cardíaco gigante y compartido. Era la manada.

Sam nos guio fuera de la autopista, bajando la velocidad hasta entrar en un camino de tierra que desembocaba en un claro junto al lago.

El paisaje era espectacular. Pinos altos, agua azul acero y un cielo despejado de otoño.

Sam aparcó la moto, y el resto se alineó con una precisión militar. El silencio que siguió al apagado de los motores fue reemplazado

inmediatamente por risas, gritos de saludo y el sonido de cremalleras de cuero bajándose.

Me quité el casco y sacudí el pelo. Sam se bajó y me ofreció la mano para ayudarme, un gesto automático de posesión y cuidado.

—¿Estás bien? —preguntó, quitándome un mechón de pelo de la cara.

—Estoy genial —le sonreí. Y era verdad. El aire libre me sentaba bien.

En cuanto mis pies tocaron la hierba, me vi rodeada de los miembros del club. Hombres y mujeres que me trataban como parte de la familia. Sin dobleces y sin reservas. Era lo más honesto que había experimentado jamás.

—Sam conduce como si llevara nitroglicerina —dije, mirando a mi marido, que se había alejado para hablar con Wolf y Sexton—. Muy suave.

—Es porque te lleva a ti —dijo una de las Old Ladies más veteranas, pasándome el brazo por los hombros—. Ese chico nunca ha conducido suave en su vida hasta que te subiste tú. Te respeta, cielo.

Me sentí abrumada por la calidez. Las mujeres del club no me miraban como a la hija de un mafioso, ni como a una intrusa. Me traían bebidas, me incluían en las conversaciones, me pedían opinión sobre las flores para el próximo aniversario del club.

Era... normal. Era una comunidad.

Un claxon sonó dos veces, rompiendo la charla.

El SUV de Raven apareció por el camino, seguido de la furgoneta del club conducida por un prospecto.

—¡Llegó la caballería! —gritó Raven, saltando del coche—. ¡Y traemos la comida! ¡Si alguien quiere comer, que mueva el culo y ayude a descargar!

Olivia bajó del asiento del copiloto, más tranquila, con su clipboard en la mano, porque Olivia no podía ir a un picnic sin

organizar algo, y empezó a dirigir a los prospectos como una general.

—¡Bebidas a la sombra! ¡Carne a la parrilla! ¡Y no quiero ver ni una sola botella de vidrio rota en el suelo o Wolf os hará limpiarlo con la lengua!

Me reí, y me acerqué a ayudar.

El resto de la tarde fue dorada.

Había música saliendo de los altavoces de la furgoneta. El olor a barbacoa llenaba el aire. Vi a hombres que parecían capaces de matar con las manos desnudas jugando a lanzarse un balón de fútbol americano y haciendo cosquillas a sus hijos.

Me senté en una manta cerca de la orilla del lago, observando el agua.

De repente, una sombra me cubrió.

Sam se sentó detrás de mí. No dijo nada, simplemente abrió las piernas y me atrajo hacia atrás hasta que mi espalda quedó apoyada contra su pecho ancho y firme.

—¿Te aburres? —murmuró cerca de mi oído.

—Para nada. —Me recosté en él, disfrutando de su solidez, de su calor—. Es perfecto.

Sam pasó los brazos alrededor de mi cintura, entrelazando sus manos sobre mi estómago. Apoyó la barbilla en mi hombro.

—Me gusta verte aquí —dijo, su voz vibrando en mi espalda—. Con ellos. Encajas, Bianca. Más de lo que pensaba.

—Me gusta estar aquí. —Giré la cabeza para mirarlo.

Sus ojos oscuros estaban relajados, sin la vigilancia constante del soldado. Me incliné y le besé. Fue un beso suave, dulce, a la vista de todos. Y no me importó. No me importó el contrato, ni el divorcio futuro, ni el Don.

Sam respondió profundizando el beso, una mano subiendo para acariciar mi cuello, su pulgar trazando la línea de mi mandíbula.

—Parecéis unos recién casados asquerosamente felices —gritó Raven al pasar corriendo con una nevera portátil.

Sam rompió el beso, pero no se apartó. Soltó una risa baja y ronca que me hizo estremecer.

—Lo somos, ¿no? —me susurró, mordiéndome suavemente el lóbulo de la oreja.

—Sí —suspiré, cerrando los ojos y dejándome llevar—. Lo somos.

En ese momento, bajo el sol de la tarde, rodeada de mi nueva y extraña familia, la idea de irme, de ser libre lejos de este hombre, me pareció la cosa más absurda y dolorosa del mundo.

◆ ◆ ◆

El silencio del apartamento ya no me resultaba opresivo. Al contrario, cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, dejando fuera el mundo, el rugido de las motos y la vigilancia constante, sentí que entraba en mi verdadero santuario.

Sam echó el cerrojo con su habitual eficiencia, pero sus ojos no estaban en la puerta. Estaban en mí.

Todavía llevábamos el olor del lago, del humo de la barbacoa y del viento en la piel. La adrenalina de la carretera seguía zumbando en mis venas, pero se había transformado en algo más pesado, más líquido.

Me quité la chaqueta, dejándola caer al suelo sin mirarla. Sam me observó, quieto como una estatua, con esa intensidad depredadora que solía asustarme y que ahora me hacía sentir la mujer más poderosa del mundo.

—En el lago... —empecé, acercándome a él—. Cuando me besaste delante de todos. No estabas actuando.

Sam me atrapó por la cintura, atrayéndome contra su cuerpo duro.

—Hace tiempo que dejé de actuar contigo, Bianca.

—Yo tampoco actúo —susurré, subiendo mis manos por su pecho hasta su cuello—. Quiero más, Sam. Quiero... quiero experimentar todo lo que me he perdido. Contigo.

Sus pupilas se dilataron. Entendió el permiso implícito, la entrega absoluta.

Me levantó en brazos, llevándome a la habitación. Pero esta vez no hubo la urgencia frenética de la primera vez. Esta vez, el aire estaba cargado de una emoción densa, casi palpable.

Me depositó en la cama como si fuera de cristal, pero luego se situó sobre mí con la autoridad de quien sabe que tiene el control.

—Vas a sentirlo todo —prometió, su voz ronca rozando mi oído—. Voy a recorrer cada centímetro de ti hasta que no te quede ni un solo rincón donde esconderte.

Y lo cumplió.

Fue lento. Tortuosamente lento. Sam me desnudó sin prisas, besando cada trozo de piel que descubría, adorando mi cuerpo con una reverencia que me hacía querer llorar.

Cuando llegó a mis cicatrices, no se detuvo, ni se apartó. Las besó. Besó las marcas de mi dolor con una ternura feroz, reclamando esa piel, borrando el rastro de Carlo con la calidez de su boca.

—Mías —gruñó contra mi muslo—. Esta piel es mía.

Me deshice.

Sam tomó el control por completo. No me dejó tocarlo. Pero tampoco me inmovilizó las manos, siendo plenamente consciente de mis traumas anteriores. En ese punto solo podía sentir. Todo lo que podía ver, oler y oír era Sam.

Usó su boca y sus dedos con una maestría que me dejó sin aliento. Me llevó al borde una vez, jugando con mi placer, negándome el final hasta que estuve suplicando. Y cuando finalmente me dejó caer, provocándome un orgasmo que me arqueó la espalda, no se detuvo.

Siguió ahí. Manteniéndome en ese estado de hipersensibilidad, haciéndome venir una segunda vez con su lengua antes de siquiera pensar en su propio placer.

Era dominante, sí. Pero era una dominación de servicio. Su única meta era mi placer.

Cuando finalmente entró en mí, fue diferente a todo lo anterior.

Me miró a los ojos.

Entró despacio, llenándome por completo, y se quedó allí, conectando nuestras miradas. No había barreras. No había muros.

—Bianca... —suspiró mi nombre como si fuera lo único que lo mantenía vivo.

Empezó a moverse, un ritmo profundo, lento, emocional. Cada embestida tocaba algo dentro de mí que no era solo físico. Sentí cómo mi corazón se abría, rompiendo la última capa de protección que me quedaba.

Lo abracé con mis piernas, atrayéndolo más profundo, queriendo fundirme con él.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas, pero eran lágrimas de plenitud.

—Te tengo —me aseguró él, besando las lágrimas, su frente apoyada contra la mía—. Estás conmigo.

Llegamos al final juntos, en una explosión silenciosa y devastadora que nos dejó temblando, aferrados el uno al otro como si el mundo se hubiera acabado y solo quedáramos nosotros dos.

Sam se derrumbó a mi lado, rodeándome con sus brazos de inmediato, su respiración agitada calmándose poco a poco.

Me quedé allí, escuchando su corazón, sintiendo el peso reconfortante de su pierna sobre la mía.

Miré el techo de ladrillo visto, las sábanas revueltas, el chaleco de cuero de Sam tirado en el suelo. Pensé en su plan. En el divorcio. En la libertad. En esa supuesta vida que él quería para mí lejos de aquí.

Y la verdad me golpeó con la claridad de un diamante.

No quería irme.

Jamás.

Quería al hombre roto que me besaba las cicatrices. Quería a la familia loca y ruidosa que me había acogido en el lago. Quería el peligro si eso significaba tener esta protección.

Apreté mi cara contra su pecho, inhalando su olor, y tomé mi propia decisión silenciosa. Sam podía tener su plan de divorcio. Pero iba a tener que luchar contra mí para conseguirlo. Porque yo acababa de llegar a casa.

CAPITULO 15

Bianca

El aroma del sofrito de cebolla y ajo inundaba el apartamento. Era mi día libre en Wild Bloom, y por primera vez en semanas, el búnker de Sam no se sentía como una fortaleza, sino como un hogar.

Estaba en la cocina, moviéndome con un ritmo tranquilo, mientras Sam estaba sentado en la barra, revisando unos papeles del taller. Llevaba una camiseta gris desgastada y gafas de lectura. Un detalle que me parecía increíblemente sexy y que él intentaba ocultar al mundo.

—La fiesta mensual es este sábado —comentó, sin levantar la vista—. Es casi obligatoria para los miembros. Y para las Old Ladies.

Dejé de cortar el pimiento rojo.

—¿Fiesta mensual? ¿Tipo barbacoa en el lago?

Sam se quitó las gafas, frotándose el puente de la nariz.

—No exactamente. Es más oficial. Es en la casa club. Música, alcohol, póquer. Es una tradición desde los tiempos de mi padre. —Hizo una mueca casi imperceptible al mencionar a Oliver—. Aunque las cosas han cambiado un poco desde entonces.

Me apoyé en la encimera, intrigada. Sam rara vez hablaba del pasado, y mucho menos de su padre.

—¿Cómo eran en tiempos de Oliver?

Sam soltó un suspiro, girando el taburete para mirarme.

—Caóticas. Sucias. —Su mirada se oscureció—. Oliver Tucker era un personaje. Un mujeriego de manual. Para él, las mujeres eran

accesorios. Usar y tirar. Nunca respetó a ninguna, ni a las madres de mis hermanas, ni a las que pasaban por su cama cada noche.

Me limpié las manos en el trapo, acercándome a él.

—Raven me contó que su madre murió en el parto.

—Sí. —Sam asintió, con la mirada perdida en algún punto del pasado—. Era una chica del club. Una groupie, como Tasha. Se quedó embarazada y Oliver ni siquiera parpadeó. Cuando hubo complicaciones en el parto... ella no lo logró.

—Dios mío.

—Erin estaba allí —continuó Sam, su voz suavizándose al mencionar a su madre adoptiva—. Erin siempre estuvo allí. Ella cogió a Raven en el momento en que nació y no la soltó. Se convirtió en su madre, igual que lo fue para Olivia y para mí.

—Erin es una santa —murmuré.

—Lo es. Aguantó a mi padre más de lo que nadie debería. —Sam apretó los labios—. Lo jodido es que a Oliver le importaban una mierda sus hijas. Olivia y Raven... para él eran invisibles. Solo estorbos. Yo era el único que existía porque era el varón. El heredero. El Príncipe. Me trataba como a un trofeo mientras ignoraba que tenía dos hijas brillantes delante de sus narices.

Sentí una punzada de dolor por el pequeño Sam, cargando con el peso de ser el favorito de un hombre despreciable, y por las niñas que crecieron sin la mirada de su padre.

—Menos mal que os teníais los unos a los otros —dije suavemente, acariciando su brazo.

Sam cubrió mi mano con la suya.

—Tuvimos suerte. Tuvimos a Erin. Y tuvimos a Sexton. —Sonrió levemente—. Mi VP. Él era el mejor amigo de mi padre, pero no era como él. Sexton nos enseñó el camino correcto. Nos enseñó lo que significaba la hermandad de verdad, no esa mierda tóxica que vendía Oliver. Nos enseñó a respetar.

Me miró a los ojos, y vi la sinceridad cruda en ellos.

—Por eso Olivia es como es. —Sam soltó una risa corta—. Sexton la animó a ser fuerte. Ella tuvo que endurecerse para sobrevivir a la indiferencia de Oliver. Se convirtió en la mujer más fuerte y empoderada que conozco. Nadie le tose a Olivia.

—Y Raven... —añadí, pensando en mi cuñada luminosa.

—Raven es la luz —asintió Sam—. Es extrovertida, ruidosa, parece que nada le afecta. Pero no te equivoques, Bianca. Raven es dura. Creció sabiendo que su padre no la quería. Eso te deja cicatrices. Ella las cubre con risas y purpurina, pero si rascas un poco... es acero puro. Como todas las mujeres Tucker.

Me quedé mirándolo, con el corazón lleno. Estaba compartiendo sus fantasmas conmigo. Me estaba dejando entrar en la historia de su familia, en las grietas de su armadura.

—Tú eres un buen hermano, Sam —le dije, apretando su mano—. Y un buen hombre. Mucho mejor que Oliver.

Sam me miró, y por un segundo vi la duda de siempre en sus ojos, el miedo a llevar la misma sangre podrida. Pero luego, se inclinó y me besó la palma de la mano.

—No te acostumbres demasiado a la tranquilidad —dijo Sam, rompiendo el momento tierno y volviendo a su tono práctico mientras cogía un trozo de pimiento crudo de la tabla de cortar—. Este sábado la cosa cambia.

—¿Qué tengo que esperar de la fiesta?

—Es un evento de día completo. Empezamos al mediodía. Es... familiar. Abrimos las puertas para todas las familias de los miembros. Montamos barbacoas gigantes en el patio, traemos castillos hinchables para los niños...

—¿Castillos hinchables? —Me reí, intentando imaginar a tipos como Wolf o Bighorse saltando en un castillo de goma—. Eso tengo que verlo.

—Es para los críos, Bianca —dijo él, aunque una sonrisa curvó sus labios—. Los hijos de los miembros, los sobrinos... Es la parte

"respetable". Comemos, bebemos cerveza, se habla de motos. Eso es parte de la hermandad.

Me gustó cómo sonaba. Me recordaba al picnic en el lago. Esa sensación de pertenencia que tanto anhelaba.

—Suena bien.

—Disfrútalo mientras dure —advirtió Sam, su expresión volviéndose más seria—. Porque cuando se pone el sol, las familias se van. Los niños se van a casa. Y entonces empieza la verdadera fiesta del club.

Dejó de apoyarse en la encimera y se cruzó de brazos, su postura volviéndose más defensiva.

—La noche es para los miembros parcheados y sus mujeres. El alcohol cambia. La música cambia. Y las puertas se abren para los invitados.

—¿Invitados especiales? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

—Amigos del club. Gente del barrio. Y... las chicas.

Sentí un frío repentino en el estómago.

—Las groupies —dije, la palabra sabiendo a vinagre en mi boca.

—Sí. —Sam no rehuyó mi mirada—. Las groupies, las chicas de los clubes de striptease que vienen a pasar el rato. El ambiente se vuelve salvaje. Es una válvula de escape para los chicos. Hay mucho alcohol y mucho sexo fácil en las habitaciones traseras o en los baños.

La imagen de Tasha se me vino a la cabeza al instante. Su risa, su descaro, su insinuación de que Sam comía fuera.

Sam debió notar mi rigidez, porque se acercó y me agarró por la cintura, atrayéndome hacia él hasta que mis caderas chocaron con sus piernas abiertas.

—Oye. —Me levantó la barbilla con un dedo—. Eso es para los solteros. Para los que buscan descargar. Tú y yo... nosotros somos los reyes de la fiesta, pero no participamos en el circo.

—Va a estar allí, ¿verdad? —pregunté en voz baja—. Tasha.

—Probablemente. Ella y otras como ella. Son parte del ecosistema del club, Bianca. No puedo prohibirles la entrada solo porque sean unas víboras.

—Lo sé.

—Pero tú eres mi Old Lady —insistió, sus ojos oscuros prometiendo lealtad—. Tú vas a estar a mi lado. Todo el tiempo. Sentada en mi regazo, con mi brazo sobre tus hombros. Que miren todo lo que quieran. Que vean que la puerta está cerrada.

Asentí, sintiendo un poco de alivio, pero la inseguridad seguía ahí, latente. Iba a estar rodeada de mujeres que conocían este mundo mejor que yo, mujeres que sabían lo que estos hombres querían en la oscuridad, mujeres que vestían cuero y encaje como si fuera una segunda piel.

Yo era una florista que vestía jerséis de punto y soñaba con invernaderos.

Miré a Sam. Miré al hombre que me hacía el amor con una intensidad que me quemaba el alma. Si iba a ser su reina en esa fiesta, si iba a sentarme en su trono delante de todas esas mujeres, no podía parecer una niña asustada.

Tenía que parecer que pertenecía allí.

—Este sábado, entonces —dije, separándome de él para volver a la cocina, con una nueva determinación bullendo en mi mente—. Necesito estar preparada.

—¿Preparada? —Sam arqueó una ceja—. Solo tienes que estar allí, Bianca.

—No, Sam. Tengo que ser parte de ello. —Corté una cebolla con un golpe seco—. Si vamos a entrar en la boca del lobo, necesito la armadura adecuada.

Me giré hacia él con una sonrisa inocente.

—Creo que voy a necesitar la ayuda de Raven.

◆ ◆ ◆

—Código Rojo. Repito: Código Rojo. Necesito una extracción inmediata.

Al otro lado del teléfono, Raven soltó una carcajada que casi me rompe el tímpano.

—¿Sam ha intentado cocinar otra vez?

—Peor —dije, mirando mi armario abierto con desesperación. Solo veía vestidos de flores, rebecas de punto y vaqueros cómodos —. Sam me ha dicho que la fiesta del sábado se vuelve salvaje por la noche. Que habrá groupies. Y he mirado mi ropa y... Raven, parezco una profesora de preescolar que se ha perdido de camino a la biblioteca.

—Oh, no. —La voz de Raven se volvió mortalmente seria—. Eso es inaceptable. No puedes ir a una fiesta de Legend vestida de Wild Bloom. Te comerían viva.

—Exacto. Necesito una armadura.

—Paso a recogerte en quince minutos. Trae la tarjeta de crédito de Sam. Vamos a fundirla.

Cuarenta minutos después, estábamos en el centro, pero no en las boutiques elegantes donde solía acompañar a mi madre en Nueva York. Raven me llevó a una tienda llamada *Midnight*. El escaparate tenía maniquíes con cadenas, cuero y encaje negro.

—Bienvenida a tu nueva piel —anunció Raven, empujando la puerta.

El interior olía a cuero caro y vainilla. La música rock sonaba de fondo.

—Busco algo específico —le dije a Raven mientras pasábamos los dedos por las perchas—. No quiero parecer una de ellas. No quiero parecer barata.

—No lo harás —aseguró Raven, sacando una chaqueta de cuero corta—. Las groupies enseñan carne porque es lo único que tienen para ofrecer. Tú eres la reina, Bianca. La reina no necesita enseñar todo el pastel para que sepan que es dueña de la pastelería. La reina enseña poder.

Me gustó eso. Poder.

Raven se convirtió en mi estilista personal. Descartó el noventa por ciento de la tienda con una rapidez brutal.

—Demasiado brillante. Demasiado corto. Demasiado "mírame, estoy desesperada". —Tiró un vestido de lentejuelas rojas—. No.

Finalmente, me empujó hacia el probador con tres opciones.

—Pruébate esto. Y no salgas hasta que te subas la cremallera.

Entré en el cubículo y me enfrenté a la ropa.

La primera opción eran unos pantalones. No vaqueros. Eran de cuero sintético, negro mate, de cintura alta. Me los puse. Se ajustaban como una segunda piel, moldeando mis piernas y mi trasero de una forma que me hizo sonrojar al verme en el espejo. Pero lo mejor era que cubrían mis cicatrices por completo. Me sentía blindada.

Luego, la parte de arriba. Un top estilo corsé de encaje negro, con forro color *nude* debajo para que no se transparentara nada, pero que daba la ilusión de desnudez. Tenía tirantes finos y un escote corazón que realzaba el pecho sin ser vulgar.

Me puse los tacones de aguja negros que Raven me había pasado.

Me miré en el espejo.

La mujer que me devolvía la mirada no era la florista dulce. Tenía el pelo suelto, salvaje. La ropa oscura hacía que mi piel pareciera de porcelana y mis ojos más grandes y oscuros. Parecía peligrosa. Parecía la mujer de un hombre que mata por ella.

Abrí la cortina.

Raven estaba sentada en un puf, mirando el móvil. Levantó la vista y se quedó boquiabierta. Dejó caer el teléfono.

—¡Joder, Bianca!

Se levantó y me rodeó, asintiendo con aprobación crítica.

—Eso es. Eso es exactamente lo que buscábamos.

—¿No es demasiado...? —Me miré las piernas enfundadas en cuero—. ¿Agresivo?

—Es perfecto —sentenció Raven—. Tasha va a tener un infarto cuando te vea. Es elegante, es sexy y grita "Sam es mío" en todos los idiomas conocidos. —Me pasó una cazadora de cuero tipo motociclista para completar el conjunto—. Póntela sobre los hombros. Le da el toque final.

Me puse la chaqueta. El peso del cuero me resultó reconfortante. Era como llevar el abrazo de Sam.

—Me lo llevo —dije, sintiendo una oleada de confianza—. Y tienes razón. Que pague Sam.

Raven sonrió, una sonrisa depredadora que me recordó muchísimo a su hermano.

—Esa es la actitud. Vamos a la caja. Tienes una fiesta que conquistar.

CAPITULO 16

Sam

—El perímetro norte está limpio —informó Iron, golpeando el mapa desplegado sobre la mesa de roble de La Capilla—. Hemos sacado a dos camellos que intentaban establecerse cerca del parque. Les dimos un aviso amable. No creo que vuelvan.

—Bien —asentí, cruzándome de brazos—. Mantened la presión. No quiero esa mierda en nuestras calles. Si vuelven, el aviso deja de ser amable.

La reunión de seguridad era rutinaria, pero necesaria. Legend MC era un negocio legítimo de cara a Hacienda —motos personalizadas, bares, talleres—, pero en la calle, éramos la ley. Manteníamos nuestro territorio limpio de drogas y prostitución, algo que la policía agradecía mirando hacia otro lado cuando ajustábamos cuentas. Siempre y cuando no fuera demasiado ruidoso y no llamáramos la atención.

—¿Y la seguridad para hoy? —preguntó Sexton, cerrando su cuaderno.

—Wolf tiene los turnos asignados —respondí—. Quiero ojos en todas las entradas. Hoy hay familias, niños. Nadie entra sin invitación. Cero incidentes. Tenemos la amenaza de los italianos sobre nosotros. Avisad a los prospectos, no quiero errores.

—Entendido, Presi.

—Rompan filas. A trabajar.

Salimos de La Capilla al sol del mediodía.

El complejo se había transformado. El patio de hormigón, normalmente lleno de motos y manchas de aceite, estaba

irreconocible. Había mesas largas plegables cubiertas con manteles de papel, un castillo hinchable gigante con forma de dragón en una esquina, donde ya rebotaban media docena de críos gritando, y el olor inconfundible del carbón encendiéndose.

El ambiente era festivo. Familiar.

Me quité el chaleco de cuero, quedándome en camiseta negra, y me dirigí a la zona de las parrillas. Bighorse estaba allí, descargando cajas de carne con la delicadeza de una grúa industrial.

—Necesito ayuda con los barriles —me gritó Wolf desde el bar exterior.

—Voy.

Me pasé la siguiente hora cargando barriles de cerveza, ajustando carpas y asegurándome de que el fuego de las barbacoas estuviera en su punto. Me gustaba esto. El trabajo físico, las risas de mis hermanos, ver a las Old Ladies salir de la cocina con bandejas gigantes de ensalada de patata.

Me limpié el sudor de la frente con el antebrazo, tomando un trago de mi cerveza mientras vigilaba la entrada. Las familias empezaban a llegar. Hermanos que vivían fuera del complejo traían a sus esposas e hijos. Había abrazos, palmadas en la espalda y ese ruido constante de comunidad que me hacía sentir que todo el esfuerzo valía la pena.

Entonces, el SUV negro de Raven cruzó la verja.

Aparcó cerca de la entrada principal. Dejé la botella sobre la mesa, secándome las manos en los vaqueros, esperando ver a mi hermana y a mi mujer bajar con ropa cómoda de picnic.

La puerta del conductor se abrió y Raven bajó, radiante con un vestido y gafas de sol.

Luego se abrió la puerta del copiloto.

Y el aire se me quedó atascado en la garganta.

Joder.

Bianca bajó del coche.

No llevaba un vestido de flores y no llevaba vaqueros.

Llevaba unos pantalones de piel negra tan ajustados que parecían pintados sobre su cuerpo, marcando cada curva de sus piernas y ese culo que me tenía babeando como un puto adolescente. Y arriba... arriba llevaba un top negro, estilo corsé, que empujaba sus pechos hacia arriba de una forma que debería ser ilegal.

Caminó hacia el patio con la cabeza alta, el sol reflejándose en su pelo oscuro y suelto. Cuando se giró para cerrar la puerta, vi que la espalda del top era transparente. Puro encaje y piel pálida.

Mi polla reaccionó con una violencia instantánea, endureciéndose dolorosamente contra la tela de mis vaqueros.

—Madre de Dios —murmuró Bighorse a mi lado, con un tono de reverencia pura.

No fue el único.

Vi cómo las cabezas de mis hermanos se giraban. Vi cómo las conversaciones se detenían. Vi las miradas de los solteros, y de algunos que no lo eran, recorriendo el cuerpo de mi mujer con un hambre que me hizo ver rojo.

El instinto cavernícola rugió en mi cabeza. Quería correr hacia ella, echarle una manta encima y llevarla de vuelta al búnker. Quería gritarles a mis hombres que se sacaran los ojos si querían seguir viviendo.

Apreté los puños, clavando las uñas en las palmas hasta hacerme daño.

«No seas un neandertal, Sam. No seas Oliver».

Ella podía vestir lo que le diera la puta gana. Era libre. Era hermosa. Y se había vestido así para mí.

Me obligué a respirar hondo, controlando la bestia. No iba a montar una escena. No iba a avergonzarla.

Pero eso no significaba que no pudiera marcar territorio.

Caminé hacia ella. No corrí. Caminé con paso firme, directo, cruzando el patio como si fuera el dueño del puto mundo. Porque,

viendo a la mujer que me esperaba con una sonrisa desafiante y los ojos brillantes, en ese momento, lo era.

◆ ◆ ◆

Bianca

Caminar hacia el patio del club con Raven a mi lado se sintió como desfilar por una pasarela pero con más cuero y menos champán. Sentía el roce del cuero de mis pantalones contra mi piel con cada paso, y el aire fresco de la tarde acariciando mi espalda desnuda a través del encaje.

No me sentía expuesta. Me sentía letal.

Raven me dio un ligero empujón con el codo mientras avanzábamos entre las mesas de picnic y las familias.

—Mira eso —susurró—. Las cabezas giran tan rápido que van a necesitar collarines mañana.

Tenía razón. Sentía las miradas. Algunas de envidia, otras de curiosidad, y muchas, muchísimas, de puro deseo masculino. Pero por primera vez, no me encogí. Mantuve la cabeza alta, mis tacones clavándose en el hormigón con autoridad.

Sam venía hacia mí. Lo vi cruzar el patio con ese andar depredador suyo, marcando una línea recta hacia nosotras. Su mirada era fuego líquido. No dijo nada cuando llegó a mi altura, pero la forma en que me escaneó de arriba abajo, deteniéndose en el escote y luego en mis ojos, lo dijo todo. Me puso una mano en la espalda baja, su palma caliente quemándome a través del encaje, y me guio hacia el interior de la casa club como si estuviera presentando a la realeza.

Al entrar en el bar, el cambio de luz nos envolvió. La música estaba más alta aquí.

Lo primero que vi fue a Olivia. Estaba cerca de la barra, hablando con Sexton. Cuando me vio entrar, detuvo su conversación. Sus ojos ámbar recorrieron mi atuendo, desde los pantalones de cuero hasta la chaqueta sobre mis hombros.

Esperaba una crítica. Esperaba un comentario sarcástico sobre si iba a coger frío.

En lugar de eso, Olivia sonrió. Una sonrisa lenta, ladeada y de genuina aprobación. Levantó su botella de cerveza hacia mí en un brindis silencioso. «Bien jugado», parecía decir.

Le devolví la sonrisa, sintiendo una oleada de orgullo. Me sentía sexy. Me sentía poderosa. Me sentía como una auténtica motera, no como la florista asustada que llegó aquí hace semanas.

Miré a mi alrededor, observando a la multitud. Ahora que la noche se acercaba, el ambiente estaba cambiando. Había más cuero, más actitud.

Y me fijé en algo.

Varias mujeres, las que claramente eran parejas de los miembros, no las chicas que rondaban la barra, llevaban chalecos. No eran exactamente como los de los hombres, pero eran cortes de cuero negro. En la espalda, llevaban parches.

Leí uno de una mujer rubia que estaba abrazada a Iron: Propiedad de Cutter. Leí otro de una mujer mayor junto a uno de los veteranos: Propiedad de Sonny.

Me giré hacia Raven, que estaba saludando a un grupo de amigos.

—Raven —le toqué el brazo, señalando discretamente una de las mujeres—. Esos chalecos... ¿por qué los llevan?

Raven siguió mi mirada y asintió.

—Ah, eso. Son los cortes de las Old Ladies.

—¿Cortes?

—Sí. Es la forma que tienen los miembros de marcar a sus mujeres —me explicó, acercándose a mi oído para hacerse oír sobre la música—. Es una declaración pública. Cuando una mujer lleva el

chaleco con el nombre de su hombre, le está diciendo a todo el mundo: "Soy suya. No soy una groupie. No estoy disponible. Si me tocas, te las verás con él".

—Propiedad de... —murmuré, leyendo las letras bordadas en blanco sobre el cuero negro.

En otro momento de mi vida, la idea de ser propiedad de alguien me habría hecho vomitar. Me habría recordado a Carlo, al ganado, a la sumisión forzada.

Pero aquí... aquí el contexto era diferente. Veía cómo Cutter miraba a su mujer. No era posesión de objeto; era protección feroz. Era orgullo. Era pertenencia mutua.

Mi mirada buscó instintivamente a Sam.

Estaba al otro lado de la sala, hablando con Wolf, pero sus ojos no estaban en la conversación. Estaban clavados en mí.

Nuestras miradas chocaron y el ruido de la fiesta desapareció.

Se había quedado enganchado, observándome. Y lo que vi en sus ojos oscuros me robó el aliento. Había deseo, sí, un deseo crudo y hambriento que me hacía temblar las rodillas. Pero había algo más.

Había orgullo.

Me miraba como si yo fuera el premio más valioso que había ganado en su vida. Como si quisiera que cada hombre en esta sala supiera exactamente quién era yo y con quién estaba.

Sentí un tirón en el pecho, un anhelo repentino y agudo.

Me toqué inconscientemente la chaqueta de cuero genérica que Raven me había comprado. Era bonita. Me quedaba bien.

Pero mientras sostenía la mirada de Sam, sintiendo esa conexión eléctrica que nos unía a través de la sala llena de gente, me di cuenta de que ya no me bastaba con fingir.

Deseé, con una fuerza que me asustó, que algún día él me diera uno de esos chalecos. Que pusiera su nombre en mi espalda. Que el mundo entero supiera que yo no era solo una esposa por contrato, sino que era suya.

Propiedad de Sam Tucker.

La idea, lejos de asustarme, me hizo sentir más segura y libre que nunca.

◆ ◆ ◆

La música en el pasillo trasero retumbaba contra las paredes, amortiguada pero constante, como un corazón taquicárdico. Me había escapado un momento al baño para retocarme el pintalabios y, de paso, respirar un poco de aire fresco lejos de la intensidad de la mirada de Sam, que llevaba toda la noche marcándome como si fuera un radar humano.

Salí del baño, alisando mi top de encaje.

Y choqué de frente con una pared de perfume barato y piel desnuda.

Tasha.

Llevaba un vestido de malla plateada que no dejaba absolutamente nada a la imaginación. Se le veía el tanga, se veían los pezones, se veía la desesperación.

Se tambaleó un poco, con una copa en la mano, y me miró con esos ojos delineados en negro que destilaban veneno puro.

—Vaya —dijo, arrastrando las palabras—. Mira a quién tenemos aquí. La reina bajando a mezclarse con la plebe. ¿Te has perdido de camino al trono, cariño?

Intenté rodearla.

—Permiso, Tasha.

Ella se movió, bloqueándome el paso. Me empujó ligeramente con el hombro.

—Bonito disfraz —dijo, señalando mi ropa con desdén—. Cuero y encaje. Muy original. ¿Crees que por vestirte de motera Sam va a olvidar que eres una niña pija aburrida?

—¿Crees que por desnudarte Sam va a olvidar que eres una molestia? —repliqué con calma—. Apártate.

La cara de Tasha se contorsionó. Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal, su aliento oliendo a vodka barato.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —siseó—. Crees que lo tienes atado con ese anillo. Pero Sam es un hombre de instintos. Y tiene necesidades que tú no puedes cubrir. —Sonrió, maliciosa—. De hecho, acabo de verle. En el almacén. Estaba muy... tenso. Tuve que ayudarle a relajarse. Como en los viejos tiempos.

Sabía que mentía. Sabía que Sam no se había separado de mí en toda la noche hasta que yo fui al baño. Sabía, porque lo había sentido en mi propia piel, que su deseo era solo mío.

Pero algo se rompió dentro de mí.

No fueron celos esta vez. Fue hastío. Estaba harta. Harta de las insinuaciones, harta de que intentara manchar lo que Sam y yo teníamos, harta de ser la chica educada que aguanta insultos.

La rebelde en mi interior dejó paso a la hija del Don. La mujer criada en el seno de la mafia.

Cuando Tasha levantó la mano, quizás para tocarme el pelo o empujarme de nuevo, reaccioné. Mi mano izquierda salió disparada y se cerró en su pelo oxigenado, cerca de la raíz, tirando de su cabeza hacia atrás con un golpe seco que la hizo jadear de dolor. Al mismo tiempo, mi mano derecha agarró su muñeca levantada.

Giré mi mano rápidamente y apliqué la llave de muñeca que Raven me había enseñado, forzando la articulación hasta el límite del dolor sin romperla. Tasha soltó la copa, que se hizo añicos en el suelo, y sus rodillas se doblaron.

La empujé contra la pared del pasillo, manteniendo el agarre en su pelo y su brazo, inmovilizándola con mi cuerpo.

—¡Aaaah! ¡Suéltame! ¡Estás loca!

Acerqué mi cara a la suya. Mi voz no tembló. No grité. Bajé el tono a ese susurro frío y monocorde que había escuchado usar a Sandro mil veces antes de que alguien desapareciera.

—Escúchame bien, *puttana* —dije, dejando que el italiano fluyera, oscuro y amenazante—. He crecido en una casa donde la gente que

molestaba a la familia no era expulsada. Era enterrada.

Tasha abrió los ojos desmesuradamente, el terror reemplazando a la arrogancia.

—Me has cansado —continué, apretando más su muñeca—. He intentado ser civilizada. Pero tú confundes educación con debilidad. Si vuelves a acercarte a mi marido, si vuelves a pronunciar su nombre, o si vuelves a respirar el mismo aire que yo... no te voy a echar del club. Te voy a arrancar esas extensiones baratas una a una y te haré tragártelas. ¿Me has entendido?

—¡Me haces daño! ¡Bones! ¡Sam! —chilló Tasha, histérica.

En ese momento, escuché botas pesadas corriendo por el pasillo.

—¿Qué coño pasa aquí?

Sam apareció por la esquina, con su chaleco de presidente y la mirada alerta. Detrás de él venía otro miembro del club, joven, atractivo, con el mismo pelo rubio que Tasha, pero con una expresión de cansancio infinito. Bones.

Solté a Tasha de golpe. Ella cayó al suelo, frotándose la muñeca, sollozando dramáticamente.

—¡Me ha atacado! —gritó Tasha, señalándome con el dedo tembloroso—. ¡Esa loca! ¡Me ha atacado sin motivo! ¡Mira mi muñeca, Sam! ¡Casi me la rompe!

Me alisé la chaqueta de cuero con calma, sin mostrar ni una pizca de remordimiento. Me giré hacia Sam y Bones.

Sam me miró. Escaneó mi cara, mis manos, buscando heridas. Luego miró a Tasha en el suelo. Y vi una sombra de orgullo cruzar sus ojos oscuros.

—Bones —dijo Sam, su voz tranquila pero autoritaria.

El hermano de Tasha suspiró, pasándose una mano por la cara. No miró a su hermana con preocupación, sino con vergüenza.

—Lo siento, Presi —dijo Bones—. Le dije que no bebiera más. Le dije que te dejara en paz.

—¡Bones! —chilló Tasha, indignada—. ¡Soy tu hermana! ¡Ella me ha agredido!

—Ella te ha puesto en tu puto sitio, Tasha —escupió Bones, harto —. Llevas años persiguiendo a Sam como una desesperada. Ya basta. Tienes suerte de que Bianca solo te haya torcido la mano. Si fuera otra Old Lady, te habría pegado un tiro en el culo.

Sam dio un paso adelante, interponiéndose entre Tasha y yo, dándole la espalda a ella. Me miró a los ojos.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja.

—Perfectamente —respondí, serena.

Sam asintió y se giró hacia Tasha, que seguía en el suelo, mirándonos con incredulidad.

—Se acabó, Tasha —sentenció Sam. Su tono no admitía réplica—. Has cruzado la línea. Has insultado a mi mujer y has intentado provocar una pelea en mi propia casa.

—Pero Sam...

—No eres bienvenida aquí. Ni en las fiestas, ni en el bar. —Sam miró a Bones—. Sácala de aquí. Y asegúrate de que no vuelva a entrar.

Bones asintió, agarrando a su hermana por el brazo sano y levantándola sin mucha delicadeza.

—Vamos.

—¡Esto es injusto! ¡Sam, te quiero! ¡Ella no te conoce!

Bones la arrastró por el pasillo mientras ella seguía gritando, sus protestas perdiéndose entre la música del club.

El silencio volvió al pasillo.

Me quedé a solas con Sam. Él me miró, una media sonrisa tirando de la comisura de sus labios.

—¿Una llave de muñeca? —preguntó, divertido.

—Raven es una buena maestra. —Me encogí de hombros—. Y Sandro me enseñó el discurso.

Sam soltó una carcajada ronca, negando con la cabeza. Se acercó, me agarró por la cintura y me pegó a él, besándome con fuerza.

—Joder, Bianca. Eres peligrosa—dijo él, antes de besarme con hambre, allí mismo, sobre los cristales rotos de la copa de Tasha.

◆ ◆ ◆

Sam no me soltó después del beso en el pasillo. Su mano seguía aferrada a mi cintura con un agarre de hierro, y sus ojos eran dos pozos negros de pura necesidad primitiva.

—Al despacho —gruñó contra mi boca.

No fue una pregunta. Me arrastró literalmente por el pasillo, alejándonos de la música y de la gente, hacia su territorio. Yo iba trastabillando sobre mis tacones, con la sangre hirviendo y la adrenalina de la pelea con Tasha transformándose en una excitación voraz.

Abrió la puerta de su despacho de una patada, entramos tropezando y me empujó contra la madera maciza de la puerta cerrada. El sonido del cerrojo al girar resonó como un disparo.

Estábamos encerrados.

Sam se abalanzó sobre mí antes de que pudiera recuperar el aliento. Sus manos grandes y ásperas estaban por todas partes: en mi pelo, en mi cuello, bajando por el corsé de encaje.

—Joder, Bianca... —jadeó, besándome con violencia, mordiéndome el labio inferior hasta hacerlo palpitar—. Verte ahí fuera... defendiéndote...

Me levantó en vilo, mis piernas rodeando su cintura instintivamente, y caminó hacia el escritorio. De un barrido brutal, tiró al suelo todo lo que había encima —papeles, bolígrafos, la lámpara— y me sentó sobre la superficie de madera fría.

—Quítate los pantalones —ordenó, su voz ronca, mientras él se peleaba con la hebilla de su cinturón—. Quiero estar dentro de ti. Ahora.

Mis manos temblaron al bajar la cremallera de los pantalones de cuero. Me los quité a patadas, quedándome solo con el top de encaje y las medias. Sam ni siquiera se quitó los vaqueros del todo; simplemente los bajó lo suficiente para liberarse.

No hubo preliminares. Me penetró de una sola estocada, profunda y dura, haciéndome gritar.

—¡Sam!

—Grita —me exigió al oído, embistiendo con fuerza—. Que grites. Quiero que te oigan. Quiero que todos esos cabrones ahí fuera sepan exactamente quién te está follando. Quiero que sepan de quién eres.

La vergüenza debería haberme paralizado. Pero no lo hizo. La posesividad en su voz, la forma en que me reclamaba como si fuera su territorio, encendió algo oscuro y delicioso en mi vientre.

Grité. Gemí su nombre sin importarme quién pasara por el pasillo.

Sam me folló con una intensidad salvaje, sin miramientos. Me inclinó sobre el escritorio, tomándome desde atrás, su mano agarrando mi nuca, obligándome a mirar el reflejo borroso de nuestros cuerpos en la ventana oscurecida.

—Eres mía, Bianca —gruñía con cada empuje—. Mía. Mía.

Vinieron los orgasmos, uno tras otro, violentos y saciantes, dejándome sin aliento, pero él no paraba. Me giró de nuevo, levantando mis piernas sobre sus hombros, exponiéndome completamente a su vista.

Vi la lucha en su cara. Vi el momento en que la lógica del divorcio y la protección perdió la batalla contra el instinto biológico más básico.

—No voy a parar —advirtió, sus ojos inyectados en sangre clavados en los míos—. No voy a sacarla.

—No la saques —supliqué, perdida en la bruma del placer—. Dámelo todo, Sam.

Él rugió, un sonido gutural que vibró en mi pecho, y se corrió. Sentí las pulsaciones, el calor líquido inundándome muy profundo,

sin barreras.

Se vació dentro de mí, marcándome de la forma más primitiva posible.

Sam se dejó caer, respirando con dificultad, su frente apoyada en mi hombro. Nos quedamos así unos minutos, sudorosos, medio desnudos, con el sonido de la fiesta amortiguado tras la puerta.

Cuando finalmente se separó, me sentí extrañamente vacía.

Sam me miró. Su mirada bajó a mi intimidad, hinchada y húmeda por su semen.

Vi cómo sus pupilas se dilataban de nuevo. No era solo deseo; era obsesión.

Lentamente, deslizó su mano hacia abajo. Con un dedo, recogió parte del fluido que empezaba a escapar de mi cuerpo. Me quedé paralizada, mirándole, preguntándome qué hacía.

Entonces, sin romper el contacto visual, volvió a introducir su dedo en mí, empujando su esencia de nuevo hacia mi interior, profundo, asegurándose de que se quedara ahí.

—Quédatelo —susurró, su voz oscura y posesiva—. Todo.

Fue un gesto sucio. Posesivo. Neandertal. Y fue lo más excitante que me habían hecho en toda mi vida.

Sentí una contracción involuntaria en mi vientre, una réplica de placer ante esa marca final. Él sonrió, una sonrisa de satisfacción masculina pura, y me besó suavemente en los labios.

—Vístete, mujer —dijo, dándome una palmada en el muslo—. Tenemos una fiesta a la que volver.

Nos arreglamos la ropa en silencio, pero el aire entre nosotros había cambiado. Al salir del despacho y volver al ruido del club, Sam me rodeó los hombros con el brazo, pesado y firme.

Caminamos entre la gente con la cabeza alta. No dijimos nada, pero no hacía falta. Cualquiera que nos mirara, con el rubor en mis mejillas y la arrogancia en el paso de Sam, sabía exactamente lo que acababa de pasar tras esa puerta cerrada. Y por primera vez, a ninguno de los dos nos importó negarlo.

CAPITULO 17

Sam

Calor.

Un calor seco, asfixiante, que olía a azufre y a carne quemada.

Estaba de vuelta en el desierto.

El sonido era ensordecedor. Ráfagas de ametralladora repiqueteando contra el metal, gritos de hombres muriendo, el rugido de los motores forzados al límite. Miré a mi derecha. El Humvee que había encabezado la marcha era una bola de fuego. Veía los cuerpos de mis chicos, de mi unidad, esparcidos por la arena como muñecos rotos.

—¡Emboscada! —grité, aunque mi voz no tenía sonido—. ¡Al suelo! ¡Cubrid el flanco!

Nadie respondía. Estaba solo en medio del infierno.

Entonces, una granada impactó a diez metros, levantando una cortina de polvo rojo. Cuando la tierra se asentó, la vi.

En medio del fuego cruzado. De pie. Sin chaleco, sin casco y sin arma.

Una chica.

Llevaba un vestido blanco manchado de hollín. Se giró despacio, ignorando las balas que zumbaban a su alrededor como avispas furiosas.

Bianca.

Pero no era mi mujer. Era una versión más joven. Tenía diecinueve años, la mirada inocente que tenía en la foto, antes de que Carlo la rompiera, antes de que yo la manchara.

Me miró a los ojos, sonriendo con tristeza.

—Sam —susurró, aunque estaba a cincuenta metros.

Un francotirador brilló en la cresta de la montaña. El punto rojo buscó su pecho.

—¡NO!

El terror me heló la sangre, más frío que cualquier miedo que hubiera sentido por mi propia vida.

Me lancé. Mis piernas bombearon con una fuerza desesperada, ignorando el peso del equipo, ignorando el fuego. Tenía que llegar a ella. Tenía que ser su escudo.

Salté en el aire justo cuando sonaba el disparo.

—¡ABAJO!

El impacto contra el suelo me sacó el aire de los pulmones.

—¡Sam! ¡Sam, para! ¡Me haces daño!

La voz rompió la ilusión del desierto.

Abrí los ojos de golpe, jadeando, con el corazón golpeando mis costillas como un martillo neumático.

No había arena ni fuego. Había oscuridad y el olor a sábanas limpias y a lavanda.

Estaba en mi cama. En Chicago.

Pero mi cuerpo no lo sabía. Estaba encima de Bianca, aplastándola contra el colchón con todo mi peso. Tenía un brazo cubriendo su cabeza, protegiéndola de una explosión imaginaria, y el otro anclando su cuerpo al mío para que no se moviera.

Ella estaba debajo de mí, con los ojos muy abiertos, asustada por mi violencia repentina.

—¡Sam! —jadeó, intentando moverse bajo mi peso—. ¡Estás soñando!

Me aparté de golpe, rodando hacia el otro lado de la cama como si me hubiera quemado. Me senté en el borde, con la cabeza entre

las manos, temblando violentamente. El sudor me caía por la frente, por la espalda.

—Joder... joder... —murmuré, intentando que mis pulmones funcionaran.

La culpa me golpeó más fuerte que la pesadilla. La había atacado. En mi intento de salvarla, la había aplastado.

Sentí el colchón hundirse a mi lado. Una mano suave, vacilante, se posó en mi espalda desnuda y empapada.

—Sam... —Su voz ya no tenía miedo, solo una preocupación profunda—. ¿Estás bien?

No respondí. No podía hablar. Si abría la boca, vomitaría el horror que acababa de ver.

—Has... has saltado sobre mí —susurró ella, acariciando mi columna—. Como si quisieras protegerme de algo. ¿Qué has soñado?

Negué con la cabeza, apretando los dientes.

—No.

—Cuéntamelo, por favor. Dijiste que siempre era el mismo sueño.

—No... sí... no importa.

Esta vez había sido diferente. Esta vez ella estaba allí. Mi subconsciente había mezclado mis dos mayores terrores: la guerra que no pude ganar y la mujer que no podía permitirme perder. Verla morir en ese desierto... había sido insoportable.

—Sam, háblame. No te guardes esto.

Ella intentó tirar de mí para que la mirara, pero yo estaba demasiado alterado. La adrenalina seguía en mi sistema, diciéndome que el peligro era real, que el francotirador seguía ahí fuera.

Me giré bruscamente y la agarré. No con violencia, sino con desesperación.

La tumbé de nuevo en la cama y me acurruqué contra ella, escondiendo mi cara en su cuello, rodeando su cuerpo con mis

brazos y piernas. Necesitaba sentir que estaba entera. Que no había agujeros de bala. Que su corazón latía.

—No quiero hablar —raspé contra su piel—. Solo... cállate. Cállate y déjame abrazarte.

La sentí tensarse un segundo, sorprendida por mi necesidad cruda, pero luego se relajó. Sus brazos me rodearon, sus manos empezaron a acariciar mi pelo, mi nuca.

—Estoy aquí —murmuró ella en la oscuridad—. Estoy aquí, Sam. Estamos a salvo.

Cerré los ojos, respirando su olor, intentando borrar la imagen de su cuerpo joven cayendo en la arena. Pero sabía que esa imagen me perseguiría para siempre.

◆ ◆ ◆

Había pasado una hora.

El reloj digital de la mesilla marcaba las 04:12 en números rojos, pero el sueño no había vuelto. La adrenalina de la pesadilla se había disipado, dejando paso a una calma pesada y silenciosa.

Bianca seguía ahí. No se había movido.

Estábamos tumbados de lado, encajados como dos piezas de un rompecabezas. Mi brazo estaba bajo su cuello, sirviéndole de almohada, mientras mi otra mano descansaba posesivamente sobre su cadera, mi pulgar dibujando círculos lentos sobre la tela de su camiseta.

Ella tenía la cabeza apoyada en mi pecho, justo sobre mi corazón. Sentía el roce suave de la yema de su dedo índice trazando el contorno de los tatuajes de mi bíceps derecho. Subía, bajaba, seguía las líneas de tinta negra como si intentara leer una historia escrita en mi piel.

Era un toque hipnótico. Un toque que me anclaba al presente y mantenía a los fantasmas del desierto a raya.

—Mi padre no es solo un mafioso, Sam —susurró de repente. Su voz vibró contra mis costillas, rompiendo el silencio—. Es un sádico. Quiero decir, pertenecer a la mafia ya supone una buena dosis de violencia. Pero lo de él está a otro nivel.

Me tensé ligeramente, pero no dejé de acariciarla. Sabía que me estaba ofreciendo un intercambio. Yo le había mostrado mi terror; ahora ella me mostraba el suyo.

—Cuéntamelo —dije, besando la coronilla de su cabeza.

—Odiaba a mi madre —continuó, su dedo deteniéndose sobre una calavera entintada en mi brazo—. La despreciaba. No solo la ignoraba, como hacía Oliver con tus madres. Él... él disfrutaba humillándola. Dejaba que sus capos le faltaran al respeto en su propia mesa. Se reía cuando la trataban como a una sirvienta.

Apreté la mandíbula en la oscuridad. La falta de respeto a una mujer era algo que me revolvía el estómago.

—Ella se fue apagando —dijo Bianca, y noté cómo se le quebraba la voz—. Se hizo pequeña para intentar no molestar. Pero yo no podía. Yo tenía doce años cuando me sentó en su despacho y me dijo que me casaría con Carlo Volpetti.

—¿A los doce? —gruñí. Joder. A esa edad, Raven estaba jugando con muñecas y preocupada por los exámenes de mates.

—Era un trato. Una inversión a largo plazo. Desde ese día, dejé de ser su hija. Pasé a ser un activo que se revalorizaba.

Bianca levantó la cabeza ligeramente para mirarme a los ojos. En la penumbra, sus ojos brillaban con una mezcla de dolor y esa fuerza que tanto me admiraba.

—Sandro intentó pararlo.

Sentí una punzada de culpa al oír el nombre de mi amigo. Hacía unos días le había gritado por teléfono, acusándole de abandonarla.

—Él... él intentaba amortiguar los golpes —confesó ella, volviendo a trazar mi piel, esta vez sobre la cicatriz de una vieja herida de cuchillo—. Cuando yo contestaba a mi padre, cuando me negaba a sonreír a Carlo... mi padre estallaba. Y Sandro se metía en medio.

Cerré los ojos, imaginando a Sandro, joven y desafiante, interponiéndose entre un monstruo y su hermana pequeña.

—Recibió palizas brutales, Sam. Palizas que eran para mí. Mi padre se ensañaba con él para darme una lección, porque sabía que eso me dolía más que si me pegara a mí. —Suspiró, un sonido tembloroso—. Por eso se fue al ejército. No fue para buscar gloria. Fue para escapar. Porque sabía que, si se quedaba un día más en esa casa, mataría a nuestro padre o moriría él.

La pieza que me faltaba encajó. Sandro no la había abandonado por egoísmo. Había huido para sobrevivir, igual que yo me había unido a los Marines para huir de la sombra de Oliver. Éramos más parecidos de lo que pensaba.

—Y cuando él se fue... te quedaste sola contra él.

—Sí. —Bianca apoyó la barbilla en mi pecho—. Pero no me rendí. Yo era rebelde, Sam. Tenía una boca grande y mucho orgullo. Mi padre se encargó de intentar domarme.

—¿Cómo?

—Castigos. —Se encogió de hombros, un gesto pequeño y doloroso—. Encierros en el sótano. Insultos diarios sobre mi aspecto, sobre mi valor. Me decía que no servía para nada más que para abrirme de piernas para un Volpetti. Intentó romperme el espíritu cada día de mi vida.

La abracé más fuerte, con una necesidad feroz de borrar cada palabra que ese bastardo le había dicho.

—No lo consiguió —dije con firmeza, levantando su barbilla para que me mirara—. No te rompió, Bianca. Estás aquí. Me desafiaste el primer día. Tumbaste a Tasha en el pasillo. Tienes fuego dentro.

Ella sonrió débilmente, una sonrisa triste pero hermosa.

Me incliné y la besé. Fue un beso lento, profundo, cargado de promesas de violencia contra cualquiera que intentara volver a apagar su luz.

—Nadie va a volver a tocarte —le juré contra sus labios—. Tu padre y Carlo son hombres muertos. Solo que aún no lo saben.

—Fue la noche que cumplí diecinueve años —dijo, y sentí cómo se tensaba entre mis brazos—. La mayoría de las chicas tienen una fiesta, o una cena con amigos. Mi padre me dijo que me pusiera mi mejor vestido. Me llevó a la mansión de los Volpetti. Dijo que era mi regalo.

Acaricié su espalda, mis dedos trazando la línea de su columna, intentando transmitirle calma, aunque mi propia sangre empezaba a calentarse de nuevo.

—No fue una fiesta. Fue una entrega.

Bianca se estremeció.

—Me dejaron a solas con Carlo. Él... él quería jugar. —Su voz se rompió—. Me llevó a esa habitación. Y sacó las cuerdas.

Sentí que mi corazón se detenía un segundo.

—Me ató las manos, Sam. Por encima de la cabeza. —Levantó su mano, entrelazando sus dedos con los míos, apretando fuerte, como si necesitara comprobar que seguía libre—. Apretó tanto que perdí la sensibilidad en los dedos. El terror... no fue solo por el dolor. Fue la impotencia. No poder moverme. No poder defenderme.

Se pegó más a mí, buscando refugio en mi pecho.

—Desde esa noche... no soporto que me inmovilicen. Ni siquiera en broma. Si siento que mis manos están atrapadas, me falta el aire. Siento que vuelvo a estar allí, colgada, esperando el corte.

Cerré los ojos, tragándome la bilis. Ahora entendía muchas cosas. Su reacción en el callejón. Su necesidad de control.

—Fue esa noche cuando lo hizo —continuó, y su mano bajó instintivamente hacia su muslo, sobre la tela del pijama—. Con el abrecartas. Mientras yo gritaba y mi padre bebía brandy en el piso de abajo, Carlo grabó su propiedad en mi piel.

La rabia me golpeó como una ola física. Quería rugir. Quería destrozar el mundo. Pero me obligué a quedarme quieto, a ser su roca.

—Después de aquello... me apagué. —Su voz se volvió lejana, triste—. Me pasé los años siguientes siendo un fantasma en mi

propia casa. Me aislé. No hablaba, no salía. Solo esperaba. Esperaba un descuido. Una grieta.

Levantó la cabeza para mirarme. En la oscuridad, sus ojos brillaban con esa determinación de acero que tanto me admiraba.

—Cuando finalmente hui... cuando Sandro me consiguió los papeles y salí por esa puerta... me hice una promesa, Sam.

—¿Cuál? —pregunté, mi voz ronca.

—Que nunca volverían a atraparme. Y no era solo por miedo al dolor. Era porque quería decidir. —Apretó mi mano contra su pecho —. Quería decidir qué comer, dónde dormir, con quién hablar. Quería que mi vida fuera mía, aunque fuera una vida pequeña y solitaria. Prefería morir en una cuneta siendo libre que vivir en un palacio siendo una muñeca atada.

La miré. Vi a la superviviente. A la mujer que había cruzado el infierno y había salido caminando. Y sentí un amor tan feroz y protector que me dolió el pecho.

Me incliné hasta que mi frente chocó con la suya.

—Te lo juro, Bianca —susurré, y fue un juramento sagrado, más fuerte que mis votos matrimoniales—. Voy a matarlo.

Ella contuvo el aliento.

—Sam...

—Lo voy a matar —repetí, mis ojos clavados en los suyos—. A Carlo. Voy a encontrarlo y voy a hacerle pagar por cada segundo de terror, por cada marca, por cada vez que te hizo sentir impotente. Lo voy a borrar de la faz de la tierra.

—Es peligroso...

—No me importa. —Le besé la frente, luego los párpados, luego la boca—. Duerme, nena. Yo me encargo de los monstruos.

CAPITULO 18

Bianca

La casa de Erin olía a salvia quemada y a pastel de carne. Era un olor que, en pocas semanas, se había convertido en sinónimo de hogar.

Estábamos sentados alrededor de la mesa del comedor: Sam, Raven, Olivia, Erin y yo.

Sam estaba sentado a mi lado, con su silla girada ligeramente hacia la mía. Su brazo descansaba sobre el respaldo de mi silla, y su mano jugaba distraídamente con mi pelo, enrollando un mechón oscuro alrededor de su dedo índice. Era un gesto inconsciente, posesivo y tierno, que hacía sin siquiera mirar.

Raven estaba contando una anécdota exagerada sobre un profesor de la universidad que le tenía manía, y Sam se reía.

No era esa risa seca y corta que solía usar. Era una risa genuina, profunda, que le arrugaba las esquinas de los ojos y hacía vibrar su pecho contra mi hombro.

—Eres imposible, Raven —dijo Sam, negando con la cabeza, pero con los ojos brillantes de diversión—. Pobre hombre. Probablemente se jubile antes de que acabes el semestre.

—Le hago un favor —replicó ella, guiñando un ojo—. Le estoy enseñando paciencia.

Erin se levantó para ir a buscar el postre, y Sam se puso de pie de inmediato.

—Yo te ayudo, Erin. Siéntate.

—No hace falta, cariño...

—Insisto. —Sam le dio un beso en la frente a su madre adoptiva y desapareció en la cocina con ella.

Raven aprovechó para escabullirse al baño, dejándonos a Olivia y a mí solas en la mesa.

Me tensé un poco. Mi relación con Olivia había mejorado desde la noche de chicas, pero ella seguía siendo la protectora feroz de su hermano. Sus ojos ámbar me estudiaban con una intensidad que a veces me hacía sentir bajo un microscopio.

Bebí un sorbo de vino, esperando el interrogatorio.

—Nunca lo había visto así —dijo Olivia de repente.

Dejé la copa.

—¿A quién? ¿A Sam?

Olivia asintió, jugando con el tallo de su propia copa. Su mirada estaba fija en la puerta de la cocina, por donde se oía la voz grave de Sam bromeando con Erin.

—Lleva cargando con el peso del mundo desde que tenía quince años —dijo Olivia suavemente—. Primero con Oliver, protegiéndonos a Raven y a mí de su mierda. Luego el ejército. Luego la presidencia. Siempre ha estado en guardia. En tensión.

Se giró hacia mí, y su expresión era de asombro contenido.

—Pero esta noche... se ha reído. Se ha reído de verdad. Y te está tocando todo el tiempo, como si necesitara comprobar que sigues ahí.

—Es parte del papel —mentí, aunque la mentira me supo a ceniza.

Olivia soltó una risa suave.

—Por favor, Bianca. No me insultes. Sé distinguir una actuación de la realidad. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Lo que hay entre vosotros... la forma en que os miráis... eso no estaba en el contrato.

Me sostuvo la mirada, y vi que ya no había hostilidad. Había gratitud.

—Estás curándole —dijo Olivia, y la crudeza de sus palabras me golpeó—. La guerra lo dejó roto en sitios que no podíamos alcanzar. Ni Raven, ni Erin, ni yo. Pero tú has entrado ahí. Lo estás trayendo de vuelta.

Sentí un nudo en la garganta.

—Él me salvó a mí primero, Olivia.

—Lo sé. —Olivia sonrió, una sonrisa pequeña y sincera—. Pero tengo que preguntártelo, cuñada. Y quiero la verdad. ¿Esto es solo un refugio para ti? ¿O es real?

Miré hacia la cocina, luego a mi anillo. Pensé en las noches durmiendo en sus brazos, en la forma en que me defendió de Tasha, en el sexo que me hacía olvidar mi nombre, y en la paz que sentía al montar en su moto.

—Al principio era un refugio —admití—. Pero ahora...

Miré a Olivia a los ojos.

—Me gusta esta vida, Olivia. Me gusta el club. Me gusta la lealtad que tenéis. Me gusta saber que, si caigo, hay una red. Y... —Tomé aire—. Me encanta ser su mujer. No quiero que sea temporal.

Olivia soltó el aire que estaba conteniendo. Asintió lentamente, visiblemente aliviada.

—Bien. Porque si le rompes el corazón cuando todo esto acabe, tendré que matarte. Y me caes demasiado bien para hacer eso.

Sonreí, con los ojos húmedos.

—No tengo intención de irme a ningún lado.

En ese momento, Sam volvió de la cocina con una tarta de manzana, riendo de algo que Erin decía detrás de él. Me miró, y su sonrisa se ensanchó al verme. Cruzó la habitación y, antes de dejar la tarta, se inclinó para besarme en los labios, un beso rápido pero cargado de esa intimidad doméstica que Olivia acababa de señalar.

—¿De qué hablabais tan serias? —preguntó, sentándose y pasando el brazo por mi silla de nuevo.

—De zapatos —dijo Olivia rápidamente, guiñándome un ojo.

Todo era perfecto. Cálido. Seguro.

Y entonces, el teléfono de Sam sonó.

No fue el tono habitual de mensaje. Fue el tono de "Emergencia del Club".

La sonrisa de Sam desapareció instantáneamente. El hombre relajado se evaporó y el presidente tomó el mando. Sacó el teléfono del bolsillo.

—Wolf. Dime.

El silencio en la mesa fue absoluto. Vi cómo los músculos de la mandíbula de Sam se tensaban. Sus ojos se oscurecieron.

—¿Están todos bien? —preguntó, seco. Una pausa—. Joder. Vale. Voy para allá. Cierra el perímetro.

Colgó y se puso de pie de un salto. La silla chirrió contra el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Olivia, poniéndose en modo alerta al instante.

—Problemas en The Piston Run —dijo Sam, cogiendo su chaqueta de cuero—. Alguien ha intentado prender fuego al almacén trasero.

—¿Fuego? —exclamé, llevándome la mano a la boca.

—Ha sido un aviso. No hay heridos graves, pero tenemos que asegurar la zona.

Me miró, luego a sus hermanas.

—Se acabó la cena. Raven, llevas el coche. Olivia, vas de copiloto, armada. Llevad a Bianca y a Erin a la casa club. Al búnker.

—Sam, voy contigo —empezó Olivia.

—¡No! —ladró él—. Tú proteges a la familia. Wolf y yo nos encargamos del bar. ¡Moveos! ¡Ahora!

No hubo lugar a discusión. La calidez de la cena se rompió en mil pedazos, reemplazada por la fría realidad de nuestra guerra. Sam me dio un último apretón en el hombro, una promesa silenciosa de volver, y salió corriendo hacia su moto.

◆ ◆ ◆

El viaje de vuelta al complejo fue un borrón de luces de neón y velocidad. Raven conducía el SUV como si fuera un vehículo de huida, con los nudillos blancos sobre el volante y la mandíbula apretada. En el asiento de atrás, Erin rezaba en voz baja en su idioma nativo.

Cuando la verja de hierro del complejo se abrió para dejarnos pasar, el santuario ya no parecía un hogar. Parecía una base militar bajo asedio.

Había hombres armados corriendo por el patio. Las luces de seguridad estaban encendidas al máximo, bañando el hormigón de un blanco clínico y duro.

—¡Al interior! —gritó Olivia en cuanto el coche se detuvo, saltando del asiento del copiloto con una pistola en la mano que no sabía que llevaba—. ¡Raven, encárgate de las familias! ¡Bianca, ayuda a Erin!

Olivia desapareció corriendo hacia La Capilla, gritando órdenes a Wolf por el teléfono.

Entramos en la sala principal del club. Era un caos. Las mujeres y los niños que vivían en el complejo o cerca habían sido evacuados allí. El aire olía a miedo y a confusión.

—¡Escuchadme todos! —La voz de Raven resonó, clara y autoritaria, perdiendo todo rastro de la princesita del club. Se subió a una silla—. ¡Estamos en protocolo de cierre! ¡Nadie sale! ¡Quiero a los niños en la sala de juegos, ahora! ¡Las madres, organizad colchonetas!

Mientras Raven tomaba el control logístico con una eficiencia que me dejó impresionada, la puerta lateral se abrió de golpe.

—¡Heridos! —gritó Bighorse.

Entró cargando a un hombre joven, un prospecto, que dejaba un rastro de sangre en el suelo. Detrás de él entraron dos hermanos más, cojeando, con la ropa rasgada y manchada de rojo.

—Ha sido una emboscada en The Piston Run —jadeó Bighorse, dejando al chico en una de las mesas de billar—. Un grupo de

encapuchados. Provocaron un incendio en el almacén trasero como distracción y luego entraron disparando a todo lo que se movía.

El pánico amenazó con paralizarme.

Pero entonces miré al chico en la mesa. Estaba pálido, agarrándose el muslo. La sangre bombeaba entre sus dedos con un ritmo aterrador. Arterial.

Mi mente hizo clic. El miedo se congeló y se convirtió en frialdad operativa.

—¡Traed el botiquín de trauma! —grité, corriendo hacia la mesa —. ¡Y toallas limpias! ¡Alcohol!

Erin estaba a mi lado en un segundo, pero sus manos temblaban. Las mías no. Había curado las heridas de Sandro después de las palizas de mi padre. Sabía cómo se veía la sangre.

—Aprieta aquí —le ordené a Bighorse, poniendo sus manos enormes sobre la herida del chico—. No levantes la presión.

Rompí la pernera del pantalón vaquero del chico. Tenía un agujero de bala feo en el muslo. Sangraba demasiado rápido.

—Necesito un cinturón —pedí.

Uno de los heridos que estaba de pie se quitó el suyo y me lo lanzó.

Lo pasé alrededor del muslo del chico, por encima de la herida, y tiré con todas mis fuerzas. El chico gritó, arqueando la espalda.

—Lo siento, lo siento —murmuré, apretando hasta que el flujo de sangre se redujo a un goteo—. Aguanta. El médico está en camino.

Me moví hacia el siguiente. Un corte en el brazo por cristales rotos. Limpié, desinfecté, vendé. Mis manos se movían solas, manchadas de sangre ajena.

—¿Dónde está Sam? —pregunté al aire, sin dejar de vendar—. ¿Alguien ha visto a Sam?

Nadie respondía. Las miradas se desviaban.

Entonces, la puerta se abrió de nuevo. Sexton entró, con la cara manchada de hollín y una expresión sombría.

—¿Cómo están?

—Estables —dije, terminando el nudo—. Sexton, ¿dónde está Sam?

Sexton me miró. Dudó un segundo.

—Le han dado, Bianca.

El mundo se detuvo. El ruido de la sala, los gemidos de dolor, las órdenes de Raven... todo se silenció. Solo quedó un zumbido agudo en mis oídos.

—¿Qué?

—Estaba cubriendo la salida de los clientes. —Sexton se pasó la mano por el pelo—. Recibió un disparo. Bighorse lo sacó, pero... hay mucha sangre.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Me agarré al borde de la mesa de billar para no caer. «Sam. No. No ahora».

—¿Está...? —No pude terminar la pregunta.

—Viene en la segunda furgoneta. Llega en dos minutos.

Esos dos minutos fueron los más largos de mi vida. Me quedé en la puerta, con el corazón latiéndome en la garganta, rezando a todos los santos en los que había dejado de creer. «Por favor. Que esté vivo. Te daré lo que quieras, pero que esté vivo».

Escuché el motor antes de ver la furgoneta. Frenó con un chirrido frente a la entrada.

Las puertas traseras se abrieron.

Y allí estaba.

Bajó por su propio pie, aunque apoyado pesadamente en Wolf. Su camiseta blanca estaba empapada en rojo en el lado izquierdo. Su cara estaba gris, cubierta de sudor y suciedad.

—¡Sam!

Corrí hacia él, ignorando el protocolo, ignorando a los guardias.

Él levantó la cabeza al oír mi voz. Sus ojos, nublados por el dolor, se enfocaron en mí y una chispa de alivio los iluminó.

—Bianca...

Llegué a su lado justo cuando sus rodillas flaqueaban. Lo sujeté por el lado sano, metiendo mi hombro bajo su brazo. Olía a pólvora, a humo y a sangre.

—¡Estás herido! —Grité, viendo la mancha roja que se extendía por su pecho—. ¡Dios mío, Sam!

—Estoy bien... —gruñó él, haciendo una mueca de dolor al moverse—. Es solo... un rasguño.

—¡Tienes medio pecho cubierto de sangre!

—Es el hombro, nena. —Intentó sonreír, pero le salió una mueca —. La bala solo me rozó. Sangra como una cerda, pero no ha tocado nada importante.

Wolf asintió, ayudándome a llevarlo hacia dentro.

—Tiene razón, Bianca. Le ha arrancado un trozo de carne del trapecio, pero el hueso y la arteria están bien. Es difícil de matar.

Solté un sollozo que fue mitad risa histérica, mitad llanto.

—Idiota —susurré, apretándome contra su costado sano mientras lo llevábamos hacia las mesas que yo había preparado—. Eres un idiota.

Lo sentamos. Rompí su camiseta con las tijeras, mis manos temblando ahora que sabía que estaba vivo. Vi la herida. Era fea, profunda y sangraba profusamente, pero Wolf tenía razón. Era un surco en el músculo. No era mortal.

Sam me agarró la mano con la suya, manchada de hollín. Apretó fuerte.

—Te dije que volvería —raspé con voz débil—. Tengo una mujer esperándome en casa. No iba a dejarte plantada.

Me incliné y le besé la frente sudorosa, sin importarme la sangre, sin importarme el caos.

—Cállate y déjame curarte, soldado.

◆ ◆ ◆

El caos en la sala principal se había calmado, transformándose en una espera tensa y silenciosa. Los heridos estaban estabilizados, las familias acomodadas en colchonetas y Raven patrullaba entre ellos con una cafetera y palabras de ánimo.

Sam, sin embargo, no había parado.

A pesar del vendaje abultado en su hombro izquierdo y de la palidez bajo la suciedad de su cara, se había encerrado en su despacho con Sexton y Wolf. Llevaban una hora allí dentro.

No pude aguantar más. Empujé la puerta y entré.

Sexton y Wolf levantaron la vista de los mapas desplegados. Sam estaba sentado tras su escritorio, con el teléfono en la oreja derecha y el brazo izquierdo en cabestrillo improvisado. Me miró, y su ceño se frunció.

Colgó el teléfono.

—Fuera todos —ordenó a sus hombres.

Sexton y Wolf recogieron sus cosas sin rechistar y salieron, cerrando la puerta tras de sí y dejándonos en un silencio denso y cargado de olor a antiséptico y pólvora vieja.

—Deberías estar en el apartamento —dijo Sam, su voz ronca por el humo y el cansancio—. Te dije que fueras a descansar.

—Y yo te dije que no —repliqué, cerrando el pestillo de la puerta —. No voy a dejarte solo mientras te desangras sobre los informes de seguridad.

—Es un rasguño, Bianca. Deja de dramatizar.

Me acerqué al escritorio. Mi atuendo de vaqueros y blusa coqueta que me había puesto para la cena familiar ahora parecía ridícula, manchada con la sangre del prospecto al que había atendido. Me sentía agotada, pero mis nervios seguían vibrando con una frecuencia alta y dolorosa.

—Casi te matan —dije. Las palabras salieron como un susurro.

Sam suspiró, recostándose en su silla de cuero con una mueca de dolor que intentó ocultar.

—Es el trabajo. Gajes del oficio.

—No me vengas con esa mierda de tipo duro —. Rodeé el escritorio y me planté frente a él—. Te vi bajar de esa furgoneta cubierto de sangre. Por un segundo... por un segundo pensé que...

Se me quebró la voz. El terror que había mantenido a raya mientras curaba a los heridos rompió la presa.

Sam me miró. Sus ojos ámbar, normalmente tan controlados, estaban abiertos de par en par, vulnerables. Vio mi miedo. Y yo vi el suyo. La farsa, el matrimonio falso y el contrato olvidados. Olvidados desde hacía días. Olvidados por todo lo vivido. Su reacción y la mía respondían a algo mucho más real. Algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

—Ven aquí —ordenó, extendiendo su brazo sano.

No dudé. Me metí en el espacio entre sus piernas abiertas y él me rodeó la cintura con su brazo derecho, enterrando la cara en mi estómago. Lo sentí temblar.

—Estoy vivo —murmuró contra mi piel—. Estoy aquí.

Le acaricié el pelo, desesperada por sentir su calor, por confirmar que su corazón seguía latiendo contra mi cuerpo.

—Tuve miedo, Sam. Mucho miedo.

Él levantó la cabeza. Nuestras miradas se engancharon. Y en ese intercambio silencioso, el miedo mutó. La adrenalina de la supervivencia, el alivio de seguir respirando se convirtió en una necesidad voraz de reafirmar la vida.

Sam tiró de mí, sentándome sobre su regazo a horcajadas, con cuidado de no golpear su hombro herido. Me besó.

No fue un beso romántico. Sabía a desesperación. Devoré su boca, mis manos aferrándose a su cuello, necesitando borrar la imagen de su camiseta ensangrentada. Necesitaba sentirlo dentro de mí para creer que la muerte no había ganado hoy.

—Sam... —gemí, frotándome contra su erección, que ya estaba dura contra centro.

—Te necesito —gruñó él, su mano sana bajando por mi espalda, metiéndose por el hueco de mis vaqueros y amasando mi nalga con fuerza—. Joder, Bianca, necesito sentirte.

Nos desnudamos con una urgencia torpe y frenética. No nos quitamos la ropa del todo; solo lo necesario. Pantalones bajados, ropa interior apartada.

Sam me levantó ligeramente y me dejé caer sobre él.

Me penetró hasta el fondo, llenándome por completo. Solté un grito ahogado, echando la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo su grosor me estiraba, cómo su calor me invadía. Tuve que quedarme quieta un segundo, adaptándome, mientras goteaba sobre su entrepierna

—Mírame —exigió, agarrándome la mandíbula—. Mírame, Bianca.

Bajé la vista. Sus pupilas estaban dilatadas, sus ojos casi negros, intensos. Empezó a moverse, embestidas fuertes y profundas desde abajo. Mientras, yo me movía con el mismo ímpetu, encontrando su empuje en cada movimiento.

—Estoy aquí —decía con cada empuje—. Estás conmigo.

—Sí... sí, Sam...

El sexo fue sucio, rápido y absolutamente necesario. Era nuestra vía de escape. Era la única forma de callar el ruido de los disparos en su cabeza y el eco de mi pánico. Cada vez que nuestros cuerpos chocaban, era una confirmación de que estábamos vivos.

Aceleré mis movimientos, tomando el control para no lastimar su hombro, marcando un ritmo frenético. Mis uñas se clavaron en su pecho sano, mis caderas golpeando las suyas buscando la fricción, buscando el olvido.

—¡Sam!

El orgasmo me golpeó con la fuerza de un tren de mercancías, sacándome las lágrimas. Me apreté a su alrededor, convulsionando, mientras él soltaba un rugido gutural y se corría dentro de mí, vaciando toda su tensión, todo su miedo, en mi interior.

Me desplomé sobre su pecho, con cuidado, apoyando la cabeza en su hombro derecho. Ambos jadeábamos, nuestros corazones latiendo al unísono, desbocados.

Ninguno de los dos dijo "te quiero". Ninguno confesó el terror absoluto a perder al otro. Las palabras eran demasiado peligrosas y demasiado reales.

Pero mientras nos quedábamos allí, enredados en el silencio del despacho, con el olor a sexo y sangre en el aire, supe que lo que acabábamos de hacer era la confesión más honesta que podíamos permitirnos.

CAPITULO 19

Sam

El hombro me latía con un ritmo sordo y constante, un recordatorio palpitante de lo cerca que habíamos estado del desastre. El médico del club había hecho un buen trabajo cosiendo el surco que la bala había dejado en mi trapecio, pero la rigidez me ponía de mal humor.

O quizás era lo que tenía que hacer esta tarde lo que me tenía jodido.

Teníamos a uno de los atacantes. Wolf y Bighorse lo habían localizado escondido en un motel de mala muerte en las afueras. Estaba en el sótano insonorizado del club, esperando a que yo bajara para tener una charla. Necesitábamos saber quién coño había ordenado el ataque a The Piston Run hacía dos noches.

Faltaban horas para el interrogatorio y antes de bajar al infierno, tenía que hacer algo en el cielo.

—Bianca, ¿puedes venir un momento? —llamé desde el salón.

Bianca salió de la habitación, secándose el pelo con una toalla. Llevaba unos vaqueros y una camiseta mía. Se veía tan jodidamente natural en mi casa que me dolía mirarla.

—Dime. ¿Te duele el hombro? ¿Necesitas que te cambie el vendaje?

—No. Siéntate.

Se sentó en el sofá junto a mí, mirándome con esa mezcla de curiosidad y cautela que siempre tenía cuando usaba mi voz seria.

Cogí la carpeta de color crema que había dejado sobre la mesa de centro y se la tendí.

—¿Qué es esto? —preguntó, cogiéndola.

—Ábrelo.

Bianca abrió la carpeta. Dentro había folletos impresos, planes de estudio y formularios de inscripción.

—He estado haciendo algunas llamadas —dije, intentando sonar casual, aunque me había pasado las últimas tres noches investigando—. Y he tirado de algunos hilos.

Bianca sacó el primer papel. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Universidad de Chicago? ¿Departamento de Ecología y Evolución?

—Tienen uno de los mejores programas de botánica del país —expliqué—. Pero también he incluido opciones online, por si prefieres empezar desde aquí mientras las cosas se calman. Y... —Señalé el folleto de abajo—. La Universidad de Cornell. En Nueva York. Y otra en California. Tienen programas de investigación increíbles.

Bianca pasó las páginas despacio, sus dedos temblando ligeramente. Vi cómo se le iluminaba la cara al leer los nombres de las asignaturas: Fisiología vegetal, Ecología forestal, Genética.

Era el sueño que su padre había quemado. Y yo se lo estaba devolviendo.

—Sam... —susurró, levantando la vista. Sus ojos brillaban—. Esto es...

—Elige la que quieras —la interrumpí, necesitando decir esto antes de acobardarme—. No te preocupes por el dinero. Yo me encargo de todo. Matrícula, libros, alojamiento si decides irte fuera. Considéralo parte del trato. Parte de tu finiquito cuando todo esto acabe.

La sonrisa de Bianca se congeló. El brillo en sus ojos se apagó como si alguien hubiera cortado la luz.

Bajó la carpeta lentamente, dejándola sobre sus rodillas.

—¿Mi finiquito? —repitió, su voz fría.

—Te lo prometí, Bianca. Una vida. Poder ir a la universidad forma parte de esa vida.

—Sí. —Asintió rígidamente, cogiendo el folleto de California—. Cornell. California. Lejos de aquí. Lejos de Chicago.

—Son las mejores opciones. Si vas a empezar de cero, deberías hacerlo en el mejor sitio posible. Lejos de la mafia. Lejos de... esto.

Bianca se puso de pie de un salto, tirando la carpeta sobre la mesa. Los papeles se esparcieron por el suelo.

—¡Eres increíble! —exclamó, con la cara roja de furia—. Hace dos días estábamos follando en tu despacho como si el mundo se fuera a acabar. Me dijiste que me necesitabas. Y ahora... ahora me traes folletos para mandarme a la otra punta del país.

—Estoy asegurando tu futuro.

—¡Estás planeando mi salida! —Me señaló con el dedo—. Ni siquiera sabes si Sandro ha avanzado. Ni siquiera sabes cuándo terminará la amenaza. Pero tú ya tienes las maletas hechas para mí. ¡Tienes tanta prisa por deshacerte de mí que ni siquiera puedes esperar a que sea seguro! ¿Asegurando mi futuro? —escupió entrecerrando los ojos —No soy una jodida niña pequeña para que asegures mi futuro.

—¡No tengo prisa por que te vayas! —rugí, levantándome también, ignorando el pinchazo de dolor en el hombro—. ¡Tengo prisa por saber que vas a estar bien cuando yo no esté!

—¿Cuando tú no estés? ¿A dónde vas a ir, Sam?

—¡A ningún sitio! —Me pasé la mano por el pelo, frustrado—. Pero mírame, Bianca. Mira mi vida. Tiros en los bares. Interrogatorios en sótanos. Pesadillas cada puta noche. No soy material de marido. Soy un parche temporal. Y estos papeles... —Señalé el desastre en el suelo—. Estos papeles son tu billete de salida hacia algo limpio.

Bianca me miró, y vi las lágrimas agolpándose en sus ojos. No eran de tristeza, eran de pura rabia.

—Eres un cobarde, Sam Tucker —siseó—. Puedes enfrentarte a un ejército, pero te cagas de miedo ante la idea de que alguien quiera quedarse contigo en tu mierda de vida.

—Bianca...

—No quiero tus folletos. Y no quiero tu dinero. —Se dio la vuelta, marchándose hacia la habitación—. Si quieres el divorcio, tendrás que dármelo tú. Pero deja de fingir que me estás haciendo un favor cuando lo único que estás haciendo es protegerte a ti mismo.

Dio un portazo que hizo temblar las paredes.

Me quedé allí, de pie en medio del salón, rodeado de los papeles de su brillante futuro, sintiéndome como el mayor hijo de puta del planeta.

◆ ◆ ◆

Los papeles de la universidad seguían esparcidos por el suelo del salón, una alfombra de buenas intenciones y fracasos. No los había recogido. No podía. Cada vez que miraba ese folleto de Cornell, escuchaba la voz de Bianca rompiéndose mientras me llamaba cobarde.

Necesitaba aire. Necesitaba montar para despejar la cabeza, pero con mi hombro jodido subirme en mi Harley no era una opción. Así que pensé en hacer lo segundo mejor: beber. En realidad, era lo tercero mejor, estar dentro de Bianca había escalado al primer puesto como el mejor método para adormecer mis demonios, lamentablemente eso tampoco era una puta opción ahora mismo. Así que me había servido un güisqui, pero el vaso estaba intacto sobre la mesa. El alcohol no iba a arreglar esto.

Eran las diez de la noche. El apartamento estaba en un silencio sepulcral. Bianca se había encerrado en la habitación y no había salido. Ni para cenar, ni para gritarme más. Ese silencio era peor que los portazos.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo, rompiendo la quietud.

Lo saqué con desgana, esperando que fuera Wolf con alguna novedad sobre el prisionero del sótano.

Pero era un número de Nueva York.

Me tensé, mi espalda enderezándose instintivamente.

—Habla —contesté, sin preámbulos.

—Tucker. —La voz de Sandro sonaba diferente esta noche. No había cansancio, ni la tensión defensiva de la última vez. Había una electricidad fría. Adrenalina—. Escucha con atención. Tienes que reforzar la seguridad. Dobla los perímetros. Pon a dos hombres en la puerta del apartamento si es necesario.

—¿Qué está pasando? —Me puse de pie, caminando hacia la ventana que daba al patio oscuro.

—Las cosas se están moviendo aquí. —Sandro bajó la voz, y oí ruido de fondo, como metal cargándose o gente moviéndose rápido —. Mis piezas están en el tablero. He conseguido el apoyo de los Capos antiguos que odian a mi padre. El viejo está acorralado, aunque todavía no lo sabe.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Pronto. Cuestión de días. Unas semanas como máximo. Estamos esperando el momento exacto para cortar la cabeza de la serpiente sin iniciar una guerra civil que queme la ciudad entera.

Sentí una mezcla de alivio y... algo más oscuro. Algo pesado que se asentó en mi estómago.

—Bien. Hazlo limpio. Y asegúrate de que Carlo Volpetti caiga con él.

—Carlo es el primero de la lista —aseguró Sandro con una frialdad que me gustó—. Pero te llamo para recordarte el trato, Sam.

—¿Qué trato?

—El final del juego. —Su tono se endureció—. En cuanto mi padre esté muerto y yo tenga el control, la amenaza desaparece. Bianca será libre. Quiero que tengas los papeles del divorcio listos para firmar en el momento en que te dé la señal.

Mi mano se cerró alrededor del teléfono con tanta fuerza que el plástico crujió.

Ahí estaba. La salida. La libertad que yo mismo le había ofrecido hace unas horas con esos malditos folletos. Sandro me estaba dando exactamente lo que yo decía querer: seguridad para Bianca y una salida limpia.

Entonces, ¿por qué sentía ganas de atravesar el teléfono y romperle la cara?

—No me digas lo que tengo que hacer, Sandro —gruñí, mi voz bajando peligrosamente.

—No te lo digo, te lo exijo. Es mi hermana.

—Es mi mujer.

El silencio al otro lado fue denso. Solté las palabras antes de pensarlas, un reflejo territorial que me salió de las entrañas.

—Es tu mujer por un contrato falso —replicó Sandro, despacio—. Un contrato que tú prometiste disolver. No te confundas, Tucker. No te equivoques pensando que puedes quedártela. Ella no pertenece a tu mundo de moteros. Ella merece algo mejor que vivir encerrada en un complejo rodeada de armas.

—¡Ya lo sé! —grité, y mi propia voz resonó en el salón vacío, rebotando en los papeles del suelo—. ¡Sé lo que merece! ¡Se lo he dicho yo mismo hoy!

—Entonces no habrá problema. Prepara los papeles. Cuando te llame para decirte que está hecho, quiero que ella esté en un avión hacia donde quiera ir. Lejos de ti.

Sandro colgó.

Me quedé con el teléfono pegado a la oreja, escuchando el tono de línea muerta.

«Lejos de ti».

Bajé el brazo lentamente. La rabia me hervía en la sangre, caliente y corrosiva. Me cabreaba que Sandro me diera órdenes. Me cabreaba que tuviera razón. Y, sobre todo, me cabreaba darme cuenta de que la idea de firmar esos papeles se sentía menos como

una liberación y más como si me estuviera arrancando el corazón con mis propias manos.

Miré hacia la puerta cerrada de la habitación donde dormía Bianca.

Era una cobardía, sí. Pero joder, dejarla ir iba a ser la cosa más difícil que había hecho en mi puta vida. Mucho más difícil que sobrevivir a la guerra. Porque en la guerra, al menos, luchaba para quedarme vivo. Aquí, estaba luchando para quedarme muerto en vida.

◆ ◆ ◆

Bajé las escaleras hacia el sótano insonorizado del club con la conversación de Sandro todavía retumbando en mi cabeza como un eco venenoso.

La rabia que sentía no tenía dónde ir, así que la enfoqué en la única cosa que podía golpear sin sentir remordimientos.

Empujé la puerta de metal pesado.

El olor a humedad, óxido y miedo me golpeó la cara. Wolf estaba allí, apoyado contra la pared de hormigón, limpiándose las uñas con un cuchillo táctico. En el centro de la habitación, atado a una silla de metal atornillada al suelo, estaba nuestro invitado.

Estaba magullado. Bighorse había sido creativo antes de dejárnoslo. Tenía un ojo cerrado por la hinchazón y respiraba con dificultad.

—¿Ha dicho algo? —pregunté, cerrando la puerta tras de mí. El sonido del cerrojo fue final.

Wolf negó con la cabeza sin levantar la vista del cuchillo.

—Lloriqueos. Súplicas. Pide un abogado. —Wolf soltó una risa seca—. Creo que no entiende dónde está.

Me acerqué al prisionero. Él levantó la cabeza. Era joven, demasiado joven para ser un profesional, pero demasiado viejo para ser un simple pandillero. Llevaba tatuajes, pero ninguno de afiliación conocida. Ni MC, ni mafia, ni cárteles. Genérico.

—¿Quién te paga? —pregunté. Mi voz salió baja, tranquila. La voz que usaba antes de que las cosas se pusieran feas de verdad.

—Vete a la mierda —escupió el chico, mezclando sangre con saliva—. Tengo derechos.

No tenía paciencia para esto. No esta noche.

Le agarré la mano izquierda, que estaba atada al reposabrazos, y presioné mi pulgar directamente sobre uno de sus dedos, doblándolo hacia atrás hasta que sentí la resistencia del hueso.

—Aquí abajo tus derechos se acabaron en el momento en que disparaste contra mi bar y heriste a mis hombres —dije, aplicando presión.

El tipo gritó. Un sonido agudo que rebotó en las paredes aislantes.

—Te lo preguntaré una vez más antes de empezar a romper cosas que no se curan. ¿Quién te paga? ¿La *Cosa Nostra*? ¿Los Volpetti?

El chico jadeaba, con lágrimas de dolor en los ojos.

—¡No! ¡No sé quiénes son! —chilló—. ¡Joder, para! ¡No sé nombres!

Aflojé el agarre, pero no lo solté.

—Explícate.

—Era un trabajo... un trabajo por encargo. —Hablaba rápido, atropelladamente—. Nos contactaron por Telegram. Dinero en cripto. Solo teníamos que ir al bar, armar jaleo, disparar un poco y largarnos.

—¿Disparar un poco? —Wolf se acercó, su sombra cayendo sobre el chico—. Le diste al presidente.

—¡No era el objetivo! —juró el tipo—. El objetivo era el caos. Hacer ruido. "asustar a los moteros". Eso decía el mensaje.

—¿Mercenarios? —pregunté con asco—. ¿Sois putos mercenarios de alquiler?

—Somos autónomos —gimió él.

Solté su mano con brusquedad, sintiendo una oleada de decepción y sospecha. Me limpié la mano en el pantalón.

—Escoria de poca monta —murmuré, girándome hacia Wolf.

Wolf me siguió hasta la esquina de la habitación, lejos del oído del chico que sollozaba.

—No me gusta, Sam —dijo Wolf en voz baja, enfundando su cuchillo—. Si fuera el Don, habría mandado a sus propios hombres. Habría sido un mensaje claro. Esto... esto es chapucero.

—Es ruido y no ha sido el Don —coincidí, cruzándome de brazos y sintiendo el tirón en mi hombro herido—. Mercenarios baratos contratados por una aplicación. Alguien con dinero, pero sin soldados propios. O alguien que no quiere mancharse las manos.

—¿Crees que es Volpetti actuando por su cuenta?

—Podría ser. Carlo está loco. O podría ser una distracción. —Miré al chico atado—. Nos atacan en el bar para que miremos hacia allí, mientras ellos miran hacia otro lado.

Mi instinto, ese radar que me había mantenido vivo en el desierto, estaba pitando en rojo. Algo no encajaba. Era demasiado aleatorio, demasiado de aficionado para la *Cosa Nostra*, pero demasiado organizado para ser una casualidad.

—Mantén al chico aquí —ordené—. Que se pudra unos días en la oscuridad. Quizás recuerde algún detalle más sobre ese "contacto anónimo".

—¿Y tú?

—Yo voy a doblar la guardia en el complejo —dije, sintiendo un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura del sótano —. Algo gordo se está fraguando, Wolf. No sé qué es, ni por dónde va a venir. Pero lo huelo.

—El aire está cargado —asintió Wolf, serio—. Como antes de una tormenta eléctrica.

—Exacto. —Me dirigí a la puerta—. Mantén los ojos abiertos. Y dile a Bighorse que revise cada coche que se acerque a menos de dos manzanas de aquí. Nadie entra ni sale sin que yo lo sepa.

Salí del sótano, dejando atrás al mercenario llorón. Pero la sensación de peligro no se quedó allí abajo. Subió conmigo, pegada a mi piel, susurrándome que el tiempo se estaba acabando y que el enemigo real todavía no había mostrado su cara.

CAPITULO 20

Bianca

Las rosas de invierno estaban en plena floración en la cámara frigorífica de Wild Bloom, pero mi mente estaba a kilómetros de distancia. Estaba en un folleto de papel satinado que tenía guardado en el bolso. Universidad de Cornell. Programa de Botánica.

Brynn entró en la trastienda con dos tazas de té humeante. Me observó un momento, apoyada en el marco de la puerta, antes de acercarse y dejar una taza frente a mí.

—Tienes esa mirada otra vez —dijo suavemente—. La mirada de "estoy planeando un asesinato".

Sonreí, jugando con el borde de mi taza.

—Ninguna de las dos cosas. Estoy planeando un motín.

Brynn arqueó una ceja, sentándose en el taburete alto frente a mí.

—Cuéntame.

Saqué el folleto del bolso y lo deslicé sobre la mesa de trabajo. Brynn lo cogió, leyó el título y me miró confundida.

—¿Te vas?

—Es el plan de Sam —dije, y por primera vez, no hubo amargura en mi voz, solo una comprensión tranquila—. Me trajo esto el otro día. Ha buscado las mejores universidades del país. Dice que se hará cargo de todo. Quiere que estudie, que tenga la carrera que mi padre me prohibió tener.

—Eso es... increíblemente dulce —dijo Brynn, sorprendida—. Y muy propio de Sam. Intentar arreglar el mundo sin preguntar

primero.

—Sí. Lo es. —Pasé el dedo por la foto del campus universitario—. Al principio me enfadé. Le grité. Pensé que solo quería deshacerse de mí. Que tenía prisa por firmar el divorcio y sacarme de su vida.

—¿Y ya no lo piensas?

Negué con la cabeza.

—No. Me he dado cuenta de algo, Brynn. Él no lo hace porque no me quiera. Lo hace porque cree que es lo correcto. Cree que es un monstruo que va a oscurecer mi luz. Cree que merezco algo limpio. —Solté una risa suave—. Es tan idiota. Tan noble y tan idiota. Como si yo hubiera nacido en una familia normal de clase media, como si mi padre fuera un contable cualquiera y no el Capo de Capos de la mafia italiana. No sabría que hacer con tanta normalidad.

Me bajé del taburete y empecé a caminar por la pequeña habitación, necesitando liberar la energía que bullía en mi interior.

—Llevo toda mi vida queriendo huir o huyendo, Brynn. Huyendo de mi padre, de Carlo, del miedo. Siempre pensé que la libertad era escapar. Que la libertad era estar sola en un lugar donde nadie supiera mi nombre, donde nadie pudiera atarme.

Me detuve y miré a mi amiga.

—Pero me equivocaba. La libertad no es la ausencia de ataduras. La libertad es elegir tus propias ataduras. Es elegir dónde quieres quedarte.

—Y tú has elegido —dijo Brynn. No era una pregunta.

—He elegido a Sam —afirmé, sintiendo el peso de la verdad asentarse en mi corazón, sólido y real—. Y he elegido esta vida.

Brynn sonrió, ladeando la cabeza.

—¿La vida del club? ¿De verdad? ¿Tú, Bianca, la chica que susurra a las peonías?

—Me gusta, Brynn —confesé, y al decirlo en voz alta, me di cuenta de cuánta verdad había en esas palabras—. Me gusta la lealtad feroz que tienen. Me gusta que no haya máscaras. En el mundo de mi padre, todo eran sonrisas falsas y puñales por la

espalda. Aquí, si Wolf te odia, te lo dice. Si Sam te protege, mataría por ti. Hay honor en eso. Me siento... me siento segura en ese caos. Me siento viva.

Me miré el anillo de bodas. Ya no lo sentía como un contrato. Lo sentía como una promesa que yo estaba dispuesta a cumplir, incluso si Sam tenía miedo de hacerlo.

—No quiero irme a Cornell —dije con firmeza—. No quiero vivir en California sola. Quiero vivir en ese apartamento de ladrillo con olor a café y aceite de motor. Quiero dormir con un hombre que tiene pesadillas porque eso significa que yo soy la única que puede despertarlo.

Brynn se levantó y me rodeó con un abrazo cálido.

—Entonces no te vayas.

—Él es muy terco, Brynn. Tiene el divorcio metido en la cabeza como si fuera una misión militar. Cree que me está salvando.

Brynn se separó y me agarró por los hombros, mirándome con esa intensidad maternal que usaba cuando yo dudaba de mí misma.

—Sam Tucker ha pasado su vida luchando guerras que no eran suyas. Primero la de su padre, luego la del país. Está acostumbrado a sacrificarse. A no tener nada bueno para él. —Brynn sonrió—. Tú eres lo primero bueno que ha querido conservar en mucho tiempo, y le aterra estropearlo. Por eso te empuja.

—¿Entonces qué hago?

—Lucha —sentenció Brynn—. Él va a luchar por tu libertad porque cree que es su deber. Tú tienes que luchar por vuestro futuro porque sabes que es vuestra felicidad.

Me devolvió el folleto de la universidad.

—Si crees que él siente lo mismo, si crees que te ama aunque sea demasiado cabezota para admitirlo... entonces no le dejes ganar esta batalla, Bianca. Sé la rebelde que siempre has sido. Plántate.

Cogí el folleto. Lo miré una última vez. Era un futuro bonito. Seguro. Prestigioso.

Lo arrugué en una bola y lo lancé a la papelera.

—No voy a ir a ninguna parte —dije—. Voy a quedarme. Y voy a enseñarle a Sam Tucker que la única libertad que quiero es la de elegirle a él cada maldito día.

◆ ◆ ◆

La lluvia golpeaba los cristales del apartamento con un ritmo constante y monótono que convertía el mundo exterior en un borrón gris. Era domingo. No había taller, no había floristería y, gracias a las órdenes de Sam, no había nadie molestándonos.

Estábamos encerrados en nuestra burbuja.

Yo estaba en la cocina, con las manos cubiertas de harina hasta las muñecas, amasando. Sam estaba apoyado en la nevera, con los brazos cruzados y una expresión de total desconcierto en la cara.

Llevaba diez minutos mirándome como si fuera un código encriptado que no pudiera descifrar.

—¿Qué? —pregunté, lanzándole una sonrisa brillante mientras estiraba la masa de pasta fresca.

Sam frunció el ceño.

—Estás contenta.

—Es domingo. Llueve. Y estoy haciendo pasta. ¿Por qué no iba a estar contenta?

—Porque hace dos días me tiraste folletos universitarios a la cara y me llamaste cobarde —dijo, directo como siempre—. Esperaba silencio. O gritos. O que me envenenaras el café. No esperaba... esto.

Señaló la cocina, donde el olor a ajo, mantequilla y hierbas frescas del pan que se horneaba ya estaba llenando el aire.

Dejé el rodillo y me limpié las manos en el delantal. Caminé hacia él, invadiendo su espacio personal.

—Decidí cambiar de táctica, Sam —murmuré, alisando la camiseta sobre su pecho—. Decidí que no voy a gastar el tiempo

que nos queda enfadada. Si tienes tanta prisa por echarme, voy a asegurarme de que me eches de menos cuando no esté.

Sus ojos se oscurecieron. Me agarró de la cintura.

—Ya te echo de menos y todavía estás aquí.

—Bien. Ese es el plan.

Volví a la masa antes de que pudiera responder. Cocinamos juntos. Bueno, yo cocinaba y él supervisaba, lo que básicamente consistía en robar trozos de pan de ajo recién hecho y mirarme el trasero cada vez que me inclinaba hacia el horno.

Comimos en la barra de la cocina, hombro con hombro. Pasta casera con salsa de tomate picante y mucho queso. Comida reconfortante. Comida de hogar. Sam comió con ganas, relajándose poco a poco, dejando que la tensión de la semana se disolviera con el vino tinto, la cerveza y la lluvia.

Cuando terminamos, retiré los platos, pero Sam me detuvo. Me agarró de la mano y tiró de mí.

—Deja los platos —gruñó.

Me levantó y me sentó sobre la encimera de granito fría. Se metió entre mis piernas, apartando mis rodillas para estar más cerca.

—Estás jugando sucio, Bianca —susurró, rozando su nariz con la mía—. Pasta, pan de ajo, esa sonrisa... Me estás desarmando.

—¿Funciona?

—Jodidamente bien.

Me besó. Sabía a cerveza y a ajo, un sabor terrenal y potente. Sus manos subieron por mis muslos, levantando mi falda de estar por casa. No llevaba ropa interior. Me la había quitado a propósito mientras cocinaba, sabiendo que esto pasaría.

Sam soltó un gemido bajo al descubrirlo.

—Mala mujer...

Bajó la cabeza, recorriendo mi cuello con besos húmedos, bajando por mi pecho, hasta mi vientre. Y siguió bajando.

Se arrodilló en el suelo de la cocina, entre mis piernas colgantes. Me miró una vez, sus ojos negros llenos de devoción, antes de hundir la cara en mi intimidad.

—Oh, Dios... Sam...

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándome en los armarios superiores, mientras su lengua hacía maravillas. Me comió con un hambre reverencial, lamiendo, succionando, encontrando cada punto sensible con una precisión militar. Mis manos se enredaron en su pelo, tirando suavemente, guiándole.

Cuando el orgasmo me golpeó, fue cálido y profundo, dejándome temblando sobre el granito.

Sam se levantó, limpiándose la boca con el dorso de la mano, con una sonrisa de satisfacción depredadora.

Pero yo no había terminado con él.

Lo agarré por la camiseta y tiré de él hacia delante.

—Tu turno.

Bajé la cremallera de sus vaqueros y lo liberé. Estaba duro, palpitante. Me deslicé de la encimera hasta el suelo, arrodillándome frente a él esta vez.

Lo tomé en mi boca. Sam jadeó, sus manos yendo a mi cabeza, sus dedos entrelazándose en mi pelo.

—Bianca... joder...

Lo amé con mi boca, despacio, mirándole hacia arriba, viendo cómo perdía ese control férreo que tanto valoraba. Vi cómo su cabeza caía hacia atrás, cómo su mandíbula se tensaba, cómo el placer le robaba la capacidad de pensar en mafias o guerras. Mi boca lo succionaba con deleite, metiéndolo tan profundo como podía, lamiendo toda su longitud antes de volver a sumergirlo en mi interior. Él empezó a perder el control sujetando mi pelo con más fuerza mientras balanceaba sus caderas cada vez más profundo.

—¡Ya! —gruñó, tirando de mí para apartarme antes de perderse.

No lo solté, justo a tiempo lo metí en mi boca mientras se corría con fuerza. Me tragué todo lo que me dio, hasta la última gota de su

semen. Sam gimió mi nombre, su cuerpo sacudiéndose contra el mío.

Más tarde, el apartamento estaba en penumbra.

Estábamos en el sofá, acurrucados bajo una manta gruesa. La televisión estaba encendida con el volumen bajo, pero ninguno la miraba. Yo estaba recostada sobre su pecho, lejos de su hombro herido y trazando patrones invisibles en su camiseta.

Sam tenía un brazo alrededor de mí, pero su mirada estaba perdida en la ventana, en las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal negro.

Estaba pensativo.

Sentía la tensión volver a sus músculos, esa rigidez sutil que indicaba que su cerebro había vuelto a conectarse a la realidad. Sabía lo que estaba pensando. Estaba pensando en lo bien que encajábamos. En lo mucho que le gustaba esto. Y en lo mucho que le aterrorizaba que, al quedarse conmigo, estuviera firmando mi sentencia de muerte o la suya.

No dije nada. No le presioné. Solo me apreté más contra él, dejándole claro con mi peso y mi calor que, por mucho que pensara, yo no me iba a ir a ningún lado.

CAPITULO 21

Sam

—El rastro del dinero muere en una cuenta en Panamá —dijo Sexton, lanzando un informe sobre la mesa de roble de La Capilla—. Quienquiera que haya pagado a esos mercenarios del bar, sabe cómo borrar sus huellas digitales.

Me froté las sienes, sintiendo cómo el dolor de cabeza se instalaba detrás de mis ojos.

—Nadie es invisible, Sexton. Sigue cavando.

Estábamos reunidos la cúpula al completo: Wolf, Sexton, Iron y Bighorse. El ambiente estaba cargado, denso por el humo de los cigarrillos y la frustración de llevar días persiguiendo fantasmas.

—Quizás deberíamos presionar a los contactos de la calle —sugirió Wolf, jugando con su cuchillo—. Alguien tuvo que venderles las armas. Alguien tuvo que...

BOOM.

El sonido no fue un disparo. Fue una detonación. Grave, profunda y lo suficientemente potente para hacer vibrar las paredes insonorizadas de La Capilla.

El instinto se activó antes que el pensamiento consciente.

—¡Abajo! —ladré.

Nos tiramos al suelo un segundo antes de que el sonido de cristales rotos y ráfagas de armas automáticas llenara el aire exterior.

—¡Contacto! —gritó Wolf, rodando hacia el armario de armas que teníamos oculto tras un panel falso en la pared.

Me levanté agachado, moviéndome rápido hacia el panel de monitores de seguridad.

—¡Informe de situación! —ordené.

En la pantalla, vi el caos. Una furgoneta blindada había embestido la verja principal, arrancándola de cuajo. De ella salían seis hombres. No eran pandilleros. Llevaban chalecos tácticos, pasamontañas y fusiles de asalto AR-15. Se movían en formación de cuña, cubriendo sectores.

Estaban asaltando el complejo.

Mi sangre se heló, pero mi mente se volvió cristalina. El mundo se ralentizó. El presidente desapareció; el comandante de Operaciones Especiales tomó el mando.

—Son seis tangos. Armamento pesado. Formación táctica —canté la información mientras Wolf me lanzaba un rifle de asalto MK18 y un chaleco portaplacas. Me lo puse sobre la camiseta en dos segundos—. Están en el patio, avanzando hacia el edificio principal.

Bianca.

Estaba en el apartamento. En el edificio trasero. Si cruzaban el patio, tendrían línea de tiro hacia su ventana.

La furia fría me inundó. Nadie atacaba mi casa. Nadie amenazaba a mi mujer.

—Escuchadme bien —dije, cargando el arma y quitando el seguro —. Esto no es una pelea de bar. Wolf, tú y Iron, flanco izquierdo. Salid por la cocina y coged la posición elevada en la terraza. Fuego de supresión. Mantenedlos clavados en el centro del patio.

—Entendido —gruñó Wolf.

—Sexton, Bighorse, conmigo. Salimos por la puerta principal. Vamos a hacerles un martillo y yunque. Los aplastamos contra la pared del taller.

—¡Recibido! —respondió Bighorse.

—¡Moveos! ¡Ya, ya, ya!

Wolf y Iron desaparecieron por la puerta trasera.

Yo pateé la puerta principal de La Capilla que daba al pasillo del bar.

—¡Luces fuera! —grité. Sexton cortó el interruptor general, sumiendo el edificio en la penumbra.

Avanzamos por el pasillo en formación, yo en punta. Al llegar a la puerta que daba al patio, los disparos repiqueteaban contra la fachada de ladrillo como granizo metálico.

—¡Sexton, abre la puerta a mi señal! —Me pegué al marco—. ¡Bighorse, cubre mi salida! ¡Tres, dos, uno, fuera!

Sexton abrió la puerta de una patada.

Salí rodando hacia la cobertura de una columna de hormigón. Las balas levantaron esquirlas a mi alrededor. Bighorse salió detrás, soltando una ráfaga corta que obligó a los atacantes a agachar la cabeza.

Desde la terraza de arriba, el rifle de Wolf empezó a cantar. Disparos controlados. Un tango cayó, con un agujero en el pecho.

—¡Cinco tangos! —grité por la radio—. ¡Están en la zona de las barbacoas! ¡Suprimidlos!

Los atacantes, al verse rodeados por fuego desde arriba y desde el frente, intentaron reagruparse tras la furgoneta. Error. Me habían dado el flanco.

—¡Avanzamos! —ordené—. ¡Salto y cobertura!

Me levanté y corrí hacia la siguiente columna, mientras Bighorse disparaba para cubrirme. Me deslicé por el suelo, apoyando el rifle en mi hombro. Tenía visual.

Vi a uno de ellos asomarse para disparar a Wolf.

Alineé la mira. Exhalé. Apreté el gatillo.

Dos disparos. El hombre cayó hacia atrás.

—¡Cuatro tangos!

Se dieron cuenta de que estaban jodidos. Intentaron retroceder hacia la salida.

—¡Sexton, flanquéalos por la derecha! ¡Córtales la retirada!

—¡Voy!

Nos movimos como una máquina engrasada. Fuego y maniobra. Sin gritos innecesarios, solo órdenes y confirmaciones. Los arrinconamos contra el muro del taller.

Uno de ellos lanzó algo.

—¡Granada! —grité—. ¡Al suelo!

La explosión sacudió el suelo, levantando polvo y humo. Mis oídos pitaron, pero me levanté al instante. El humo era mi amigo.

—¡A través del humo! —ordené—. ¡Limpieza!

Entré en la nube gris con el rifle levantado, barriendo mi sector. Una silueta apareció a mi derecha, levantando un arma.

No dudé. Disparé tres veces. Cayó.

Otro intentó correr hacia la verja rota. Wolf, desde arriba, lo abatió con un disparo preciso en la pierna. El hombre cayó gritando.

—¡Alto el fuego! —grité cuando el último hombre levantó las manos, tirando el arma.

El silencio cayó sobre el patio, solo roto por los gemidos de los heridos.

Me acerqué al hombre que se rendía, con el cañón de mi rifle apuntando a su cara. Se oían sirenas a lo lejos. Así que miré a Sexton con una orden silenciosa. Él ya estaba al teléfono contactando a nuestro hombre en el Departamento de Policía de Chicago. Él se encargaría de desviar las llamadas y asegurarse que las patrullas creyeran que había sido una falsa alarma.

—¡Al suelo! ¡Boca abajo! ¡Manos a la espalda!

El hombre obedeció, temblando. Le puse la bota en el cuello, presionando hasta que gimió.

—¡Despejado! —gritó Wolf desde la terraza.

—¡Despejado derecha! —confirmó Iron.

Mantuvo la presión sobre el cuello del mercenario, mi respiración agitada pero controlada. Miré hacia el edificio trasero. Hacia la ventana de mi apartamento.

Estaba intacta.

Miré el caos en mi patio. Cuerpos. Sangre. La verja destrozada. Pero mi único pensamiento estaba en mi apartamento.

—Wolf —dije por el auricular, mi voz volviendo a ser un gruñido humano—. Asegura el complejo. Limpieza y trae al médico, que cure a los atacantes supervivientes. Los necesitamos vivos.

—Voy para allá, Presi.

No esperé a que llegara, corrí por el patio en dirección al Búnker.

—¡Bianca!

Grité su nombre mientras corría saltando sobre los escombros de la verja y los cuerpos de los mercenarios. Necesitaba verla. Necesitaba tocarla.

Subí las escaleras de tres en tres. La puerta de nuestro apartamento estaba cerrada.

—¡Bianca! —Aporreé la madera con el puño ensangrentado.

Nadie respondió.

Abrí la puerta de una patada, el cerrojo cediendo con un estallido de astillas. Entré con el rifle levantado, barriendo la estancia en segundos.

Vacío.

La cocina estaba vacía. El salón estaba vacío. La cama estaba hecha.

El terror me golpeó con la fuerza de una granada en el pecho. No estaba allí.

—¡Wolf! —rugí por el auricular—. ¡Bianca no está en el piso! ¡¿Dónde coño está?!

—¡La vi esta mañana con Raven! —respondió Iron, su voz tensa —. ¡Dijeron que iban a arreglar las jardineras del patio trasero! ¡Detrás de la cocina!

El patio trasero.

La zona abierta detrás de la casa club. Estaba protegida por el edificio, pero...

Salí corriendo del apartamento, bajando las escaleras como un animal poseído. Mi mente me traicionó al instante. La imagen de mi pesadilla, la de Bianca cayendo bajo el fuego en el desierto, se superpuso a la realidad.

«Si le ha pasado algo... si una bala perdida...»

No podía respirar. El pánico era un ácido que me quemaba las venas.

Rodeé el edificio principal a la carrera, con el dedo en el gatillo, listo para disparar a cualquier cosa que se moviera. Llegué a la zona trasera, un área de tierra y hormigón donde guardábamos los contenedores y donde Raven se había empeñado en poner plantas.

Estaba desierto.

Había sacos de tierra volcados. Macetas rotas en el suelo. Herramientas de jardinería abandonadas apresuradamente.

—¡Bianca! ¡Raven!

Un sonido. Un roce detrás de una pila de palés de madera y sacos de abono apilados contra la pared de ladrillo.

Apunté el rifle.

—¡Sam!

Una cabeza rubia se asomó tímidamente. Raven. Estaba pálida, con tierra en la cara y una pala de jardinería agarrada con ambas manos como si fuera un bate de béisbol.

Y a su lado...

Bianca se levantó despacio.

Estaba sucia. Tenía las manos negras de tierra y los ojos desorbitados por el miedo. Pero estaba de pie.

Solté el rifle. Cayó al suelo con un golpe sordo que ni siquiera registré.

Me lancé hacia ellas. Raven se apartó un paso, dejándome vía libre, entendiendo que en ese momento yo solo tenía ojos para una persona.

Llegué hasta Bianca y caí de rodillas frente a ella, agarrándola por la cintura, pegando mi oreja a su estómago, escuchando, sintiendo.

—Sam... —sollozó ella, sus manos yendo a mi pelo, a mi cara sucia de pólvora.

Me levanté de golpe, agarrándola de los hombros. Mis manos, manchadas de salpicaduras de sangre de los atacantes, se movían frenéticamente por su cuerpo. Le toqué los brazos, el torso, las piernas. La giré, buscando agujeros, buscando manchas rojas que fueran suyas.

—¿Estás herida? —pregunté, mi voz un jadeo roto—. ¿Te han dado? ¿Te duele algo? ¡Dímelo!

—No, no... estoy bien —lloraba ella, intentando calmarme—. Escuchamos los disparos... Raven me empujó detrás de los palés... nos quedamos quietas...

—¿Seguro? —Le levanté la cara con las manos, manchándole las mejillas de rojo sin querer—. Joder, Bianca, mírame. ¿Estás segura?

—Estoy bien, Sam. Estoy entera.

El alivio fue tan violento que casi me dobló las rodillas. Solté un sonido que fue mitad gemido, mitad rugido, y la atraje contra mí con una fuerza desesperada.

La abracé como si quisiera fundirla en mis huesos. Enterré la cara en su cuello, respirando el olor a tierra y a su perfume, intentando borrar el olor a muerte que traía conmigo.

—Pensé que... —Mi voz se quebró—. La pesadilla... Pensé que te había perdido. Pensé que no había llegado a tiempo.

—Estoy aquí —susurró ella, aferrándose a mi chaleco táctico, clavando los dedos en el Kevlar—. Nos has salvado. Oímos los disparos... y luego se acabaron. Sabía que eras tú.

La besé. No fue un beso suave. Fue un beso de pánico y posesión, un beso hambriento y desordenado. Le besé la boca, los ojos, la frente, comprobando cada centímetro de piel, asegurándome de que estaba caliente, de que estaba viva.

—Lo siento —murmuré contra su boca—. Lo siento. Casi te matan.

—No ha pasado nada —dijo ella, valiente, aunque sentía cómo temblaba contra mí—. Estamos bien. Soy yo la que debería disculparme, quizá es a mí a quién buscaban.

Levanté la vista por encima de su hombro. Raven estaba apoyada contra la pared, con la pala aún en la mano, mirándonos con los ojos llenos de lágrimas pero con una sonrisa temblorosa.

—Buen trabajo, Raven —le dije, con la voz ronca—. Buen trabajo protegiendo la posición.

Raven asintió, sorbiendo por la nariz.

—Nadie se mete con las chicas Tucker en su jardín.

Volví a mirar a Bianca. Estaba sucia, asustada y en medio de una zona de guerra. Y nunca la había querido tanto como en ese maldito momento.

La levanté en brazos, ignorando sus protestas.

—Nos vamos dentro. Al búnker. Y no vas a salir de allí hasta que no sea seguro.

—Sam, puedo andar...

—No hoy —gruñí, apretándola contra mi pecho mientras caminaba de vuelta hacia la seguridad del edificio, dejando atrás el jardín destrozado y los cuerpos que regaban nuestro patio delantero.

Subí las escaleras hacia el apartamento de dos en dos, con la sangre zumbando en mis oídos. Abrí la puerta y entré, cerrando con el cerrojo y echando la cadena de seguridad con movimientos bruscos. La cerradura principal estaba reventada por la patada de antes. Ya me encargaría de eso después.

Solté a Bianca en el centro del salón. Estaba pálida, sus ojos grandes fijos en mí, esperando. Dio un primer paso hacia mí.

—Sam...

No la dejé hablar. No podía escuchar palabras. Necesitaba algo más primario.

Crucé el salón como un animal hambriento. La agarré por la nuca y estrellé mi boca contra la suya. No fue un beso; fue una colisión. Fue un reclamo desesperado de vida en medio de la muerte que habíamos rozado. Sentí que siempre acababa así, necesitando sentirla después de casi perdernos. Era lo único real que me mantenía cuerdo.

Bianca no retrocedió. Se aferró a mi chaleco táctico, abriendo la boca, recibiéndome con la misma urgencia salvaje.

—Estás aquí —gruñí contra sus labios, mis manos bajando por su cuerpo, comprobando por enésima vez que estaba entera, que era sólida.

La empujé hacia atrás hasta que sus piernas chocaron contra el sofá, y luego al suelo. No llegamos a la alfombra. Caímos sobre la madera dura y fría, un enredo de extremidades y desesperación.

—Sam, por favor... —suplicó ella, tirando de mi cinturón.

Me arranqué el equipo. El chaleco, la camiseta, las armas. Todo voló lejos. Le bajé los pantalones y la ropa interior de un tirón, sin molestarme en quitárselos del todo.

Me metí entre sus piernas y entré en ella de una sola embestida, brutal y profunda.

Bianca gritó, arqueando la espalda contra el suelo, clavando sus uñas en mis hombros desnudos.

—Sí...

Me moví con una violencia que nacía del pánico. Cada empuje era una forma de borrar la imagen de ella escondida tras los palés. Cada vez que nuestros cuerpos chocaban, intentaba sacudirme el terror de haberla perdido.

La follé con fuerza y con una necesidad que me quemaba las entrañas. Ella me devolvió cada movimiento, envolviéndome con sus piernas, mordiéndome el cuello, anclándome a la tierra.

—Mía —jadeé, el sudor cayéndome por la frente—. Sigues aquí. Eres mía.

—Soy tuya, Sam. Estoy viva.

El clímax nos alcanzó rápido, explosivo. Me corrí con un rugido que me desgarró la garganta, vaciándome en ella, aferrándome a su cuerpo como si fuera lo único que impedía que me cayera al abismo.

Me desplomé sobre ella, mi peso aplastándola contra el suelo, pero ella no se quejó. Me rodeó con sus brazos y piernas, sujetándome fuerte.

Deslicé mi cuerpo hacia abajo hasta que mi cabeza quedó apoyada sobre su pecho desnudo, justo encima de su corazón.

Cerré los ojos.

El silencio del apartamento volvió, pesado y denso. Pero ahí estaba.

Pum-pum. Pum-pum. Pum-pum.

El latido de su corazón. Fuerte. Constante.

Me quedé allí, inmóvil, respirando el olor a tierra y sudor de su piel, dejando que ese ritmo calmara el caos en mi cabeza. Mientras ese corazón siguiera latiendo, yo podía seguir respirando. Pero el terror de hoy me había enseñado algo que no quería admitir: si ese sonido se detenía, el mío se detendría con él.

CAPITULO 22

Bianca

La mañana después del ataque, el aire en el complejo seguía oliendo a humo y a tensión residual. Había equipos de construcción reparando la verja y patrullas dobles en cada esquina.

Pero yo no tenía miedo. Tenía una misión.

Caminé hacia el despacho de Sam con la determinación de quien va a la guerra, pero esta vez no llevaba armadura de cuero. Llevaba mis vaqueros, mis botas y mi corazón en la mano, listo para ser ofrecido o destrozado.

Toqué la puerta y entré sin esperar respuesta.

Sam estaba de pie junto a la ventana, mirando el patio con esa vigilancia eterna que lo definía. Al verme, se giró. Su hombro estaba vendado bajo la camisa, su herida de bala se había abierto tras el ataque, y tenía ojeras profundas, pero seguía siendo la cosa más sólida de mi mundo.

—Bianca —dijo, con un tono de advertencia suave—. Deberías estar descansando. Ayer fue...

—Ayer casi te pierdo —le corté, cerrando la puerta tras de mí y echando el pestillo. No quería interrupciones. No para esto.

Caminé hasta el centro de la habitación. Él me observó, cauto, detectando el cambio en mi energía.

—Y me di cuenta de que no voy a esperar a que Sandro tome Nueva York, ni a que tú decidas qué es lo mejor para mí —dije, mi voz firme aunque mis manos temblaban—. Tengo que decirte algo, Sam. Y vas a escucharme hasta el final sin interrumpirme con tu lógica de mártir.

Sam se cruzó de brazos, apoyándose en el alféizar.

—Te escucho.

Respiré hondo, reuniendo todo el valor que había acumulado durante años de silencio.

—Estoy enamorada de ti.

Sam se quedó inmóvil. Ni un parpadeo. Ni un respiro.

—No es gratitud —continué, dando un paso hacia él—. No es síndrome de Estocolmo. No es miedo a estar sola. Te quiero a ti. Al hombre que me salvó en un callejón, al que me hace reír en las cenas con Erin, y al que se despierta gritando por las noches.

—Bianca... —empecé a ver el pánico en sus ojos, el instinto de huida.

—No. He. Terminado. —Levanté una mano y endurecí el tono—. Me dijiste que querías que fuera libre. Que querías que tuviera una vida. Pues bien, he pensado en mi libertad. Y me he dado cuenta de que la libertad no sirve de nada si estoy vacía. No quiero una libertad que me rompa el corazón.

Llegué hasta su escritorio, apoyando las manos en la madera, inclinándome hacia él.

—Chicago es mi casa ahora, Sam. Brynn, Raven, Olivia, Erin... son mi familia. Tú eres mi familia. No voy a abandonaros. No voy a irme a Cornell ni a California para estar segura y miserable.

Sam abrió la boca, probablemente para decirme que era peligroso, que estaba loca.

—No voy a ir a ninguna universidad presencial —sentencié, cortando lo que fuera a decir—. Me he inscrito esta mañana en el programa online de la Universidad de Illinois. Voy a estudiar botánica, sí. Pero lo haré desde aquí. Compaginándolo con mi trabajo en Wild Bloom. Y compaginándolo con mi vida en este club.

—¿Tu vida en el club? —repitió él, su voz ronca, como si no pudiera procesar las palabras.

—Sí. Mi vida como tu mujer. Como tu compañera. —Le sostuve la mirada, desafiándole a negarlo—. Te elijo a ti, Sam Tucker. Con tus

cicatrices, con tus enemigos y con tu caos. Te elijo a ti cada maldita vez. Así que deja de intentar echarme, porque no me voy a ir.

Sam me miró como si acabara de ver un milagro o una catástrofe. Vi la barrera de sus ojos romperse. Vi la esperanza, cruda y dolorosa, luchar contra su miedo.

Se separó de la ventana, caminando hacia mí despacio, como si temiera que yo fuera un espejismo que se desvanecería si hacía un movimiento brusco.

—Bianca... —susurró, llegando frente a mí. Levantó la mano sana, sus dedos rozando mi mejilla con una reverencia temblorosa —. ¿Tienes idea de lo que me estás diciendo?

—Tengo idea de que te amo —dije, girando la cara para besar su palma—. Y creo que tú también me amas, aunque seas demasiado cabezota para admitirlo.

Sam soltó un suspiro roto. Sus ojos brillaron, húmedos. Abrió la boca, y supe que iba a decirlo. Supe que iba a rendirse.

BRRRRNG. BRRRRNG.

El teléfono de su escritorio sonó. Un tono estridente, urgente, de línea roja.

El momento se hizo añicos.

Sam cerró los ojos, maldiciendo por lo bajo, con una frustración que casi hizo temblar la habitación.

—No lo cojas —pedí, agarrándole la camisa.

—Es la línea segura —dijo, abriendo los ojos. La ternura había desaparecido, reemplazada por el deber—. Solo suena si es Sandro. O una emergencia de nivel uno.

Se apartó de mí, a regañadientes, y descolgó el teléfono.

—Tucker.

Escuché el silencio de la escucha. Y luego, vi cómo el color abandonaba la cara de Sam. Su expresión pasó de la emoción contenida a una máscara de piedra fría y letal.

—Entendido —dijo, su voz sonando como hielo seco—. Voy para allá.

Colgó el teléfono con lentitud.

—Sam... —dije, sintiendo un frío repentino en la espalda—. ¿Qué pasa?

Él me miró, y la mirada que me dio me heló la sangre.

—Tenemos que hablar, Bianca. Pero ahora no. —Caminó hacia la puerta, cogiendo su arma del cajón—. Ve a casa. Cierra con llave. No le abras a nadie que no sea yo.

—¡Sam!

Pero ya se había ido, dejándome sola con mi confesión flotando en el aire y el presentimiento terrible de que el destino acababa de jugarnos su peor carta.

◆ ◆ ◆

Sam tardó horas en volver al apartamento. Cuando finalmente cruzó la puerta, la oscuridad de la noche ya se había instalado en Chicago y en su rostro.

No me saludó. No me besó. Se quitó la chaqueta con movimientos pesados, dejó el arma sobre la mesa de la entrada con un ruido metálico deliberado y se dirigió a la nevera para sacar una cerveza.

Me quedé en el sofá, observándole. Sabía lo que estaba haciendo. Estaba construyendo el muro otra vez. Ladrillo a ladrillo.

Se sentó en el sillón frente a mí, no a mi lado. Bebió un trago largo y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Ha pasado la emergencia? —pregunté.

—Por ahora. —Me miró, y sus ojos eran fríos, calculadores—. Pero eso no importa. Tenemos que terminar la conversación de esta mañana.

—Bien. —Me enderecé—. Te dije que te quiero. Te dije que me quedo.

—Me dijiste que elegías esta vida —corrigió él, inclinándose hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Pero el problema, Bianca, es que no tienes ni puta idea de lo que es "esta vida".

—Llevo semanas viviendo aquí, Sam. He visto el club. He visto a las familias.

—Has visto la barbacoa. Has visto la fachada. —Soltó una risa áspera—. Has visto la parte romántica de la hermandad y las motos brillantes. Pero no has visto lo que hay debajo del asfalto.

Dejó la cerveza en el suelo y me señaló con un dedo acusador.

—Legend MC es un negocio legal, sí. Tenemos los talleres, los bares, pagamos impuestos. De cara al gobierno, somos ciudadanos ejemplares. Pero en la calle... en la calle somos otra cosa.

—Sois vigilantes —dije—. Mantenéis el barrio seguro.

—No somos la policía, Bianca. No leemos derechos ni ponemos multas. —Su voz se endureció—. Mantenemos las calles limpias de drogas y prostitución, sí. Pero ¿cómo crees que lo hacemos? ¿Crees que se van porque se lo pedimos por favor?

Se levantó y empezó a caminar por el salón, su sombra alargándose en la pared.

—Requiere violencia. Requiere intimidación. Cuando un camello intenta vender mierda a los críos en nuestro territorio, no llamamos al 911. Lo buscamos. Le rompemos las piernas. Y si no entiende el mensaje, lo hacemos desaparecer. —Se detuvo frente a mí—. Eso es lo que soy. Un hombre que rompe huesos para mantener el orden.

No aparté la mirada.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. —Se agachó para quedar a mi altura—. Tenemos que lidiar con escoria cada día. Pandilleros, traficantes, gente que te cortaría el cuello por cinco dólares. Y tenemos que ser peores que ellos para que nos respeten.

Hizo una pausa, buscando el golpe de gracia.

—Y luego están los rusos. La Bratva.

—¿Volkov? —pregunté.

—Maksim Volkov. —Sam asintió, sombrío—. Tenemos una relación "cordial". Nos toleramos. Hacemos negocios puntuales. Pero no te engañes, Bianca. No somos amigos. Los rusos son tiburones. Si mañana Volkov decide que Legend es un estorbo, o que quiere nuestros terrenos... la cordialidad se acaba y empieza la carnicería. Vivimos con una espada sobre la cabeza cada maldito día.

Me miró con intensidad, esperando ver el miedo en mis ojos. Esperando que la niña rica de Nueva York saliera corriendo al oír hablar de romper piernas y guerras con la mafia rusa.

—Esa es mi vida, Bianca —sentenció—. Violencia. Sangre. Alianzas con criminales. Miedo constante. No hay invernaderos, ni paz, ni finales felices. Solo hay supervivencia. Y tú... tú eres demasiado buena, demasiado limpia para mancharte con esta mierda.

Se quedó callado, respirando agitadamente, esperando mi renuncia.

Lo miré. Lo miré de verdad.

Vi al hombre que intentaba asustarme. Vi al hombre que estaba enumerando todos sus pecados y peligros para darme una excusa para irme, porque él no tenía la fuerza para echarme si yo decidía quedarme.

Me levanté despacio y caminé hacia él. Sam se tensó, pero no retrocedió.

—¿Has terminado? —pregunté suavemente.

—Bianca, no lo entiendes...

—Lo entiendo perfectamente. —Le puse las manos en el pecho, sintiendo el latido furioso de su corazón—. Me estás intentando asustar. Me estás enseñando los dientes del lobo para que Caperucita corra hacia el bosque.

Sam apretó la mandíbula.

—Te estoy enseñando la realidad.

—La realidad es que crecí con un hombre que usaba la violencia para intimidar, para controlar y para destruir. —Mis dedos se clavaron en su camiseta—. Mi padre cortaba dedos porque alguien le miraba mal. Carlo marcaba mujeres por placer. Eso es oscuridad, Sam. Eso es maldad.

Subí una mano a su mejilla, acariciando la barba incipiente.

—Tú usas la violencia para proteger. Rompes piernas para que no vendan droga a los niños. Te enfrentas a los rusos para mantener tu casa segura. —Le sonreí, triste pero firme—. No eres un monstruo, Sam. Eres el guardián de la puerta. Y si crees que un poco de realidad sucia me va a asustar después de haber vivido en el infierno dorado de mi padre... es que no me conoces en absoluto.

Sam cerró los ojos, derrotado por mi lógica, o quizás por mi tacto.

—No encajas aquí —murmuró, débilmente.

—Encajo donde tú estés —repliqué—. Y si eso significa lidiar con la Bratva y curarte los nudillos cuando vuelvas de limpiar las calles, entonces lo haré. Porque te prefiero a ti, con toda tu violencia protectora, que a cualquier paz vacía lejos de aquí.

Sam soltó un suspiro que pareció vaciarle los pulmones. Abrió los ojos y me miró con una mezcla de desesperación y adoración.

—Eres terca como una mula.

—Soy una Tucker y una Malavolta —le corregí —De algo me tenía que servir.

Me atrajo hacia él y me besó con desesperación, un beso duro y breve. Sam se separó de mí, despacio, como quien despega una venda de una herida reciente. Sus manos, que segundos antes me sujetaban con desesperación, se deslizaron de mi cintura y cayeron a sus costados.

Dio un paso atrás. El muro había vuelto a subir. Ladrillo a ladrillo, mortero a mortero, se estaba encerrando de nuevo en su fortaleza.

—Ve a dormir, Bianca —dijo. Su voz era plana, desprovista de la emoción que acababa de mostrarme—. Mañana será un día largo.

—Sam...

—Tengo que bajar. —Se giró, evitando mi mirada—. Tengo que revisar los informes de vigilancia con Wolf. No subiré a dormir. Me quedaré en el despacho.

No esperó mi respuesta. Cogió su chaqueta, abrió la puerta y salió, llevándose consigo todo el calor de la habitación.

El sonido del cerrojo al cerrarse resonó como un portazo en mi cara.

Me quedé de pie en medio del salón, sola. El silencio se abalanzó sobre mí, pesado y asfixiante.

Me abracé a mí misma, sintiendo un frío que calaba hasta los huesos. Me senté en el sofá, encogiéndome, y dejé que la primera ola de tristeza me golpeara.

Dolía. Joder, dolía mucho más que cualquier golpe físico.

Le había ofrecido todo. Mi corazón, mi futuro, mi lealtad. Le había dicho que le amaba. Y él me había respondido con una lista de peligros y una huida cobarde a su despacho.

Las lágrimas resbalaron por mis mejillas, calientes y silenciosas. Lloré por él. Lloré por el hombre que estaba tan convencido de ser veneno que no podía ver que era mi cura. Lloré porque sabía que, ahora mismo, él estaba ahí abajo, probablemente mirando una pared, odiándose a sí mismo por desearme.

Pero entonces, mientras me secaba las lágrimas con el dorso de la mano, la tristeza empezó a mutar.

Se volvió caliente. Se volvió afilada.

Me puse de pie de un salto y agarré un cojín del sofá. Lo lancé con todas mis fuerzas contra la pared opuesta.

—¡Imbécil! —grité al apartamento vacío.

La rabia me inundó, barriendo la autocompasión.

Estaba enfadada. Estaba furiosa con él.

¿Quién se creía que era para decidir por los dos? ¿Quién le había dado el derecho de ser el mártir de esta historia?

—¡Cabezota! —caminé de un lado a otro del salón, gesticulando como si él estuviera allí para verme—. ¡Eres un maldito cabezota arrogante!

Me enfadaba que priorizara su promesa a Sandro sobre mis sentimientos. Me enfadaba que se aferrara a ese estúpido plan de divorcio como si fuera la única tabla de salvación en el océano, cuando yo estaba allí, ofreciéndole un barco entero.

Quería cumplir su promesa a toda costa. Quería ser el héroe que salva a la chica y luego cabalga hacia el atardecer solo.

—Pues tengo noticias para ti, Sam Tucker —siseé, mirando la puerta por la que había desaparecido—. No soy una damisela en apuros de tus cuentos. Soy una Malavolta. Y somos muy malos aceptando un "no" por respuesta.

Me fui a la habitación, pero no para llorar en la almohada. Me fui para planear.

Si él quería guerra, tendría guerra. Si quería empujarme fuera, yo iba a clavar los tacones en el suelo hasta que la tierra temblara.

CAPITULO 23

Sam

El güisqui barato del bar de la casa club quemaba más que el *Macallan* que tenía en mi apartamento, pero eso era exactamente lo que buscaba. Quería que ardiera. Quería que el fuego en mi garganta ahogara el eco de su voz diciéndome «Te elijo a ti».

Me serví otro vaso, llenándolo hasta el borde.

Estaba solo en la barra. El local estaba cerrado, las luces bajas, las sillas subidas a las mesas. Solo el zumbido de la nevera y mi propia miseria me hacían compañía.

Había huido.

El presidente de Legend MC, el hombre que no retrocedía ante balas ni cuchillos, había huido de una mujer de cincuenta y siete kilos porque le había ofrecido su corazón.

Era patético.

—Sabía que te encontraría aquí.

La voz de Olivia rompió mi aislamiento. No me giré. Escuché el sonido de sus botas acercándose y el arrastrar de un taburete a mi lado.

Olivia se sentó, quitándose la chaqueta de cuero. No me preguntó. Cogió la botella, agarró un vaso limpio de la bandeja y se sirvió un trago.

—¿Celebrando tu estupidez? —preguntó, antes de beber —Raven ha llamado. Parece ser que Bianca le ha contado algo interesante.

—Vete a casa, Olivia.

—Esta es mi casa tanto como la tuya. Y tú eres mi hermano, así que tengo derecho a decirte cuando la estás cagando. Y, Sam... la estás cagando a niveles estratosféricos.

Golpeé el vaso contra la barra.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —Olivia se giró hacia mí, sus ojos ámbar brillando en la penumbra—. Bianca te ha dicho que te quiere. Te lo ha dicho a la cara. ¿Y qué has hecho tú? ¿Salir corriendo a esconderte en el bar como un adolescente asustado?

—La estoy protegiendo —gruñí—. De mí. De esta vida. ¿Crees que no la quiero? Joder, Olivia, la quiero tanto que me duele respirar. Pero mírame. Mira dónde vivimos.

—Hablas como un idiota —me acusó —¿Esta vida? ¿Dónde vivimos? —me señaló con un dedo acusatorio —Vivimos en un mundo caótico y violento, sí. Pero es un mundo real, dónde la hermandad, la lealtad y el honor están por encima de las gilipolleces de otros. Protegemos a los que amamos, protegemos nuestro territorio y a nuestra gente. Y eso es honorable. Deberías sentirte orgulloso de ello, joder.

La miré fijamente, no le faltaba razón. Estaba orgulloso de la hermandad, de cuidar a los míos. Pero no podía soportar la idea de perder a alguien a quién amaba.

—Mira lo que pasó hace unos días en este mismo patio. Casi la matan por estar conmigo.

—Sospecho que ese ataque se produjo porque ella está aquí y no al revés. Además, tu la salvaste.

—Esta vez. —Me giré hacia ella, furioso—. ¿Y la próxima? ¿Y si la próxima vez no llego a tiempo? No puedo condenarla a vivir con una diana en la espalda para siempre. Merece paz. Merece una vida normal.

—Ella ya tiene una diana en la espalda sin tu ayuda. Es la hija del Don de la *Cosa Nostra*, ¿recuerdas?

No dije nada. Olivia me miró en silencio durante un largo momento, evaluándome. Luego, soltó una risa fría, sin humor.

—Eres un idiota, Sam. Un idiota noble, pero un idiota al fin y al cabo.

—Cuidado, Liv.

—No, escúchame tú a mí. —Se inclinó hacia delante—. Tu plan maestro es darle el divorcio cuando Sandro tome el control, ¿verdad? Dejarla libre.

—Sí. Es lo correcto.

—Vale. Digamos que lo haces. Firmas los papeles. Ella deja de ser tu mujer. —Olivia hizo una pausa dramática—. ¿Y luego qué?

—Luego se va. A California. A Cornell. A donde quiera.

—¿Y si no se va? —preguntó Olivia suavemente.

Me quedé helado.

—¿Qué?

—Bianca tiene un trabajo aquí. En Wild Bloom. Tiene a Brynn. Tiene a las chicas. Tiene una vida en Chicago que le gusta. Tú no puedes echarla de la ciudad, Sam. No eres el rey de Illinois. Si ella decide quedarse en su apartamento y seguir vendiendo flores... se quedará.

No había pensado en eso. Mi cerebro se había aferrado a la idea de que "libertad" significaba "distancia".

—¿Y sabes qué pasará si se queda? —continuó Olivia, y su voz se volvió una cuchilla afilada—. Que la verás. Te cruzarás con ella en la calle. La verás en el *Vinyl* cuando vayas a ver a Asher.

—Puedo manejarlo.

—¿Seguro? —Olivia sonrió con crueldad—. ¿Podrás manejarlo cuando empiece a salir con otro?

Sentí como si me hubieran clavado un picahielo en el pecho.

—¿Otro?

—Es una mujer joven, guapa e inteligente. Y estará soltera. —Olivia se encogió de hombros—. Conocerá a alguien. Un tipo normal.

Un contable, quizás. O un abogado. Alguien seguro, como tú quieres. Alguien que la lleve al cine los domingos y no tenga pistolas en la mesilla de noche.

La imagen se formó en mi mente con una claridad nauseabunda. Bianca sonriendo a otro hombre. Bianca en la cama de otro hombre. Bianca gimiendo el nombre de otro hombre.

Mi mano apretó el vaso con tanta fuerza que temí que estallara.

—Cállate.

—Se casará con él —siguió Olivia, implacable—. Tendrá los hijos que tú no te atreves a tener. Y tú estarás aquí, sentado en este puto bar, viéndola ser feliz con un tipo mediocre que nunca la amará con la intensidad con la que la amas tú, solo porque tuviste demasiado miedo para luchar por ella.

—¡He dicho que te calles! —Rugí, lanzando el vaso contra la pared del fondo. El cristal se hizo añicos con un estruendo satisfactorio.

Me levanté, mi pecho subiendo y bajando violentamente. La rabia me cegaba. Los celos, puros y tóxicos, me corrían por las venas como gasolina.

Olivia ni se inmutó. Se terminó su bebida con calma y dejó el vaso en la barra.

—La verdad duele, ¿eh? —Se levantó y se puso la chaqueta—. Piénsalo, Sam. Puedes ser su mártir y perderla para siempre, o puedes ser su marido y protegerla tú mismo. Pero no puedes tener las dos cosas.

Se dio la vuelta y salió del bar, dejándome solo con los cristales rotos y la imagen insoportable de Bianca en brazos de otro.

No podía soportarlo. No podía permitirlo.

Salí del bar como un tornado, cerrando la puerta de un golpe, y crucé el patio hacia el apartamento. Iba a tener esa conversación. Y esta vez, no iba a huir.

Al llegar a la última planta, abrí la puerta del apartamento como si fuera a derribarla.

La rabia que Olivia había encendido en el bar seguía ardiendo, alimentada por el güisqui barato y por la verdad insoportable de sus palabras. «La verás con otro. Tendrá los hijos que tú no te atreves a tener».

Esa imagen me estaba volviendo loco.

Bianca estaba en el salón. No estaba llorando. No estaba haciendo las maletas. Estaba de pie, cruzada de brazos, esperándome con la misma mirada desafiante que tenía el día que nos conocimos.

—¿Has terminado de emborracharte y esconderte? —preguntó, su voz fría y cortante.

Cerré la puerta de un portazo y eché el cerrojo con violencia.

—No me estaba escondiendo.

—Ah, no. Solo huías. —Dio un paso hacia mí—. Como un cobarde.

Me tensé.

—No me llames cobarde, Bianca.

—¡Lo eres! —gritó, perdiendo la compostura—. Eres el hombre más valiente que conozco para todo menos para esto. Puedes matar a un sicario con tus manos, pero te cagas de miedo ante la idea de admitir que quieres quedarte conmigo.

—¡Lo hago por ti! —rugí, acercándome a ella—. ¡Lo hago para que tengas una oportunidad!

—¡No quiero tu oportunidad! —Me empujó el pecho con ambas manos—. ¡Quiero a mi marido!

Me quedé inmóvil, sintiendo sus manos sobre mi corazón desbocado. No sabía que coño responder a eso.

—Escúchame bien, Sam Tucker —dijo, bajando la voz a un susurro tembloroso pero férreo—. Vas a tener que echarme a la fuerza. Vas a tener que arrastrarme por ese pasillo y tirarme fuera de la verja tú mismo. Y aun así... aun así no te librarás de mí.

Me miró a los ojos, desafiante.

—Nunca te firmaré el divorcio. Jamás. A menos que hagas una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunté, con la garganta seca.

—Mírame a la cara —exigió—. Mírame a los ojos y dime que no me amas. Dime que lo de estos meses fue solo sexo. Dime que no sientes nada cuando me tocas.

Me paralicé.

Mi boca se abrió, pero las palabras no salieron. Mi cerebro de soldado buscó todas las opciones de mentiras que podía decirle, la más creíble, la que la alejaría. «No te amo». Eran tres palabras simples. Podía decirlas. Tenía que decirlas.

Pero no pude.

Era incapaz de mentirle. No sobre esto.

Bianca vio mi vacilación y dio el golpe de gracia.

—Dímelo, Sam. —Se acercó más, hasta que su aliento rozó mi barbilla—. Dime que no me amas. Y dime que te da igual si me voy. Dime que no te importará si encuentro a otro hombre. Dime que estarás bien viéndome en brazos de otro, casándome con otro, teniendo los hijos de otro...

Algo se rompió dentro de mí. El dique de contención que llevaba años construyendo estalló bajo la presión de los celos y el terror. La imagen de ella con otro hombre... otro tocándola, otro besando sus cicatrices, otro escuchando su risa. Fue demasiado. Me rompió.

—¡Cállate! —rugí.

La agarré por los brazos y la sacudí, no con violencia, sino con desesperación.

—¡No! —grité, mi voz desgarrándose—. ¡Joder, no! ¡No me da igual!

La empujé contra la pared más cercana, acorralándola con mi cuerpo, necesitando sentirla, olerla, asegurarme de que seguía siendo mía.

—¡Te amo! —confesé, y las palabras salieron como un vómito de sangre, dolorosas y liberadoras—. ¡Te amo, maldita sea! Estoy jodidamente enamorado de ti.

Bianca soltó un pequeño jadeo, sus ojos llenándose de lágrimas.

—Sam...

—¡Eres mía! —La interrumpí, sujetándole la cara con mis manos, obligándola a mirarme—. Mía. De nadie más. Sobre mi puto cadáver otro hombre te tocará. Si alguien intenta ponerte una mano encima, lo mato. Lo mato, Bianca.

Pegué mi frente a la suya, respirando agitadamente, temblando.

—Lo he intentado. Dios sabe que lo he intentado. Quería que fueras libre. Quería que estuvieras lejos de mi oscuridad. —Cerré los ojos, confesando mi mayor debilidad—. Pero en las pesadillas... te veía morir. Cada noche. Te veía caer y yo no llegaba a tiempo. El miedo a perderte me estaba comiendo vivo. Pensé que si te alejaba, estarías a salvo. Que si no eras mía, no te perdería.

—No me vas a perder —susurró ella, sus manos acariciando mis muñecas—. Estoy aquí.

Abrí los ojos. La miré con una intensidad que ya no ocultaba nada.

—Si te quedas... —le advertí, mi voz ronca y grave—. Si te quedas ahora, después de saber esto... es para siempre, Bianca. No hay vuelta atrás. No hay divorcio.

Le acaricié el labio inferior con el pulgar.

—No valen medias tintas conmigo. Si te quedas, te quedas en el barro, en la sangre y en el búnker. Te quedas con mis demonios y con mi guerra. Te ato a mí hasta que nos muramos.

—¿Es una amenaza? —preguntó ella, y vi una sonrisa temblorosa en sus labios.

—Es una promesa. No puedo resistirme más. Ya no puedo dejarte ir. Soy demasiado egoísta para dejarte ir.

Bianca se puso de puntillas. Rodeó mi cuello con sus brazos y me miró con esa valentía que me había enamorado desde el primer día

en la floristería.

—No quiero irme, Sam. Átame.

La besé. Y esta vez, no fue un beso de despedida. Fue un beso de contrato vitalicio. Un beso que sellaba mi destino y el suyo. Había perdido la batalla por su libertad, pero había ganado la guerra por mi vida.

Bianca saltó, y yo la atrapé en el aire. Sus piernas rodearon mi cintura con un movimiento fluido y desesperado, sus tobillos cruzándose en mi espalda baja, anclándose a mí como si la gravedad hubiera dejado de existir y yo fuera lo único sólido en el universo.

La besé. No había técnica, no había suavidad. Era una colisión de bocas, dientes y lenguas. Era el sabor de las lágrimas, de la rabia y de una confesión que había tardado demasiado en salir.

Caminé a ciegas hacia el dormitorio, tropezando con la alfombra, golpeando el marco de la puerta con el hombro, pero sin dejar de besarla ni un segundo. Sentía sus manos en mi pelo, tirando, exigiendo más, y las mías apretando sus muslos y su trasero con una fuerza que dejaría marcas.

Llegamos a la cama y nos dejamos caer. No hubo delicadeza. Aterrizamos sobre el colchón en un enredo de extremidades y jadeos.

—Ahora —jadeó ella, sus manos luchando con mi camisa.

El sonido de la tela rasgándose llenó la habitación. Botones saltando, costuras cediendo. No teníamos paciencia para desnudar al otro. Nos arrancamos la ropa como si nos quemara la piel, como si fuera el último obstáculo entre su alma y la mía.

Quedamos semidesnudos, pecho contra pecho, piel ardiendo contra piel.

Me situé entre sus piernas, mi respiración saliendo en ráfagas cortas y roncas. Bianca me miraba, su pecho subiendo y bajando violentamente, su pelo esparcido como un halo oscuro sobre la almohada blanca.

Metí la mano entre sus muslos. No hubo juego previo. La humedad que encontré allí me dijo que ella estaba tan desesperada como yo.

Enganché mis dedos en el borde de sus bragas de encaje y las aparté con un tirón brusco hacia un lado, sin molestarme en quitárselas.

—Mírame —raspé.

Ella clavó sus ojos en los míos. Avellana y negro. Miedo y devoción.

Me empujé dentro de ella.

Entré de un solo golpe, enterrándome hasta la empuñadura. Bianca soltó un grito ahogado, arqueando la espalda, y yo gruñí, sintiendo cómo sus paredes me apretaban, cómo me recibían, cómo me daban la bienvenida a casa.

Me quedé quieto un segundo, vibrando por la intensidad, con la frente apoyada en la suya. Respirábamos el mismo aire. Su aliento entraba en mis pulmones; el mío llenaba los suyos. Éramos un solo organismo luchando por sobrevivir.

—Te amo —dije, y la verdad de esas palabras me golpeó más fuerte que el placer físico.

Empecé a moverme. Embestidas duras, profundas, marcadas por un ritmo de posesión absoluta.

—Te amo —repetí, golpeando dentro de ella—. Te amo.

Bianca gemía, sus uñas clavándose en mis hombros, sus caderas elevándose para encontrarse con las mías en cada impacto. No cerró los ojos. Me miraba fijamente, absorbiendo cada palabra, cada empuje, dejándome ver su alma desnuda.

—Dilo otra vez —suplicó ella, con la voz rota—. Sam, dilo.

—Te amo, Bianca. Te amo. Eres mi puta vida.

La follé con la fuerza de mi juramento. Con cada embestida le estaba diciendo que se quedaba. Que no había divorcio. Que no había huida. Que si el mundo quería llevársela, tendría que pasar por encima de mi cadáver primero.

Y mientras nos movíamos juntos en esa cama, con el sudor mezclándose y nuestros corazones latiendo como martillos de guerra, supe que ya no había vuelta atrás. La había atado a mí. Y ella me había atado a ella. Para siempre.

CAPITULO 24

Bianca

El apartamento olía a romero, limón y pollo asado. Era un olor sencillo, doméstico, pero para mí olía a victoria. Me movía por la cocina con una ligereza que no había sentido en años. No había nudos en mi estómago. No había un reloj invisible contando los días hacia atrás. La maleta mental que había tenido hecha desde que llegué a Chicago había desaparecido.

Sam estaba en el salón, abriendo una botella de vino tinto. Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra ajustada, y aunque seguía pareciendo el hombre más peligroso de la habitación, sus hombros estaban relajados.

Me miró por encima de la barra. Me guiñó un ojo.

El corazón me dio un vuelco. «Mío».

El timbre sonó, seguido del aporreo característico de Raven.

—¡Abrid, que traigo postre y pesa!

Sam abrió la puerta y el torbellino Tucker entró. Raven traía una tarta enorme, Olivia traía dos botellas más de vino, porque una nunca es suficiente con esta familia, y Erin traía su presencia calmada y una sonrisa que iluminó la estancia.

—Huele de maravilla —dijo Erin, dándome un beso en la mejilla.

—Pollo al limón con patatas —anuncié, sacando la fuente del horno—. Cena de domingo.

Nos sentamos alrededor de la mesa. El ambiente era diferente al de la última vez. No había tensión por el ataque, ni secretos oscuros

sobre contratos y divorcios flotando en el aire. Había risas. Había anécdotas sobre el taller. Había vida.

Esperamos a que se sirviera el vino y a que todos tuvieran comida en el plato.

Sam carraspeó. Dejó el tenedor y buscó mi mano sobre la mesa. La agarró fuerte, entrelazando nuestros dedos, dejando que el anillo brillara bajo la luz de la lámpara.

La mesa se calló. Raven se quedó con la copa a medio camino de la boca. Olivia arqueó una ceja, expectante.

—Tenemos que deciros algo —empezó Sam. Su voz era grave, segura.

Miré a las tres mujeres que se habían convertido en mi familia.

—Sabéis cuál era el plan —dijo Sam, directo—. Sabéis que esto empezó como un contrato. Protección a cambio de estatus. Y sabéis que la idea era el divorcio en cuanto Sandro limpiara Nueva York.

Raven hizo una mueca.

—Un plan estúpido, por cierto.

—Lo era —admitió Sam, mirándome. Su mirada se suavizó, y vi todo el amor que me había confesado la otra noche reflejado en sus ojos—. Era un plan de mierda.

Apretó mi mano.

—El contrato se ha cancelado —anunció—. No va a haber divorcio. Ni ahora, ni cuando Sandro tome el control, ni nunca.

Hubo un segundo de silencio.

—Bianca se queda —terminó Sam, con esa posesividad que tanto me gustaba—. Es mi mujer. De verdad. Y para siempre.

El grito de Raven casi rompe los cristales.

—¡SÍ! —Saltó de la silla, levantando los brazos—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que no podrías dejarla escapar! ¡Me debes cincuenta dólares, Olivia!

Olivia, lejos de parecer molesta por perder la apuesta, soltó una risa ronca y satisfecha. Se reclinó en su silla, mirándonos con

aprobación.

—Eres un blando, hermanito —se burló Olivia, aunque sus ojos brillaban—. Te haces el duro, el "Presidente de hierro", pero al final has caído como un tronco.

—Cállate, Liv —gruñó Sam, aunque estaba sonriendo.

—No, en serio —dijo Olivia, levantando su copa—. Me alegro. De verdad. Era doloroso veros intentar fingir que no estabais locos el uno por el otro.

Erin, que había estado callada, sonriendo con ternura, se inclinó hacia nosotros. Puso una mano sobre las nuestras unidas.

—Nunca tuve dudas —dijo Erin, su voz suave cargada de emoción —. Desde el momento en que la trajiste a casa, Sam. Tus ojos cambiaron.

Miró a Sam con orgullo maternal.

—Has dejado de sobrevivir para empezar a vivir, hijo. Y tú, Bianca... —Me apretó la mano—. Tú eres lo mejor que le ha pasado a este hombre testarudo. Le has dado paz.

Sentí que se me humedecían los ojos.

—Él me la ha dado a mí, Erin.

Raven se dejó caer de nuevo en su silla, radiante.

—Esto hay que celebrarlo. ¡Boda real! Bueno, renovación de votos. ¡O una fiesta! ¡Sin tiroteos esta vez!

—Paso a paso, enana —dijo Sam, sirviéndose más vino—. De momento, celebremos que no tengo que firmar papeles de divorcio.

La cena continuó entre bromas sobre lo "domesticado" que estaba el presidente y planes de futuro. Me sentí llena. Llena de comida, de vino y de amor.

Miré a Sam. Él estaba discutiendo con Olivia sobre algo del bar, pero su mano no había soltado la mía en ningún momento. Era mi ancla. Mi hogar.

La tarta que Raven había traído era un monstruo de chocolate y caramelo que amenazaba con dejarnos a todos en coma diabético,

pero nadie se quejó.

Estábamos en los postres, con el ambiente relajado y cálido. Sam tenía su mano apoyada en mi muslo bajo la mesa, un contacto constante que me recordaba que la conversación sobre el "no divorcio" era real.

Raven estaba extrañamente callada mientras servía las porciones. Normalmente, ella era la que llenaba los silencios, pero ahora estaba concentrada en el pastel con una intensidad sospechosa.

—Bueno —dijo de repente, soltando el cuchillo con un ruido metálico—. Ya que estamos con las confesiones y las buenas noticias... tengo una.

Todos la miramos.

—¿Has aprobado el examen de estadística? —preguntó Olivia, llevándose una cucharada de tarta a la boca.

—Mejor. —Raven se irguió, sus ojos azules brillando con una mezcla de emoción y nervios—. He conseguido un trabajo. Un trabajo de verdad.

—¿De verdad? —Sam sonrió—. ¿Dónde?

—En el Centro Comunitario Sauce Rojo.

Erin dejó su tenedor, sorprendida y encantada.

—¿En el Sauce Rojo? ¡Raven, eso es maravilloso! No sabía que habías solicitado plaza allí.

—¿Qué es el Sauce Rojo? —pregunté, curiosa.

—Es el centro comunitario indígena de la ciudad —explicó Sam, apretándome suavemente la pierna—. Es como una embajada de la Reserva aquí en Chicago. Tienen médicos, abogados, ayuda social... Erin pasa allí la mitad de su vida.

—Voy a llevar el programa de refuerzo educativo —continuó Raven, hablando rápido—. Específicamente, el taller de lectoescritura para niños con dificultades de aprendizaje. Empiezo en unas semanas.

Se hizo un pequeño silencio. Todos sabíamos lo que eso significaba. Raven, la chica que había llorado sobre sus libros de texto durante años, la chica que veía las letras bailar, iba a enseñar a leer.

—Vaya —dijo Olivia, y su voz estaba llena de respeto—. Eso es muy valiente, enana. Estoy orgullosa de ti.

La sonrisa de Raven vaciló un poco. Se encogió de hombros, mirando su plato.

—Sí, bueno... Erin me dijo que estaban buscando gente y me lancé. —Su voz bajó de volumen—. Aunque ahora estoy un poco aterrorizada. Quiero decir... yo. Enseñando a leer. ¿Y si lo estropeo? ¿Y si confundo las letras en la pizarra y los niños se dan cuenta? Soy disléxica. ¿Quién soy yo para enseñarles nada?

La inseguridad en su voz era dolorosa. Era la grieta en su armadura brillante.

Erin se inclinó hacia delante.

—Eres exactamente la persona que necesitan, cariño. —Su tono era firme y dulce—. Un profesor normal no entiende la frustración. No entiende el miedo a leer en voz alta. Tú sí. Tú hablas su idioma.

—Erin tiene razón —añadí yo—. Los niños no necesitan a alguien perfecto, Raven. Necesitan a alguien que les diga que no son tontos solo porque su cerebro funcione diferente. Y tú eres la prueba viviente de que se puede superar.

Sam asintió, mirándola con ese orgullo de hermano mayor que siempre intentaba ocultar.

—Eres una Tucker, Raven. Si las letras se mueven, las obligas a quedarse quietas. Lo harás genial.

Raven nos miró, absorbiendo el apoyo, y sus hombros se relajaron.

—Gracias. —Suspiró—. Supongo que será un reto.

—Oh, lo será —dijo Erin, volviendo a su tarta con una sonrisa—. El centro está en plena reorganización. Vamos a tener mucho

movimiento. El lunes se incorpora personal nuevo en el ala médica. Un nuevo médico de cabecera y una psicóloga.

—¿Médico nuevo? —preguntó Olivia—. ¿Quién es?

—No sé el nombre —dijo Erin, pensativa—. Creo que tiene familia en la Reserva, pero realmente no me han informado aún. Dicen que es muy bueno, aunque la directora comentó que tiene un carácter un poco... reservado.

—Genial —bufó Raven, rodando los ojos—. Otro tipo serio. Espero que no sea un amargado. Si tengo que lidiar con niños gritando y con médicos gruñones, voy a necesitar un aumento de sueldo antes de empezar.

Sam se rio.

—Bienvenida al mundo laboral, hermanita.

Levanté mi copa de vino.

—Por Raven —brindé—. Y por los niños del Sauce Rojo. Van a tener a la mejor maestra de Chicago.

—¡Por Raven! —corearon todos.

Raven sonrió, radiante de nuevo, con el miedo a la dislexia eclipsado por el amor de su familia extraña y ruidosa.

◆ ◆ ◆

Las despedidas en el rellano fueron una mezcla de abrazos de oso de Raven y besos suaves de Erin.

—¡No olvidéis la tarta! —gritó Raven desde el pasillo, agitando la mano mientras bajaba las escaleras—. ¡Si me entero de que la tiráis, vendré a por vosotros!

—La comeremos, enana —prometió Sam, apoyado en el marco de la puerta, con el brazo alrededor de mi cintura.

Erin nos sonrió una última vez antes de seguir a Raven.

—Descansad, chicos. Os lo merecéis.

Nos quedamos en la puerta, viendo cómo bajaban. La calidez de la cena, la euforia de la "no ruptura", seguía flotando a nuestro

alrededor como una burbuja dorada.

Pero Olivia no bajó.

Se quedó parada en el último escalón del rellano, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero. Se giró despacio, mirándonos. Su expresión ya no era la de la hermana bromista que había brindado con vino hacía diez minutos. Era la de la estratega del club. La mujer que revisaba los libros de cuentas y los perímetros de seguridad.

—Ha sido una buena noche —dijo Olivia. Su voz resonó en el hueco de la escalera.

—Lo ha sido —coincidí.

Olivia asintió, pero no se movió. Sus ojos ámbar se clavaron en Sam, y luego en mí.

—Disfrutadlo —dijo—. Pero no os durmáis.

Sentí cómo el brazo de Sam se tensaba alrededor de mi cintura.

—No estamos durmiendo, Liv —respondió él, su tono endureciéndose ligeramente.

—Sí, lo estáis. —Olivia subió un escalón, acercándose de nuevo—. Estáis reaccionando. Esperáis a que el sicario aparezca en el callejón. Esperáis a que tiroteen el bar. Esperáis a que Sandro llame desde Nueva York.

Nos miró con una intensidad que helaba la sangre.

—Estáis jugando a la defensa. Y en este juego, el que juega a la defensa acaba perdiendo. O muerto.

—¿Qué sugieres? —preguntó Sam.

—Sugiero que cambiéis el tablero. —Olivia señaló hacia el este, hacia donde estaría Nueva York—. El Don cree que sois presas. Cree que estáis escondidos en vuestro agujero esperando su golpe.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran.

—Es hora de dejar de esperar. Es hora de dar el primer golpe. Si queréis que esto termine de verdad, si queréis que Bianca sea libre sin tener que mirar por encima del hombro el resto de su vida...

tenéis que atacar antes de que ellos vuelvan a disparar. Obligarlos a moverse y que así cometan un error.

Sam y yo nos quedamos en silencio. La lógica de Olivia era aplastante. Habíamos estado tan concentrados en fortificar el muro que habíamos olvidado que la mejor defensa es un buen ataque.

—Piénsalo, Sam —dijo Olivia, dándose la vuelta—. La paz es bonita. Pero la guerra se gana manchándose las manos.

Bajó las escaleras, sus botas resonando en el hormigón, dejándonos solos en la puerta.

Miré a Sam. Su mandíbula estaba apretada, sus ojos oscuros perdidos en el vacío, procesando la verdad brutal de su hermana.

—Tiene razón —susurré, rompiendo el silencio.

Sam bajó la mirada hacia mí.

—Sí —admitió, con voz grave—. La tiene. Hemos estado esperando a que Sandro nos salve. A que el tiempo pase.

Me acarició la mejilla con el pulgar, pero su toque tenía un nuevo peso. Una nueva urgencia.

—Se acabó la espera, Bianca. Olivia tiene razón. Si queremos un futuro... vamos a tener que ir a arrancárselo de las manos a tu padre.

Asentí, sintiendo cómo la burbuja dorada de la cena estallaba, reemplazada por el acero frío de la determinación.

—Estoy lista —dije.

Sam cerró la puerta del apartamento, echando el cerrojo. Pero esta vez, no sentí que nos encerrábamos para escondernos. Sentí que entrábamos en el cuartel general para planear la ofensiva final.

CAPITULO 25

Sam

Cinco días.

Habían pasado ciento veinte horas desde que Olivia soltó la bomba en la escalera y decidimos dejar de escondernos. Ciento veinte horas de una calma tensa, eléctrica, como el aire estático antes de que un tornado toque tierra.

Estaba en mi despacho, con la persiana bajada, mirando el mapa de Chicago extendido sobre mi escritorio.

Mi cuerpo estaba quieto, pero mi mente corría a mil por hora. Había revisado cada variable. Había comprobado cada ruta. Había limpiado mi arma tres veces esta mañana.

El teléfono seguro, el que solo tenía Sandro, empezó a vibrar sobre el mapa. No sonó. Solo vibró, zumbando contra la madera como una avispa atrapada.

Lo cogí al instante.

—Habla.

La voz de Sandro al otro lado era un susurro urgente, acompañado del ruido de fondo de un motor de turbina.

—Están en el aire, Tucker.

Me puse de pie, sintiendo cómo la sangre se me helaba y hervía al mismo tiempo.

—¿Confirmado?

—Confirmado. Mi padre acaba de despegar de Teterboro en el jet privado. Destino: Aeropuerto Midway, Chicago. —Sandro hizo una pausa, y pude oír el odio en su respiración—. No ha enviado a un

sicario esta vez, Sam. Viene él. Quiere ocuparse del "problema" personalmente. Dice que la familia ha perdido demasiado respeto y que tiene que limpiar la casa él mismo. He plantado la suficiente información para que todo resulte creíble.

—¿Viene solo?

—No. Trae a su guardia personal. Y trae a Carlo.

Apreté el teléfono hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

El nombre actuó como un detonante en mi cerebro. La imagen de las cicatrices en los muslos de Bianca, de su terror nocturno, de su confesión en la oscuridad... todo se agolpó en mi mente. El monstruo venía a reclamar su premio.

—Carlo ha insistido en venir —continuó Sandro, con voz asqueada —. Dice que tiene algo pendiente con su prometida. Que necesita terminar lo que empezó en el ático.

—Ese hijo de puta no va a tocarle un pelo —gruñí, mi voz bajando a ese tono letal que asustaba a mis propios hombres.

—Todo tiene que ir como la seda. Aterrizan en dos horas. Si todo va bien, media hora después estarán frente a Wild Bloom.

—Dos horas —repetí, mirando el reloj de la pared. Las 14:00.

—Sí. Tienen intención de cogerla allí, en público, y llevársela antes de que puedas reaccionar. —Sandro se quedó en silencio un segundo—. Es el momento, Sam. Nada puede fallar hoy...

—No vamos a fallar. Hay ojos en todas las rutas, las salidas están cubiertas, hay sombras en los tejados y las cámaras de tráfico pinchadas. Todo está bajo control.

—Más te vale. Porque si le pasa algo a mi hermana...

—Céntrate en tu parte, Sandro. Yo me encargo de Chicago.

Colgué el teléfono.

El silencio volvió al despacho, pero ahora era diferente. La cuenta atrás se había puesto en marcha y una leve ansiedad se había instalado en mi pecho. La misma que me mantenía alerta en el

desierto. Solo que esta vez estaba en juego la vida de la persona sin la que no podía vivir.

Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera, hacia el cielo gris de plomo que cubría la ciudad.

Bianca estaba en Wild Bloom. Había ido a trabajar esta mañana como cualquier otro día, despidiéndose de mí con un beso que sabía a café y a promesas mudas. Parecía frágil. Parecía expuesta. Una florista sola en un escaparate de cristal, esperando a que el lobo soplara la casa. Me había costado la vida dejarla marchar esta mañana. No importaba el plan, la preparación y la previsión. Mi mujer se dirigía a una trampa y esta vez yo no podía ser su escudo.

Sentí una presión brutal en el pecho. La intranquilidad de saber que el enemigo ya estaba en movimiento, que la serpiente se deslizaba hacia nosotros.

Habíamos hablado de atacar. De dejar de jugar a la defensa. Bueno, las piezas ya estaban en el tablero, solo que la serpiente se creía que llevaba ventaja. No sabía que una manada de lobos estaba preparándose para cortarle la cabeza.

El Don venía a por ella. Carlo venía a por ella. Creían que iban a encontrar a una chica asustada y desprotegida. Creían que Legend era solo un grupo de moteros ruidosos que no sabían jugar en las grandes ligas.

Me ajusté la pistola en la parte trasera de los vaqueros y cogí mi chaleco del respaldo de la silla. Al ponérmelo, sentí el peso familiar de la responsabilidad y la violencia necesaria para mantener el caos a raya.

—Que vengan —susurré a la habitación vacía.

◆ ◆ ◆

Bianca

El aire de la tarde olía a lluvia inminente y a ozono. Salí de Wild Bloom ajustándome la chaqueta de cuero, no solo por el frío, sino porque el peso de la prenda me recordaba a Sam. No miré al otro

lado de la calle, aunque sabía que tenía ojos en mí. También sabía que las sombras en los tejados tenían las miras telescópicas preparadas al menor indicio de que algo iba mal.

Caminé por la acera con naturalidad, manteniendo la compostura como lo haría en un día normal. Mis ojos miraban los escaparates, escaneando el reflejo de los cristales, preparándome para el inicio de la acción.

Estaba tensa. Mi cuerpo entero era un resorte comprimido. Sam había estado extraño esta mañana, silencioso, con esa energía oscura vibrando a su alrededor. Llevábamos días preparando esto, pero llegado el momento la posibilidad de perderme lo estaba comiendo vivo.

Llegué a la esquina. El semáforo estaba en rojo para los peatones. Esperé, tamborileando los dedos contra el asa de mi bolso. Mientras con la otra tocaba el colgante dorado y circular que me había colocado esta mañana al cuello.

Un chirrido de neumáticos rompió el ritmo normal del tráfico.

Giré la cabeza.

Una furgoneta negra, con cristales tintados, subió al bordillo a menos de un metro de mí, bloqueándome el paso y ocultándome de la vista de la calle principal.

La puerta lateral se deslizó con un estruendo metálico.

—¡Ahora!

No tuve tiempo de correr. Ni siquiera tuve tiempo de sacar el spray de pimienta.

Dos brazos fuertes me agarraron por la chaqueta y tiraron de mí hacia la oscuridad del vehículo. Mis pies dejaron el suelo.

Grité, un chillido agudo y desesperado que me rasgó la garganta. Sabía que nadie podía escucharme, pero debía resultar creíble si queríamos que el plan saliera bien.

—¡Cállala!

Caí sobre el suelo metálico de la furgoneta. Antes de que pudiera tomar aire para gritar de nuevo, una mano con olor a tabaco y cuero

me cubrió la boca y la nariz para instantes después atarme una mordaza.

Sentí el tirón brutal en mis muñecas. Una brida de plástico se cerró, mordiéndome la piel. «Atada». El terror estalló en mi cabeza como una bomba. Los recuerdos del ático polvoriento invaden mi mente. Intento respirar hondo, practicando las inspiraciones que me enseñó Sam.

La furgoneta aceleró, lanzándome contra la pared lateral.

—Bienvenida de nuevo, *tesoro*.

Esa voz. Esa maldita voz aceitosa y cruel. Un profundo asco se abrió paso en mi pecho, olvidando el pánico inicial. El asco y la rabia eran mucho más saludables.

Levanté la vista, luchando contra las náuseas. Evalué mentalmente mi entorno. Había cuatro hombres. El conductor, dos gorilas armados que me miraban con indiferencia profesional, y él. Sentado en el asiento del copiloto, girado hacia atrás, mirándome con una sonrisa que helaba la sangre.

Carlo Volpetti.

Estaba igual que en mis pesadillas. Traje caro, pelo engominado hacia atrás y esos ojos muertos de tiburón.

—Te hemos echado de menos, Bianca —dijo Carlo, estirando una pierna para darme un golpecito en el zapato con la punta de su mocasín—. Especialmente yo. Tenemos muchos asuntos pendientes.

Me retorcí, intentando alejarme de él, pero el espacio era minúsculo.

—Ahorra energía —se burló—. El viaje es corto. Tu padre no es un hombre paciente.

La furgoneta devoró kilómetros. Vi pasar luces borrosas a través de la rendija de la separación del conductor. Salíamos de la ciudad. Hacia las afueras.

Mi corazón latía tan fuerte que me dolía el pecho. «Sam. No te retrases».

El vehículo frenó bruscamente, lanzándome hacia delante. Los neumáticos crujieron sobre la grava y se detuvieron.

La puerta se abrió. El ruido de motores de avión ahogó cualquier otro sonido. Estábamos en un aeródromo privado.

—Sacadla —ordenó Carlo.

Los dos gorilas me agarraron de los brazos y me arrastraron fuera. Mis piernas fallaron al tocar el suelo, entumecidas por la postura. El viento del aeródromo me golpeó la cara, desordenando mi pelo.

Frente a nosotros, un jet privado de color gris oscuro tenía los motores en marcha, listos para el despegue. Y al pie de la escalerilla, esperándome como la parca con un abrigo de cachemir, estaba Francesco Malavolta.

Mi padre.

Me arrastraron hasta él. Me obligaron a ponerme de rodillas sobre el asfalto.

Levanté la barbilla, negándome a bajar la mirada.

—Padre —dije, aunque la mordaza amortiguó la palabra.

Él me miró con un desprecio absoluto. No había amor, ni preocupación. Solo la furia fría de un dueño al que le han robado una propiedad.

—Me has avergonzado, Bianca —dijo. Su voz era tranquila, pero sus ojos prometían dolor—. Has manchado el nombre de la familia viviendo como una ramera con esos salvajes en moto.

Sin previo aviso, su mano cruzó el aire. La bofetada fue tan fuerte que mi cabeza giró hacia un lado y sentí el sabor metálico de la sangre en la boca. Me pitaban los oídos.

—Desobediente —escupió—. Rebelde. Inútil. Perra.

Carlo se acercó, riendo suavemente. Se agachó a mi lado y su mano, fría y húmeda, se deslizó por mi cuello, bajando hacia mi pecho, apretando con una posesividad asquerosa.

—No te preocupes, Don Francesco —susurró Carlo en mi oído—. Yo me encargaré de domarla en Nueva York. Le recordaré a quién pertenece. Tengo nuevas herramientas en el ático.

Me estremecí, el asco compitiendo con el terror.

—Subidla —ordenó mi padre, dándose la vuelta y subiendo las escaleras del avión—. Nos vamos.

Me levantaron en vilo.

Miré hacia la carretera oscura por donde habíamos venido. Estaba vacía.

El miedo amenazaba con tragarme viva. La imagen del ático, del cuchillo, de la jaula, se cernía sobre mí. Pero entonces, recordé la promesa en la oscuridad. Recordé los ojos ámbar de Sam. Recordé el plan.

Apreté los dientes bajo la mordaza.

«Date prisa, Sam»

◆ ◆ ◆

El interior del jet privado olía a cuero nuevo, a abrillantador de madera y a dinero viejo. Era el mismo olor que tenía mi jaula dorada en Nueva York, un aroma que me revolvió el estómago casi tanto como la vista de Carlo frente a mí.

Carlo me empujó por el pasillo estrecho y me lanzó sobre uno de los asientos de cuero crema. El impacto me sacó el aire.

—Siéntate y cállate —siseó.

Mi padre ya estaba acomodado en el asiento de enfrente, con una copa de güisqui en la mano, mirando por la ventanilla con impaciencia. Ni siquiera se giró para mirarme.

—Dile al piloto que despegue ya —ordenó Francesco Malavolta—. Quiero estar en casa antes de la cena. Estoy harto de esta ciudad miserable.

—Enseguida, Don Francesco. —Carlo hizo una señal a uno de los gorilas, que desapareció en la cabina.

Luego, Carlo se volvió hacia mí. Se sentó en el borde de mi asiento, invadiendo mi espacio, sus rodillas aprisionando las mías. Con un movimiento brusco, me bajó la mordaza al cuello.

Boqueé, aspirando aire limpio, tosiendo.

—Ahí está —dijo Carlo, con una sonrisa suave y enferma—. Mucho mejor. Ahora podemos hablar.

Me alejé de él tanto como me permitían las ataduras, pegando la espalda al fuselaje frío. Mis manos estaban atadas a la espalda con bridas de plástico, apretadas hasta cortar la circulación. El pánico arañaba mi garganta, resurgiendo con toda su fuerza. Si el jet empezaba a rodar por la pista antes de que llegara Sam, todo iba a ser mucho más difícil.

Me obligué a respirar, intentando calmarme.

—Mírame, Bianca —exigió Carlo, agarrándome la barbilla y forzándome a mirarlo a los ojos—. Has sido una chica muy mala. Huir así... avergonzarnos...

Su mano libre bajó por mi brazo, acariciando la piel de mi chaqueta de cuero.

—¿Te gusta vestirte de zorra de motero ahora? —preguntó, arrugando la nariz—. Hueles a ellos. A gasolina y suciedad. Tendré que lavarte yo mismo cuando lleguemos. Frotarte hasta que vuelvas a ser pura.

Sentí una náusea violenta.

—Pídeme perdón —susurró, acercando su cara a la mía hasta que pude oler su aliento a tabaco—. Pídeme perdón por haber huido. Pídeme perdón por obligarme a venir a buscarte a este agujero. Y tal vez... tal vez sea benévolo contigo esta noche.

Miré a mi padre. Seguía ignorándonos, bebiendo su güisqui, permitiendo que esto sucediera. Como siempre.

Miré a Carlo. Vi la locura en sus ojos, la obsesión.

Y algo dentro de mí se rompió. Pero no fue miedo lo que salió de las grietas. Fue odio. Un odio puro, destilado y caliente.

—Vete a la mismísima mierda, Carlo —escupí.

La sonrisa de Carlo vaciló.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que te vayas a la mismísima mierda. Tú y tu perdón. —Me enderecé, usando la arrogancia que había aprendido de Sam —. Jamás me someteré a ti. Jamás te pediré perdón. Y no pienso volver a Nueva York.

—No tienes elección, estúpida —intervino mi padre, girándose por fin, sus ojos fríos como el hielo—. El avión está a punto de moverse. Se acabó tu pequeña aventura.

—¡No es una aventura! —grité—. ¡Es mi vida! ¡Soy la mujer de Sam Tucker! ¡Soy parte de Legend! Y si creéis que podéis llevarme sin que ellos quemen el cielo para impedirlo, es que sois más estúpidos de lo que parecéis.

La bofetada de Carlo fue rápida. Me golpeó con el dorso de la mano, partiéndome el labio de nuevo.

—¡Calla esa boca sucia! —gritó, perdiendo la compostura—. ¡Vas a aprender respeto! ¡Cuando te tenga en mi sótano, gritarás, pero no para desafiarme!

El avión dio una sacudida. Los motores rugieron, subiendo de revoluciones. Empezamos a movernos.

El pánico real me golpeó entonces. El jet estaba rodando. Salíamos del hangar.

«Joder, Sam».

Las ataduras en mis muñecas quemaban. La claustrofobia se cerró sobre mí. El mundo se inclinó mientras el avión giraba para encarar la pista.

—Adiós, Chicago —dijo Carlo, recostándose con una sonrisa triunfal.

Y entonces, el mundo explotó.

No fue una metáfora.

Un estruendo ensordecedor sacudió el avión. El jet se inclinó violentamente hacia la izquierda, como si una mano gigante lo

hubiera golpeado. Escuché el chirrido agónico del metal contra el asfalto y el grito del piloto desde la cabina.

El avión se detuvo en seco, lanzándonos hacia delante contra los asientos.

—¡¿Qué coño ha sido eso?! —gritó mi padre, derramando su bebida.

Miré por la ventanilla. Una sonrisa asomando a mis labios

El ala izquierda del jet estaba caída, rozando el suelo. Habían reventado el tren de aterrizaje.

Y más allá, en la pista, recortadas contra el cielo gris y la lluvia, vi las luces.

No eran luces de policía.

Eran faros de motocicletas. Docenas de ellos. Rugiendo hacia nosotros como una manada de lobos.

Y al frente de todos, vi una figura familiar sobre una Harley negra, con un rifle de asalto cruzado en el pecho.

Sonreí, con la boca llena de sangre.

—Os lo dije —susurré, mirando la cara de terror de Carlo—. Mi marido ha llegado.

CAPITULO 26

Sam

El olor a combustible de avión saturaba el aire húmedo de la pista. El jet privado yacía inclinado como una bestia herida, con el tren de aterrizaje izquierdo destrozado por el impacto de nuestro camión de bloqueo.

El perímetro estaba cerrado.

Mis hombres formaban un semicírculo letal alrededor de la aeronave. Detrás de nosotros, cerrando la retaguardia y bloqueando cualquier intento de rescate desde Nueva York, estaban los vehículos negros de los Capos leales a Sandro. Habíamos convertido el aeródromo en una caja de la muerte.

Levanté mi rifle MK18, apuntando a la puerta de la cabina.

—¡Abrid la puerta! —rugí, mi voz amplificada por la adrenalina—. ¡Tenéis diez segundos antes de que dispare una granada incendiaria y os ase ahí dentro!

No era un farol. Bighorse estaba a mi lado con el lanzagranadas cargado. No es que fuera a disparar con mi mujer dentro, pero ellos no sabían de lo que éramos capaces. Esos hijos de puta repeinados solo nos veían como una panda de salvajes y eso jugaba a nuestro favor. Su arrogancia les impedía ver la táctica militar, la preparación y el plan perfectamente orquestrado.

El silencio se estiró durante cinco segundos agonizantes. Luego, el mecanismo de la puerta siseó. La escalerilla bajó lentamente.

Primero bajó uno de los gorilas, con las manos en alto. Wolf lo despachó con un culatazo y lo arrastró fuera del camino.

Luego, aparecieron ellos.

Carlo Volpetti bajó primero, arrastrando a Bianca. La tenía agarrada por el cuello con el antebrazo, usándola como un escudo humano de carne y hueso. En su mano derecha, una pistola cromada presionaba la sien de mi mujer. A parte de sádico, era un puto cobarde.

Detrás de él, bajó Francesco Malavolta. El Don. Bajó con una calma que me dio ganas de vomitar, o de darle una bofetada con la mano abeirta, sacudiéndose el polvo de su abrigo de cachemir como si esto fuera un inconveniente menor.

—¡Alto ahí! —ordené.

Se detuvieron al pie de la escalerilla.

Mi mira estaba fija en el puente de la nariz de Carlo, pero no podía disparar. Se movía demasiado, sacudiendo a Bianca, y la distancia era arriesgada. Si fallaba por un centímetro, le volaba la cabeza a mi mujer.

Bajé la vista hacia Bianca. Tenía el labio partido y sangre en la barbilla. Sus manos estaban atadas a la espalda. Pero sus ojos... sus ojos me buscaron y se clavaron en los míos. No había derrota en ellos. Había una furia incandescente.

—Bianca —la llamé, mi voz dura y controlada—. ¿Estás entera?

—Estoy bien —escupió ella, y aunque su voz temblaba, las palabras eran claras—. Mátalos, Sam. Acaba con ellos.

Carlo apretó el cañón contra su cabeza, riendo nerviosamente. Sus ojos saltaban de un lado a otro, viendo la superioridad numérica.

—¡Atrás! —chilló Carlo—. ¡O le vuelo los sesos! ¡Lo juro!

Francesco Malavolta dio un paso al frente, ignorando a Carlo. Miró a los hombres armados que rodeaban el avión. Reconoció a los suyos. Reconoció a los Capos de Nueva York que estaban alineados junto a mis moteros.

—Traidores —dijo el Don, su voz resonando con desprecio—. Perros desleales. ¿Creéis que podéis morderme? Os despellejaré vivos. A todos.

—Nadie va a despellejar a nadie, padre.

La voz vino de las sombras, detrás de los Capos.

Sandro Malavolta se abrió paso entre la fila de hombres. Llevaba un traje oscuro, sin corbata, y una pistola en la mano que colgaba relajada a su costado. Su andar elegante y pausado no delataba lo que realmente pasaba tras sus ojos. Era una calma letal, una seguridad de lo que iba a pasar que su padre no esperaba ver. Sandro era un hombre atractivo, duro y ahora poderoso.

Francesco se quedó paralizado. Por primera vez, vi sorpresa en su rostro.

—Alessandro —dijo el Don—. Mi hijo. Has venido a limpiar este desastre. Mata a estos moteros y recupera a tu hermana.

Sandro se detuvo a tres metros de su padre. Lo miró con una frialdad que me recordó a los días en el desierto, antes de una misión.

—He venido a limpiar el desastre, sí. —Levantó el arma—. Tú eres el desastre. Se acabaron los días de terror.

No hubo discurso de villano. No hubo dudas.

Sandro levantó el brazo y disparó.

Un solo tiro. Limpio. Directo al corazón.

Francesco Malavolta abrió los ojos con incredulidad. Se llevó la mano al pecho, miró la sangre, y se desplomó hacia atrás sobre el asfalto mojado. Muerto antes de tocar el suelo.

El silencio que siguió fue absoluto.

Carlo soltó un grito ahogado, retrocediendo y arrastrando a Bianca con él hasta chocar contra el tren de aterrizaje roto.

—¡Estáis locos! —chilló Carlo, el sudor cayéndole por la cara—. ¡Habéis matado al Don!

Estaba perdiendo el control. Su respiración era errática. El dedo en el gatillo temblaba.

—Se acabó, Carlo —dije, avanzando un paso, el rifle firme en mi hombro—. Suéltala.

—¡No! —Carlo apretó más a Bianca, haciéndola jadear de dolor—. ¡Ella es mía! ¡Es mi propiedad! ¡La marqué!

La mención de las marcas hizo que mi visión se tiñera de rojo.

—Mírala —insistió Carlo, delirante—. ¡Tiene mis marcas! ¡Yo la hice! ¡Nadie me la va a quitar!

—Te prometo una cosa, Volpetti —dije, mi voz bajando a un gruñido—. Voy a cortarte las manos por haberla tocado. Voy a cortártelas y te voy a obligar a mirar.

Carlo gritó, una mezcla de furia y terror, y apartó la pistola de la sien de Bianca por una fracción de segundo para apuntarme a mí, instintivamente reaccionando a mi amenaza.

Fue el error que Bianca estaba esperando.

—¡AHORA!

Bianca se dejó caer de golpe, un peso muerto, doblando las rodillas. Carlo, desequilibrado, se inclinó hacia delante.

Ella usó el impulso. Clavó el tacón de su bota hacia atrás, impactando brutalmente en la espinilla de Carlo, y al mismo tiempo giró el cuerpo, golpeándole en las costillas con el hombro, usando la técnica de defensa que Raven le había enseñado para crear espacio.

Se separaron. Medio metro.

Carlo trastabilló, intentando volver a apuntar el arma hacia ella.

No le di la oportunidad.

Alineé la mira. No apunté a la cabeza. Apreté el gatillo. La bala del 5.56 destrozó la mano derecha de Carlo. La pistola voló lejos, acompañada de una lluvia de sangre y dedos destrozados.

Carlo aulló, agarrándose el muñón de la mano, cayendo de rodillas.

—¡Aseguradlo! —grité.

Wolf y Bighorse se lanzaron sobre él antes de que terminara de gritar. Lo placaron contra el asfalto, inmovilizándolo, y escuché el sonido metálico de las esposas cerrándose.

Yo solté el rifle, dejándolo colgar de la correa, y corrí hacia la única persona que importaba.

Bianca estaba de rodillas en el asfalto, respirando agitadamente, mirando el cuerpo de su padre y luego a Carlo gritando.

Llegué a su lado y saqué mi cuchillo para cortar las bridas de sus muñecas.

—Ya está —le dije, agarrándola de la cara para que me mirara—. Ya está, nena. Se acabó.

Levanté a Bianca, lo había hecho como una profesional, el secuestro, mantener la calma, tirarse así frente a Carlo tal y como llevábamos 3 días ensayando. Era una jodida reina.

Sandro se acercó a nosotros. Se había quitado la chaqueta del traje y se estaba limpiando las manos con un pañuelo. Ya no caminaba como el hermano mayor preocupado. Caminaba con el peso y la autoridad del nuevo Don.

Se detuvo frente a Bianca y a mí. Miró a su hermana, examinando su labio partido y las marcas en sus muñecas con una mueca de dolor, pero luego asintió.

—Está hecho, *sorellina* —dijo Sandro—. El monstruo está muerto. La familia está bajo mi mando. Los Capos leales ya están asegurando Nueva York.

Extendió la mano hacia ella.

—Eres libre, Bianca. El avión está inutilizado, pero tengo otro en camino. Puedes venir a casa. A Nueva York. Tendrás tu propio apartamento, tu propia vida. Nadie volverá a decirte qué hacer.

Bianca no cogió su mano. Se quedó pegada a mi costado, su hombro rozando mi brazo.

—No voy a ir, Sandro.

Sandro frunció el ceño, su mano quedando suspendida en el aire.

—¿Cómo?

—No vuelvo a Nueva York. —Bianca entrelazó sus dedos con los míos—. Mi casa está aquí. En Chicago. Con Sam.

La mirada de Sandro se disparó hacia mí, y vi la furia encenderse en sus ojos oscuros.

—Teníamos un trato, Tucker —gruñó, dando un paso adelante—. Dijiste que la liberarías. Dijiste que esto era temporal. ¿La has manipulado?

—Nadie me ha manipulado —intervino Bianca, poniéndose delante de mí antes de que yo pudiera responder—. Y deja de hablar como si yo no estuviera aquí.

—Bianca, no entiendes... —empezó a decir Sandro.

—Lo entiendo perfectamente —le cortó ella con una firmeza que hizo que Sandro parpadeara—. Me has salvado, Sandro. Y te lo agradeceré el resto de mi vida. Has matado a nuestro padre para protegerme. Pero mi libertad... mi libertad no consiste en que tú me des un apartamento en Manhattan. Mi libertad consiste en poder decidir qué quiero en mi vida.

Me apretó la mano con fuerza.

—Y mi vida es Sam. Es el club. Es Wild Bloom. —Lo miró fijamente—. Amo a este hombre. Y él me ama a mí. No voy a dejarle.

Sandro nos miró, alternando la vista entre los dos. Buscó alguna señal de coacción en ella, alguna señal de duda en mí.

Yo le sostuve la mirada, desafiante. «Intenta llevártela», le dije con los ojos. «Atrévete».

Finalmente, los hombros de Sandro se relajaron. Soltó un suspiro largo y cansado, pasándose la mano por el pelo.

—Joder —murmuró—. Pensé que eras más lista que para enamorarte de un motero, B.

Me tensé. Bianca enarcó una ceja.

—¿En serio, Sandro? Toda la vida vigilándome y no me conoces en absoluto —dijo ella, con una media sonrisa dolorida por el labio roto.

Sandro me miró, y esta vez, hubo un asentimiento de respeto. De igual a igual. De Don a Presidente.

—Cuídala, Sam. Porque ahora no solo es la mujer del Presidente de Legend. Es la hermana del Don de la *Cosa Nostra*. Si la haces llorar, tendré que invadir Chicago.

—Si la hago llorar, me pegaré un tiro yo mismo —repliqué.

Sandro soltó una risa corta.

—Bien. Bienvenidos a la familia, supongo.

El ambiente se relajó. La tensión del enfrentamiento desapareció, dejando paso a la adrenalina residual del plan. Todo este caos en la pista había sido un reloj suizo de precisión.

Me agaché frente a Bianca.

—Permiso —dije, levantando su pie derecho.

Con mi navaja, hice palanca en el tacón de su bota. Una pequeña pieza de plástico negro cayó en mi mano. El localizador GPS de grado militar.

—Funcionó —dije, guardándomelo en el bolsillo.

—Sabía que vendrías —dijo Bianca, acariciándome el pelo—. Aunque admito que cuando la furgoneta arrancó, tuve mis dudas.

—Nunca te perdimos de vista —aseguró Sandro—. Mis hombres y los de Sam tenían la furgoneta vigilada desde el satélite y con drones desde el momento en que te agarraron en la esquina.

El plan había sido arriesgado. Jodidamente arriesgado. Habíamos decidido usar a Bianca como cebo. Ella se había ofrecido. Y eso casi me había costado un infarto por estrés. Sabíamos que Carlo estaba desesperado y que Francesco quería resolverlo rápido.

Los ataques al bar, el tiroteo en el complejo... todo había sido obra de Carlo actuando por libre con mercenarios baratos, intentando asustarnos para que la entregáramos. Pero sabíamos que el golpe real vendría cuando el Don aterrizara.

Así que les dimos lo que querían. Dejamos que capturaran a Bianca para que la llevaran al único lugar donde Sandro podía reunir a Francesco y a Carlo en terreno neutral y acabar con ellos sin iniciar una guerra civil en las calles de Nueva York.

—¿Y Volkov? —preguntó Bianca, mirando el aeródromo desierto.

—Cumplió su parte —dije, mirando hacia la torre de control oscura—. Este aeródromo es territorio de la Bratva. Maksim nos dio los códigos de acceso y retiró a su seguridad para dejarnos el escenario limpio. Nos costará un favor caro en el futuro, pero ha valido la pena.

—Era la única forma de acorralar a mi padre —añadió Sandro, mirando el cuerpo cubierto por la lona—. Tenía que sentirse seguro para bajar de ese avión. Engañarlo para hacerle creer que estaba en terreno seguro y la Bratva no tenía ni idea de su presencia aquí.

Miré a Bianca. Estaba sucia, herida y había pasado por un infierno en esa furgoneta y en ese avión. Pero había aguantado. Había sido el cebo perfecto para atrapar a ese par de psicópatas.

—Es hora de ir a casa —dije, rodeándola con mis brazos—. Necesitas un baño, comida de Erin y descansar.

Ella hundió la cara en mi pecho.

—Ahora solo queda vivir, Sam.

Asentí, mirando a Sandro, que daba órdenes para limpiar la escena del crimen. La alianza entre Legend y la *Cosa Nostra* acababa de sellarse con sangre. Pero lo más importante era que la mujer que tenía entre mis brazos se quedaba. Y esta vez, no había ningún contrato que pudiera romper lo que teníamos.

CAPITULO 27

Bianca

El almacén estaba situado en una zona industrial abandonada al sur de la ciudad, lejos del complejo, lejos de las familias y de los niños. Era un bloque de hormigón gris y anónimo, el tipo de lugar donde las cosas malas sucedían y nadie hacía preguntas.

Sam detuvo el coche frente a la puerta de metal oxidado. Apagó el motor.

—No tienes que entrar —me dijo, girándose hacia mí. Su mano buscó la mía—. Puedo hacerlo yo. Puedo terminar esto y volver a casa. No necesitas verle.

Apreté su mano, agradeciendo su instinto protector, pero negué con la cabeza.

—Sí que lo necesito. —Miré la estructura oscura—. He pasado años huyendo de él en mi cabeza, Sam. He pasado años despertándome sudada porque soñaba que me encontraba con él. Necesito verle. Necesito ver que es real, que sangra y que ha perdido. Si no lo hago, seguirá viviendo en mis pesadillas para siempre.

Sam asintió, entendiendo. Bajó del coche y me abrió la puerta.

Entramos. El interior olía a aceite rancio, humedad y algo sospechosamente parecido a la orina. Wolf y Bighorse estaban allí, montando guardia junto a una silla solitaria en el centro de la nave vacía.

Y en la silla estaba él.

Carlo Volpetti. El monstruo de mis pesadillas.

Ya no parecía el príncipe de la mafia con trajes de seda. Su camisa estaba manchada de sangre seca y suciedad. Su mano derecha, la que Sam había destrozado de un disparo, estaba envuelta en vendas toscas manchadas de rojo. Estaba atado con cadenas, no con bridas.

Cuando escuchó mis pasos, levantó la cabeza. Estaba pálido, sudoroso, con los ojos vidriosos por el dolor y el shock, pero en cuanto me vio, esa chispa de locura familiar se encendió de nuevo.

Sam se quedó atrás, en las sombras, dejándome el espacio. Wolf y Bighorse se apartaron.

Me acerqué hasta quedar a dos metros de él.

—Bianca —graznó Carlo. Intentó sonreír, pero fue una mueca—. Has venido a por mí. Sabía que no podrías dejarme aquí. Tu corazón no dejará que me hagan daño.

Lo miré. Esperaba sentir terror. Esperaba que mis piernas temblaran, que mi garganta se cerrara.

Pero no sentí nada.

Solo vi a un hombre patético atado a una silla. Un hombre pequeño e impotente.

—He venido a despedirme, Carlo —dije, mi voz resonando clara y firme en el almacén.

—No puedes despedirte de mí. —Se revolvió en las cadenas, haciendo una mueca de dolor por su mano—. Soy parte de ti. Mira tus piernas. —Bajó la mirada lascivamente hacia mis muslos—. Yo dejé mi marca en ti. Cada vez que te desnudes, me recordarás. Cada vez que ese motero te toque, pensará en mí.

—Te equivocas —repliqué con frialdad—. Cuando él me toca, borra todo lo que tú hiciste. Sus manos curan lo que tú rompiste. Y mis cicatrices... —Di un paso más, desafiante—. Mis cicatrices ya no son tu marca de propiedad. Son mi recordatorio de que sobreviví a un monstruo. Son mis medallas de guerra.

La cara de Carlo se contrajo de odio.

—Eres una puta traidora. Tu padre ha muerto por tu culpa.

—Mi padre murió por sus propios pecados. Y tú vas a morir por los tuyos.

Carlo soltó una risa aguda, histérica.

—¿Crees que me das miedo, Bianca? ¿Tú? Siempre fuiste débil. Una niña asustada que lloraba en el ático. No tienes agallas para matarme. No eres capaz.

—Yo no —admití, cruzándome de brazos—. Yo no soy una asesina, Carlo. Yo soy una superviviente. Yo soy una mujer que ha construido una vida a pesar de ti.

Sonreí, una sonrisa gélida.

—Pero mi marido... él es otra cosa.

Hice una señal con la cabeza hacia la oscuridad detrás de mí.

Sam dio un paso hacia la luz.

El efecto fue inmediato.

Sam no dijo nada. Solo caminó despacio hacia la silla, con esa presencia masiva y letal que llenaba la habitación. Llevaba una camiseta negra que marcaba sus músculos, y en su mano derecha sostenía un cuchillo de combate grande, con la hoja negra mate. No había ira en su rostro. Solo una calma fría y controlada.

Los ojos de Carlo se desorbitaron. Su bravuconería se evaporó en un segundo, reemplazada por el terror puro y animal. Recordó el disparo en el aeródromo y la amenaza de cortarle las manos.

—No... —gimoteó Carlo, intentando retroceder, empujando la silla contra el suelo—. ¡No! ¡Esperad! ¡Podemos negociar! ¡Tengo dinero! ¡Tengo cuentas en Suiza!

Sam siguió avanzando, en silencio.

—¡Bianca! —chilló Carlo, desesperado—. ¡Dile que pare! ¡Por favor! ¡Lo siento! ¡Siento lo del ático! ¡Soy yo, Carlo! ¡Nos conocemos desde niños!

Lo miré con indiferencia.

—El niño que conocí se convirtió en un sádico.

Sam llegó junto a la silla. Se inclinó sobre él, invadiendo su espacio, el cuchillo brillando bajo la luz tenue de las bombillas.

Fue entonces cuando sucedió.

Un olor acre a orina llenó el aire. Una mancha oscura se extendió rápidamente por la entrepierna de los pantalones de diseñador de Carlo.

El gran Carlo Volpetti, el hombre que disfrutaba torturando mujeres atadas, se había meado encima del miedo ante un hombre que podía defenderse.

Sam miró la mancha y soltó un bufido de asco absoluto.

—Patético —gruñó Sam.

Miré el charco en el suelo. Y en ese momento, el último vestigio de poder que Carlo tenía sobre mí se disolvió. No era un monstruo mítico. Era solo un cobarde miserable.

—Adiós, Carlo —dije, dándome la vuelta.

Caminé hacia la salida sin mirar atrás.

—¡Bianca! ¡No me dejes aquí! ¡BIANCA!

Sus gritos me siguieron hasta la puerta de metal.

—Wolf, saca a mi mujer de aquí —ordenó Sam desde el interior, su voz tranquila y final.

Wolf abrió la puerta para mí.

Salí al aire fresco de la noche de Chicago. Respiré hondo, llenando mis pulmones de oxígeno limpio. Detrás de mí, la puerta del almacén se cerró con un estruendo pesado, silenciando los gritos de Carlo para siempre.

Miré las estrellas sobre la zona industrial. Por primera vez en mi vida, el cielo me pareció infinito.

Era libre.

◆ ◆ ◆

Sam

El sonido de la puerta metálica cerrándose tras Bianca fue el único indulto que Carlo iba a tener esta noche.

Me quedé mirando el metal gris un segundo, asegurándome de que ella estaba fuera, a salvo, respirando aire limpio. Lejos de esto.

Luego, me giré.

Wolf y Bighorse se habían apartado a las sombras, cruzados de brazos, como testigos silenciosos. Sabían que esto era personal. Sabían que esto no era un asunto del club.

Carlo Volpetti seguía sollozando en la silla, temblando sobre su propio charco de orina. Cuando me acerqué, intentó hacerse pequeño, pegando la barbilla al pecho.

—Por favor... —gimoteó—. Tengo dinero... mucho dinero...

Me detuve frente a él, limpiando la hoja de mi cuchillo con el pulgar, despacio.

—Eres patético —dije. No me hizo falta levantar la voz. Mi voz resonaba en el silencio del almacén como una sentencia—. Te creías la gran cosa, como si tuvieras derecho a poseer a otro ser humano. Pero solo eres un niño mimado y sádico que necesita atar a las mujeres para sentirse un hombre.

Carlo levantó la vista, sus ojos inyectados en sangre llenos de odio impotente.

—Ella es mía... —murmuró, aferrándose a su delirio como un náufrago—. Siempre será mía. Las marcas...

—Las marcas son cicatrices de guerra —le corté—. Y ella ganó la guerra.

Me incliné hacia él, invadiendo su espacio hasta que pude oler su miedo agrio.

—Mírame, cabrón. Mírame bien.

Él lo hizo, temblando.

—Bianca jamás fue tuya. Ni un solo segundo. Tuviste su cuerpo cautivo, sí. La heriste. Pero nunca la tuviste. —Sonreí, una sonrisa fría y cruel—. Tú nunca sabrás lo que es que ella te mire con deseo. Nunca sabrás lo que es que te toque porque quiere, no porque la obligues. Nunca sabrás lo que es ser amado por una mujer como ella.

Vi cómo la verdad le golpeaba. Le dolía más que el disparo en la mano. Saber que yo tenía lo que él había intentado robar y destruir.

—Eres un hombre débil, Carlo. Un hombre pequeño y acomplejado. Y vas a morir sabiendo que ella eligió a un motero sucio antes que a ti.

Me enderecé. El tiempo de las palabras se había acabado.

Levanté el cuchillo. La luz se reflejó en el filo negro.

Los ojos de Carlo se clavaron en el arma. Empezó a hiperventilar.

—No... no, espera...

—Te hice una promesa en el aeródromo —le recordé, mi voz carente de cualquier emoción humana—. Te dije que te cortaría las manos por haberla tocado.

Agarré su brazo izquierdo, el sano, y lo inmovilicé contra el reposabrazos de la silla con un agarre de hierro. Carlo gritó, retorciéndose, pataleando inútilmente.

—¡NO! ¡NO! ¡SAM, POR FAVOR!

—Un hombre cumple su palabra —dije.

—¡AAAAHHHH!

El primer corte fue preciso y brutal.

No hubo piedad en ese almacén. Wolf y Bighorse no apartaron la mirada. Yo tampoco. Hice exactamente lo que dije que haría. Le quité las manos que la habían herido. Le quité la capacidad de tocar, de marcar, de dañar.

Sus gritos llenaron la nave, agudos, animales, pero no duraron mucho.

Cuando terminé con las manos, terminé con él.

No fue rápido. No fue limpio. Fue una ejecución necesaria. Una limpieza. Eliminé al monstruo de la ecuación de forma permanente, asegurándome de que su último pensamiento fuera el nombre de la mujer que nunca pudo romper.

Cuando salí del almacén diez minutos después, me limpié las manos con un trapo y lo tiré dentro antes de que Bighorse rociara el interior con gasolina.

Saqué mi mechero, prendí la llama y miré el fuego un instante.

—Quédate en el infierno, Carlo —murmuré.

Lancé el mechero y la puerta se cerró sobre las llamas.

Me giré hacia la noche. El aire estaba frío, pero yo nunca me había sentido tan ligero. La deuda estaba saldada.

CAPITULO 28

Bianca

La cocina de la casa club era un hervidero de risas, vapor y olor a azúcar quemado. Era el caos, pero un caos feliz.

Estábamos preparando la fiesta de cumpleaños de uno de los hijos de Cutter. Había globos por todas partes y una montaña de cupcakes que necesitaban ser decorados.

—¡Raven, deja de comerte el glaseado! —le grité, dándole un manotazo en la mano con una espátula.

—¡Es control de calidad! —protestó ella con la boca llena de crema azul—. Tengo que asegurarme de que no envenenamos a los niños.

—Para eso está Erin —dijo Olivia desde la otra punta de la mesa, donde estaba organizando sándwiches con una precisión militar—. Y Erin dice que si te comes uno más, vas a vomitar en el castillo hinchable.

Las otras mujeres del club se rieron. Me sentía envuelta en esa risa. Era una de ellas. Me pasaban bandejas, me pedían consejo sobre las flores para las mesas, me trataban con ese respeto cariñoso que se gana compartiendo trinchera.

—Oye, Old Lady —me llamó la novia de Iron, pasándome un bol —. ¿Puedes llevar esto a la mesa principal?

Old Lady. El término, que al principio me sonaba rudo, ahora sonaba a título nobiliario. A pertenencia.

Estaba a punto de coger el bol cuando unos brazos fuertes me rodearon la cintura desde atrás, levantándome un palmo del suelo.

—Lo siento, señoras —dijo la voz grave de Sam en mi oído—. Pero me llevo a mi mujer. El servicio de cocina se ha acabado por hoy.

—¡Oye! —protestó Raven—. ¡Nos falta decorar la mitad!

—Problema vuestro —dijo Sam, besándome la mejilla—. Yo tengo planes.

Me giré en sus brazos. Sam estaba increíblemente guapo, con una camiseta blanca simple y esa sonrisa relajada que ahora veía todos los días. La sombra oscura que solía vivir en sus ojos se había disipado, reemplazada por una luz tranquila.

—¿Planes? —pregunté, rodeando su cuello con mis brazos—. ¿Vamos a huir de la fiesta infantil?

—Vamos a dar una vuelta. Ponte el casco.

Salimos al patio, donde el sol de la tarde brillaba sobre el asfalto limpio. Ya no había rastro del ataque. La verja era nueva y más fuerte. Pero lo más importante era que ya no miraba hacia ella con miedo a quién pudiera cruzarla.

Subimos a la moto y Sam condujo hacia la salida.

No fuimos hacia el centro, ni hacia los bares. Sam tomó la carretera del norte, alejándose del ruido industrial del complejo.

Condujo durante veinte minutos hasta que entramos en una zona que no conocía bien. Era una zona residencial, tranquila, con calles anchas bordeadas de árboles frondosos y parques donde se veía gente paseando perros y niños jugando.

Sam bajó la velocidad y giró en una calle sin salida que terminaba justo al borde de una zona boscosa.

Se detuvo frente a la última casa.

Apagó el motor y el silencio del barrio nos envolvió, solo roto por el canto de los pájaros.

Me quité el casco, mirando la casa.

Era preciosa. No era una mansión ostentosa como la de mi padre. Era una casa de piedra y madera, de dos plantas, con un porche

delantero amplio que pedía a gritos unas mecedoras. El jardín delantero estaba un poco salvaje, pero lleno de potencial. Y detrás... detrás se veía cómo la propiedad se fundía con el bosque, con árboles altos y viejos que daban sombra al tejado.

—Sam —murmuré—. ¿Qué hacemos aquí?

Él se bajó de la moto y me ayudó a bajar. Me cogió de la mano y me llevó hasta la valla de madera del jardín.

—El complejo es seguro —dijo, apoyándose en la valla y mirando la casa—. Es una fortaleza. Es perfecta para la guerra.

Se giró hacia mí, y su expresión se volvió vulnerable, honesta.

—Pero la guerra se ha acabado, Bianca. Carlo está muerto. Tu padre está muerto. Ya no necesitamos vivir en un búnker.

Señaló la casa.

—Tiene cuatro habitaciones. Una cocina enorme con luz natural. Y la parcela trasera... llega hasta el arroyo. Hay espacio de sobra para un invernadero. O dos.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Intuía hacía dónde iba esto, pero necesitaba una confirmación por parte de Sam.

—¿De quién es?

—Hice una oferta ayer —confesó Sam, apretándome la mano—. Aceptaron esta mañana.

Me quedé sin aire.

—¿La has comprado?

—Todavía no he firmado. Quería que la vieras primero. —Me miró con intensidad—. Quiero que sea nuestra, Bianca. No mi apartamento de soltero donde te hice un hueco. Quiero que sea nuestro hogar.

Miró hacia el jardín trasero, hacia los árboles.

—Quiero un lugar donde podamos plantar cosas y verlas crecer. Un lugar donde podamos formar una familia, si tú quieres. Un lugar donde mis hijos no tengan que ver armas encima de la mesa de la cocina.

Las lágrimas me llenaron los ojos. Sam, el hombre que creía que su oscuridad lo destruía todo, estaba comprando luz. Estaba comprando un futuro para ambos.

—Es perfecta —susurré, imaginándome ya allí. Imaginando el invernadero. Imaginando a niños con los ojos de Sam corriendo por ese césped.

—¿Te gusta?

—Me encanta. —Me lancé a sus brazos, besándole con todo el amor que me cabía en el pecho—. Me encanta, Sam. Sí. Comprémosla.

Sam me devolvió el beso, levantándome del suelo. Luego me arrastró por el sendero de entrada hasta la puerta principal.

La llave giró en la cerradura con un clic suave y la puerta principal se abrió, revelando un vestíbulo bañado por la luz dorada de la tarde que entraba a raudales por las ventanas traseras.

Sam tenía razón. Por dentro era aún mejor.

Suelos de madera noble que crujían acogedoramente bajo nuestras botas, techos altos con vigas vistas y una escalera de barandilla tallada que subía hacia la segunda planta.

—La cocina está al fondo —dijo Sam, cerrando la puerta tras de nosotros y encerrándonos en nuestro nuevo mundo—. El salón tiene chimenea. Y arriba...

Me giré hacia él, cortando su tour inmobiliario.

—Ya lo veré luego —dije, caminando hacia él con determinación.

Sam arqueó una ceja, divertido.

—¿No quieres ver el dormitorio principal? Tiene vistas al bosque.

—Oh, lo veré. —Le puse las manos sobre los hombros y empecé a deslizar su chaleco de cuero hacia abajo—. Pero primero tenemos una tradición que establecer.

—¿Qué tradición? —preguntó, dejándose despojar de su armadura de cuero. El chaleco cayó al suelo con un ruido pesado.

—Esta casa es nuestra, Sam. Y no voy a dejar ni un solo rincón sin marcar. —Mis manos fueron a la hebilla de su cinturón—. Vamos a inaugurarla como se debe. Habitación por habitación. Empezando ahora mismo.

Los ojos de Sam se oscurecieron, esa chispa de deseo instantáneo encendiéndose como siempre.

—¿Habitación por habitación? —repitió, su voz bajando una octava—. Eso nos va a llevar toda la tarde, señora Tucker.

—Tengo el resto de mi vida —susurré, soltando su botón—. No tengo prisa.

Sam gruñó, un sonido de aprobación animal. Me agarró por los muslos y me levantó en vilo antes de que pudiera terminar de bajarle la cremallera. Rodeé su cintura con mis piernas al instante, mis botas cruzándose en su espalda baja, aferrándome a él.

—La cocina —decidió él, caminando con zancadas largas hacia el fondo de la casa mientras me besaba con hambre—. La encimera parecía resistente.

Llegamos a la cocina. Era enorme, luminosa y perfecta. Sam me depositó sobre la isla central de mármol frío, pero el frío no duró ni un segundo. Él se metió entre mis piernas, su calor abrasador contrarrestando la piedra.

Me arrancó la camiseta. Yo le quité la suya.

No había sombras aquí. La luz del sol nos bañaba, iluminando cada cicatriz, cada tatuaje, cada prueba de lo que habíamos sobrevivido para llegar a este momento.

—Bienvenida a casa, Bianca —dijo, antes de bajar mis vaqueros con impaciencia.

—Hazme tuya, Sam. Aquí. Ahora.

Entró en mí con una fuerza que me hizo gritar, un sonido de pura alegría que resonó en las paredes vacías de nuestra cocina.

Hicimos el amor con una libertad salvaje. No había miedo a que alguien entrara. No había sicarios, ni mafiosos, ni contratos. Solo nosotros. Sam me inclinó hacia atrás sobre el mármol,

devorándome, reclamando cada centímetro de mí y de la casa al mismo tiempo.

Me aferré a sus hombros, mirando el techo alto, las ventanas que daban al bosque donde plantaría mi jardín, y sentí cómo el placer se mezclaba con una felicidad tan intensa que dolía.

Cuando el clímax llegó, nos sacudió a los dos, dejándonos jadeantes y enredados sobre la encimera.

Sam apoyó la frente en la mía, sus manos acariciando mi espalda desnuda.

—Una habitación lista —murmuró, recuperando el aliento, con una sonrisa traviesa en los labios—. Faltan cuatro dormitorios, dos baños y el salón.

Me reí, besándole la nariz.

—Pues será mejor que empecemos ya. Tenemos mucho trabajo por delante.

EPÍLOGO

Sam

El despacho de la casa club seguía siendo mi centro de mando, pero algo había cambiado en el aire. Ya no olía solo a tabaco rancio y problemas. Ahora había una foto enmarcada de nuestra boda junto a mi ordenador.

Sin embargo, la tensión había vuelto.

Llevaba tres días observándola. Bianca estaba... rara. Distante. Pensativa.

Se quedaba mirando al vacío mientras desayunábamos en nuestra casa nueva. Se mordía el labio inferior cuando creía que no la miraba. Y sus manos... sus manos iban constantemente a su vientre, un gesto nervioso que me estaba poniendo los pelos de punta.

¿Se arrepentía? ¿Echaba de menos la ciudad? ¿Había pasado algo en Wild Bloom?

Dejé el bolígrafo sobre el informe de cuentas y me recliné en la silla, observándola. Bianca estaba de pie frente a la ventana que daba al patio, de espaldas a mí.

—Bianca —la llamé.

Ella se sobresaltó ligeramente y se giró.

—¿Sí?

—Deja de hacer agujeros en el suelo de tanto pasear. —Le hice un gesto con la mano—. Ven aquí. Dime qué te pasa. Llevas días misteriosa. ¿Es Sandro? ¿Ha pasado algo en Nueva York?

—No, no es Sandro. —Caminó hacia mí despacio, con las manos escondidas en los bolsillos traseros de sus vaqueros—. Es sobre nosotros.

Me tensé. Esas palabras podían significar cualquier cosa, desde "quiero cambiar las cortinas" hasta "no soy feliz aquí".

Se detuvo frente a mi silla, mordiéndose el labio de nuevo. Luego, suspiró, sacó una mano de su bolsillo y dejó un objeto pequeño y alargado de plástico blanco sobre mi escritorio, justo encima de los informes de seguridad.

Lo miré.

Era una prueba de embarazo.

Mi cerebro se detuvo. El mundo dejó de girar.

Miré la ventanita. Dos líneas rosas. Claras. Inconfundibles.

Levanté la vista hacia ella, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas con una fuerza que dolía.

—Bianca...

—Es positivo —susurró ella, y vi el miedo en sus ojos. Miedo a mi reacción—. Me hice tres. Todos dicen lo mismo.

Me levanté de la silla. No fui consciente de moverme. Solo supe que en un segundo estaba sentado y al siguiente la tenía agarrada por la cintura, levantándola del suelo y subiéndola al escritorio, apartando los papeles de un manotazo.

Me metí entre sus piernas, mis manos temblando mientras acunaban su cara.

—¿Un bebé? —pregunté, mi voz ronca, rota—. ¿Vamos a tener un bebé?

—Sí —dijo ella, y una sonrisa radiante rompió su máscara de preocupación—. Vamos a ser padres, Sam.

La besé. La besé con todo el amor, la devoción y el asombro que me cabía en el pecho.

Yo. Sam Tucker. El hombre que pensaba que estaba demasiado roto para amar, demasiado manchado para crear nada bueno... iba a ser padre. Iba a tener un hijo con la mujer que me había salvado.

Me separé un poco, bajando mis manos hasta su vientre plano. Lo cubrí con mis palmas grandes, sintiendo el calor a través de la

tela.

—Mío —gruñí, y el instinto de protección se disparó a niveles nucleares—. Es mío. Y tuyo.

—Nuestro —corrigió ella, acariciando mi pelo.

—Nadie os va a tocar —juré, mi mente ya calculando perímetros de seguridad, blindajes para la casa nueva, guardias las veinticuatro horas—. Voy a fortificar la casa. Voy a poner cristales antibalas en la habitación del bebé. Y tú... tú dejarás de trabajar. Al menos hasta que nazca. No quiero que cargues peso.

Bianca soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Sam, estoy embarazada, no enferma. Y no vas a encerrarme en una burbuja de cristal antibalas.

—Pruébame —dije, muy serio.

Ella me miró con esa chispa traviesa que tanto me gustaba.

—¿Y si es una niña? —preguntó provocativa, bajando la voz—. ¿Has pensado en eso? Una pequeña Bianca. Con mi carácter y tus ojos.

La imagen me golpeó. Una niña. Una hija. Pequeña, frágil y perfecta.

El pánico real, me inundó.

—Joder —murmuré, palideciendo—. Una niña.

—¿Qué pasa?

—Tengo que comprar más armas —dije, totalmente serio, empezando a hiperventilar—. Y explosivos. Necesito C4. Y una torre de vigilancia. Si es una niña... Dios, Bianca, tendré que matar a todos los chicos del estado antes de que cumpla quince años.

Bianca se rio tan fuerte que tuvo que agarrarse a mis hombros para no caerse.

—Eres imposible, Sam Tucker.

Estaba a punto de besarla de nuevo, de celebrar la noticia como se merecía (cerrando la puerta con llave y no saliendo en tres horas), cuando un estruendo en el pasillo nos interrumpió.

Gritos. Pasos furiosos. Algo rompiéndose.

El instinto de Presidente se activó. Me separé de Bianca, poniéndome delante de ella instintivamente, y abrí la puerta del despacho.

El pasillo del club era un escenario de guerra, pero no por un ataque externo.

Raven venía caminando hacia nosotros como un huracán rubio. Tiró su bolso contra la pared con una fuerza que hizo temblar un cuadro. Estaba roja de furia, con el pelo revuelto y los ojos echando chispas azules.

Detrás de ella, Olivia intentaba calmarla sin mucho éxito.

—¡Es un gilipollas! —gritó Raven, sin vernos siquiera—. ¡Un maldito imbécil arrogante, estirado y... y... primitivo!

—Raven, cálmate —dijo Olivia—. Solo es un médico.

—¡No es un médico! ¡Es Atila el Huno con estetoscopio! —Raven se detuvo frente a nosotros, respirando agitadamente—. ¿Sabéis lo que me ha dicho? ¡Me ha dicho que mi método de enseñanza es "caótico y poco estructurado"! ¡A mí! ¡Que llevo semanas dejándome la piel con esos niños!

Sam miró a Raven y luego a mí, confundido.

—¿De quién hablas?

Raven se giró hacia su hermano, señalando con el dedo hacia la puerta de salida como si el enemigo estuviera allí mismo.

—¡Del nuevo médico del Sauce Rojo! —chilló, y el nombre salió de su boca como una maldición—. ¡Ese maldito Elan Blackwater!

El nombre me sonó. El tipo del accidente. El de la camioneta.

—Me está haciendo la vida imposible, Sam —continuó Raven, con una mezcla de furia y una frustración que parecía esconder algo más peligroso—. Se cree que porque tiene un título y esa mirada de "yo lo sé todo" puede mandarme. Pero se va a enterar. ¡Le he declarado la guerra!

Bianca se asomó por detrás de mi hombro, y cruzamos una mirada. Ella sonrió, una sonrisa de complicidad.

Yo suspiré, pasando un brazo protector alrededor de mi mujer embarazada y mirando a mi hermana pequeña, que parecía lista para prenderle fuego a la ciudad.

Parecía que la paz en la familia Tucker iba a durar poco.

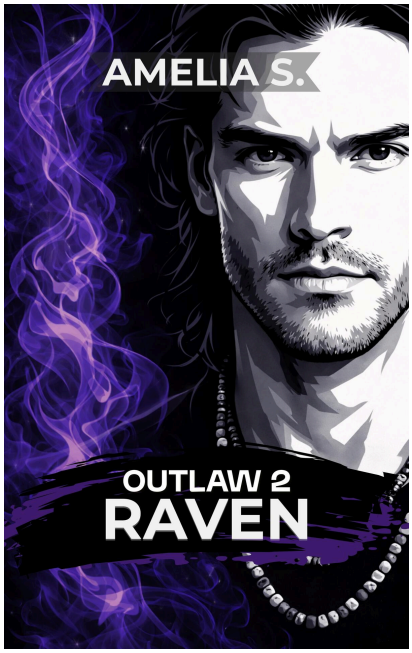
—Bueno —dije, besando la cabeza de Bianca—. Parece que el siguiente libro de nuestra historia acaba de empezar.

FIN

AVANCE PRÓXIMO LIBRO

OUTLAW 2

RAVEN



CAPITULO 1

Raven

—No vas a vomitar. Eres una Tucker. Los Tucker no vomitan por los nervios. Los Tucker vomitan por el güisqui barato o por una conmoción cerebral.

Me repetí el mantra frente al espejo del baño de empleados del Centro Comunitario indígena Sauce Rojo.

La chica que me devolvía la mirada parecía cualquier cosa menos una profesora. Llevaba una falda de tul rosa chicle, una camiseta de una banda de rock de los noventa y mis inseparables botas militares. Mi pelo rubio estaba recogido en dos moños altos, uno a cada lado de la cabeza.

Me lavé las manos con agua fría, intentando bajar las pulsaciones.

Hoy era el día. Mi primer día real. Hoy me enfrentaba a mi verdadero reto: doce niños.

Doce niños que, como yo, habían sido etiquetados por el sistema. "Lentos". "Difíciles". "Defectuosos".

Salí del baño y caminé hacia mi aula. El pasillo olía a cera de suelos y a ese aroma peculiar a papel viejo que siempre me había dado náuseas de pequeña. Pero al abrir la puerta de la Clase 3B, sonreí.

No se parecía a un aula.

Me había pasado el fin de semana redecorando. No había filas de pupitres mirando a la pizarra como soldados en formación. Había pufs de colores en el suelo, mesas agrupadas en círculos y las

paredes estaban cubiertas de papel continuo blanco, esperando ser llenado.

—Vale, Raven. Hora del espectáculo —susurré.

La puerta se abrió y empezaron a entrar.

Eran una mezcla ecléctica. Desde un niño pequeño de unos seis años que se aferraba a su mochila como si fuera un paracaídas, hasta un adolescente desgarbado de unos quince años con una sudadera con capucha y mirada de «preferiría estar en la cárcel que aquí».

Se sentaron con recelo. Estaban acostumbrados a las aulas de apoyo. Al rincón de los tontos.

Me senté sobre mi propia mesa, balanceando las piernas, y dejé que el silencio se alargara un segundo.

—Hola —dije, con mi mejor sonrisa—. Soy Raven. Y tengo un secreto que contaros antes de empezar.

Los doce pares de ojos se clavaron en mí. La curiosidad es un arma poderosa.

—Odio leer —solté.

El chico de la sudadera, al fondo, resopló. La niña pequeña de la primera fila abrió la boca, escandalizada.

—Es verdad —continué, bajando la voz a un tono conspirador—. Las letras me bailan. Se mueven. A veces la "b" se disfraza de "d" solo para fastidiarme. He llorado más veces delante de un libro de texto que viendo El Rey León.

Vi cómo algunos hombros se relajaban. Vi el reconocimiento en sus ojos.

—Así que, en esta clase, tenemos una regla nueva —anuncié, saltando de la mesa—. Aquí no se está quieto. Y aquí no está prohibido equivocarse. De hecho, si no os equivocáis al menos tres veces hoy, os pondré deberes extra.

Saqué una caja de rotuladores especiales, de esos que pintan sobre cristal.

—No vamos a usar cuadernos hoy. —Les lancé un rotulador a cada uno—. Quiero que escribáis vuestro nombre en las ventanas.

—¿En las ventanas? —preguntó un niño con gafas gruesas, mirando el cristal con miedo—. Nos van a regañar.

—Yo soy la jefa aquí. Yo digo lo que se pinta. —Le guiñé un ojo—. Pero hay un truco. No quiero que lo escribáis con letras normales. Quiero que dibujéis vuestro nombre. Haced que las letras parezcan monstruos, o flores, o coches de carreras. Que las letras trabajen para vosotros, no vosotros para ellas.

El caos estalló, pero fue un caos bonito.

Los más pequeños se lanzaron a las ventanas de inmediato. Conecté con ellos al instante. Me agaché junto a una niña llamada Maya, ayudándola a convertir su "M" en una montaña gigante.

—¡Mira, Raven! —gritó Maya, manchada de tinta verde—. ¡Mi nombre es un bosque!

—¡Es el bosque más chulo que he visto nunca! —chocamos las manos.

Para los pequeños, yo era Mary Poppins con botas de combate. Les daba permiso para ser ellos mismos, para no sentirse estúpidos.

Los mayores, sin embargo, eran un hueso más duro.

El chico de la sudadera, cuyo nombre en la lista era Leo, seguía sentado en su silla, girando el rotulador entre los dedos, mirándome con escepticismo.

Me acerqué a él, pero no le presioné. Me apoyé en la pared a su lado.

—Esto es una estupidez —murmuró él, sin mirarme—. Pintar en los cristales es para bebés. No va a hacer que aprenda a leer mejor.

—No —admití—. Pero hará que dejes de tenerle miedo al rotulador.

Leo me miró de reojo.

—Yo no tengo miedo.

—Yo sí —dije, señalando mi propia cabeza—. Tengo veintitrés años, Leo. Tengo un título universitario. Y todavía me sudan las manos cuando tengo que leer en voz alta. El miedo no se va. Pero aprendes a golpearlo en la cara.

Leo miró el rotulador. Luego miró la ventana.

—¿Puedo dibujar una calavera?

Sonreí.

—Puedes dibujar un cementerio entero si quieres. Siempre y cuando la calavera tenga forma de "L".

Leo se levantó despacio y se dirigió al cristal.

Me quedé observándolos. Doce niños escribiendo, dibujando, riendo. Por primera vez en mi vida, no me sentí como la niña defectuosa que necesitaba ayuda. Me sentí como la mujer que podía darla.

Mi método era raro. Era ruidoso. Probablemente el director del centro se infartaría si entrara ahora mismo.

Pero por primera vez, esos niños no estaban mirando el reloj deseando irse. Estaban mirando sus nombres y sonriendo.

Y yo sentí que, tal vez, solo tal vez, no era un fraude.

◆ ◆ ◆

Salí de la clase 3B flotando a tres centímetros del suelo.

Lo había conseguido. No había tartamudeado, no había confundido nombres y, lo más importante, nadie había salido corriendo llorando. Leo había dibujado una calavera espectacular en la ventana y Maya me había dado un abrazo en la pierna antes de irse.

—Soy una diosa de la pedagogía —me dije a mí misma, consultando el horario en mi móvil mientras caminaba rápido por el pasillo—. Siguiente parada: café. Mucho café. Y luego preparar la sala de recursos.

Estaba tan concentrada en mi pequeña victoria y en la pantalla de mi teléfono que no vi el obstáculo hasta que me estrellé contra él.

Y cuando digo estrellarme, me refiero a chocar con un muro de hormigón revestido de algodón.

—¡Au!

El impacto me hizo rebotar hacia atrás. Perdí el equilibrio sobre mis botas militares, el móvil salió volando de mi mano y yo cerré los ojos esperando el golpe contra el suelo duro y encerado.

Pero el golpe nunca llegó.

Dos manos grandes y fuertes como cepos de acero me agarraron por los brazos, frenando mi caída en seco y volviéndome a poner en vertical con una facilidad insultante.

—Cuidado —gruñó una voz profunda, grave y cargada de molestia.

Esa voz.

Esa maldita voz me hizo vibrar la columna vertebral.

Abrí los ojos y levanté la vista. Y tuve que levantarla mucho, porque el dueño de las manos era una torre. Mucho más alto que mi hermano Sam, y eso era muy muy alto.

Hombros anchos. Camiseta negra ajustada bajo una bata blanca abierta. Piel bronceada. Pelo oscuro recogido, con esa pequeña pluma trenzada que se mecía con burla. Y unos ojos negros que me miraban como si fuera una mancha de grasa en su camisa inmaculada.

El aire se me escapó de los pulmones.

—Tú —solté.

El hombre del accidente. El Elan de la camioneta oxidada. El imbécil que me había dejado tirada en la cuneta.

Él me soltó los brazos como si quemaran y dio un paso atrás, sacudiéndose las manos como si acabara de tocar algo pegajoso.

—Tú —repitió él, y su tono tenía tanta calidez como un iceberg—. Debería haber imaginado que eras tú. Eres la única persona capaz

de causar un accidente de tráfico en un pasillo peatonal.

La indignación me subió por el cuello más rápido que la vergüenza.

—¡Yo no he causado nada! —Me agaché para recoger mi móvil, comprobando que la pantalla no estuviera rota—. ¡Tú estabas en medio! ¡Eres enorme! ¡Es imposible esquivarte!

Me levanté, enfrentándome a él.

—Y hablando de accidentes... —Le clavé el dedo índice en el pecho, justo sobre el bolsillo de su bata—. Todavía te estoy buscando. ¡Te largaste! ¡Hiciste un "simpa" en medio de la carretera! ¿Tienes idea de lo que cuesta arreglar el parachoques de un SUV alemán?

Él arqueó una ceja, impasible.

—Tengo cosas más importantes que hacer que discutir sobre chapa y pintura con una niña mimada, *princesa*. —Escupió el apodo con una ironía que me dio ganas de patearle la espinilla.

—¡No soy una niña mimada! —grité, olvidando por un momento que estaba en mi lugar de trabajo—. ¡Soy una ciudadana responsable que quería hacer los papeles del seguro! ¡Es lo que hace la gente civilizada!

—La gente civilizada mira antes de salir a la carretera —replicó él con frialdad—. Y la gente útil no pierde el tiempo gritando en los pasillos de un hospital.

—Esto no es un hospital. Es un centro comunitario. Y yo trabajo aquí.

Elan me miró. Su mirada recorrió mi falda de tul rosa, mi camiseta de Nirvana y mis moños desordenados. Su labio superior se curvó en una mueca de desdén absoluto.

—¿Tú? —Soltó una risa corta y seca—. ¿De qué? ¿De decoración de fiestas de cumpleaños?

—Soy profesora —dije, irguiéndome todo lo que mi metro setenta me permitía—. Profesora de educación especial. Y soy muy buena.

Él negó con la cabeza, como si el mundo se hubiera vuelto loco.

—Pobres niños.

—¡Eres un...!

—Dr. Blackwater —me cortó, señalando la placa de identificación que llevaba en la bata—. Para ti, soy el Dr. Blackwater. Soy el médico de cabecera. Así que, desgraciadamente, sé dónde encontrarte si decido perder el tiempo rellenando tus papelitos del seguro.

Se inclinó hacia mí, bajando la voz.

—Pero te doy un consejo gratis: intenta no romper nada valioso mientras juegas a ser profesora. Aquí no tenemos presupuesto para tus desastres.

Se dio la media vuelta y siguió caminando por el pasillo, su bata ondeando detrás de él como una capa de supervillano.

Me quedé allí parada, con la boca abierta, temblando de pura furia.

—¡Arrogante! —le grité a su espalda—. ¡Estirado! ¡Capullo!

Él ni se giró. Dobló la esquina y desapareció.

Solté un gruñido de frustración y me giré hacia la puerta que tenía enfrente. "Sala Común".

Necesitaba café. Y necesitaba golpear algo blando.

CONTINUARÁ...

¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!

Gracias por leer la historia de Sam y Bianca. El primer libro de la Serie Outlaw continua en el universo Vinyl. Pero las historias empiezan a tomar un cariz más oscuro y peligroso. Espero que las siguientes entregas os emocionen. sam y Bianca son una puerta nueva a un nuevo mundo dentro del universo Vinyl.

Para las que ya habéis leído la Saga Vinyl y os habéis animado a seguir con la Serie Outlaw: Mil gracias. Gracias por seguir confiando en mí y en mis historias. Para los que aún no habéis leído Protector, Faithful, Resolut o Devout, os animo a hacerlo, allí encontraréis más de los personajes que aparecen en Malavolta. Sea como fuere, mil gracias a todas mis lectoras, a las nuevas y a las fieles por llegar hasta aquí. A mi marido, gracias por aguantarme, por las noches de desvelo, por las horas robadas y las tazas de café a horas intempestivas. A mis lectoras de nuevo, si te ha gustado el libro por favor déjame una valoración o un comentario aquí , y si no te ha gustado también agradeceré sugerencias y propuestas de mejora. Si quieres seguirme puedes hacerlo en mi página de Amazon y en mi Instagram ameliasautora.

Gracias, de corazón, a todos. Especialmente a esas mujeres que en algun momento se puedan sentir identificadas con mis personajes. Por ellas escribo historias.

Nos vemos en la siguiente Serie. No os haré esperar. Ahora les toca a Raven y Elan.

ACERCA DEL AUTOR

Amelia S.



Amelia S. es el nombre ficticio de una investigadora que desde muy joven le apasionan las novelas románticas, y ahora, después de ser madre por segunda vez, ha decidido contar sus propias historias. Los machos alfa dominantes han sido siempre su fetiche, pero como mujer que ha crecido en un matriarcado, busca escribir sobre mujeres fuertes, independientes y que hayan superado traumas y conflictos, que tengan cicatrices y aun así puedan ver la felicidad en el mundo.

Sus historias siempre tienen un final feliz, porque para finales amargos ya está la vida real.

LIBROS DE ESTE AUTOR

Protector: Romance Contemporáneo Con Alfa Protector Y Polos Opuestos (Saga Vinyl Nº 1)

Un padre soltero decidido a proteger lo que ama. Una mujer que juró no dejar que nadie dictara su vida.

Cuando sus caminos se cruzan en el universo del club Vinyl, la lealtad y una pasión arrolladora hará que se replanteen lo que creían saber sobre el amor.

Padre soltero, alfa protector, química intensa, polos opuestos, final cerrado

Tess Mitchell: Inteligente, decidida e independiente. Su infancia le hizo prometerse que jamás perdería el corazón y la cabeza por un hombre. Hasta que lo ve a él, atravesando las puertas de la sala de urgencias con su pequeño en brazos. Tess no tardará en descubrir lo equivocada que puede estar al creer que la opción sencilla es la más segura.

Max Vaughn: Protector, fuerte y feroz. Ser padre soltero fue natural para él y en lo único que piensa es en cuidar de su hijo y de sus hermanos. Hasta que cruza las puertas de urgencias para encontrarse con ella: preciosa, exuberante y amable. Una mujer por la que merece la pena poner todo en riesgo. Incluso su corazón y el de su pequeño.

Mientras la atracción empieza a crecer, una batalla legal por la custodia de su hijo se volverá peligrosa y el ex de ella no estará dispuesto a aceptar un "No" por respuesta. No solo sus corazones estarán en riesgo, también sus vidas.
¿Podrá Max mantener a salvo a la mujer que ama?

Protector es un romance contemporáneo con toques de suspense y escenas de alto voltaje. Sin infidelidades y con final feliz. Un héroe que no se rinde. Una mujer decidida. Un niño que merece una vida segura. Bienvenidos al club Vinyl.

Orden recomendado: Protector - Faithful - Resolut - Devout

Faithful: Romance Contemporáneo Con Proximidad Forzosa (Saga Vinyl Nº 2)

Un hombre controlado y disciplinado que no dudará en reclamar a la mujer que lo enloquece. Una mujer que jamás se atrevió a soñar con alguien como él. Cuando Ivy despierta tras un intento de asesinato, todo lo que creía saber será puesto a prueba.

Alfa protector, Grumpy x Sunshine, Proximidad forzosa, club nocturno, final cerrado

Ivy Bennett: Divertida, inteligente y leal. Tras poner su vida en peligro, se despierta en el hospital para encontrar al hombre de sus sueños junto a su cama. Él la ha ignorado durante meses, dedicándole miradas intensas desde la distancia, pero incapaz de acercarse a ella.

Asher Vaughn: Intenso, controlado y protector. Un exmilitar con un pasado difícil que ha construido un próspero negocio junto a sus hermanos. Cuando la mujer que lo enloquece acaba en la UCI, decide que quizá ha llegado el momento de dejar sus reservas a un

lado y hacerla suya.

Cuando el pasado de ella llama a la puerta, Ash deberá poner todo de su parte para evitar que su mujer salga herida de nuevo. Mientras tanto Ivy deberá aprender a confiar en la lealtad de Ash.

Faithful es la segunda pate de la Saga Vinyl, un romance contemporáneo cargado de escenas de alto voltaje, sin infidelidades y con un final feliz garantizado. Bienvenidos de nuevo al club Vinyl.

Orden de lectura: Protector - Faithful - Resolut - Devout. Se recomienda leer en orden desde el principio.

Resolut: Romance Contemporáneo Con Identidad Oculta Y Proximidad Forzosa (Saga Vinyl Nº 3)

Una hacker que oculta su verdadera identidad. Un hombre enamorado de dos mujeres distintas. Ambos deberán enfrentar la verdad y aprender que juntos son mucho más fuertes.
alfa protector, identidad oculta, proximiad forzada, química intensa, triángulo amoroso, final cerrado

Sienna Maddox: Dulce, introvertida y un genio de la informática. Camarera de día y hacker de noche. Necesitó ocultar su verdadera identidad para salvar su vida y la de su única familia. Hasta que se topó con él, el único capaz de hacerla flaquear, el único a quién se siente conectada por primera vez en su vida.

Landon Vance: Bromista, noble y astuto. Siempre supo que la justicia no siempre coincide con la legalidad. Hasta que entra en uno de sus negocios y la ve: preciosa, reservada y misteriosa. Pero ella siempre mantiene las distancias. Todo se complica cuando se empieza a sentir atraído por Nocturna, la hacker que ha ayudado una y otra a vez a su familia.

Cuando las máscaras caen y las identidades ocultas son reveladas, Landon y Sienna deberán mantenerse firmes, aprender a través del perdón y el deseo que unidos son mucho más fuertes.

Resolut es una historia de perdón, superación, de pedir ayuda cuando la necesitas, de un amor incondicional con escenas de alto voltaje y un final feliz garantizado. Bienvenidos de nuevo al club Vinyl.

Orden de lectura: Protector - Faithful - Resolut - Devout

Devout: Romance Contemporáneo Con Paternidad Revelada Y Proximidad Forzosa (Saga Vinyl Nº 4)

Un hombre devoto dispuesto a todo por conservar a su familia. Una mujer herida dispuesta a arriesgarse por cumplir su propio sueño. Un amor incondicional, un bebé a punto de nacer y una superviviente que quiere dejar de ser una víctima.
alfa protector, proximidad forzosa, club nocturno, bebé inesperado, final cerrado
Brynn Mitchell: Dulce, protectora e inteligente. Siempre ha soñando con tener su propia familia a la que cuidar. Pero la persona que prometió amarla se convirtió en su verdugo. Una noche apasionada con un desconocido enrome, tatuado, oscuro y malditamente tierno, se convirtió en todo lo que Brynn siempre había deseado. Y entonces todo se volvió oscuro y aterrador.

Dominic Vance: Sereno, firme y devoto. Es el mayor de cuatro hermanos, una hermandad forjada en el abandono y la vida callejera. Cuando ya tiene todo lo que se prometió, aparece ella. Brynn Mitchell es dulce, preciosa y serena, pero con la sonrisa más triste que jamás ha visto. No sabe que hay detrás, hasta que su marido casi acaba con ella.

Devout es un romance contemporáneo con final feliz garantizado en el que un hombre protector debe demostrar su amor incondicional a una mujer que ha sido herida profundamente. Una superviviente que debe darse cuenta que ser una víctima no la define como mujer. Bienvenidos de nuevo al club Vinyl.

Orden de lectura: Protector - Faithful - Resolut - Devout. Se recomienda leer en orden, los personajes de la saga desarrollan parte de su historia en cada uno de los libros

---